

LOS HERMANOS BRADWELL



SENSIBLEMENTE CASADA

KASEY STOCKTON

Sensiblemente casada

Kasey Stockton

Índice

[Página del título](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[¿Quieres estar informado\(a\)?](#)

[Una nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de Kasey Stockton \(en inglés\)](#)

[Acerca de la autora](#)

Copyright

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Primera versión en inglés. *Sensibly Wed*. Copyright © 2022 por Kasey Stockton.
Diseño de portada por Seventhstar Art.

Primera edición: junio de 2022.
Golden Owl Press.
Fort Worth, Texas, EE.UU.

Dedicatoria

Esta tiene que ser para Jon por elegirme todos los días. ¿Esta es la tercera dedicatoria? Esto es porque sigo eligiéndote a ti también.

Capítulo 1

Londres, 1817.

No hay nada en el mundo menos divertido que un baile. Bueno, tal vez un té íntimo con las amigas de mi mamá es casi tan horrible, ya que sus voces estridentes transmiten más chismes de los que toda la alta sociedad produciría con precisión. Observé la animada reunión en la casa de los Hutton, en Londres, y seguí a mi madre hacia un par de sillas vacías, al lado de una de sus amigas. Al parecer, yo estaba siendo castigada por mi aversión al baile, porque ahora tenía que soportar dos de las cosas que menos me gustaban: la otra era escuchar chismes en un baile.

Mamá se sentó junto a la señora Ormiston y yo permanecí de pie, buscando una salida a este salón de baile tan sofocante y recalentado. Mi piel se erizó de inquietud y mi corazón se aceleró. Tanta gente reunida en un espacio tan pequeño, y tantos extraños con ojos altivos y perspicaces. Todo esto fue suficiente para provocarme uno de mis ataques de intranquilidad. Me tragué mi malestar y sacudí la sensación, enderezando los dedos de mis guantes para tener algo en qué concentrarme.

Necesitaba calmar mi corazón acelerado porque todavía no podía escapar de este salón. La temporada estaba llegando a su fin y todavía tenía que conseguir a un pretendiente. Era poco probable que mamá aceptara abandonar el baile, antes que yo hubiera bailado dos veces, lo que nos puso en un callejón sin salida, debido a que no tenía intención de enfrentarme con ninguno de estos caballeros esta noche. Simplemente, ella tendría que esperar a que pasara la noche hasta que la fiesta llegara a su bendito final.

El señor Peel captó mi mirada por encima de la pluma temblorosa de mamá y rápidamente me dejó caer en el asiento junto a ella. Me retracté de mis dos declaraciones anteriores, debido a que prácticamente los pretendientes no deseados son lo más deplorable de todo. Sin embargo, esos pretendientes siempre conducen al baile.

—¿Y quién dices que está aquí esta noche? —Mamá se apoyó en mí para poder observar la reunión, en busca del hombre del que seguramente estaba chismorreando con la señora Ormiston.

La señora Ormiston asintió vigorosamente.

—Se dice que tiene seis mil al año.

—¡Por la bondad! —Mamá estaba sin aliento.

Estiré el cuello para mirar en la dirección en la que estaba el señor Peel, esperando que ese él estuviera preguntando por alguien más con quien bailar, sin embargo, no pude localizarlo desde mi posición. ¡Maldita sea! Si él se dirigía hacia mí, solo contaba con un minuto para desaparecer.

No es que deplorara al señor Peel. Era un hombre bastante amable. Pero olía extremadamente fuerte y no era mi señor Bradwell.

No es que el señor Bradwell fuera mío para reclamarlo, exactamente. Pero él era la hermosa criatura que se había metido en mi corazón el verano pasado. Mi familia había sufrido un accidente de carruaje y se había refugiado en su cobertizo de caza, y yo todavía tenía que determinar cómo encontrarlo en una sociedad educada para reanudar nuestra amistad. Hasta ahora había tolerado toda una temporada con la esperanza de volver a verlo, pero eso fue en vano. Al respecto, a ese hombre no le gustaban los eventos sociales.

Nuestro encuentro casual, el verano pasado, había producido un sentimiento que todavía no había podido apagar por completo, y que tal vez nunca tuviera la oportunidad de crecer.

Levanté mi bolso y lo dejé descansar sobre mi regazo, dándole a mi muñeca un respiro de la pesadez.

—Me gustaría que no llevaras eso a cada baile, Felicity —susurró mi mamá. Sus ojos se dirigieron a mi pequeño bolso de cuentas.

—¿Y ser atrapada sin un libro? ¡Esto es absurdo!

—También se dice que él está buscando a una esposa —continuó la señora Ormiston.

Mamá agitó su abanico frente a su cara y reanudó su búsqueda por el salón.

—Un hombre que busca a una novia, ¡esto es sí es halagador!

—En efecto. —La señora Ormiston se inclinó hacia adelante y me miró detrás de su espejo, entrecerrando un ojo arrugado, mientras el otro se agrandaba—. ¿Debo buscar al hombre para presentarlo?

Retrocedí, mi estómago revoloteaba desagradablemente.

—No... Se lo agradezco, señora Ormiston, pero no tengo ningún interés en seis mil al año.

—Por supuesto que no. —Mamá sacudió la cabeza con tristeza—. ¿A menos que fueran seis mil libros?

—Bueno... Eso sí suena bastante atractivo.

La señora Ormiston me miró con astucia.

—Apuesto que con sus seis mil podrías comprar muchísimos libros.

En verdad, se trataba de una perspectiva maravillosa. Les di a ambas mujeres una sonrisa que reflejaba paciencia. Necesitaba irme pronto, o el señor Peel me pediría un baile. Y no debía bailar con él.

—Mamá, este calor es insoportable y me siento un poco débil. ¿Puedo invitarte a dar un paseo por la terraza?

Mamá vaciló. Compartió una mirada con la señora Ormiston, antes de dejar escapar un suave suspiro.

—¡Muy bien! Quizás encontremos un compañero dispuesto en nuestro camino a través del salón.

Dado el calor, ese era un riesgo que estaba dispuesto a correr. Además, el único hombre que constantemente me buscaba para bailar fue visto por última vez en el lado opuesto del salón.

Nos levantamos y mi mamá me tomó del brazo. Mientras avanzábamos entre la multitud, ella insinuó:

—Lissy... Solo quiero que encuentres un marido. Pero, no te pido que te cases con el primer hombre que te sonrío.

—Eso es fortuito de tu parte. Sin duda, ya sería la señora Peel, si ese fuera el parámetro, a partir del cual elegiremos a mi marido.

A mamá no le hizo gracia mi comentario. Tampoco le tenía cariño al señor Peel, debido a que el hombre siempre emitía una espantosa nube de ajo, a donde quiera que fuera. Acaso, ¿él se bañaba?

—Pero, si no estás dispuesta a conocer a ningún hombre, nunca encontrarás a alguien que te ame. Solo quiero que seas tan felizmente cuidada y adorada como yo, Lissy.

Mi corazón dio un vuelco de anhelo. Quería amar y ser amada de la misma manera, pero hasta el momento, solo un hombre había entrado en mi corazón y no estaba en este salón de baile esta noche. No, probablemente, él estaba en Northumberland, solo, leyendo junto a un cálido fuego. Era tan parecido a mí en gustos y preferencias que no podía imaginarlo en otro lugar. No

era como si pudiera simplemente elegir un hombre que me amara y me comprendiera, como creía mi madre, quien también tenía la impresión que yo podía simplemente elegir no caer en un ataque de nervios, cuando me colocaban en el centro de atención, o me obligaban a bailar ante una multitud de extraños.

Si tan solo fuera así de fácil.

Pasamos junto a la mesa de refrigerios y me acerqué más a mi madre para evitar golpearle el hombro con un hombre que buscaba una bebida. Él le entregó a la delicada debutante, que estaba a su lado, un vaso de limonada y una sonrisa sorprendentemente hermosa. Ella se rió.

Me abstuve de burlarme. Esa joven nos hizo a todos parecer ridículos, cuando se rió por una sonrisa. ¡Esto fue realmente absurdo! ¿Qué tenía de gracioso la limonada y una sonrisa gallarda? Quizás, yo era demasiado práctica para un romance.

—Una bebida refrescante para una joven refrescante —dijo el hombre, y su voz profunda provocó otra ronda de risitas. Era alto con hombros anchos y lucía un porte un poco relajado, aunque reflejaba dignidad. Su cabello castaño enmarcaba un par de ojos de color marrón verdoso, que estaban fijos en la debutante frente a él. Reprimí un resoplido irritado por esa pura insipidez ante mí.

Mamá no había terminado su campaña.

—Quiero que encuentres a un hombre que te ame tanto como tu padre me ama a mí.

Asentí hacia la escena romántica por la que estábamos pasando.

—Puedo garantizar que ninguno de estos hombres me amaría como papá te ama a ti.

El hombre levantó la vista y me miró a los ojos, y rápidamente di la vuelta, tirando del brazo de mamá para movernos más rápidamente por el salón. ¿Él había oído lo que dije? Hablé en voz baja, igual que mamá, pero la forma en que él levantó la vista y sostuvo mi mirada me dejó una piedra en la boca del estómago. Sus cejas se fruncieron y sus ojos se entrecerraron, como si hubiera escuchado mis pensamientos de censura.

¡Oh! Necesitaba permanecer en la terraza el resto de la noche.

Mamá soltó un suspiro de sufrimiento que llegó hasta mi pecho y me llenó de remordimiento. Ella deseaba una hija que disfrutara de los eventos sociales, tanto como ella, y yo no deseaba nada más que la soledad y el consuelo de mis queridas amigas. Si pudiera cambiar mis deseos innatos para adaptarme mejor a la hija que ella quería que fuera, lo haría. Sin embargo, tal como estaban las cosas, no podía hacerlo. Mi corazón se aceleró y mis dedos temblaron ansiosamente. Necesitaba que me sacaran de este salón abarrotado de inmediato.

La señora Plumpley se interpuso en nuestro camino, reflejando sus brillantes ojos fijos en mi madre. Incluso de una manera que alertaba sobre el principal chisme que quería compartir. Una mirada a mamá demostró que ella prefería quedarse sola para oír este rumor.

—Cynthia, ¿lo has oído? —preguntó la señora Plumpley.

Me aclaré la garganta.

—¿Por qué no te quedas aquí, mamá? Acabo de ver a la señorita Hutton salir y puedo acompañarla en un rápido respiro.

Mamá me miró dubitativa y se inclinó para que la señora Plumpley no pudiera oírme.

—No quiero que te escapes y te quedas leyendo el resto de la noche, Lissy. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez que lo hiciste?

El libro que había traído precisamente para ese propósito pesaba mucho en mi bolso, hundiendo el mango con cordón en mi muñeca enguantada. Ese era exactamente mi objetivo, pero esta vez planeaba ser más discreta, esperando no ser descubierta por un par de amantes ardientes y recién comprometidos.

Había sido una bendición que en aquella ocasión, ninguno de los dos quiso ser descubierto, de lo contrario podría haberme metido en problemas.

No obstante, la frente preocupada de mamá necesitaba suavizarse, así que le dediqué mi sonrisa más conciliadora.

—Solo tengo la intención de pedirle a la señorita Hutton que camine conmigo por el jardín.

—¿A la vista de los sirvientes?

—A la vista de todos —dije señalando la terraza abierta llena de gente.

Mamá sostuvo mi mirada.

—Es mi deber proteger tu reputación, Lissy. No estoy tratando de arruinar tu velada.

—Debo darme prisa o no podré encontrar a la señorita Hutton entre la multitud.

Mamá parecía insegura, pero la señora Plumpley intervino para ayudarme sin saberlo.

—Ciertamente, Cynthia, nunca creerás lo que escuché esta noche.

—Muy bien. Pero... regresa rápido. —Mamá asintió.

—Si no he regresado al final del set es porque el señor Peel finalmente me arrinconó y me pidió un baile.

Ella negó con la cabeza, pero una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

—Supongo que eso sería mejor que no bailar en absoluto.

Ahí fue donde no estábamos de acuerdo. Me deslicé hacia las puertas abiertas de la terraza, aunque podía sentir la mirada ardiente de mamá en mi nuca. Necesitaría encontrar rápidamente a la señorita Hutton, y rezar para que me permitiera quedarme con ella.

El aire fresco de la tarde corrió por mis cálidas mejillas e inmediatamente mis pulmones lo absorbieron. ¿Cuántas estaciones más me vería obligada a soportar, antes de encontrar la pareja que mamá soñaba para mí? Había pasado casi un año desde que conocí al señor Bradwell, y la probabilidad de volver a verlo se estaba volviendo tan escasa, como mi posibilidad de casarme con un hombre que poseía seis mil al año.

Mi prima Jane me había sugerido que le escribiera una carta al señor Bradwell y se la enviara por correo junto con el libro que él me había prestado. Era un curso de acción razonable, pero el atrevimiento de escribir una carta a un hombre soltero, siempre había detenido mi pluma, antes que pudiera poner tinta sobre el papel. Cuando nos separamos, le prometí al señor Bradwell que le devolvería el libro que me había prestado, y él respondió con una sonrisa brillante, que lo esperaba con ansias. Ese fue el único estímulo que recibí, un respaldo para creer que era posible una unión, pero, esto no era suficiente.

¿Qué hubiera pasado si el señor Bradwell no hubiera sentido la misma conexión que yo tuve en nuestras conversaciones? ¿Qué pasaría si no estuviera interesado en tener una relación conmigo o, peor aún, si hubiera conocido y se hubiera casado con una mujer diferente, en los nueve meses transcurridos desde que lo conocí?

Todos estos escenarios eran posibles, lo cual me impidió tener el coraje de escribirle. Y como resultado, todavía estaba en posesión del libro que él me había prestado.

Seguramente, él ya debía creer que yo era una ladrona.

Vi a la señorita Hutton, en el otro extremo de la terraza, y acudí en su dirección, aunque un movimiento dentro del salón de baile llamó mi atención. ¡Maldita sea! El señor Peel me volvió a encontrar. Fingí no verlo y giré en dirección opuesta, acercándome a la casa. Cerca de la pared había una maceta con un árbol y seguramente, detrás estaba mi respiro en la sombra.

Pasé junto al árbol y no podía creer mi buena suerte. No me vería obligada a esconderme entre el follaje porque había puertas francesas cerradas que daban a una habitación oscura, justo detrás. Miré entre las ramas hacia el salón de baile y encontré al señor Peel detenido en el centro

de las puertas de la terraza, buscándome.

Si me encontrara, tendría que bailar y daría cualquier cosa por no bailar.

En silencio, giré la manija de la puerta, feliz de encontrarla abierta y la misma no chirrió en absoluto. Entré silenciosamente y cerré la puerta detrás de mí. La quietud en la habitación vacía y en penumbra era un bálsamo para mis nervios ansiosos. Di un paso suavemente, temiendo que alguien me siguiera hasta aquí, y avancé más adentro en la habitación.

Un fuego lento ardía en la chimenea, emitiendo suficiente luz para ver débilmente los estantes que bordeaban las paredes, repletos de libros. Me quité los guantes, dándole un respiro a mis palmas húmedas, y los metí en mi bolso. Cogí una vela de la repisa y la encendí con el fuego de esa chimenea. Seguramente, no estaba desobedeciendo a mamá al mirar los libros. No tenía intención de leerlos ni siquiera sacar ninguno de los estantes.

Y había tantos libros maravillosos para mirar. *El baile de los Hutton* era oficialmente mi favorito de la temporada, ahora que me encontraba sola en la biblioteca. Realmente, no podría pensar en una mejor manera de pasar las horas restantes del baile.

Simplemente tendría que pedir perdón al final de la noche. Mamá podría estar enojada conmigo por un tiempo, pero si eso me salvaba de bailar, sufriría su (ciertamente razonable) indignación durante los próximos días.

Los minutos pasaron en tranquila felicidad, mientras caminaba lentamente por los estantes, absorbiendo los diferentes títulos y tomando nota de cuáles me gustaría adquirir más tarde, como préstamo, en la biblioteca. Al contrario de lo que el señor Bradwell podría pensar de mí, yo no era una ladrona de libros. Después de todo, tenía intención de devolverle su novela algún día.

Me agaché y traje la vela para mirar los títulos de los estantes inferiores. Mucho Byron y nada de Shakespeare hasta el momento. ¡Mmm! Supuse que no se podía contar con que todo el mundo tuviera buen gusto.

La puerta en el otro extremo de la habitación se abrió con un chirrido. Apagué la vela y me escabullí para esconderme detrás de la gruesa silla de madera. Mi corazón se aceleró. Miré a través del respaldo tallado de la silla. Vi a un hombre entrar y cerrar la puerta detrás de él. Lo maldije en silencio.

Esto era mucho peor que un par de amantes ardientes: este hombre no se distraería tan fácilmente.

Cruzó la habitación hacia el fuego y se sentó en un lujoso asiento cerca de la chimenea. Pasando una mano por su rostro, dejó escapar un largo y prolongado suspiro.

—¿Dama? Es una muchacha fascinante —murmuró.

Él me resultaba familiar y me incliné más hacia el respaldo de la silla para verlo mejor. Su cabello oscuro brillaba bajo la suave luz naranja y tenía los ojos cerrados, pero lo reconocí de inmediato como el hombre que antes estaba en la mesa de refrigerios: era el coqueto.

O tal vez su mayor defecto no era tanto ser coqueto como poco original. “*Una bebida refrescante para una joven refrescante*”. ¡Repugnante! ¡Qué desagradable de su parte!

Mis pies estaban empezando a quedarse dormidos, en mi posición agachada, y me moví para encontrar una manera más cómoda de sentarme. A juzgar por la repentina necesidad de una siesta de este hombre, era seguro asumir que me escondería aquí por un tiempo.

Ciertamente, no podía intentar escapar hasta que él hubiera salido primero de la habitación. No dejaría que me encontrara sola. La última vez esto casi me llevó a la ruina.

Mientras me movía, mi pie se enganchó en la enagua de mi camisón y tiré suavemente para eliminar el obstáculo. La cera caliente y abrasadora goteó sobre mi mano. Grité, dejando caer la vela con estrépito al suelo de madera.

El hombre que estaba junto al fuego se incorporó rápidamente a la conversación.

—¿Quién está ahí?

Cerré los ojos y respiré. Mi corazón se aceleró por la inminente confrontación.

Él se puso de pie y repitió lo mismo.

—Yo digo, ¿quién está ahí?

Respirando tranquilamente, cogí el candelabro y la vela desechada. Me puse de pie.

—Perdone la intrusión, señor. Solo se me cayó la vela.

Me observó con una mirada perspicaz y un rostro impasible.

—Después de todo, supongo que no te entendí mal, antes en el salón de baile, cuando dijiste que harías que te amara. Perdóname por mi crítica directa, pero esta es una forma lamentable de atrapar a un hombre.

Capítulo 2

“¿Atrapar a un hombre?” Me burlé de su ridícula declaración. Seguramente, él no podía hablar en serio

—¡No dije nada así!

—Te escuché decir que podrías hacer que uno de estos hombres te amara como tu papá amaba a tu mamá. No creas que me perdí la mirada mordaz que me enviaste —habló en tono mesurado, como si esperara ahuyentar a un gato salvaje.

¿A mí? ¿Cómo a un gato salvaje? Esto era absurdo.

—Creo que confundiste la palabra uno con ninguno.

Su mirada escéptica provocó frustración en mi pecho. ¿Se quedó en silencio porque estaba sopesando la posibilidad que yo estuviera diciendo la verdad? No pude evitar seguir insistiendo en mi caso.

—Olvida que yo estaba en la habitación primero, señor —dije, levantando mis defensas.

Él sacudió su odiosamente hermosa cabeza.

—No, debiste haberme seguido hasta aquí. Te vi en el salón de baile hace apenas unos minutos.

No pude contener la risa que brotó de mi pecho. ¡Esta era una noción ridícula!

—Debo haber sido bastante sigilosa para lograr tal hazaña. Apenas habías entrado en la habitación cuando dejé caer mi vela... una vela que había estado encendida el tiempo suficiente para acumular cera en la base.

Él miró mi mano.

—¿Eso es lo que pasó para causar tu arrebato? ¿Te lastimaste? —Su voz, mezclada con un toque de compasión, me engañó brevemente.

Dejé el candelabro de latón en una mesa cercana con un ruido sordo y puse mis manos detrás de mi espalda.

—Era solo un poco de cera. Mi mano está perfectamente bien.

—¿Cómo puedes estar segura de ese hecho cuando estás en la oscuridad?

—¿Desea que salga a la luz, señor? ¿Cómo puedo estar segura que no eres tú quien intenta atraparme?

Él se burló. Sus cejas oscuras se alzaron una fracción. Un pesado silencio nos invadió brevemente.

—Supongo que podemos llegar con seguridad a la conclusión que ninguno de nosotros entró en esta habitación con intenciones nefastas, ¿eh?

—De lo contrario. Ninguna de mis intenciones al colarme en la biblioteca era muy inocente. —Cerré la boca con fuerza y agarré mis manos con fuerza detrás de mi espalda, causando que la quemadura en mi mano pellizcara. ¿Qué me impulsó a ser tan contraria a él? Esto era completamente diferente a mí.

Una pequeña sonrisa apareció en el costado de sus labios y llamó mi atención sobre su perfecta simetría. Este hombre parecía objetivamente guapo, su mandíbula lucía firme y sus cejas eran espesas y expresivas. Había algo en él que tiraba de una fibra sensible dentro de mí, algo en su rostro que me sonaba familiar, pero no podía ubicarlo. Nunca lo había conocido en mi vida, pero debí haberlo visto en Londres o en otros bailes organizados por la alta sociedad, porque estaba segura que se parecía a alguien, a quien había conocido antes.

—¿Puedo preguntar qué plan perverso te llevó a buscar refugio en la biblioteca?

—Puedes preguntar —le dije—. Pero, no creo que sea prudente decírtelo.

Su cabeza se inclinó hacia un lado y él estaba intrigado.

—Ahora siento que debes hacerlo, o me veré obligado a creer que te escondiste, al acecho de cualquier alma desafortunada que cayera aquí.

—¿Desafortunada? —pregunté, levantando las cejas.

—En efecto. Me compadezco del pobre idiota que está atrapado en el matrimonio, y me compadezco de la mujer desesperada que llega a tales extremos para atraparlo.

—Su encanto es simplemente asombroso, señor. —Mi voz estaba llena de sarcasmo y cuadré los hombros—. Me tienta mantener mis razones ocultas, a salvo de sus oídos críticos.

—¿He sido demasiado directo?

—Bueno, sí. Pero, eso es bastante... ¿Cuál es la palabra? ¡Ah! Refrescante.

Si este hombre notó mi referencia a su coqueteo anterior en la mesa de refrigerios, no lo indicó.

—Si prometo abstenerme de criticar tus razones, ¿las compartirás?

No pude evitar sentirme intrigada por él. Quería saber por qué había escapado de un salón de baile, que parecía diseñado para alabarlo y adorarlo.

—Solo si usted también comparte las suyas.

Él asintió brevemente y extendió la mano.

—Podemos intentarlo.

Me quedé mirando su mano. La sacudida de un caballero me obligaría a cruzar la habitación hacia la luz y exponer mi herida. Quizás si fuera rápido, él no notaría nada extraño. No tomé bien la falsa simpatía. Sin embargo, no había podido ver si la cera dejaba una marca tan enojada como se sentía. Podría parecer perfectamente normal.

—Puedes confiar en mí —dijo.

—No puedo confiar en un hombre que no conozco.

Me sostuvo la mirada y consideré la situación. No necesitaba confiar completamente en él, pero si demostraba ser algo más que el caballero que parecía, un grito rápido alertaría a cualquiera que estuviera caminando por la terraza, al otro lado de las puertas francesas.

Además, me sentía segura y, como mujer propensa a sufrir ataques de nervios, me había acostumbrado a escuchar los sentimientos profundos de mi cuerpo. Mi curiosidad se impuso y crucé la habitación hacia la luz del pequeño fuego. ¡Maldita sea mi pasión por las novelas de misterio! No podía salir de esta habitación sin saciar mi curiosidad.

Su fuerte mano todavía estaba extendida, y puse la mía en ella, curvando mis dedos desnudos alrededor de su mano enguantada. Me miró a los ojos y parpadeé para disipar mi sorpresa por la forma sutil en que me robó el aliento.

Si estar a solas con un hombre causaba sensaciones tan embriagadoras para todos, no era de extrañar que a las jóvenes se les advirtiera que nunca se encontraran en esta situación.

Me moví para liberar mi mano, pero él la sujetó.

—¿Fue esta la mano que te lastimaste?

Me burlé. Había hecho bien en no confiar en él.

—¡Eres un canalla! Libérame de inmediato.

Me miró con sinceridad.

—Después de verificar que estás ilesa. Es seguro decir que soy la causa de tu lesión, ¿cierto? Supongo que intentabas esconderte de mí, cuando derramaste la cera sobre tu piel. Por cierto, ¿dónde están tus guantes?

—En mi bolso, no es que sea de tu incumbencia —dije con una sonrisa descaradamente falsa—. No había previsto que me interrumpieran durante mi lectura.

Me miró un momento más, antes de acercar mi mano suavemente hacia el fuego. Giró mi palma hasta que encontró la marca roja en el dorso de mi mano y contuvo el aliento. Sus pestañas oscuras se abrieron en abanico, su atención bajó y pasó un pulgar suavemente alrededor de mi herida, provocando un escalofrío por mi brazo.

—Debes poner un ungüento en esto de inmediato.

—Se ve peor de lo que se siente. —Liberé mi mano, sacudiendo los sentimientos que él infundía en ella—. Mi piel es pálida, por lo que la marca seguramente será más notoria.

No admitiría que esto me dolía de una manera feroz.

Él se aclaró la garganta y se llevó las manos a la espalda, un gesto elegante sin duda diseñado para tranquilizarme.

—¿Cuál fue tu razón para escaparte del salón de baile?

—No bailo.

Sus cejas se arquearon.

—¿No te gusta bailar?

—No señor. Es como le dije. ¡No bailo!

Él parecía tener problemas para entenderme. Su hermoso rostro se arrugó, reflejando confusión.

—¿Nadie te ha enseñado a bailar?

—He tomado lecciones y conozco todos los pasos. Simplemente, ¡no bailo!

—¡Mmm! —Miró al fuego y las pequeñas llamas giraron en sus ojos. Su frente se arrugó, luego se aclaró y me miró—. Usted... ¿No tiene talento para bailar?

¿Esa era su manera educada de preguntarme si era terrible en eso? No deseaba compartir mis verdaderas razones, así que esto tendría que ser suficiente.

—Supongo que no. ¡No! Me escapé a la terraza para... —Me aclaré la garganta y desvié la mirada—. Evitar a un pretendiente, por eso me deslicé aquí. Cuando vi los libros, no pude evitar demorarme un poco, antes de regresar con mi madre.

—Te gusta leer.

—Sí.

Él sonrió ampliamente y cerré la boca. No era de extrañar que siendo una joven e insípida señorita me reí, ante la sonrisa de este hombre. Era irritantemente atractivo.

Se inclinó un poco hacia adelante, como si quisiera contarme un secreto.

—Creo que sientes por el baile lo mismo que yo siento por los libros.

Mi estima por él cayó de inmediato. Levanté las cejas.

—Entonces, ¿por qué, por favor, dímelo, te has escapado a una biblioteca?

—Porque esta es la casa de mi madrina y sabía que la biblioteca estaría vacía.

—¿Necesitabas una habitación vacía durante un baile para poder tomar una siesta? Señor, ¿el baile le resultó demasiado agotador?

Él se rió un poco y un escalofrío recorrió mi pecho. No fue un logro hacer reír a este hombre, a pesar de cómo había reaccionado mi cuerpo. Era solo un hombre.

—No era el baile lo que necesitaba un descanso. Fue por las jóvenes y ardientes señoritas.

Recordé lo que había dicho cuando se creía solo en la habitación. “¿Dama? *Es una muchacha fascinante*”. ¿Había sido atacado el pobre hombre por una joven ansiosa recién salida del aula? Seguramente, la mujer a quien le daba la limonada tenía al menos diecisiete o dieciocho años, edad suficiente para casarse.

—¿Las señoritas eran demasiado apasionadas o demasiado jóvenes?

Él levantó la vista bruscamente.

—Las dos cosas.

No podía culparlo por esa creencia, ya que parecía estar más cerca de los treinta que de los veinte. De mi parte, tengo veintidós años, pero me siento mucho mayor, casi todo el tiempo, especialmente cuando estoy rodeada de chicas jóvenes disfrazadas de mujeres.

Probablemente, las mujeres ahora se preguntaban a dónde se había escapado el apuesto caballero de cabello oscuro.

—Deberíamos volver al salón de baile, antes que nos encuentren solos, y los demás saquen las peores conclusiones.

Él asintió con la cabeza.

—¿Encontrarás algo para aliviar tu ardor? Puedo pedirle un ungüento a mi madrina. Estoy seguro que tendrá algo en su cocina para usar.

—Eso es innecesario. No vivo lejos de aquí. —Abrí el cordón de mi bolso y saqué mis guantes.

—Te pediría un baile, pero aún no nos han presentado.

Hice una pausa en el movimiento de subirme el guante hasta el codo.

—Y por supuesto está la barrera que usted no baila —añadió.

Eso sacó una pequeña sonrisa en mis labios.

Me observó, mientras me enderezaba el guante.

—¿No harías una excepción a tu regla con un nuevo amigo? Sé de buena tinta que conoces los pasos.

—Si recuerdas, esto no tiene nada que ver con mi conocimiento de los bailes.

—Pero quizás no te guste bailar porque aún no has encontrado a la pareja adecuada.

¡Qué impertinente! Centré mi atención en el guante que tenía en la mano. ¿Este extraño estaba insinuando que podría ser el compañero adecuado para mí?

—O tal vez —dije—. Nunca bailaré, independientemente de quién sea mi pareja.

—¿Te importaría hacer una apuesta?

Deslicé mis dedos en mi segundo guante y miré hacia arriba para encontrarlo a él, quien todavía miraba mis manos.

—¿Qué tipo de apuesta?

—Si demuestro que bailar puede ser divertido, permitirás que nos presenten apropiadamente y bailarás el siguiente set conmigo.

—¿Cómo estás tan seguro que encajaremos?

—Te recuerdo que este es el baile de mi madrina. Supongo que estás familiarizada con los Hutton, de lo contrario no estarías aquí.

Me tenía allí. La señorita Marianne Hutton y yo compartíamos cierta amistad. Después de todo, era su compañía la que pretendía buscar para escapar a la terraza.

—¿Y si no me gusta tanto como espero?

Se pasó una mano por su fuerte mandíbula.

—Entonces, supongo que debo pagarte una multa.

—Señor, no hay nada que quiera de usted.

—¿Nada?

La forma en que me miró, con la cabeza ladeada, era entrañable. Lo único que quería era estar en casa, a salvo en mi habitación y lejos de la residencia Hutton, totalmente.

¡Ah! Eso fue todo. Él podría ser mi boleto para salir del baile esta tarde. Seguramente,

podría obligarme a realizar los movimientos de un baile sin problemas. Estábamos solos, sin público. Siempre me había ido perfectamente bien con mi maestro de baile, cuando estábamos solos. Simplemente, me imaginé a este caballero alto y apuesto, como un hombre arrugado de sesenta años con un aliento espantoso.

—Si gano, que es lo que haré, entonces usted debe buscar a mi madre para que pueda convencerla para que yo pueda abandonar el baile, sin tener que volver a entrar al salón de baile. La señora Hutton seguramente le brindará la introducción para que esto sea posible.

—Trato hecho.

Esto fue demasiado fácil.

Me hizo una reverencia y luego me tendió la mano.

—¿Me permite este baile, señorita?

—Ciertamente.

Ignoré la pregunta, en su tono, porque no quise darle mi nombre al extraño. Pero tuve que tragarme mi autoridad moral, ya que evidentemente mis fuertes convicciones no se extendían a bailar con un extraño. Miré por encima del hombro hacia las puertas francesas y sentí su mano deslizarse alrededor de la mía.

—Nadie puede vernos aquí. Es demasiado oscuro.

Él tenía razón. El fuego se había ido apagando lentamente hasta convertirse en una leve quemadura. Apenas podía verlo y mis ojos se habían ido adaptando gradualmente.

—¿Qué baile se supone que debemos hacer?

—El vals.

—¿Solos?

—Se puede hacer sin una sala llena de gente.

—¿Y la música?

—No necesitamos ninguna. Simplemente, sigue los movimientos que evidentemente conoces bien.

Me tomó de la mano y me llevó por un paseo alrededor de la pequeña alfombra frente al fuego, luego realizó los siguientes movimientos, fingiendo que otras parejas bailaban el set con nosotros.

—¿Qué tienes en esto? —preguntó, señalando el bolso que colgaba pesadamente de mi muñeca.

—Un arma por si un hombre extraño me pide bailar conmigo a solas en la biblioteca.

—Es un libro, ¿no?

¿Cómo supo eso? Su sonrisa era evidencia que mi sorpresa me había delatado.

Continuamos realizando los movimientos de la danza hasta que nos encontramos frente al fuego, cada quien con una mano levantada por encima de la cabeza y la siguiente alrededor de la cintura del otro. Fue con gran consternación que mi corazón latió rápidamente y mis mejillas se sonrojaron, aunque no me sentí débil en absoluto. Estaba disfrutando de esta ridícula demostración.

Pero si estuviéramos en público, entre las otras parejas que normalmente bailan y la multitud de espectadores, no lo estaría disfrutando en absoluto. Mis manos se volverían cada vez más húmedas, mi corazón golpearía contra mi esternón, mi respiración sería superficial y mi cabeza terminaría desmayándose. Era lo mismo cada vez que nos movíamos, sin falta. No bailaba porque me desmayaría. Casi siempre podría pasar eso. No pude evitar la reacción biológica que provocó tanta atención ávida, como tampoco pude evitar tener hambre con el estómago vacío o sueño después de una noche.

Él me miró, manteniendo la posición, y mi corazón se aceleró.

—¿Te atreves a decir que no estás disfrutando este baile?

No podía decir la verdad de las cosas, ahora. Sin embargo, sería necesario obtener una presentación y bailar con él en público. Si su coqueteo anterior en la mesa de refrigerios sirvió de alguna pista, el hombre era algo así como un coqueto. No deseaba caer en su trampa, y tampoco deseaba desmayarme esta noche, en el centro de un salón de baile abarrotado, especialmente durante semejante aglomeración.

Y había una molestia en el fondo de mi mente que me recordó que él no era mi señor Bradwell. Cualquiera de los dulces coqueteos que este hombre me lanzó fue barato en comparación con la profundidad de la conexión que compartí con el señor Bradwell, el verano pasado.

No había nada más que hacer. Tuve que mentir.

Tragué, nerviosa que él pudiera percibir el temblor en mi voz.

—En realidad, yo...

La puerta se abrió y una ráfaga de risas femeninas se filtró en la habitación. Sus manos se tensaron por el impacto, y luego nos separamos, pero no antes que las mujeres que entraron a la biblioteca se detuvieran en la puerta, y miraran con la luz del pasillo sangrando y bañándonos. La señora Hutton hizo una pausa, su mano se movió para descansar sobre su pecho, y las dos mujeres detrás de ella se quedaron sin aliento.

¡Oh, cielos! Esto no podría ser bueno.

—Madrina —dijo el hombre. Dio un paso atrás nuevamente para dejar más espacio entre nosotros y se aclaró la garganta.

—¿Cuál es el significado de esto, James? —preguntó la señora Hutton.

James era un nombre muy apropiado para aquel hombre, fuerte y robusto. Me miró y luego volvió a mirar a las mujeres.

—No es lo que parece.

—De hecho —dije con mi voz pequeña y nerviosa—. Él solo me estaba enseñando a bailar.

Por supuesto para disfrutar del baile, específicamente, pero no necesitaba ser tan explícita.

Una de las mujeres de atrás se burló en voz baja y yo la maldije en silencio. Ella no estaba siendo irrazonable. Si yo hubiera entrado en una habitación a oscuras y encontrara a dos personas aparentemente abrazadas, también habría sacado conclusiones precipitadas. Pero, de todos modos, oí su reacción. Las otras dos mujeres se marcharon, dejándonos solos con la señora Hutton.

—Vamos, señorita Thurston —dijo—. Debemos llevarte a tus padres.

—Es solo mi madre —corregí—. Mi padre no pudo venir esta noche.

La señora Hutton miró a James, entrecerrando los ojos, y luego asintió hacia mí.

—¡Ven conmigo!

Salí de la habitación obedientemente, mirando a James por encima del hombro, cuando llegué a la puerta. Seguramente, no habría consecuencias nefastas. Las tres mujeres podrían guardar esto para sí mismas. Si alguno de nosotros se preocupaba en absoluto (y estaba claro que la señora Hutton se preocupaba por James), entonces desearían mantener este secreto.

Las cejas de James estaban arqueadas y su expresión era inquieta. Si él tenía los mismos temores que yo, ciertamente, no albergaba las mismas esperanzas. Parecía un hombre en espera de ser condenado.

Sin embargo, él era inocente. Y yo lo demostraría.

Capítulo 3

—Señora Hutton —imploré, alcanzando su brazo, cuando cerró la puerta de la biblioteca detrás de mí—. Solo digo la verdad. Nunca había conocido a James, antes de esta noche. Busqué un respiro lejos del salón de baile y...

—Ese fue tu primer error. —Ella sacudió la cabeza y empezó a caminar por el pasillo—. Tu madre va a quedar devastada.

—Pero, no hicimos nada malo...

La señora Hutton hizo una pausa. Volteó hacia mí con los ojos muy abiertos y sacudiendo la cabeza.

—Eso no importa... No puedo detener la marea de chismes que ahora se está extendiendo por mi salón de baile. ¿No viste quién estaba detrás de mí cuando abrí la puerta y los descubrí juntos?

—Me temo que no conozco a ninguna de esas mujeres.

Ella cerró los ojos y se presionó las sienes con las yemas de los dedos enguantados.

—Confío en James. Si dice que no fue más que un baile, le creo. Pero, poco importa lo que yo creo. Tú y él serán la comidilla de Londres, a medianoche. Tu madre necesita estar al tanto y tú debes irte lo más rápido posible.

Mi corazón se aceleró y me moví para seguir a la señora hacia el salón de baile. Cuando llegamos al final del pasillo, ella extendió una mano para detenerme.

—Espera aquí. Iré a buscar a tu mamá y debes pensar en lo que piensas decirle.

Asentí y di un paso atrás, apoyando mi espalda contra la pared. Mis ojos se cerraron y controlé mi respiración. ¡Qué ridículo de mi parte fue aceptar ese baile! ¡Qué estúpida e ingenua fui al creer que no nos encontrarían, y que mi comportamiento no tendría ningún reproche! Me había envuelto la cálida sensación de tener toda la atención de un hombre guapo, y permití que la embriagadora emoción nos envolviera, creyendo falsamente que éramos intocables, en nuestro pequeño ambiente.

—Mis más sinceras disculpas —dijo una voz en tono bajo, y abrí los ojos para encontrar a James parado, aparte de mí, con el arrepentimiento escrito en su mirada abatida.

—James —susurré.

Sus ojos se dirigieron hacia mí y sus labios se abrieron.

Tragué.

—No estoy segura cuál es el mejor curso de acción...

—Esto no es todo —dijo la señora Hutton, apareciendo de nuevo, con mi madre justo detrás de ella.

Mamá miró de James a mí. La confusión y el dolor salpicaban sus cejas negras.

—Ven, Felicity. Estamos saliendo.

Me alejé de la pared y pasé junto a James sin mirar más, dirigiendo mi atención a nuestra anfitriona.

—Perdóneme, señora Hutton.

Ella suspiró, sacudió la cabeza y el peso de mis errores cayó como piedras sobre mis hombros. Luego pasó a mi lado.

—Ven, James... El señor Hutton guarda brandy en la biblioteca y parece que a usted le vendría bien un trago.

Seguí a mamá hasta el carruaje que nos esperaba y subí al interior. Mis tontas acciones habían avergonzado a mi apellido, y no había nada que pudiera hacer para detener la marea que solo florecería y crecería, en las lenguas chismosas de la alta sociedad.

—Los chismes estarán por todas partes por la mañana.

—De hecho. —Estuve de acuerdo. ¿No? Gracias a las amigas de mamá y su afinidad por difundir información, ya sea falsa o no, aquella noche fui testigo, dos veces, de una conversación en voz baja entre mamá y una amiga, y vi a mi madre lamiendo con avidez los detalles que le proporcionaban. Entonces, eso me repugnó y ahora detestaba esta situación.

—¿Qué pensará tu padre?

—Estoy segura que nos lo dirá cuando regrese del club.

De repente, la quemadura en mi mano me recordó su presencia y agradecí la distracción de mi terrible situación. Miré mis manos y tracé los lugares donde James las había sostenido. Estaba segura de no volver a verlo nunca más, sobre lo cual estaba agradecida, pero mi piel zumbaba, donde él me había tocado. Sentía la forma en que su pulgar había limpiado con cautela el perímetro de mi quemadura, como si por arte de magia él esperaba aliviar el dolor.

Cerré los ojos y ahuyenté el sentimiento. ¿Estaba ahora destinada a convertirme en una solterona? ¿Qué caballero de buena reputación me aceptaría como novia con esta mancha ahora sobre mi nombre? Seguramente, el señor Bradwell no lo haría. Debería enviarle su libro mañana, por correo, sin ninguna nota. Mis posibilidades de casarme se desvanecieron esta noche... y fue culpa mía.

—No hay maneras de recuperarse de esto, ¿cierto?

—Tenemos algunas opciones —dijo mamá—. Pero, tu padre tendrá la última palabra.

La esperanza floreció dentro de mí.

—¿Opciones?

Mamá suspiró y el carruaje se detuvo frente a nuestra casa.

—Si te casaras con ese hombre...

—¿James? —pregunté, horrorizada—. No puedo casarme con él. No lo conozco.

La boca de mamá se apretó formando una línea firme.

—Sin embargo, lo llamas por su nombre de pila.

—Solo porque no conozco otro nombre para llamarlo. —Me defendí de esa manera—. Ni siquiera sé su apellido. La señora Hutton lo llamó James y eso fue todo.

—No podemos localizarlo, si no sabemos quién es. —Los ojos de mamá se cerraron y parecía estar implorando por paciencia.

—Si hay que creerle a la señora Hutton, nuestros nombres estarán irrevocablemente conectados por la mañana. Estoy segura que entonces no tendrás dificultades para conocerlo.

—Cierto. —Sus ojos se dirigieron hacia mí.

—Pero, no me casaré con él y no podemos esperar que acepte casarse conmigo. Fue solo un baile, mamá. Cada uno de nosotros estábamos escapando del salón de baile. Seguramente, esa decisión tan tonta no debería obligarnos a pasar juntos el resto de nuestras vidas.

Ella abrió la puerta y tomó la mano del lacayo que la esperaba, antes de salir a la calle. La seguí escaleras arriba y esperé, cuando se detuvo en la puerta de nuestra casa. Ella volteó hacia mí.

—Nos has colocado en una posición muy incómoda, Felicity, diga lo que diga tu padre, debes aceptarlo. ¿Lo entiendes?

—Sí —dije, haciendo lo mejor que pude para mantener la vergüenza y el arrepentimiento en mi voz. Estábamos en un lío por mi propia culpa, y encontraría una manera de salir del mismo

para restaurar nuestro buen nombre de cualquier manera... pero, nunca me casaría con un extraño—. Haré lo que sea necesario.

* * *

Mi padre era un hombre de voz suave. Disfrutaba de actividades tranquilas al aire libre como cazar y montar a caballo, y nunca levantaba la voz. Por lo general, apreciaba su naturaleza pacífica. Sin embargo, la forma tranquila y pensativa con la que me miró esta mañana, mostrando sus ojos desviados y la tristeza filtrándose por su frente, casi me destruye. Lo había decepcionado y eso me dolió mucho más que cualquier ira que pudiera lanzarme. Deseaba que despotricara, delirara y gritara.

Él permanecía de pie junto a la chimenea, jugueteando con su reloj de bolsillo.

—No podemos confiar en el buen carácter de este hombre, Cynthia. Hasta ahora ha demostrado que no es nada bueno.

Los labios de mamá se apretaron y sus ojos ensombrecidos miraron la luz de la mañana, que se filtraba a través de la ventana del salón. Ella caminó detrás del sofá.

—Quizás lo mejor será unas vacaciones más largas.

Papá asintió y se sentó en el sofá frente a mí. Yo estaba presente, pero realmente ninguno de mis padres me hablaba.

—Seguramente, tu hermana estará encantada de recibir a Felicity, en el castillo Arden —dijo papá—. Debe sentirse sola ahora que Jane se ha casado.

Mamá parecía menos convencida y continuó paseando.

—O tal vez lo ideal sería visitar a Jane y su nuevo marido. Solo necesitaría un año, más o menos.

—¿Visitar a Jane y Ewan en Escocia? —cuestioné, llamando la atención de mis padres. Adoraba a mi prima, pero no estaba segura de poder soportar vivir separada de mi familia durante un año entero... y tan lejos—. ¿Quieres enviarme a Escocia por un año?

Mamá se acercó a donde mi padre estaba sentado en el sofá, frente a mí, y se sentó a su lado. Él tomó su mano y la sostuvo en su regazo. Siempre habían parecido un frente unido con una relación fuerte y saludable, y exactamente, eso era lo que yo había querido emular algún día, en mi propio matrimonio. Pero ahora sentí el aguijón de la separación provocada por mi irreflexión y presentada por el espacio entre nosotros. Se había abierto un abismo y mis padres estaban completamente fuera de mi alcance.

—Solo será hasta que los chismes se hayan calmado —dijo papá—. Entonces, podrás regresar, nos uniremos a la sociedad y demostraremos...

—No. Eso no funcionará. —Mamá frunció el ceño. Me quitó un peso de encima escuchar su objeción. ¿Se me podría permitir quedarme con ellos?—. Si enviamos a Felicity fuera, por un año, y luego regresamos, esto solo confirmará los rumores. Toda la sociedad creerá que se fue para dar a luz a un bebé. Si permanece en la ciudad, al menos su cintura puede demostrar su inocencia.

Mi alivio duró poco. Si me quedaba en la ciudad, me someterían a la censura de la alta sociedad. Aunque me sentí un poco aliviada por el simple hecho que mis padres creían que yo era inocente, pero no había ningún curso de acción disponible para mí que no fuera del todo desagradable.

—Si Felicity se casara —dijo mamá en voz baja—. Al menos podría irse y no soportará los desaires ni los golpes de sus amigas de la ciudad.

“¿Desaires? ¿Golpes? ¿Mis propios amigos, aunque pocas, se rebajarán tanto ante un

rumor?”

—¿No crees que tal vez nos preocupamos por nada? —pregunté a la ligera. No podía imaginarme a Marianne Hutton o Eliza Gould dándome el golpe directamente.

—No —dijo mamá sin dudarlo.

—Pero el baile de los Pickering es esta tarde. ¿Qué pasaría si asistiéramos y...?

Un golpe en la puerta del salón cortó mis palabras hasta el fondo y cerré la boca. Mis padres miraron la puerta, como si allí tuvieran que rendir cuentas.

—Entra —llamó papá.

Un lacayo ingresó en la habitación y se acercó a papá, llevando una bandeja de plata con una tarjeta. Papá levantó la tarjeta y mamá leyó el nombre por encima de su hombro. Ella me miró.

—¿Mencionaste anoche que se llamaba James?

Asentí.

—Entonces, ha venido a hacer una visita.

Mis pulmones se contrajeron. Era incapaz de respirar por completo.

Papá se levantó inmediatamente.

—Me reuniré con él, en el estudio.

Mis padres intercambiaron una mirada y papá asintió en un código tácito. Fuera lo que fuese lo que habían acordado, no creía que lo encontraría muy agradable.

El clic de los zapatos de mi padre sobre el suelo de madera marcaba el ritmo de mi pulso acelerado. No podía creer que James estuviera ahora en mi casa, que esperara una reunión con papá en la entrada, dos pisos debajo de nosotros. El silencio era denso en la habitación y no podía soportar quedarme quieta ni un momento más.

Mamá levantó la cabeza, cuando me puse de pie.

—¿A dónde vas?

—A la reunión. Están hablando de mí, ¿no?

—Es mejor dejarle esto a tu padre, Felicity.

¿Felicity? Mi madre rara vez me llamaba por mi nombre completo y, sin embargo, esta vez sus labios no pronunciaron Lissy, a pesar que la decepcioné. Respiré profundamente.

—No puedo dejar mi futuro en manos de otras personas. Seguramente, al menos, no me negarán una audiencia.

Siempre había sido callada y reservada, y a menudo optaba por leer cualquier opción social que se me presentaba. Nunca hice un escándalo y no les di mucha pena a mis padres. Siempre fui una hija adecuada, y mis acciones anteriores habían dado a mis padres motivos para que me creyeran, inmediatamente, cuando les dije que no había hecho nada malo con el caballero de la biblioteca. ¿No debería continuar siendo así?

—A tu padre no le gustará esto.

—Entonces, puede que me expulse de esa reunión —dije y salí de la habitación. Estaba agradecida porque mi mamá no me detuvo.

Capítulo 4

El estudio de mi padre estaba en la planta baja de nuestra casa y mi corazón se aceleró cuando llegué allí. La gruesa puerta de roble estaba cerrada y me quedé en el pasillo frente a la misma, mirando el pomo de latón, en relieve, y rogando que mi pulso disminuyera inmediatamente. Tendía a evitar la confrontación a toda costa, pero más que eso, temía con lo que me encontraría.

Aunque era un coqueto, la noche anterior James parecía un hombre amable. ¿Qué revelaría la dura luz de la mañana?

Me levanté y pensé en Ester de la Biblia y en la forma en que se acercó a su rey sin que nadie se lo pidiera. No estaba violando ninguna ley al acercarme a mi padre, pero seguramente, él no deseaba esto.

Podría ser tan valiente como Ester.

Mi mano se cerró en un puño y llamé a la puerta dos veces, antes de girar el pomo, y entrar. Mi padre estaba sentado en su escritorio y James permanecía frente a él. Ambos hombres voltearon hacia mí, mientras yo seguía en la puerta. Los ojos de James estaban turbios. Sus cejas oscuras lucían dibujadas y serias. Llevaba una chaqueta marrón sobre un chaleco bronce, y su ropa estaba muy bien hecha, aunque de diseño simplista. No parecía contento de verme, y solo podía imaginar cuán profundamente él lamentaba nuestro baile.

—No es un buen momento, querida —dijo papá.

Me aclaré la garganta y volví a considerar a Ester. Sin embargo, esta era mi vida y mi error. Me ocuparía de encontrar una solución que nos conviniera a todos.

—Siento que es importante que me incluyan en esta conversación, papá. Después de todo, es culpa mía que nos hayamos encontrado aquí.

James se levantó, como si lo hubiera pensado en el último momento, y se pasó una mano por el pelo.

—Yo también tengo la culpa.

La suavidad de su tono profundo me sorprendió, aunque no sabía por qué: no me había dado ninguna razón para creer que estaba enojado conmigo. Su disculpa en el pasillo la noche anterior no hizo más que demostrarlo.

Traté de alejar la mariposa que actualmente estaba corriendo alrededor de mi abdomen. No me gustó el sentimiento, pero sabía que era producto de la compasión de James.

—Supongo que eso ya no importa —expresó papá—. Hemos llegado a una decisión, que complacerá a ambas partes.

Miré entre ellos.

—¿Cómo se puede complacer a ambas partes, si yo no fui incluida en la toma de la decisiones?

Las cejas de papá se juntaron, e inmediatamente me di cuenta que se refería a él mismo como una de las partes en cuestión. Y esto agradó tanto a James, como a mi padre.

—Necesitaremos tu permiso, por supuesto, para poder seguir adelante —dijo James.

Esto fue un gesto de amabilidad que ninguno de mis padres me había ofrecido hasta el momento, y le lancé a James una mirada de gratitud.

—Entonces te dejaré con eso —destacó mi padre, levantándose de su asiento.

¡No! ¡Oh, no, no, no! La única razón por la que papá nos dejaba en paz era porque James

necesitaba pedirme formalmente que me casara con él.

—¿No nos estamos moviendo demasiado rápido? —pregunté, aunque mis palabras no frenaron la huida de papá.

—Hemos llegado a un acuerdo, Felicity.

—Sí —dije, tomando la manga de mi padre, antes que él pudiera abandonarme por completo—. Pero, ¿no hemos escalado la situación a una velocidad alarmante? Todavía no hemos probado la fuerza de los rumores...

—Al contrario —replicó James—. Hice eso anoche, pero, se mueven tan rápido y son tan volátiles, tal como lo predijo mi madrina.

Un miedo frío se instaló en mi estómago, y agarré con más fuerza la manga de mi padre con la esperanza de mantenerlo conmigo. No podía volver a estar a solas con James tan pronto. Mi corazón se aceleró y mis extremidades se sentían débiles.

—Pero, tal vez deberíamos intentarlo, una vez más, antes de tomar una decisión que afectará el resto de nuestras vidas. Seguramente, si asistimos al baile de los Pickering, esta noche, nuestra voluntad de asistir a un evento social demostrará que no tenemos nada que ocultar.

—No importa que no tengamos nada que ocultar —aclaró James—. Se trata de nuestros buenos nombres.

“Nuestros buenos nombres”. En mi estado de estrés, había olvidado que mi familia no era la única que sufriría estos rumores. James podría tener hermanas con la esperanza de casarse, quienes estarían perjudicadas por un escándalo. Aunque yo no tenía hermanas, y por eso sentía que podía soportar convertirme en una paria social, y de todos modos, no me interesaba asistir a eventos de la sociedad.

Pero... A mi mamá sí. Ella adoraba la sociedad. Todo lo que aceptaría sería únicamente por su bien y el de mi padre. Ellos prosperaron en Londres y no podía quitarles esa dicha.

—¿No podemos al menos probar la volatilidad esta noche, antes de tomar estas medidas drásticas? Seguramente, ¿otro baile más no puede hacernos tanto daño? —supliqué.

Papá vio a James, pero cuando seguí su mirada, encontré a James observándome. Su rostro era firme, ahora faltaba la tristeza que estaba presente antes.

—Puedo aceptar posponerlo un día más, si eso es lo que requiere la señorita Thurston.

A mi padre no le gustó esto.

—Preferiría que el asunto se resolviera, ya...

James dio un paso hacia nosotros, sosteniendo su sombrero en sus manos.

—Supongamos que resolvamos el asunto ahora, pero esperaremos para hacer cualquier anuncio hasta que lo tengamos... confirmado... Esta noche, en el baile de la sociedad. Si estamos de acuerdo en seguir adelante, sería el lugar ideal para hacer nuestro anuncio.

Apreté con más fuerza la manga de papá y él miró mi mano, y luego a mí.

—Muy bien. —Él abandonó la habitación y cerró la puerta detrás de él, dejándonos en un silencio denso.

—Todo esto es tan ridículo —dije, levantando la mirada para encontrar a James mirándome pensativamente.

—Y pensar que la mayoría de la gente creerá que usted ha logrado hábilmente atraparme para casarme, señorita Thurston.

Mis mejillas se llenaron de calor y él debió darse cuenta de la irreflexión de sus palabras. Dio un paso adelante.

—Perdóname. Eso fue una falta de tacto.

—De hecho, así fue.

—Solo quise decir que nuestra situación parece...

—Sí, entiendo lo que quieres decir. Es injusto, en verdad, que me culpen cuando fui yo quien intentó salir temprano de la biblioteca, y usted me convenció para que adoptara una posición comprometedora.

—Quizás deberíamos abstenernos de señalarnos con el dedo. No queremos empezar una vida juntos bajo un tono tan acusatorio.

“*Empezar una vida juntos*”. Puntos negros inundaron mi visión y mi estómago se revolvió. No podía casarme con un hombre que acababa de conocer. ¿Qué pasaría si realmente tuviera cuarenta años y solo pareciera joven, o tuviera una gran afinidad por el pastel Stargazy? No podía soportar sentarme en una mesa con cabezas de pescado saliendo de una masa de pastel dorada por el resto de mi vida.

—Te ves pálida.

—Gracias —dije con algo de sarcasmo, pero le permití tomar mi mano y llevarme a una silla.

Se arrodilló ante mí y estábamos casi a la misma altura de nuestros ojos. Él dejó su sombrero sobre el escritorio de papá. Su frente se arqueó con preocupación.

—¿Estás enferma?

Negué con la cabeza.

—Simplemente es por aceptar esta terrible situación.

James sonrió.

—Al menos, puedo ver que estás decidida a mantenerme como un hombre humilde.

—No me di cuenta que ya poseías ese rasgo admirable. Más bien pensé que te lo estaba enseñando.

Él se rió entre dientes y tomó mi mano entre las suyas. Nuestra proximidad me dejó sin aliento, y luché por dónde colocar mi mirada. Me decidí a mirarlo a los ojos y noté que eran una hermosa mezcla de verde y marrón con motas de oro en el centro.

Era ridículo lo fácil que era perderme en ellos.

—Aprecio su consideración —dijo—. Y puedo ver que no se deben tomar medidas sin una evaluación exhaustiva. Asumo mi culpa...

Levanté las cejas y él sonrió.

—Muy bien, asumo la mayor parte de la culpa por la situación en la que nos encontramos y me gustaría rectificarla de la única manera que se me ocurre.

—¿Has pensado lo suficiente en esto? —le pregunté—. Quizás haya una respuesta con la que aún no hemos tropezado.

La boca de James formó una media sonrisa.

—Anoche sacrifiqué el sueño, pensando en nuestra situación. Consulté a personas de confianza y creo que esta es la mejor manera de avanzar.

Pensé en la mujer que vi coqueteando con él en la mesa de refrigerios la noche anterior, y me di cuenta de lo poco que sabía de su vida.

Todavía él sostenía mi mano y yo cubrí la suya con la otra, mientras que mis dedos desnudos se curvaron alrededor de los suyos. Parecía quedarse quieto, aunque no lo solté.

—No soy tan ingenua como para esperar amor, pero no puedo seguir adelante si sé que tienes en estima a otra mujer.

Ahora, el señor Bradwell estaba verdaderamente fuera de mi alcance, así que podía admitir con seguridad que habría firmado cualquier acuerdo sin inhibiciones.

James se aclaró la garganta y su mirada recorrió mis ojos.

—No tengo a nadie en mi corazón, señorita Thurston.

—Pero, ayer, cuando pasé junto a ti en el salón de baile, parecías...

—No hay ninguna mujer que tenga ningún derecho sobre mí, lo prometo.

Me relajé y quité mis manos de las suyas. Las volvió a tomar y miró hacia abajo, levantando mi quemadura para verla mejor.

—¿Has puesto algún ungüento en tu herida?

—No, pero como puedes ver, ya está mejor.

—Pero, en este momento, parece tan rojo como anoche.

—Bueno, duele mucho menos.

Él miró hacia arriba.

—Entonces, ¿admites que te dolió anoche? ¿Por qué insististe en lo contrario?

—Porque no podía permitir que irrumpieras en el salón de baile, en busca de ungüento.

—Ya veo que no tendremos un matrimonio aburrido, señorita Thurston.

—No me di cuenta que habíamos acordado casarnos —susurré.

James tomó mis dos manos, todavía de rodillas. Fue el gesto más romántico en mis veintidós años, y me obligué a recordar que él no tenía poder de decisión. Esto no se trataba de mí, en realidad no.

—¿Por qué estás de acuerdo con esto? —le pregunté—. Seguramente, podrías dejar la ciudad por unos meses y regresar la próxima temporada con tu reputación intacta.

—Potencialmente, pero una vez le hice una promesa a mi madre, y eso requiere que no me aleje de ti. De otra manera, no podría vivir conmigo mismo. —Él dio una pequeña sonrisa—. Vine a Londres con la intención de encontrar una esposa, por lo que no es un acuerdo tan odioso para mí como podrías creer.

Asentí. La curiosidad me invadió para preguntarle la naturaleza de la promesa que le hizo a su madre, sin embargo, eso era una pregunta íntima y no me atrevía a decírla en voz alta.

Había algo extrañamente aliviador al saber que James se sentía listo para casarse, y que yo no lo había obligado a una situación para la que aún no estaba preparado.

Me apretó los dedos.

—Señorita Thurston, ¿aceptará convertirse en mi esposa?

Mi estómago se hundió como una paloma volando y contuve el aliento. Ni siquiera estaba preparada para pensar cómo se sentiría esto. A pesar de mis protestas, disfruté la forma en que James me levantó el ánimo con aparentemente poco esfuerzo.

—Sí, James. Lo haré. —Él sonrió suavemente y continué—, pero solo si nuestra situación parece irreversible por sí sola.

Él moderó su sonrisa y asintió.

—Muy bien. Te veré esta noche en el baile de los Pickering.

Él se puso de pie y cruzó hacia la puerta. Yo también me levanté.

—¿James?

—¿Sí? —Dio la vuelta y esperó.

—¿Cuál es tu apellido?

Él sonrió.

—Estoy seguro que en todas tus fantasías infantiles sobre cómo sería tu boda, no imaginabas que tendrías que pedirle a tu novio que te diera su apellido, después de comprometerte.

Me reí suavemente.

—No, no lo hice.

—Soy Bradwell, señorita Thurston. Mi nombre es James Bradwell.

Privado del habla, no pude hacer más que asentir, mientras James me hacía una suave reverencia y salía de la habitación.

Resultó que, después de todo, estaba destinada a convertirme en Felicity Bradwell. El problema era que me estaba casando con el señor Bradwell equivocado.

Capítulo 5

Mamá estaba sentada frente a mí en el carruaje con la mirada inquieta.

—¿Estás segura que deseas hacer esto, Felicity? Simplemente podemos entrar y anunciar el compromiso de inmediato. Quizás podamos frenar algunas lenguas, antes que se muevan excesivamente.

—Estoy segura. —Jugueteé con el borde transparente de la capa de mi vestido. Las flores azules estaban destinadas a iluminar mi cabello rubio rojizo, pero no estaba segura que hicieran mucho más que agregar un gran gasto a un vestido, que ya era costoso. No necesitaba el bordado, pero mamá había deseado que mis vestidos fueran los mejores para escapar de la censura del esnobismo hiperactivo, presente en la mayoría de los eventos de sociedad.

Papá me miró expectante y yo dirigí mi atención hacia él.

—¿Tiene el señor Bradwell fondos suficientes o quedaste obligado a aportar una buena dote?

—Le entregué una cantidad generosa que permanecerá a tu nombre, independientemente de lo que le pase a su marido.

—Es simplemente una precaución —explicó mamá—. Si tu marido muere repentinamente, no quedarás desamparada, cuando sus bienes pasen al siguiente heredero.

Asentí, consciente del propósito.

—¿James no necesitaba nada más para él?

Papá negó con la cabeza.

—Él no quiso.

Nuestro carruaje se detuvo y seguí a mis padres desde el vehículo hasta la casa. Había pasado todo el día considerando mi situación, pero todavía no podía encontrarle sentido. ¿Estaba James relacionado de alguna manera con el señor Bradwell que conocí el año pasado en Northumberland, o fue una mera coincidencia que ellos compartieran ese apellido? Había pasado los nueve meses anteriores, desarrollando un sentimiento por mi señor Bradwell, y los acontecimientos recientes me habían obligado a dejar de lado esos sentimientos por el nuevo futuro que se avecinaba ante mí. No podía conciliar el hecho que posiblemente me relacionaría con ese hombre de alguna manera.

Entramos a la casa y nos unimos a la fila de recepción para saludar a nuestros anfitriones. Las puertas del salón de baile estaban abiertas frente a nosotros. Una luz naranja fluía desde la habitación hacia el pasillo, y me incliné más hacia mis padres, a medida que nos acercábamos.

—¿No le parece extraño que el señor Bradwell comparta apellido con el caballero que nos ayudó, cuando nuestro carruaje se rompió el año pasado?

Papá me miró de manera rara.

—¿Extraño? Esa fue una de las razones por las que me sentí lo suficientemente cómodo como para aceptarlo. Ya habíamos conocido a un miembro de la familia del señor Bradwell, y el hombre demostró tener un carácter excelente, durante nuestra terrible experiencia el año pasado.

—¿Ellos están relacionados?

—¡Cielos! Querida, ¿no lo sabías? —susurró mamá, mientras la pluma se balanceaba en su tocado—. Esos hombres son hermanos.

Mi corazón cayó hasta mi estómago, y miré hacia arriba, cuando entramos al salón de baile para encontrar a James parado frente a mí, mirándome ingresar a ese sitio. Mis hombros se

enderezaron inmediatamente y sostuve su mirada. “¿*Hermanos?*” Eran igualmente guapos, pero no se parecían en nada, aparte del pelo oscuro. Pero más de la mitad de los hombres en este salón de baile poseían cabello oscuro, por lo que no se me podía culpar por no ver esa característica distintiva.

—¡Ah! Señorita Thurston —dijo la señora Pickering, haciéndome una reverencia. Sus altas plumas blancas temblaron cuando volvió a levantar la cabeza y yo le devolví el gesto—. No sabía si tendríamos el placer de su compañía esta noche.

—Me alegro muchísimo de estar aquí, señora Pickering, y su salón de baile luce sencillamente impresionante.

La mujer se acicaló como el pájaro, cuya pluma adornaba su cabello, y yo me escabullí, siguiendo a mis padres. Quería poner a prueba mi aceptación social y demostrarles a mis padres que el matrimonio era una acción innecesaria, pero busqué en el salón y no pude encontrar a nadie a quien pudiera llamar como amigo o amiga.

Mamá vino a mi lado con una sonrisa nerviosa, mientras papá se escabullía para localizar la sala de juegos.

—No estoy segura a dónde ir. Veo a muchas de mis amigas, pero no puedo soportar que me rechacen.

—No serás rechazada —dije con más confianza de la que sentía.

Otro recorrido por el salón de baile y noté que James caminaba hacia nosotros.

Hizo una reverencia, una vez que llegó a nuestro lado.

—Buenas noches.

Extendí mi mano, él la tomó y me dio un beso en el dorso de mi guante. La presión de sus labios estaba directamente sobre la quemadura que había recibido de la vela y me cortó la respiración. ¿Lo había hecho intencionalmente? Cuando levantó la cabeza, el brillo en sus ojos demostró que, efectivamente, había sabido exactamente lo que estaba haciendo.

Mi ánimo no pudo evitar fortalecerse con la descarada referencia a la reunión que, para empezar, nos había catapultado a este lío.

—¿Has encontrado que la sociedad es de tu agrado? —preguntó en voz baja.

—No he tenido tiempo suficiente para evaluarlo —respondí—. Y mi madre tiene demasiado miedo para hacerlo.

—¿Puedo invitarla a un baile, señorita Thurston?

—No deseo causarle decepción, señor Bradwell, pero creo que ya he dejado claras mis opiniones sobre el baile.

—Y, sin embargo, te encuentras en un baile.

—¡Oh, Felicity! —Mamá me regañó en voz baja—. No puedes rechazar al hombre.

—Sí —añadió James con una sonrisa—, no puedes rechazarme. Además, creo que me debes un baile.

Una mueca silenciosa salió de mi garganta.

—No ganaste la apuesta anoche.

—Creo que sí, pero, nos interrumpieron, antes que pudieras admitirlo.

No era bueno empezar nuestro matrimonio con una mentira, así que no debía discutir su punto. Sin embargo, no pude contenerme. No pude soportarlo hasta que una energía ansiosa me llenó hasta el punto de desmayarme. Mis nervios ya estaban alterados, pero desmayarme solo lo asustaría y me haría quedar como una tonta.

—Debo encontrar a Marianne o Eliza. Necesito demostrar que nada ha cambiado para mí.

La sonrisa de James se hizo más tensa.

—¡Ah, sí! No permitas que me interponga en tu oportunidad de liberarte de cualquier obligación hacia mí.

Era imposible saberlo con certeza, pero casi sonaba como si James estuviera herido por esta idea. No pude reconciliarlo. Quizás no estaba acostumbrada al rechazo, o al concepto que una mujer no querría cambiar toda su vida para casarse con él, fuera un extraño o no. Era extremadamente guapo, bien considerado y provenía de una familia respetable, y tenía los bolsillos lo suficientemente ricos como para no necesitar una dote enorme. De modo que su confianza aparentemente estaba justificada.

Estaba claro que estaba conforme conmigo, o con la perspectiva de no necesitar buscar a una esposa. Sin embargo, él no actuó como si ese fuera el caso.

Marianne Hutton entró en la habitación del brazo de su madre.

—Debo ir con mi amiga. Lo haré... Te encontraré más tarde, James, si eso es lo que deseas.

—Lo harás —dijo en voz baja.

Me escabullí, antes que pudiera pensar profundamente en el significado detrás de su comportamiento esta noche y crucé el salón de baile siempre lleno hacia los Hutton. La señora Hutton se había detenido para hablar con otra mujer, pero Marianne estaba a unos pocos pies de distancia. Me acerqué a ella y le hice una reverencia.

—Buenas noches, Marianne.

Ella pareció sorprendida y su mirada pasó de mí a su madre.

—B-buenas noches, Felicity.

—No tuve la oportunidad de hablar contigo anoche, pero tu baile estuvo hermoso.

Tragó saliva y su mirada se dirigió de nuevo hacia su madre. Inclínándose, bajó la voz.

—No se me puede ver hablando contigo, Felicity. No hasta que el escándalo haya pasado. Por favor, no me hagas alejarme. Valoro demasiado tu amistad como para tratarte de manera tan abominable.

Mi estómago cayó hasta mis pies y le di una sonrisa forzada, bajando la cabeza, antes de darme la vuelta nuevamente. Al menos, ella tuvo la cortesía de explicarse en lugar de cortarme. Encontré a Eliza Gould, no muy lejos, entre un grupo de señoritas y caminé en su dirección, pero cada una de ellas dio la vuelta, antes que pudiera acercarme más.

Nunca me había sentido cómoda en un salón de baile, pero tampoco tan aislada como en ese momento. Me temblaban las manos y mis pulmones no lograban respirar por completo. Busqué a mi madre y la encontré, igualmente aislada, al otro lado del salón.

El cabello cobrizo del señor Peel destacaba entre la multitud, y decidí (en un ataque de pura locura, obviamente) pasar delante de él en mi camino de regreso, al lado de mi madre. Si él también me ignoraba, entonces estaba verdaderamente hundida.

En caso contrario, pagaría por el alivio de conservar algo de reputación, al verme obligada a aceptar su petición de bailar, como sin duda él me ofrecería. Incluso valía la pena la perspectiva de desmayarme para demostrarles a mis padres y a James, que las cosas no eran tan espantosas como parecían.

Todo mi paseo por el salón de baile me proporcionó suficientes pruebas que yo era el centro de los chismes de esta noche. Mi nombre se susurraba junto con el del señor Bradwell, en todos los lugares donde pisaba, y la gente se apartaba de mi camino, como si yo fuera Moisés y ellos el Mar Rojo. Cuando llegué al área donde estaba el señor Peel, me encontré suplicándole en silencio, que se interpusiera en mi camino y me detuviera, pero seguí caminando y él giró la cabeza después de captar mi mirada.

Él ni siquiera podía fingir que no me había visto, ya que capté su expresión de pánico.

Mi visión brillaba oscuramente en los bordes, mi respiración provenía rápidamente de las miradas dirigidas hacia mí desde todo el salón. Cogí el brazo de mamá, como si fuera un faro y me aferré allí, deseando que mi corazón se calmara y que la oscuridad retrocediera.

Mamá tomó mi mano y apretó mis dedos. Las lágrimas brotaron de mis ojos e hice lo mejor que pude para parpadear y alejarlas, luego cerré los ojos y me concentré en controlar mi respiración.

—Fui una tonta al sugerir esto.

—No, estabas llena de esperanza —corrigió mamá suavemente—. Una tonta es la que ha perdido toda esperanza.

—El señor Peel ni siquiera me mira.

—Esa es su pérdida, totalmente —dijo James, apareciendo a mi lado de inmediato. Los instrumentos se afinaron en preparación para comenzar el baile, y él levantó su mano hacia mí—. ¿Podemos bailar ahora, señorita Thurston?

Miré desde su mano extendida hasta su rostro serio.

—No está siendo modesto, señor. Realmente no puedo bailar.

Mamá se burló en voz baja.

—Sí, tú puedes. De todos los momentos en los que debes someterte a los nervios, ahora no es el momento de rendirte. —Volteó hacia James—. Solo prepárate para atraparla, si surge la necesidad.

—¿Atraparla?

Mis mejillas se calentaron y no quise dar explicaciones.

—Será mejor que no.

Mamá ni siquiera se disculpó cuando susurró:

—Me temo que después de la forma en que te rechazaron por completo, ya no tienes otra opción.

James parecía estar de acuerdo con mi madre y dejé escapar un suspiro tembloroso. Quizás esta vez sería diferente. Bailar con James la noche anterior no me había provocado ningún desmayo. Había sido agradable. Quizás eso era todo lo que necesitaba esta noche.

Deslicé mi mano en la suya y él la sostuvo con fuerza, colocándola sobre su brazo doblado para llevarme a la pista de baile.

Tomamos nuestros lugares en la cuadrilla y esperamos a que comenzara la música. Mi piel ardía por los muchos ojos puestos sobre mí, y ya podía sentir mi ritmo cardíaco aumentar por haber captado tanta atención.

—No estoy seguro de poder hacer esto —susurré.

James me miró, levemente alarmado.

—¿Qué quiso decir tu madre cuando me pidió que te atrapara? ¿Eres propensa a tropezarte?

—No... Soy propensa a desmayarme.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¡Oh, mujer! ¿Por qué?

Negué con la cabeza. Dos de las otras parejas habían comenzado a caminar, pero yo apenas podía escuchar la música por el fuerte pulso que retumbaba en mis oídos. Me temblaron las manos y logré realizar los movimientos lo suficientemente bien, cuando llegó nuestro turno.

Regresamos a nuestros lugares originales y James se acercó.

—¿Nos sentamos? Podemos irnos ahora.

No podía hablar. Se me había secado la boca y en unos momentos tendría que dar un paso adelante y realizar algunos pasos con el extraño al otro lado. James me vio alejarme de él. Su

mirada estaba fija en mí, mientras hacíamos los movimientos que requería la cuadrilla. Giré para encontrarlo en el lado opuesto del set, usándolo como un faro para mantenerme concentrada en la tarea que tenía entre manos.

Si mantuviera mi atención en James, tal vez podría ignorar a la multitud de espectadores.

Sin embargo, a medida que continuaba el baile, mis nervios aumentaron. Bailé de regreso al lado de James y su mano apretó la mía.

—¿Estás bien?

—Sí —dije con la voz sin aliento. No podía inhalar completamente, pero mientras pudiera respirar, podía bailar.

—¿Estás segura?

Las miradas de los habitantes del salón recorrieron mi columna como pequeños insectos y mi estómago se retorció.

—Sí, estoy bien —dije. Aunque realmente esto era todo lo contrario.

Nos movimos al centro del set y nos alejamos de nuevo, y sentí la atención de James tan profundamente, como los chismes sobre el salón.

James tenía razón. Mi padre y él no se habían equivocado, aunque yo me resistía a admitirlo. No podíamos salir de las profundidades de este escándalo sin algunas víctimas. Era mejor sacrificarme a mí misma que afectar la felicidad de mis padres.

—Necesitamos hacer el anuncio —dije.

Volteó hacia mí bruscamente, dando un paso en falso. Sin embargo, tenía pies ligeros y apenas fue un error perceptible.

—¿Estás segura?

—No tenemos otra opción. No, a menos que queramos seguir siendo el centro de atención de una forma tan horrible. —Lamentablemente, ser observada tan completamente, pero ignorada por mis amigas era el peor tipo de tortura.

—No me he dado cuenta —dijo.

Me reí levemente, pero los puntos negros ya amenazaban los bordes de mi visión, e hice lo mejor que pude para concentrarme en James. De alguna manera, parecía mantener a raya la oscuridad.

Nos encontramos moviéndonos constantemente al ritmo de la música, dentro y alrededor de las otras tres parejas, y mientras me concentraba en James, podía bloquear el resto del salón. Cuando llegó el final del baile, me vi obligada a rodear al hombre que estaba a mi lado, en dirección opuesta a lo que James estaba haciendo, e hice lo mejor que pude para mantenerlo en mi línea de visión.

En cambio, capté la mirada de la joven que se había reído entre dientes la noche anterior, cuando James le había dado un vaso de limonada. Su ceño era profundo, estropeando su bonita frente, y de inmediato noté cada mirada de los espectadores, que me rodeaban, mirándome. Mi corazón se aceleró, mi visión se volvió borrosa, giré en dirección equivocada y me topé con otra bailarina.

El hombre me enderezó, pero mi respiración se aceleraba demasiado. Busqué a James entre los bailarines, pero no estaba.

La oscuridad rápidamente se apoderó de mí, mis piernas se volvieron indefensas y caí.

Capítulo 6

—¿Dónde puedo acostarla?

La voz llegó a mis oídos, cuando la consciencia volvió a mi mente, y me moví contra el sofá firme, pero acolchado.

—¿Se está moviendo? —preguntó una mujer.

—Sí. ¿Tiene una sala de estar, señora?

El ruido de las palabras de James estaba cerca, vibrando a través de mi brazo, y luché por abrir los ojos.

Tan pronto como lo hice, los cerré nuevamente. El rostro de James estaba justo encima del mío y sus brazos me rodeaban. Sentí el ruido de sus palabras porque el hombre me estaba sacando del salón de baile. No era un sofá en el que me apoyaba, sino el hombro de James. Si pudiera hundirme en el suelo y escapar de este horror para siempre, lo haría.

El suave vaivén de sus pasos me arrullaba, pero no me permitía sucumbir al sopor que generalmente me invadía después de un rato. Inspiré profundamente y al instante me arrepentí, cuando mi nariz fue asaltada con la colonia picante de James. Era increíblemente deliciosa y ahora nunca podría olvidar lo bien que olía.

Seguimos a una mujer a otra habitación y James se inclinó para recostarme en el diván. El aire fresco entró, cuando me soltó, e inmediatamente extrañé la sensación de estar acunada en sus brazos. Se agachó a mi lado y levantó una mano para quitarme el pelo de la cara.

—Ahora veo por qué evitas bailar a toda costa —susurró.

No pude evitar sonreír.

—Me alegra que te puedan enseñar a entrar en razón. —Tragué, un miedo real se apoderó de mi estado de somnolencia. Ahora, él me había visto en mi peor momento—. Si ya no deseas seguir adelante con el compromiso...

—Al contrario —dijo, antes que pudiera pronunciar otra palabra—. Creo que sería prudente anunciar nuestras buenas noticias tan pronto como sea razonablemente posible hacerlo. ¿Puedo traerte un vaso de ratafía o quizás un paño frío para tu frente?

Él miró a la mujer que estaba en la habitación con nosotros y noté que era la señora Pickering.

—¡Oh! Por supuesto —dijo ella de inmediato. Su pluma se balanceaba con sus movimientos entrecortados—. Enviaré para ambos, a la vez.

Cuando nos dejó solos en la habitación, James sonrió con tristeza.

—Me alegra que hayas aceptado el compromiso porque ahora que la señora Pickering escuchó nuestra mención del compromiso, seguramente, ella ha comenzado a difundir la noticia en su salón de baile.

—Tortuoso —susurré.

Él se rió levemente y tomó mi mano, llevándola a sus labios.

—Solo me alegra que parecieras recuperarte tan rápidamente. No puedes saber lo terrible que fue verte caer.

—¿No me golpeé la cabeza esta vez? A veces, el dolor de cabeza que lo acompaña puede durar días.

—No, no te golpeaste la cabeza —confirmó en voz baja.

La puerta se abrió de nuevo y mamá entró.

—¡Oh, maldita sea! Esperaba que pudieras completar al menos un baile esta noche.

—Perdóname, mamá.

Ella rechazó mi disculpa y se dirigió hacia James, quien se levantó en su presencia.

—Gracias por atraparla, señor Bradwell. A veces se golpea la cabeza y el dolor de cabeza resultante persiste durante días.

Lo miré fijamente.

—¿Me atrapaste?

El asintió.

—No fue nada. Agradezco la advertencia, o tal vez no te hubiera vigilado.

¿Me atrapó? Estaba tratando de recordar y no pude verlo en mis últimos momentos de lucidez. Debí haberme estado prestando mucha atención. No podía determinar por qué la idea de eso provocó que un escalofrío me recorriera, perseguido por un calor en mi pecho.

—¿Ya puedes pararte?

Moví las piernas por el costado del sillón y esperé. Ya no estaba mareada, pero sí seguía débil.

—Casi —dije.

—Nos gustará anunciar nuestras buenas noticias —dijo James.

Mamá me miró fijamente.

—¿Eso es así? Iré a buscar a tu padre a la sala de juegos. Querrá estar presente.

La vimos irse y exhalé un suspiro de aire. Fue sorprendente lo rápido que las madres estuvieron dispuestas a dejarnos en paz, al enterarse de nuestro compromiso oficial. Era como si lo único que nos advirtieran que no hiciéramos, una y otra vez, fuera inmediatamente aceptable. Aunque no me sentí diferente y nuestras circunstancias apenas parecieron cambiar.

Estiré el cuello para ver su rostro.

—Gracias, James.

Se inclinó para mirarme.

—Ciertamente, no fue nada.

—Sí... Fue algo para mí. —Sostuve su mirada verde-dorada.

Una criada entró en la habitación con un pequeño cuenco de agua y un trapo, y otra la siguió con un vaso de ratafía. Tomé la bebida y bebí unos tragos, antes de dejar el vaso en una mesa cercana.

—¿Estás lista para enfrentarte a las hordas? —murmuró James.

—No creo que tenga otra opción.

Nos encontramos con mis padres en el pasillo y James me ofreció su brazo. Me apoyé en él más de lo que pretendía, pero el desmayo debilitó mis piernas y era agradable tener a alguien a mi lado.

Papá abrió las puertas para nosotros, y James y yo entramos juntos al salón de baile. La conversación entre los ocupantes más cercanos a las puertas se detuvo rápidamente y James se inclinó para susurrarme al oído.

—Sonríe, cariño, o pensarán que no estás contenta con este acuerdo.

Sonreí con naturalidad y lo miré.

—Estoy segura que no lo creerás, pero hace tiempo que no me siento tan bien.

Él observó mi mirada, una que pasó por su rostro y era completamente ilegible.

Tragué fuerte. ¿Había dicho algo equivocado?

La señora Hutton se acercó a nosotros con una sonrisa vacilante en los labios.

—¿He oído correctamente que es necesario felicitarlos?

—De hecho, ya lo has hecho —dijo James, lo suficientemente alto como para que todos los que estaban cerca lo escucharan—. Soy un hombre afortunado esta noche, porque la señorita Thurston ha aceptado ser mi esposa.

“*Esposa*”. La palabra era sólida y llena de significado. Tenía mucho más peso del que justificaban sus miserables seis letras... Tantas expectativas y exigencias que abarcarían las décadas restantes de nuestras vidas. Los deberes y responsabilidades que me esperaban me tranquilizaron inmediatamente y, al mismo tiempo, me sentí libre.

—¿Cuándo planean casarse? —preguntó la señora Hutton.

—Tan pronto como podamos —dijo—. Estoy ansioso por llevarme a Felicity a casa conmigo.

—¡Oh! —dijo la señora Hutton, claramente complacida por este pronunciamiento. Era un mérito para ella que pareciera genuinamente contenta y aliviada por James—. Creo que ella adorará Chelton.

—Sin duda. —Él asintió.

Nos adentramos más en la habitación y me incliné hacia él.

—¿Chelton?

—Mi patrimonio... Está en Cumberland.

—¿Cumberland? ¡Cielos! Eso está muy lejos. Bien podríamos habernos ido a Escocia.

Él me miró de forma extraña y yo me mordí la lengua.

—¿Sueles permanecer en Cumberland, James, o pasas mucho tiempo en Londres?

—Prefiero Chelton. Creo que también podrías hacerlo, una vez que lo hayas visto.

Eso ciertamente explicaría por qué todavía no había visto al hombre hasta ahora. Pero la realidad que iba a estar tan lejos de mis padres era preocupante.

—¿Hay espacio para entretenimientos?

Él me miró.

—Sí. ¿A quién te gustaría invitar?

—Solo a mis padres.

James miró por encima de mi hombro al grupo que rodeaba a mamá y yo seguí su mirada. Las mujeres que se habían negado a hablar con ella, a nuestra llegada esta tarde, ahora se estaban reconciliando con ella, sin duda esperando obtener fragmentos de información, y eso me revolvió el estómago. Eran volubles en sus atenciones y me enojaba que la marea de sus sentimientos pudiera alterarse tan fácilmente.

—Por supuesto, tus padres serán bienvenidos tantas veces como quieras.

—Eso es muy generoso de tu parte.

Deslizó sus dedos alrededor de los míos y mi corazón tartamudeó.

—También será tu hogar.

La música continuó llenando el salón, y los bailarines se movían por el centro de la pista, mientras amigos y conocidos se acercaban a felicitarnos.

Mis pies estaban cansados, pero permanecí de pie junto a James, impresionada por su capacidad para navegar diplomáticamente en las diferentes conversaciones. La mayoría de las personas que se acercaron a nosotros no eran más que conocidos para mí, pero James parecía conocerlos a todos. El carisma emanaba de él, en oleadas, y pude permanecer tranquilamente a su lado, mientras él llevaba la carga de mantener las conversaciones.

La mujer rubia, a quien había visto con James la noche anterior, en la mesa de refrigerios, se acercó e hizo una reverencia, con los ojos muy abiertos fijos en mi prometido.

—Buenas noches, señor Bradwell.

James hizo una reverencia.

—Buenas noches, señorita Norland. ¿Conoce a la señorita Thurston?

—Me temo que no —dijo la señorita Norland. Ella soltó una risita incómoda—. De hecho, nunca antes había escuchado su nombre antes de anoche. Dígame, señor, ¿dónde la ha estado escondiendo?

James se acercó un poco más a mí y agradecí que no se moviera en la dirección opuesta.

—Ella era un secreto bastante bien guardado, ¿no era así? Ahora, perdóneme, señorita Norland, pero le prometí a la señora Thurston que le devolvería a Felicity al final de la velada. Si usted nos disculpa. —Hizo un gesto de reconocimiento y me alejó de la joven.

—No fue de buena educación sacarnos tan rápidamente de su lado —dije en voz baja—. Pero, creo que debo agradecerle eso de todos modos.

Me lanzó una pequeña sonrisa.

Me aclaré la garganta, permitiéndole guiarme a través de la multitud.

—¿Era una buena amiga tuya?

—No. De hecho, lo único que hizo la señorita Norland fue ayudarme a descubrir lo poco que sé de usted, señorita Thurston. Por ejemplo, cuánto tiempo lleva viviendo en Londres, o si esta es su residencia principal... “*A Felicity le irá bien*”, le dije a ella. “*Después de todo, vamos a casarnos, Y tenemos tiempo para descubrir esas cosas*”.

Sin embargo, sabía lo que él quería decir con ese descubrimiento. Incluso, yo me había preguntado las mismas cosas sobre él.

James asintió, pero su mente estaba en otra parte. Me depositó en una silla cerca de mis padres.

—Tenemos mucho que discutir, señor Thurston. Lo llamaré en los próximos días.

Papá asintió.

—Gracias. Esperamos su visita.

—Escribiré a mi familia y les pediré que preparen la casa para nuestra llegada.

—¿Tu familia? —pregunté, esperando saber a quién implicaba todo eso.

James me mostró una breve sonrisa.

—Todos estarán encantados de conocerle. Y amarás a mis hermanos, te lo prometo.

Miré hacia abajo, incapaz de mantener su mirada fija.

—No tenía dudas que amaría al menos a uno de sus hermanos. El problema era que ya lo había hecho.

Capítulo 7

Me paré en el patio de la iglesia de St. James bajo la sombra de las ramas arqueadas. Las hojas ahora comenzaban a volverse verdes después que un invierno las despojara del árbol. La nueva vida sobre mi cabeza era brillante y fresca, y esperaba que fuera indicativa del matrimonio en el que estaba a punto de sellar: limpio y lleno de potencial.

Mamá habló con la señora Hutton, no estaba muy lejos, y papá esperó pacientemente a su lado. Habían pasado cuatro semanas desde el baile de los Pickering, en el que se anunció nuestro compromiso, e igualmente, casi cuatro semanas desde que vi a James por primera vez.

A la mañana siguiente, él había enviado una nota, diciendo que consideraba mejor regresar a Chelton inmediatamente para preparar la casa para mi llegada. Estaba indicado entre sus líneas, finamente escritas, que él también tenía algunos negocios en el norte, que requerían su atención personal, y no pude evitar preguntarme si ese negocio era otra mujer. ¿Había alguna joven en su parroquia que necesitaba ser abandonada, con cuidado, de una manera que solo él podía hacer? ¿Su familia no me iba a aceptar abiertamente en su casa, como yo deseaba?

Algo había ocurrido después del baile de los Pickering, que le dio a James motivos para creer que necesitaba hacer un viaje de una semana, por todo el país, antes de casarse conmigo.

Y la perspectiva más aterradora era la siguiente: ¿habría traído a sus hermanos a Londres para la boda?

Cada nueva llegada al pequeño patio de la iglesia hacía que mis nervios se intensificaran, aunque hasta el momento ninguno de ellos era por James. Habíamos elegido esta iglesia, en particular, porque fue allí donde mis padres se casaron, hace más de dos décadas, y a ellos les gustaba el sentimentalismo de continuar con la tradición, pero cada recién llegado vestía mejor que yo, y me preguntaba cuál era el propósito de un lugar tan de moda para mi boda, cuando yo no estaba del todo a la moda.

Cada invitado era amigo de mis padres o de mi novio, y haría bien en recordarlo. Esta boda fue por el bien de mis padres y el de nuestra reputación. No era para mí.

—Quizás deberíamos esperar adentro —destacó papá.

Pasé las manos por la seda de color azul pálido de mi vestido, y enderecé la capa de encaje.

—¿Ya has hablado con el vicario?

—Sí. —Miró hacia el patio cubierto de piedra—. ¿Estás segura que esta es la fecha?

Yo asentí, aunque papá empezaba a preocuparme.

—James la eligió, él mismo.

La señora Hutton salió y entró, mamá la siguió de cerca y respiré con preocupación. Si James me abandonara, ¿me sentiría aliviada o simplemente desanimada? No sabía qué temía más: ver al hermano de James la mañana de mi boda, o no celebrar ninguna boda.

Se oyeron fuertes pasos por el pasillo y James apareció por la esquina. Estaba elegante con su abrigo negro impecable y su corbata limpia, y una vez que me ubicó debajo del árbol, se acercó directamente a mí. Mi corazón dio un vuelco, cuando sonrió, e hice lo mejor que pude para moderar mi repentino y abrumador alivio. Por supuesto, esta mañana, él no iba a dejarme plantada.

Miré por encima de su hombro, aunque nadie lo acompañaba.

James hizo una hermosa reverencia.

—Buenos días, Felicity, señor Thurston.

—¿Tu familia no ha decidido acompañarte?

James desvió la mirada.

—Les dije que no tenían por qué molestarse. Es un largo viaje desde Chelton y, como saldremos hacia Cumberland, inmediatamente, después del desayuno de boda, no lo creí necesario.

Mis hombros se relajaron y agradecí no tener que enfrentar nada más que mi inminente matrimonio esta mañana.

James movió un brazo hacia la iglesia de ladrillo rojo.

—¿Vamos?

Puse mi mano enguantada blanca sobre su codo doblado.

—Por favor.

Seguimos a papá al interior y yo me ponía más ansiosa con cada banco lleno de amigos elegantes de mamá. No había contratado a una doncella, ya que no la necesitaba. Mi cabello estaba simplemente arreglado y mi apariencia no era extravagante. Le había permitido a mamá elegir mi vestido, pero ella había seleccionado uno azul, sencillo, con abundante encaje. Era impresionante, pero no lucía extravagante.

Ahora, ¿James se dio cuenta de su error? Yo no era del tipo que, como la señorita Norland, se preocupaba mucho por parecer encantadora. Yo nunca sería ese tipo de persona. No me importaba ser sencilla. Más bien, eso se adaptaba a mi necesidad de permanecer fuera del foco de atención general. Sin embargo, por primera vez me pregunté si eso le molestaría a mi marido.

James sonrió a sus conocidos, mientras tomamos nuestros lugares, pero su expresión era mucho más contemplativa que decepcionada. Me miró a los ojos, cuando el vicario se paró frente a nosotros y encontré un refugio en su mirada. Mis pulmones se llenaron suavemente y mis preocupaciones desaparecieron.

—Queridos hermanos —comenzó el vicario—, estamos reunidos aquí ante los ojos del Señor y ante esta multitud, para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio.

Mi corazón se aceleró, mientras él continuaba, y, a pesar de mis temores, no podía permitirme creer que estaba cometiendo un error.

La atención del vicario se centró en James y le preguntó si me tomaría como su esposa para amarme, consolarme y honrarme.

—Lo haré —dijo James con los ojos fijos en mí.

El vicario me preguntó si aceptaría a James y le obedecería, serviría, amaría y honraría. Miré a James.

—Lo haré.

Su boca se inclinó en una media sonrisa. Este hombre, este casi extraño, acababa de comprometerse conmigo y yo, a mi vez, con él. Ahora estábamos unidos de una manera que yo nunca podría estar con nadie más.

Papá dio un paso adelante para delatarme y el vicario nos indicó a James y a mí que nos tomáramos de la mano derecha. Nos comprometimos, el uno con la otra, y cuando llegó el momento del anillo, mi corazón se detuvo.

James sacó un pequeño anillo de oro de su bolsillo con una gema azul en el centro. Era extraordinario y demasiado costoso para adornar mi simple dedo. Me quedé sin aliento, cuando el ministro tomó el anillo para colocarlo en mi dedo y James habló:

—Con este anillo te desposo, y con todos mis bienes mundanos te acepto... Amén.

La finalidad de sus palabras resonó a través de mí. Las mismas terminaron y nos casamos. El vicario procedió a orar, sin embargo, mi atención estaba fijada en el anillo que llevaba en el

dedo. Estaba cargado de expectativas y votos que acababa de hacer, y quería estar a la altura de su valor.

Pero no pude evitar mirar a mi madre y preguntarme si decepcionaría a James de la misma manera que lo había hecho con mis padres durante los últimos años. Yo no era la hija que querían, ya que no deseaba las mismas cosas que ellos.

El pánico se apoderó de mi cuerpo y miré hacia el techo blanco, trazando mi mirada a lo largo de los bordes dorados y suplicando que mi espanto disminuyera. Por mucho que disfruté que James me sacara del salón de baile hace un mes, no deseaba repetir la situación durante mi boda.

El vicario tomó mi mano, devolviendo mi atención a la ceremonia, y miré a James. Tenía el ceño fruncido e intenté sonreír, mientras el vicario completaba la ceremonia. James y yo volvimos hacia la reunión, y él deslizó su mano en la mía. Me anclé en ese sentimiento y le permití que me guiara fuera de la iglesia.

Cuando llegamos de nuevo al patio, nos detuvimos bajo el árbol, mientras la iglesia de ladrillo rojo vaciaba a sus ocupantes, a nuestro alrededor. James se inclinó hasta que sus labios descansaron cerca de mi oreja.

—¿Estás bien?

Solo pude asentir, temiendo que alguna palabra, áspera y grosera, escapara de mis labios.

Él dudó antes de girarse y dejar un beso en mi mejilla.

—Me alegro.

El calor floreció desde ese lugar y llenó todo mi cuerpo. Me estremecí por la reacción repentina y tragué fuerte, a pesar que me picaba la garganta.

La sonrisa de James era dulce y también la dirigió a los simpatizantes, que se acercaron a nosotros. Él llevó la mayor parte de las conversaciones y, mientras tanto, nunca soltó mi mano.

* * *

Mamá quería correr a casa para prepararse para el desayuno de la boda, y cuando James y yo llegamos a mi casa, había el doble de personas dentro de sus paredes que los asistentes a la ceremonia real.

—Estoy hambriento —dijo James distraídamente, sosteniendo la puerta para mí.

—La cocinera ha pasado las últimas semanas pensando en el pastel de ron. Debes intentarlo. —Hice una pausa, dándome cuenta que no sabía si a James le gustaba el pastel o no—. Pero sé que mamá ha hecho grandes gastos para asegurarse que haya una amplia variedad disponible, si eso no te conviene.

—El pastel de ron me sienta muy bien —dijo—. Pronto aprenderás que no soy difícil de complacer en lo que respecta a las comidas.

Nos adentramos más en la casa y subimos las escaleras hacia las habitaciones designadas para el desayuno, y ayudé a James a encontrar un plato y cargarlo con abundante comida. Mi apetito aún no había regresado.

—¿No quieres comer? —preguntó.

—No puedo —respondí en voz baja, consciente que estábamos rodeados de simpatizantes—. Lo haré una vez que la gente nos haya dejado solos otra vez.

Él parecía ligeramente alarmado.

—Seguramente, ¿comerás algo antes de viajar?

Se me encogió el estómago y asentí. Habíamos designado una hora para el desayuno y luego llegaría el carruaje de James para llevarnos a Chelton. Mis baúles estaban empacados y

esperando en el estudio de abajo, y mis despedidas tendrían que ser breves para no dejar a mis padres con un recuerdo manchado de lágrimas.

James pareció sentir mi inquietud.

—¿Preferirías irte mañana?

¿Qué importaría si de todos modos tendría que dejar mi casa hoy? James solo alquilaba habitaciones, cuando estaba en la ciudad, y yo no quería dormir en un dormitorio de solteros. Era mejor así.

—No. —Intenté suavizar mis palabras con una sonrisa—. Estaré más cómoda cuando termine este desayuno, lo juro.

Él parecía creer mis palabras al pie de la letra.

—Me gustaría encontrar a Marianne, si te parece bien.

Dio un gran mordisco a la salchicha y me indicó que podía irme.

Ni siquiera había salido de la habitación, cuando otros dos hombres entraron a mi lugar para hablar con él, y la voz de James se escuchó en el pasillo. Su risa era contagiosa.

Marianne estaba sentada en un sofá capitoné de la sala de estar, y yo me senté a su lado, consciente de los muchos otros hombres y mujeres que nos rodeaban.

—Creo que mi mamá ha invitado a todas las personas que conoce en Londres.

Marianne tomó un sorbo de chocolate.

—Eres su única hija. ¿Puedes culparla por hacer semejante gasto?

—Supongo que no.

—¿Ya comiste chocolate? Está divino. —Tomó un sorbo de su bebida de nuevo y mi estómago dio un vuelco.

—Me temo que no puedo comer nada hasta que esto termine. —Presioné una mano contra mi estómago y ella me miró con compasión.

—Un poco de pan puede ayudarte a evitar las náuseas —dijo—. No puedo saberlo de primera mano, pero mi hermana no hizo más que morder panecillos durante su embarazo.

La miré fijamente. ¿Pensaba que yo estaba embarazada?

—Solo tengo náuseas porque las reuniones grandes me ponen nerviosa.

El rostro de Marianne palideció y el color desapareció de sus mejillas sonrosadas. Bajó su taza a su regazo y me miró con los ojos muy abiertos.

—He cometido un error.

—¿Es eso lo que todos piensan? ¿Quién te ha dicho esto?

Ella miró a su alrededor y yo hice lo mismo, preguntándome cuál de las mujeres en esta habitación creía de mí lo mismo que mi amiga.

Marianne se acercó.

—No recuerdo quién me lo dijo, pero no me di cuenta que no era cierto.

—¿No pensaste en preguntarme?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Como si pudiera hacer tal cosa.

No obstante, era innegable que Marianne me había hablado como si mi embarazo fuera de conocimiento público y mi matrimonio fuera un asunto apresurado para ocultar nuestros pecados mayores. El poco calor que aún me quedaba se había filtrado de mis mejillas, y estaba mareada por las implicaciones de esta revelación. Quería salir de esta casa de inmediato. James y yo solo nos casamos para salvar nuestra reputación, no para empeorarla.

Levantándome del sofá, me moví para irme, pero Marianne tomó mi muñeca y me detuvo.

—Por favor, perdóname. En verdad, no lo sabía.

Asentí y di la vuelta. Salí de la sala de estar y bajé por las escaleras. Escuché a alguien decir mi nombre, pero no podía confiar en mí para socializar con los amigos de mis padres, ahora que sabía lo que pensaban de mí. Entré silenciosamente en el estudio de mi padre, cerré la puerta y luego me apoyé contra la misma. Dejando caer mi cabeza entre mis manos, hice lo mejor que pude para moderar mi respiración agitada. Un golpe en la puerta, aunque suave, me sobresaltó.

Si fingiera no escuchar, ¿se irían?

Un momento después llegó otro golpe.

—¿Felicity?

Era difícil saberlo a través de la gruesa puerta de roble, pero sonaba como James.

—Por favor, déjame entrar.

Rápidamente, me limpié la humedad de los ojos e inhalé por la nariz, antes de girar, para abrir la puerta del estudio. No podía obligar a James a permanecer en el pasillo, pero tampoco estaba segura de querer verlo todavía.

Él se paró en la entrada con líneas entre las cejas que hablaban de su preocupación.

—¿Estás...?

—No pasó nada. Simplemente, estoy abrumada por el esplendor y la magnitud del día.

—Te das cuenta que no puedes engañarme, ¿cierto? —Entró y cerró la puerta detrás de él —. No pregunté si había sucedido algo, pero tú misma lo revelaste.

¡Maldita sea! Me acerqué a la ventana y aparté las cortinas para permitir que entrara más luz. Los arbustos fuera de la ventana nos protegían de la vista, y di la vuelta para apoyarme en el marco.

—Me ha llamado la atención que vamos a tener un bebé.

Mi objetivo no había sido sorprender al hombre, pero de todos modos lo había logrado. Sus ojos se abrieron y bajó la barbilla. Apoyó el otro puño en su cadera.

—Me doy cuenta que eso es una parte natural del matrimonio.

—Sí, bueno, solo quise decir... —Me aclaré la garganta—. Creen que ya estoy embarazada.

—¡Ah! —Él asintió, mientras la comprensión se apoderaba de sus rasgos—. ¿Quién te dijo eso?

—Marianne Hutton. Ella no se dio cuenta que era mentira. Evidentemente, en nuestro intento de salvar nuestro buen nombre, solo hemos confirmado lo peor que estaba en la mente de todos. ¿No te das cuenta de lo contradictorio que es esto? Ahora, soy aceptada en la sociedad, incluso aplaudida por hacer una unión tan espléndida, pero, solo he demostrado que las acciones que anteriormente me convirtieron en una paria, de hecho, se cumplieron.

—¡Esto es injusto!

—Excesivamente —dije con sentimiento. Sacudí la cabeza y miré la estantería de mi padre, notando las novelas de aventuras, que había consumido, una y otra vez, y deseando poder perderme en una de ellas, ahora mismo.

Si hubiera considerado algo de esto, ¿le habría rogado a mi mamá que me permitiera viajar a la finca de Jane en Escocia, en lugar de salvar nuestra reputación con un matrimonio apresurado con un casi extraño? Quizás entonces al menos podría haber tenido la oportunidad de conseguir un matrimonio por amor. Tal como estaban las cosas, la alta sociedad todavía creía que yo era una mujer de baja moral, solo que ahora tenía un anillo en el dedo y su bendición.

—No puedo cambiar los prejuicios contra nosotros —dijo James. La culpa se apoderó de mí.

—No es tu responsabilidad hacerlo.

—No, pero podría haber considerado otras opciones.

Mis labios formaron una sonrisa cansada. ¿Qué importaban ahora las otras opciones?

—Estamos casados, James. ¡Está hecho!

—¿Qué pasa si no está hecho? Quiero decir, todavía no.

Me enderecé. ¿Estaba proponiendo una anulación? Nunca podría hacerles eso a mis padres ni a él.

Tomó mi mano suavemente entre las suyas y la giró. Dándome una breve mirada, bajó su atención a mi guante y tiró de las yemas de los dedos, uno a la vez, para aflojar la prenda, antes de soltarla de mi mano, y colocarla en un estante cercano. Su piel sobre la mía era una sensación cálida y embriagadora. Pasó su pulgar por el lugar donde había derramado la cera, en nuestro primer encuentro. La piel ahora estaba pálida y curada.

Dirigiendo su atención a mi mano, dijo:

—Aún podemos probar tu inocencia, Felicity. Si no tienes un bebé ni muestras señales de estarlo en los primeros seis meses de nuestro matrimonio, entonces todos sabrán que eres tan impecable, como dices ser.

Levantó la vista y sostuvo mi mirada.

Me quedé sin aliento.

—¿Estás insinuando...?

—Sí... No estaremos juntos. —Se aclaró la garganta—. Como marido y mujer... hasta que hayan pasado seis meses. Podemos regresar a Londres para la temporada el año que viene, y tu buen nombre será restaurado en todos los aspectos que te importen.

Fue un sacrificio para él y no podía creer que estuviera dispuesto a aceptarlo. No, no estaba de acuerdo en sugerirlo.

—¿No es esto extraño?

Él se rió suavemente.

—Hasta ahora nada de nosotros ha sido típico, ¿por qué nos quejaríamos ahora?

Un peso fue levantado de mi pecho.

—¿Seis meses?

James levantó una ceja.

—Esto podría ser bueno para nosotros, ¿sabes? Quizás podamos pasar ese tiempo cortejándonos.

El tiempo se sintió suspendido.

—¿Te gustaría cortejar a tu esposa?

—Antes no tuve la oportunidad, ¿por qué no ahora?

Las mariposas revoloteaban alrededor de mi estómago vacío y mi respiración se hizo más superficial, pero de una manera totalmente placentera. Ahora íbamos a pasar juntos el resto de nuestras vidas, y esta parecía una buena forma de empezar.

—Supongo que eso sería bueno. Puedes, por ejemplo, decirme cuántos miembros de tu familia viven en tu casa, o si te gusta o no el pastel Stargazy.

Él se rió, su pulgar frotó círculos perezosos sobre mi mano.

—Y podrías informarme, si te gusta o no montar o jugar Battledore y Shuttlecock.

No lo decepcionaría más esta mañana explicándole lo mucho que me disgustaban ambas actividades.

—Seis meses de cortejo —repitió, como si le entusiasmara la idea—. Y seis meses para demostrar nuestra inocencia.

—En efecto. ¿Sellamos nuestro acuerdo? —Saqué mi mano de su agarre y la enderecé.

La mirada de James cayó a mis labios. Se balanceó ligeramente hacia adelante antes de parecer sacudirse.

—Sí, creo que eso sería lo mejor. —Su voz era ronca y mi corazón dio un vuelco. ¿Había querido besarme?

Seguramente, no necesitaríamos esperar seis meses para eso.

James tomó mi mano y la estrechó.

—¿Volvemos a desayunar? —preguntó.

Con él tomado de mi mano, me creí capaz de hacerlo. Asentí y él me soltó para recuperar mi guante del estante. Cuando intenté quitárselo, sacudió la cabeza, y procedió a deslizarlo sobre mis dedos.

—Hace solo una hora prometí honrarte y cuidarte, Felicity. Permíteme hacerlo.

Asentí con la garganta demasiado espesa por la emoción para argumentar que era capaz de ponerme mi propio guante.

Una vez que terminó, tomó mi mano para llevarme de regreso al piso de arriba. Dejé de lado mis preocupaciones acérrimas, e hice lo mejor que pude para no pensar en el hombre perfecto a mi lado, y en su hermano al que volvería a ver dentro de una semana. Quizás el hermano de James ya sabía que me esperaba como la novia de James, y no le importaba, o quizás pronto me encontraría en una situación incómoda.

De todos modos, no pude evitar la esperanza que crecía como un grupo de enredaderas alrededor de mi corazón. ¡Mi marido quería cortejarme!

Capítulo 8

El viaje a Cumberland no me resultó del todo extraño. Había pasado los veranos, viajando a la finca de mi tía en Northumberland para su fiesta anual, y el lento y tedioso camino hasta Cumberland era casi el mismo. La distancia ciertamente era comparable.

James se apoyó contra la pared del carruaje frente a mí con los ojos cerrados. Sus suaves ronquidos habían cesado, por lo que no estaba segura, si todavía estaba dormido, o simplemente descansando. Tenía las piernas estiradas y su rodilla chocaba con la mía en cada surco y curva del camino, pero después de una semana, juntos en el carruaje, me había acostumbrado a compartir un espacio tan pequeño con él.

Estábamos acercándonos al final de nuestro viaje, ahora sin nadie más que nos acompañara, ambos haciendo todo lo posible para ser educados y mantenernos fuera del camino del otro. Así no era cómo actuaban mis padres, y esperaba que algún día la incomodidad y la cortesía entre James y yo pudieran fusionarse en una verdadera amistad, al menos.

No fui tan tonta como para esperar amor, pero me contentaría con llamar a James un querido amigo y compañero. Nuestro comienzo fue prometedor y demostró que por lo menos teníamos las condiciones para la compatibilidad.

Excepto, por supuesto, por el hecho que a James no le gustaba leer.

Lo cual era un poco extraño y yo maldecía esto.

Él respiró hondo y se acomodó en el respaldo frente a mí, e inmediatamente tomé consciencia de mí misma, sintiendo la forma en que me senté y lo fuerte que respiraba. Mi afinidad por los desmayos y mi disgusto por las actividades sociales no eran familiares para James, y no deseaba que él se disgustara por cualquier otra cosa que hiciera, tan temprano en nuestro matrimonio, especialmente porque hasta ahora él había demostrado ser un modelo de perfección.

Sus ojos se abrieron y se posaron soñolientos en mí.

—Buenos días, esposa.

Un escalofrío recorrió mi cuello. No pensé que alguna vez me acostumbraría al título.

—Creo que te refieres a buenas tardes.

—En efecto. —Miró hacia la ventana—. Casi hemos llegado.

La emoción desapareció. Me había enterado que James tenía dos hermanos, quienes vivían en Chelton la mayoría de las veces: Henry, el hijo del medio, a quien conocí en Northumberland, el verano pasado, y Benedict, el menor. Y la otra residente era su madre, Lady Edith, que recibió el título porque su padre era el difunto conde de Claverley. El padre de James había muerto en Waterloo y, como él y Lady Edith no tenían hijas, no había otros familiares en Chelton.

Aunque tenían un primo y su esposa, los actuales Lord y Lady Claverley, que vivían relativamente cerca.

—¿Tienes una casa muy formal, James?

Su cabeza se inclinó hacia un lado.

—¿Qué quieres decir con formal? No somos propensos a cenar por rango ni nada por el estilo. Aunque mi madre lleva mucho tiempo insistiendo en que yo presida la mesa. Es tedioso, pero la complazco.

—Supongo que solo me preguntaba cuántos miembros de su familia estarían presentes para recibirnos cuando lleguemos.

—Todos ellos, me imagino.

Hice lo mejor que pude para parecer complacida por esta revelación. Quizás fue una bendición que la primera vez que viera a Henry, como una mujer casada, fuera en presencia del resto de la familia. Seguramente, no debía preocuparme por nada. Probablemente, Henry ni siquiera recordaba quién era yo.

Mi enamoramiento infantil era solo eso: joven, ingenuo y muy del estilo del pasado.

—Háblame de tus hermanos —dije.

James se enderezó en su asiento.

—Pronto podrás formar tu propia opinión sobre ellos. —Señaló a través de la ventana de cristal de la puerta—. Ya llegamos.

Me incliné hacia adelante y miré a través del grueso cristal. El carruaje pasó por un ancho puente de piedra y las ovejas se dispersaron, a ambos lados de nosotros. Chelton se encontraba no tan lejos, en lo alto de una colina poco profunda. Su exterior de piedra dorada era un cuadrado pulcro con tres filas de ventanas sobre una escalera curvada que los dividía. Perdí la capacidad de respirar, ante la grandeza que tenía ante mí.

James cruzó para sentarse a mi lado en el banco, pero mi atención estaba absorta en la casa, a la que nos acercábamos.

—¿Te gusta, Felicity?

—¡Cielos! —suspiré—. No me puede gustar... Más bien, estoy asombrada de ella.

—Entonces, ¿la apruebas?

Una breve risa brotó de mi pecho y volteeé hacia James, quien estaba sonriendo. Me miró seriamente, calmando inmediatamente mi alegría. Esta era su casa y, por alguna razón desconocida, le importaba mucho lo que yo pensara de ella. Era como si pudiera encontrar algo que criticar en una casa tan gloriosa.

Su mano descansaba sobre su pierna y la alcancé, entrelazando mis dedos alrededor de los suyos.

—Es realmente magnífica.

James apretó mi mano y permití que la acción me infundiera fuerza, mientras el carruaje se detenía en el camino de grava marrón.

Un lacayo abrió la puerta y bajó el escalón. James salió primero del vehículo. Me ofreció la mano y salí de la seguridad del carruaje. Cuatro personas estaban en fila, en lo alto de las escaleras. Los brazos de los hombres descansaban en la balaustrada frente a ellos. Su piedra pálida hacía juego con la casa y estaba bordeada de columnas gruesas y uniformes. Dos mujeres sujetaban a los hombres, una regia y la otra vestida con sencillez. Probablemente, la última de las dos era el ama de llaves.

—Ven, conoce a mi familia —susurró James, ofreciéndome su brazo doblado.

La procesión que subía por la gran escalera de piedra fue tediosamente lenta. Cuando llegamos a la cima, evité mirar al hombre que obviamente era Henry Bradwell, pero sus ojos me miraban seriamente. James se detuvo ante una mujer con el pelo gris recogido en un moño y algunos rizos colgando cerca de sus sienes. Su vestido de muselina color burdeos estaba impecable y sus movimientos eran elegantes. Me recordaba a mi mamá en su porte, aunque era un poco más que ella.

—Madre, permíteme presentarte a Felicity Bradwell.

Miré a James fijamente, pero él tenía razón. Ese era mi nombre ahora, aunque todavía sonaba extraño a mis oídos.

—Felicity, esta es mi madre, Lady Edith.

Cada uno de nosotros hizo una reverencia, por turno, y avanzamos en la fila, mientras James presentaba a cada persona por su nombre.

—Mi hermano Benedict. —El hombre hizo una reverencia. Era más alto que cualquiera de sus hermanos mayores, e igualmente guapo, con una espesa cabellera castaña rizada y un brillo decidido en sus ojos azules.

—Y mi hermano, Henry.

Henry bajó la cabeza, pero cuando la levantó de nuevo, le envió a James una suave sonrisa.

—Nos conocimos antes, de hecho, el verano pasado. ¿Cómo está, señorita Thur? ¿Bradwell?

Mi estómago dio un vuelco bajo el escrutinio de sus ojos azules. Su cabello rizado estaba ligeramente despeinado, y se veía tan apuesto como el verano pasado.

—Estoy bien, te lo agradezco. Sin embargo, el viaje fue largo y estoy agradecida de haber llegado.

James miró de su hermano a mí.

—¿La conocías?

—Sí, el verano pasado, en Northumberland —dijo.

Él parecía confundido por la revelación de Henry, pero asintió y continuó adelante. Hizo un gesto a la última mujer. Era alta y delgada. Su vestido negro colgaba de una figura huesuda y su mirada, aunque severa, no era cruel.

—Conozca a nuestra ama de llaves, la señora Prescott.

Hice otra reverencia.

—Es un placer.

—No permitas que te mantengamos afuera por más tiempo, querida —dijo Lady Edith, acercándose a mi lado—. Si quieres venir conmigo, te mostraré tu habitación y te enviaré algo de cena. Me imagino que te gustaría comer en tu habitación esta noche. Prescott puede encargarse de tus cosas.

¿Era tan obvio que yo deseaba un aplazamiento?

—Eso sería maravilloso, Lady Edith.

James se quedó con sus hermanos, mientras su madre me conducía al interior de la casa, y la señora Prescott empezó a bajar las escaleras hacia donde los lacayos estaban descargando el carruaje.

Entramos e hice lo mejor que pude para disimular mi asombro. El techo era lo suficientemente alto como para llegar al ático, y el piso era de cuadros blancos y negros, extendiéndose a lo largo de un gigantesco salón y abriéndose a una enorme escalera. Tallas doradas de estilo barroco adornaban los techos y los nichos, a ambos lados de las escaleras. Inmediatamente, me sentí pequeña.

Ventanas altas salpicaban la pared y las puertas se abrían a lo que parecía ser un patio cerrado. Parecía pacífico y sereno. Era un espacio cuadrado con solo una fuente poco profunda en el centro.

—Es necesario algo de tiempo para acostumbrarse —dijo Lady Edith, en voz baja—. Pero, te prometo que te sentirás como en casa.

Cómo este enorme edificio podría alguna vez ganarse la descripción de hogar estaba más allá de mi comprensión. En mi opinión, el mismo se encontraba entre los museos y palacios de Londres, debido a que nunca había visto tanta opulencia o grandeza en ningún otro entorno.

¿Y yo sería la señora? Sin embargo, me sentía más preparada para ponerme una bata gris y una gorra blanca para fregar el suelo de damero.

Obviamente, no me llamarían para asumir ese rol, porque ya era la señora de Chelton. Lady Edith empezó a subir los escalones alfombrados y yo la seguí. Giró la cabeza para hablar por encima del hombro, mientras ascendía.

—No me di cuenta que tú y Henry se conocían. Dime, ¿cómo surgió eso? No va a la ciudad a menudo.

—Mi tía tiene una propiedad en Northumberland. Cuando íbamos a visitarla el verano pasado, se rompió un eje de nuestro carruaje. La lluvia era terrible y los caminos eran intransitables, pero el señor Bradwell permitió que mi familia se refugiara en su cobertizo de caza durante algunas noches.

—¡Mmm! —dijo ella—. Él nunca lo mencionó.

Mi espalda se enderezó y me tragué la ofensa inicial, que siguió a su comentario. Quizás Henry no lo había mencionado porque no significaba nada para él. Si ese fuera el caso, entonces me alegré muchísimo de no haberle enviado nunca por correo la carta que mi prima me presionó para que escribiera. De hecho, eso habría sido una acción atrevida, y peor aún, cuando el destinatario no estaba interesado en relacionarse con una recién conocida.

Quería desviar la conversación de mí y de mi conexión con Henry.

—Me han dicho que tienes un sobrino cerca.

—Sí, vive con su familia al otro lado de Bakewell. No está muy lejos, por lo que debemos incluirlos cuando vayamos a entregar tus tarjetas. ¿Las has traído contigo, supongo?

Cruzamos el rellano y atravesamos otra puerta.

—Aún no me han hecho ninguna tarjeta.

Ciertamente, esperaba evitar las visitas de la novia. Me di cuenta que necesitaría encontrar una manera de presentarme a la sociedad local, por supuesto, pero no me había percatado que me estaba casando con tanta opulencia. Necesitaba tiempo para reajustar mi perspectiva, antes de presentarme como miembro de una familia así.

James nunca antes me había dejado clara su riqueza y, después de mirar su casa, estaba claro por qué no había presionado a papá para que le diera una dote mayor. Si no necesitaba mi dinero, entonces su patrimonio debía de estar prosperando. Era un nivel de riqueza que nunca antes había contemplado para mí misma. Ni siquiera lo había imaginado.

—Bueno, no importa. Podemos mandarlas a hacer mañana.

Nos detuvimos ante una puerta alta con un pequeño pomo en el centro y busqué las palabras que retrataran adecuadamente cómo me sentía sin ofender.

—¿Es necesario comenzar tan pronto con las visitas de la novia? Me temo que mi mente aún no se ha dado cuenta de los últimos cambios en mi vida.

Lady Edith me miró con ojos perspicaces.

—No estoy segura de lo que James te ha dicho, pero nuestra reputación como familia Bradwell es inmaculada y no deseo mancharla en absoluto, ofendiendo a nuestros vecinos. Por supuesto, no podremos entregar tarjetas hasta que estén hechas, y no quisiera molestarte, esperando que comiences con las visitas mañana mismo. Pero, tenemos una reputación que mantener, señorita... Señora Bradwell, y espero que eso no sea un gran inconveniente para usted.

—Por favor, llámame Felicity.

Yo no podía soportar robar su nombre. Ya le había robado a su hijo.

Ella me dio una sonrisa tensa y abrió la puerta.

—Esta es tu habitación, Felicity. Espero que sea de su agrado. Yo misma he elegido los colores, pero si hay algo que no te gusta, solo tienes que decirlo y lo arreglaremos.

Pasé junto a Lady Edith y entré en un dormitorio cubierto de distintos tonos de azul y

crema. A primera vista, se parecía mucho al vestido que llevé en mi boda con sus tapices de color azul pálido y sus cortinas color crema. La cama alta estaba rodeada de un brocado azul y crema, atado lejos de los cuatro postes, y la lujosa alfombra se extendía en distintos tonos de color rosado.

Cada mesa poseía un jarrón con rosas rosadas y blancas, y el aroma era leve, aunque agradable.

—¡Esto es hermoso!

—Gracias... Prescott traerá en breve tus baúles y pronto llegará una bandeja. ¿Te dejaré ahora, a menos que haya algo que quieras saber?

¿Realmente me encontraba allí? No podía entender la habitación que estaba destinada a ser solo mía. En este lugar fácilmente se podría colocar un piso entero de la casa de mis padres en Londres.

—No puedo pensar en nada.

Ella señaló una puerta blanca colocada en la pared cerca de la chimenea.

—Esta conduce a la habitación de James. El desayuno se sirve en el salón, pero si lo prefieres puedes llamar para pedir una bandeja.

Me quedé mirando la puerta que conectaba mi habitación con la de mi marido. No estaría en uso durante los próximos seis meses, pero nadie más necesitaba saberlo.

Lady Edith hizo una pausa, como si estuviera considerando algo, y se le formó una línea entre las cejas.

—¿Has traído una doncella? No recuerdo haber visto a nadie más en el carruaje y sé que James dejó aquí a su ayuda de cámara.

—No, Lady Edith. No tengo sirvienta.

Ella asintió.

—Entonces me encargaré de contratar a alguien de Bakewell mañana, cuando vaya a la ciudad a buscar tus tarjetas.

—No necesitas tomarte la molestia. Me las he arreglado bastante bien sin una durante tanto tiempo.

Ella pareció medir sus palabras y yo me pregunté en qué me había equivocado.

—Felicity... Me encargaré que tengas una doncella, Quizás también deberíamos hacerle una visita a la modista. Ahora eres una Bradwell.

Y con ese edicto, ella salió de la habitación.

Giré en un círculo lento y observé la majestuosidad del dormitorio con los hombros cargados de expectación. Cerré los ojos y escuché las palabras repetidas una vez más.

“Eres una Bradwell”. Sin embargo, ¿le daría a mi nueva familia motivos de orgullo o lo estropearía todo?

Capítulo 9

Hacía mucho tiempo que había oscurecido y el fuego de la gran chimenea ardía en mi nuevo dormitorio. La señora Prescott había vaciado el miserable contenido de mis baúles en el armario y rechazó mi ayuda, a pesar de mis persistentes intentos. Ella no parecía cómoda con la oferta, y me di cuenta de que tenía mucho que aprender sobre las expectativas de vivir en una casa así.

Debería haberle preguntado mejor a James sobre el estado de su casa y sus ingresos, antes de aceptar su propuesta, pero en aquel momento, eso no me importaba.

Alguien llamó a la puerta y me apreté más la bata, atando la faja en la parte delantera para mantenerla cerrada. Quizás Lady Edith ya había conseguido una doncella, y la había enviado a recibir lecciones de conducta.

Tragué un resoplido ante el solo pensamiento y fui hacia la puerta.

—¿Sí?

—Soy solo yo —dijo James, pero su voz apagada sonó como si viniera detrás de mí.

Abrí la puerta para encontrar un pasillo vacío y la cerré de nuevo, dirigiéndome hacia la puerta que conducía al dormitorio de James, a solo unos pies de distancia. Los nervios bailaron sobre mi piel y crucé hacia la habitación de James. Estaba abierta, giré la perilla fácilmente y la abrí para revelar a James enmarcado por la puerta abierta, en mangas de camisa y chaleco sin su corbata.

La vista era posiblemente la cosa más varonil que jamás había visto, y tuve que ser muy moderada para no mirar el triángulo de piel visible en el cuello abierto de su camisa, o la forma en que su piel se hundía en el hueco sobre su clavícula.

—Buenas noches, señor.

Él sonrió suavemente.

—Solo quería decirte buenas noches. Te extrañé en la cena, pero no te culpo por retirarte temprano. —Miró por encima de mi hombro la ropa de cama arrugada—. Me preocupaba estar despertándote.

—No, en absoluto. Todavía no he podido conciliar el sueño.

—¿Eso es típico en ti?

—Sí. —Siempre me había costado conciliar el sueño rápidamente—. Aunque me preguntaba si estaría tan cansada por el viaje que esta noche sería diferente.

—Puede resultar difícil adaptarse a una cama nueva.

Ambos nos quedamos en silencio y busqué detrás de James algo que decir. Su cámara captó mi interés y noté que estaba hecha de manera similar en azul, pero en una escala más oscura. Las paredes tenían paneles de madera en lugar de estar pintadas de blanco, y las cortinas de seda eran azul marino en lugar de azul pálido. Complementaba bien mi habitación, aunque mantenía una sensación masculina.

—¿Te gustaría ver el dormitorio? —preguntó, notando dónde había llamado mi atención.

Sacudí la cabeza y di un pequeño paso hacia atrás. Entrar a su habitación se sentiría íntimo de una manera para la que no estaba preparada. En verdad, ni siquiera sabía cuál era el color favorito de este hombre ni cuál era su comida menos favorita. ¿Cómo podría explorar sus cosas personales, antes de haber explorado su mente?

—Quizás en otro momento, entonces. No deseo retenerte... No tengo sueño, James. Es solo que no siento... bueno, somos extraños.

No pude descifrar una mirada que brilló en sus ojos. ¿Había sido pena o tal vez comprensión? Se relajó un poco y apoyó un hombro contra el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre su amplio pecho, y olí su colonia picante. Sin embargo, esta vez era diferente: menos pura, como si se hubiera mezclado con la esencia de James para emitir un aroma completamente único.

—Me gustaría que no nos sintiéramos extraños. ¿Cuál crees que es la mejor manera de lograrlo?

—Cortejando —le dije.

—Por supuesto, será una prueba encontrar tiempo a solas contigo... La lista de cosas que mi madre le gustaría enseñarte abarca todo el escritorio de la biblioteca. —Él asintió.

La sola idea me hizo dar un paso atrás. Él pareció sentir mi vacilación y se enderezó.

—Solo necesitas hacer aquello con lo que te sientas cómoda, Felicity, nadie te presionará más allá de esos límites.

Sus ojos eran serios y sabía que podía confiar en él.

—Quiero dar lo mejor de mí en esta posición, pero admito que me siento abrumada. Me llevará tiempo aprender lo que se requiere de mí.

—Mi madre ha sido la señora de Chelton, durante mucho tiempo, y tiene mucha sabiduría que transmitir. Recomendando que aprendas de ella y haré todo lo que esté a mi alcance para apoyarte. —Él sonrió—. Incluso prometo alejarte de tus lecciones tan a menudo como lo necesites.

—Para que podamos mejorar nuestro camino y no ser extraños. —Mis labios formaron una sonrisa por sí solos.

—En efecto. De hecho... —Se pasó una mano por la barbilla sin afeitar y el crecimiento del día apareció en una sombra tenue y oscura—. Quizás acordemos compartir un hecho cada día.

—¿Un hecho sobre nosotros mismos?

—Sí. Piénsalo. Al final de nuestro primer año de matrimonio sabremos más de trescientas cosas, el uno de la otra. Difícilmente, podríamos llamar a nuestro cónyuge un extraño, en ese momento.

—Es una idea razonable.

—¿Empezamos esta noche?

—Sí. Pero, tú debes ir primero. No tengo idea de qué decir.

Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Podemos mantenerlo muy simple. Esta noche compartiré que mi color favorito es el azul.

—Eso no me sorprende, después de mirar tu habitación.

Miró por encima del hombro.

—¡Ah, sí! Lo hice hace unos años. ¿Te gusta?

—Sí. El mío también es precioso, aunque tu madre me dijo que eligió estos colores.

Él asintió.

—Dime, James. ¿Saqué a tu madre de su habitación?

Su boca mostró una sonrisa tensa.

—No. Ella la dejó cuando regresé de Cambridge con el deseo de volver a llamar a Chelton mi residencia principal, poco después de la muerte de mi padre. Ella hizo renovar la habitación para prepararla para mi novia, pero ha estado vacía durante más de un año. Estoy segura que le alegra el corazón ver que se utiliza, antes que los colores pasen de moda.

No pude evitar reírme ante la idea, aunque se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Tenías una novia en mente cuando regresaste de Cambridge?

Su frente se arrugó y luego se aclaró.

—¡Oh, no! No la tenía. Mi madre solo quería que me casara y preparó la habitación en consecuencia, pero yo todavía no estaba listo. Es decir, cortejé a algunas mujeres para apaciguarla. Todavía quedan unas cuantas en Bakewell, y estoy segura que pronto las considerarás amigas.

—¿Están casadas ahora?

Apartó la mirada y se aclaró la garganta.

—Uno de ellas, sí. La otra sigue soltera. Es una mujer encantadora, pero no encajamos.

Y la pobre mujer sin duda había soñado con convertirse en la señora de Chelton. Seguramente, James estaba equivocado y no nos haríamos amigas fácilmente.

Miré hacia el fuego menguante. Me recordó la noche que conocí a James en el baile y todo lo que había sucedido desde entonces. Toda esta situación comenzó porque quería mirar la biblioteca de un hombre. Quizás eso sea lo que compartiría esta noche.

—Mi pasatiempo favorito es leer.

—Ya lo supuse —dijo James, con voz suave—. Dada la forma en que nos conocimos. ¿Quizás puedas compartir algo diferente?

—Diferente. ¡Muy bien! —Busqué en mi mente algo que decir, pero las únicas cosas destacables de mí eran mi amor por la lectura y mi innata incomodidad de encontrarme en el centro de atención en situaciones sociales, cosas con las que él estaba familiarizado—. Mi prima Jane es mi amiga más querida. Se casó el verano pasado y ahora vive en Escocia, que antes parecía un mundo de distancia.

—Aunque ahora probablemente vivas más cerca de ella que en Londres.

—Tendría que consultar un mapa, pero creo que puede que tengas razón.

—¿Cómo conoció Jane a su marido escocés?

—Se conocen de toda la vida. Sus madres son buenas amigas y asistían a las fiestas de la casa, todos los veranos, en el castillo de Arden, tal como lo hacíamos nosotros.

—¡Ah, sí! La fiesta en casa a la que viajabas cuando se rompió tu carruaje. —Él se rió entre dientes, pero el sonido fue tenso, incómodo—. Cuando tu padre me habló de la relación entre Henry y él, no me di cuenta que también habías conocido a mi hermano.

Abrí la boca para hablar, pero James continuó:

—No quiero decir que haya algún problema con esto, ya que debería haber hecho esa suposición. Fue extraño, sin embargo, que no conectara los puntos, antes de llegar. Además, Henry nunca mencionó nada al respecto.

—Solo puedo asumir que nuestro encuentro no dejó una huella lo suficientemente fuerte en tu hermano como para que considere compartirlo contigo.

—Si bien... Llegué al pabellón de caza con Benedict solo unos días después. Parecería el tipo de cosas que un hombre comparte simplemente porque le interesa. —Sacudió la cabeza—. A veces no se puede entender a Henry. Él y yo nunca hemos estado de acuerdo en la mayoría de los asuntos.

Mi estómago dio un vuelco incómodo. El verano pasado había formado lo que creía que era un vínculo inmediato con Henry, simplemente porque nos habíamos entendido perfectamente en nuestras breves conversaciones. Si lo que James dijo era cierto para él y su hermano, entonces, ¿qué podría decir para James y para mí?

—Parece como si algo te estuviera preocupando. ¿Es algo que dije?

Él lo negó con la cabeza.

—No claro que no. Supongo que estoy cansado. —Hizo una breve pausa—. Mientras seas

siempre honesta conmigo y yo contigo, creo que podemos hacer algo con nuestro matrimonio.

Sus palabras sonaron con la verdad dentro de mí, pero no quería compartir mis preocupaciones y poner en su mente la idea que tal vez yo era más adecuada para su hermano que para él. Ya era tarde y era mucho mejor que me fuera a dormir. O debía intentarlo, al menos.

James permaneció en la puerta, pero levantó la mano, se acercó a mí y yo di un paso adelante para colocar la mía en ella. Se llevó mis nudillos doblados a los labios y me dio un beso en la piel, justo donde se había derramado la cera en nuestro primer encuentro. Un rayo subió por mi brazo y apreté sus dedos suavemente ante el impacto.

—Buenas noches, Felicity.

Retomé mi mano y la apoyé en la puerta.

—Buenas noches, James.

Una vez que dio un paso atrás y la puerta se cerró con un clic, solté el aliento que se había alojado en mi pecho. ¿Cómo podría un pequeño beso, nada menos que en mi mano, tener el poder de dejarme sin aliento? Lo más probable es que no fuera el beso, sino la forma en que James solía hacerme sentir que mantenía su poder.

Regresé a mi cama para intentar dormir, pero mirando la chimenea y la pared que dividía mi dormitorio y el de James, no imaginé que pudiera lograr esa hazaña, en un futuro cercano.

Capítulo 10

La mañana siguiente estaba soleada y sin nubes. Me tomé más tiempo en mi habitación para intentar un peinado más complejo que el simple nudo que normalmente usaba. Retorcí y junté mechones de cabello, pero, en el espejo, nada apareció como lo había imaginado en mi mente.

Era inútil. Yo estaba desesperada. Parecía una tonta y desaliñada, al lado de Lady Edith y su elegancia natural. Seguramente, ella no querría llevarme a Bakewell porque yo parecía una institutriz.

Me aparté un pelo de la frente y gemí. No había nada que hacer. Tendría que recogerme el pelo como sabía y esperar a la doncella que Lady Edith pretendía seleccionar para mí. Mientras tanto, solo podía esperar no ser una vergüenza para mi nueva familia.

Sería un bendito alivio cuando mis padres llegaran dentro de quince días y trajeran consigo una sensación de normalidad. Ya estaba trabajando en mis argumentos para convencerlos que estuvieran más de las pocas semanas que pretendían quedarse.

Una vez que mi cabello estuvo sujeto en un moño, algunos mechones quedaron sueltos, junto a mis sienes, que no cabían en el moño. Me puse mi vestido de muselina verde y mis pantuflas. El vestido era uno de mis mejores vestidos de día y era lo mejor que podía hacer sin usar ropa de noche deportiva por la mañana.

Las ventanas del pasillo exterior de mi habitación estaban abiertas a la luz de la mañana. Intenté volver sobre los pasos que había dado con Lady Edith, el día anterior, pero rápidamente me encontré perdida. La casa era un verdadero laberinto y al cabo de un cuarto de hora me encontré exactamente donde había empezado, pero sin una idea clara de cómo había llegado allí. Incluso había usado un tramo de escaleras, en un momento dado.

Por un instante, la tentación me rogó que llamara a la puerta de James y le pidiera que me indicara el salón para desayunar, pero no deseaba despertarlo, si todavía estaba dormido. Intentaría encontrar mi propio camino, una vez más.

Caminé por el pasillo y di la vuelta, exactamente como pensé que había hecho con Lady Edith, y me encontré directamente con un hombre.

—¡Oh, perdóname! —Di un paso atrás, presionando mis manos en mi abdomen.

Henry estaba apartado de mí con su cabello castaño y rizado desordenado, y sus ojos azules fijos en mí.

—No hay nada que perdonar. Debería haber vigilado por dónde caminaba.

Miré hacia abajo y encontré un libro en su mano con el pulgar presionado entre las páginas.

—Puedo entender muy bien el deseo de seguir leyendo después de llegar a un momento crucial de la historia, señor Bradwell. Fui yo quien no debería haber doblado la esquina tan rápidamente.

Miró más allá de mi hombro y luego a mis manos, aparentemente incapaz de posar su mirada en mi rostro.

—¿Vas hacia el salón de desayuno?

—Ese es mi objetivo.

—Entonces, permíteme guiarte. —Hizo un gesto detrás de mí—. Ibas por el camino equivocado.

—¡Ah! Por supuesto. —Mis mejillas ardieron y me hice a un lado para permitirle caminar a mi lado.

Volvimos sobre mis pasos anteriores y pasamos por mi habitación, giramos por el pasillo opuesto, y encontramos allí la entrada a las amplias escaleras.

Dimos una vuelta completa.

—Siento que nunca aprenderé a manejarme aquí.

—Usted deberá hacerlo. Sin embargo, podemos colocar lacayos en cada corredor, si usted lo considera necesario.

Levanté la vista bruscamente, pero el brillo en sus ojos expuso su broma.

—Le haré saber, si es necesario.

Viajamos hasta el salón del desayuno en silencio y Henry se detuvo en la entrada. El lugar estaba vacío, aunque en la pared había un aparador repleto de platos tapados. Henry me indicó que entrara delante de él, y di un paso adelante.

Recogimos nuestros platos y los llenamos en silencio, antes de llevarlos a la mesa redonda en el centro del salón.

Henry acercó una silla para mí y se sentó en el asiento junto al mío, dejando su libro junto a su plato.

—¿Tus padres están bien?

Tuve mucho cuidado al cortar mi tomate guisado para tener algo en qué concentrarme. ¿No podría haberse sentado frente a mí para darme espacio para respirar? O tal vez eso habría parecido más extraño y punzante que esta proximidad tan cercana.

¿Qué había preguntado? ¡Ah! “*Tus padres*”.

—Sí, ambos gozan de buena salud. Aunque mi padre ha mencionado que regresará a tu pabellón de caza varias veces desde el verano pasado.

—Si hubiera estado allí para recibirlo, habría sido muy bienvenido.

—Será mejor que no digas tanto cuando llegue, dentro de quince días, o lo encontrarás consiguiendo una invitación.

Henry se rió.

—Quizás lo sugiera y podremos escapar durante una semana más o menos. Benedict siempre está buscando una razón para ir a Sedwick Lodge, así que estoy seguro que usted estaría encantada de acompañarnos.

—¿Quieres escaparte? —pregunté, metiéndome un bocado de tomate en la boca.

La mirada de Henry se posó en mi boca y rápidamente desvió la mirada.

—Me pregunto, si tal vez será necesario —dijo en voz baja. Jugueteó con los arenques arenosos en su plato y se aclaró la garganta—. El calor a veces puede llegar a ser insoportable en junio, y hay tantos árboles en Sedwick que hace mucho más fresco. Aunque admito que preferiría un verano cálido al diluvio de lluvia que sufrimos el año pasado.

—No me importa la lluvia. —Corté mi tomate en trozos aún más pequeños—. Es una buena excusa para quedarme en casa y leer.

Henry se rió entre dientes.

—No se puede discutir un razonamiento tan sólido.

—Tal vez podamos orar para que llueva un poco más, y así no tenga que asistir a mis visitas como novia.

La risa de Henry en respuesta no sonó tan alegre como antes, y movió un poco más los arenques ahumados en su plato.

—No sé por qué los seleccioné —dijo en voz baja—. No soporto ningún tipo de pescado.

Levanté la vista bruscamente y me reí.

—¿En efecto? Quizás estés tan nervioso como yo.

Se pasó una mano por la barbilla y el gesto me recordó a James, anoche en mi puerta, con la pechera de su camisa abierta y sus hermosos ojos puestos en mí. Los hermanos no se parecían en nada: sus narices y la forma de sus ojos no eran similares, uno tenía el pelo rizado y el otro relativamente liso, pero compartían algunos de los mismos gestos.

—Sin duda, pero, mucho más... —afirmó.

—Señor Bradwell...

—Llámame Henry, por favor —dijo, suavizando la petición con una sonrisa—. Después de todo, ahora somos hermano y hermana.

Tragué.

—Muy bien, Henry. No quisiera hacerte sentir incómodo en tu propia casa. Si mi presencia aquí te causa angustia o te hace sentir la necesidad de escapar...

Benedict entró en el salón con James siguiéndolo. Ambos hombres estaban vestidos con ropa de montar y tenían el pelo alborotado. Cerré la boca con fuerza. La interrupción fue inoportuna. Sin embargo, no podía desesperarme por su vestimenta de montar. ¡Bendito alivio! Como James viajaría con su hermano, no estaba obligada a decirle lo mucho que me desagradaba la actividad.

Henry se levantó.

—Voy a llenar un plato nuevo.

James miró de mí al plato de Henry.

—¿Kipper? Odias el pescado.

—No estaba pensando —dijo Henry.

—¿Qué hay de nuevo? —Benedict sonrió desde el aparador—. Probablemente, tenías un libro en la mano, mientras llenabas tu plato. ¿Me equivoco?

Benedict levantó las cejas hacia mí y no pude evitar sonreír.

—No se equivoca, señor.

—Por favor, llámame Benedict. Ahora somos hermano y hermana, ¿sabes?

—¡Qué divertido! —Le di una sonrisa—. Henry dijo lo mismo. Espero que también me llames Felicity.

James tomó el asiento libre a mi lado. Se acercó a mí para coger el plato intacto de Henry y deslizó los arenques ahumados sobre el suyo. Benedict me guiñó un ojo desde el aparador y volví mi atención a James.

—¡Qué bueno que evites el desperdicio!

Él me envió una suave sonrisa.

—Henry nunca los comería. Debe haber estado muy distraído cuando se sirvió los arenques.

No tenía nada que decir. De todos modos, no había ninguna razón real para que algo fuera incómodo entre Henry y yo. Nunca habíamos llegado a ningún tipo de confianza. De hecho, si no me hubiera casado con James, tal vez nunca hubiera vuelto a ver a Henry.

James atravesó un arenque.

—Tengo una actividad en mente para nosotros esta mañana, si estás disponible.

—No estoy segura de estarlo. A tu madre le gustaría encargar tarjetas para que pueda entregárselas a tus vecinos para las visitas de la novia, y mencionó que me buscaría una criada.

—Tal vez pueda convencer a mamá para que renuncies a eso por hoy. En vez de eso, podemos dar un paseo esta tarde.

Me atraganté con un bocado de mi tostada y tosí, tomando el vaso de agua que James me ofreció para aclararme la garganta. ¿Esa era su actividad prevista?

—¿Conducir? ¿A caballo?

—Bueno, no me importaría montarme en un ciervo, pero eso podría resultar complicado.

No pude evitar reírme y me tapé la boca con la servilleta. Después de tomar otro sorbo de agua, me recliné en mi asiento. Henry y Benedict ahora estaban sentados y el plato de Henry ya no tenía pescado.

—¿No acabas de regresar de montar a caballo? —pregunté.

—No exactamente —dijo James.

Benedict levantó una ceja.

—Ese no fue un viaje doloroso, Felicity, sino simplemente una misión de exploración para determinar la profundidad de la reparación que necesitaremos ordenar para la rodera.

—Ayer noté un gran surco en el camino cerca del puente cuando regresamos a casa —dijo James, a modo de explicación—. Debería arreglarse.

—¿Y quién mejor que yo para arreglarlo? —preguntó Benedict con su voz llena de sarcasmo.

James sonrió.

—Debes ganarte la vida de alguna manera. —Levantó su vaso—. Eso es mucho más fácil que encontrar un empleo, te lo concedo.

Las suaves bromas entre los hermanos fluían con naturalidad y eran fáciles de seguir. Cuando supuse que uno de ellos dijo algo hiriente o fue demasiado lejos, el otro simplemente se reía más fuerte. Nunca los entendería, pero eso no era necesario.

James se inclinó y bajó un poco la voz.

—¿Qué opinas de ese viaje más tarde? Hay algo que deseo mostrarte.

Tragué.

—Si puedes aceptar que no soy muy buena montando a caballo, entonces supongo que todo estará bien.

—Espléndido. Estoy seguro que eres mejor de lo que me haces creer. —Él sonrió, conmovido.

—No soy propensa a la falsa modestia.

—En efecto. Esta es una de las cosas que admiro de ti.

Lady Edith entró en la habitación y cada uno de los hombres se puso de pie al mismo tiempo. Su comportamiento caballeroso fue un logro para su madre. Hizo un gesto a sus hijos para que volvieran a sentarse.

—Ya comí. Solo estaba buscando a Felicity para poder ir juntas a Bakewell.

Dejé mi servilleta sobre la mesa.

—Ya terminé.

—No tenemos prisa, querida.

—Realmente, estoy acabando —dije—. Solo necesito ir a buscar mis guantes y mi gorro.

Lady Edith jugueteó con sus guantes.

—Entonces, ¿te veré delante de la casa dentro de un cuarto de hora?

—Muy bien.

Ella se fue, empujé mi silla hacia atrás y salí del salón, cuando se me ocurrió que no sabía cómo había llegado aquí porque había estado siguiendo a Henry. Me detuve en el umbral.

—¿Olvidaste algo? —preguntó James.

Sonreí tímidamente.

—No estoy muy segura de cómo ubicar mi dormitorio.

Benedict se rió a carcajadas, sacando una risita de mi pecho, y James se levantó.

—Te llevaré.

—No, no debes hacerlo. Necesitas terminar tu desayuno. Dirígeme a dónde ir y lo encontraré.

Él miró a Henry.

—Ya terminaste de comer, gallina. ¿Te importa?

—Por supuesto que no.

Ciertamente, no podría utilizar a Henry como guía en todo el día. En algún momento, necesitaba aprender a manejar en esta casa. Y estaba cansada de sentirme incómoda con él.

—No, ciertamente, si me dices qué camino tomar...

—No me importa —dijo Henry. Me siguió hasta la puerta y señaló el pasillo—. De esta manera, primero por aquí.

Lo seguí en silencio, haciendo lo mejor que pude para memorizar cada corredor, escalera y habitación por la que pasábamos, concentrándome en el camino y no en el hombre.

—Más bien creo que me veré obligada a dibujarme un mapa. Nunca recordaré todo esto.

—Lo harás —dijo Henry—. Algún día.

Nos detuvimos frente a mi puerta y alcancé el pomo.

—Gracias por guiarme.

—¿Felicity?

Di la vuelta, sorprendida por su mirada seria.

—Nuestra conversación durante el desayuno se interrumpió.

Él giró el libro que todavía llevaba en sus manos.

—Esta es tu casa ahora y tampoco deseo que sea un lugar incómodo para ti. Aunque en un momento me pregunté, si tal vez nos cruzáramos de nuevo y... —Sacudió la cabeza sutilmente—. Bueno, eso fue en el pasado. Y estoy feliz que James haya encontrado una novia que lo haga feliz. Espero que podamos olvidarnos de cualquier tipo de...

Parecía tener dificultades para encontrar las palabras para expresar la incomodidad que ambos sentíamos claramente, y yo tampoco sabía cómo expresarlas.

—Nunca hubo ningún tipo de expectativa entre nosotros, Henry, así que no hay ninguna razón por la que las cosas deban ser incómodas.

Él dejó escapar un suspiro silencioso, pareciendo aliviado.

—Me alegra oírte decir eso. No podemos cambiar el pasado, pero podemos determinar nuestro futuro y me gustaría que seamos amigos, Felicity.

—A mí también me gustaría mucho eso.

Él asintió claramente y sonrió.

—Es maravilloso tenerte aquí, de verdad. Ninguno de mis hermanos ha leído un solo libro desde que dejaron la escuela y mi madre no tiene tiempo para ello. Estaré encantado de tener otra mente estudiosa con quien hablar de vez en cuando.

Con toda la novedad que me rodeaba en Chelton, la idea de conversar sobre libros me trajo un consuelo inmediato. Dejar atrás nuestro pequeño pasado y seguir adelante fue un alivio aún mayor.

—Esto es una gran noticia, porque he leído *Viajes a varias naciones remotas del mundo*, tres veces, desde que me lo prestaste el verano pasado y estaba ansiosa por discutirlo con alguien. Obtuve el segundo volumen de Hatchards, una vez que supe de su existencia.

—Entonces, ¿te gustó?

—¡Ah, muchísimo! En el momento en que Gulliver se encuentra en Lilliput, supe que iba a ser una historia excelente.

—¿Has leído *Los misterios de Udolfo*?

—No lo he hecho. Mi madre estaba convencida que no era apropiado.

Él se frotó la barbilla, mientras pensaba.

—Supongo que podría ser un poco aterrador. Quizás sea mejor no...

—No... Me gustaría leerlo —dije, acercándome y apoyando mi mano en su brazo. Mamá ya no estaba aquí para influir en mis decisiones, y ahora yo era una mujer casada. Si quería leer una novela gótica, esa era mi elección—. ¿Lo tienes aquí?

Él sonrió, se rió entre dientes y su antebrazo se flexionó bajo mi mano. Me aparté y Henry retrocedió un poco.

—Está abajo en la biblioteca. Te lo traeré más tarde.

—Eso sería maravilloso. Gracias. —Aunque la tensión se había disipado, el silencio entre nosotros era denso, como si las cosas no dichas todavía quisieran aferrarse a nosotros, recordándonos nuestro pasado—. Debería irme o tu madre me estará esperando.

—Por supuesto. ¿Podrás encontrar el camino abajo?

—Creo que puedo. En cualquier caso, me gustaría intentarlo.

Henry se alejó, entré en mi habitación y cerré la puerta detrás de mí. Las cosas iban bien con James hasta el momento, y Henry y yo habíamos aclarado la confusión entre nosotros.

Ahora solo necesitaba encontrar una manera de obtener la aprobación de Lady Edith y todo estaría bien.

Capítulo 11

Bakewell era un pueblo encantador. Las calles estrechas, bordeadas de edificios de piedra, atravesaban el lugar montañoso, y una hermosa iglesia se alzaba sobre los otros edificios con su campanario apuntando hacia el cielo. Lady Edith y yo estábamos sentadas en el carruaje abierto con el sol brillando sobre nuestros sombreros.

—Comenzaremos por la modista. Me gustaría comprarte algunos vestidos nuevos, si a usted le parece bien.

Estaba feliz de usar cualquier cosa que Lady Edith aprobara, pero no me gustaba el desperdicio.

—Mi madre hizo todo lo posible para proporcionarnos un ajuar, pero no tuvimos todo el tiempo que a ella le hubiera gustado. Todavía tengo que bordar la mayor parte de mi ropa de cama. —Se me ocurrió una idea, porque todavía tenía que regalarle a James algo para la boda. Podría bordar algo para su uso particular, algo con sus iniciales—. A James le vendría bien un pañuelo nuevo, ¿sabes?

—Improbable. Es Benedict quien los pierde constantemente.

Asentí, mirando las tiendas por las que pasamos y admirando el ambiente acogedor del pueblo. Estaba muy lejos de Londres. Por lo tanto, disfruté de la ausencia de humo de carbón y hedor en las calles.

—¿Y las tarjetas? —pregunté.

—Ya las mandé a hacer, así que no es necesario que pasemos por la imprenta hoy. Deberíamos tener las tarjetas el lunes.

Cinco días. Eso me permitiría pasar cinco días, antes que me viera obligada a visitar a extraños. La idea me provocó malestar estomacal, y reprimí las náuseas que me provocaba.

—Estoy segura que, una vez que todos te encuentren en la iglesia, estarán atentos a los avisos. No es poca cosa para la sociedad local que un miembro de la familia Bradwell se haya casado, sobre todo porque se trata de James.

Lady Edith apartó la mirada, pero me pregunté si le habría dolido perderse la ceremonia. Ella no había sido más que educada conmigo desde mi llegada, pero no pude evitar sentir que había una barrera entre nosotras, como si no le agradara, pero estaba decidida a permanecer fiel a su buena educación, y no a ella, dejando que su disgusto floreciera.

—Fue muy amable de tu parte ceder la ceremonia a los deseos de mis padres. Se casaron en St. James, Londres, y para ellos significó mucho que yo hiciera lo mismo.

Lady Edith me dedicó una sonrisa tensa.

—Sí, bueno, era importante que la boda se llevara a cabo para que pudieras viajar con James a Chelton. Quería estar allí, pero ya soy demasiado mayor para viajes tan largos en carruaje. Temo que me hubiera enfermado.

—¡Oh! No lo sabía. Pero ahora entendí por qué eligió el transporte al aire libre. Yo haría lo mismo si tuviera náuseas, cada vez que viajara en carruaje.

—Mientras estemos en casa de la modista deberíamos hablar con ella sobre la ropa blanca para el baile. Consideré ese color blanco y como hará calor, podemos abrir el patio para bailar.

“¿Bailar?” Presioné mi espalda contra los cojines, e hice lo mejor que pude para no parecer afectada.

—No sabía que había un plan para celebrar un baile.

Ella me miró, mientras nos deteníamos.

—Debemos divertirnos. No se nos dio la oportunidad de celebrar el compromiso porque fue un asunto muy apresurado, así que celebraremos el matrimonio. Toda novia necesita un baile, Felicity.

—¿Incluso las novias a las que no les gusta bailar?

Ella hizo caso omiso de mi preocupación y permitió que el lacayo la ayudara a bajar del carruaje. La seguí, pero no había terminado de hablar.

—Realmente, no puedo bailar, Lady Edith. ¿No hay otra manera de celebrar? ¿Quizás una gran cena?

No me fue bien en ningún evento social, pero al menos era poco probable que me desmayara durante una cena.

—Tendremos una cena durante el baile y, por supuesto, la cena antes. Tendrás que darme una lista de nombres para que no me olvide de incluir a alguien importante para ti. ¿Mencionaste que tenías una tía cerca? Quizás le gustaría venir temprano y quedarse en Chelton como nuestra invitada.

Mi mente estaba dando vueltas. La conversación se me estaba escapando.

—Se casó recientemente y no puedo saber si actualmente se encuentra en Northumberland, o en la finca de su marido en el sur. Pero sinceramente, no creo que sea necesario un baile...

Lady Edith se detuvo y volteó hacia mí. Tenía los ojos muy abiertos y la sonrisa rígida.

—Mi hijo mayor, el legítimo propietario de Chelton, se ha casado. A los ojos de Bakewell y la nobleza que lo rodea, eso es lo más trascendental que ha sucedido en años. Es una bendición y digno de celebración para muchos, Felicity. No deseo organizar un baile porque disfruto de las fiestas, pero... debemos divertirnos así porque eso es lo que se espera de nosotros, y James no elude sus deberes.

“*James no elude sus deberes*”, sin embargo, ¿yo sí? No podía preguntar si eso era lo que quería decir, pero tampoco era necesario. Ella había sido perfectamente clara.

—¿Nos entendemos, una a la otra? —preguntó Lady Edith, con un ligero atisbo de filo, en su tono refinado.

—Sí, por supuesto.

—Maravilloso. —Ella dio la vuelta para seguir caminando hacia la tienda de la modista y yo caminé a su lado—. He estado debatiendo los méritos de un baile, completamente blanco, y si decidimos hacerlo, sería maravilloso que aparecieras con un exquisito vestido blanco. ¿Qué opinas?

—El blanco sería encantador. Pero, sería costoso y difícil mantenerlo limpio.

—No necesitas preocuparte por ninguna de esas cosas. Creo que es importante darle a Chelton una buena apariencia, y qué mejor que el color que significa pureza.

Perdí el equilibrio, pero logré enderezarme sin caerme. “¿Pureza?” Si antes me preguntaba si James le había contado a su madre el escándalo y los chismes que rodearon nuestro apresurado compromiso, no necesitaba hacerlo ahora. Ella era plenamente consciente de la nube oscura, que vergonzosamente me seguía a todas partes, y que continuaría persiguiéndome durante los siguientes seis meses.

—¿Te preocupa que la gente vea el blanco tal como es?

—¿Y qué es eso? —preguntó Lady Edith.

Una mala dirección. Un lamentable intento de demostrar que era inocente, a pesar de lo que todos pensaban de mí. Una vez más, era extremadamente difícil mantener todo limpio.

Ninguna de las razones salió de mis labios, y mi suegra simplemente negó con la cabeza.

—Puede que haya estado fuera de Londres, durante varios años, pero sé bien cómo deben funcionar las cosas aquí, y espero que confíen en mi criterio.

—Confío en su juicio.

—Bien. —Lady Edith sonrió y yo creí, por primera vez, que al menos esa sonrisa era parcialmente genuina. Señaló la puerta que teníamos por delante—. Diseñemos el vestido más blanco y grandioso que podamos.

La tienda estaba llena de rollos de tela y carretes de cintas y encajes. Lady Edith fue directamente a hablar con una mujer de cabello rojo llamativo y piel blanca, como la tiza, en la parte trasera de la tienda, y yo examiné las sedas cerca del escaparate. Una seda verde llamó mi atención, la cual era casi del color de los ojos de James, y pasé mis dedos por ella, dejando que la tela se deslizara sobre ellos como agua en un arroyo.

—Felicity, deberías ser parte de esta conversación... —Madame Rousseau me estaba mostrando su nueva seda blanca.

Miré hacia arriba y las mujeres estaban paradas cerca de una mesa con un rollo de tela blanca entre ellas. La modista aplaudió.

—Tengo justo lo que ustedes necesitan. Llegó la última mercancía de Ackermann's y hay un vestido blanco... —Dejó el catálogo sobre la mesa y lo hojeó. Su marcado acento francés omitía todos los sonidos de la "h", y su rostro pintado era ligeramente llamativo, pero los ejemplos de su talento en la tienda me dieron esperanza—. Déjame encontrarlo. ¡Es simplemente magnífico!

Madame Rousseau examinó las páginas, mientras las hojeaba hasta que se detuvo en una.

—Aquí lo tienes.

Presionó las páginas y me incliné más hacia Lady Edith para ver la placa de moda extendida ante nosotras. La mujer de la fotografía estaba sentada y lucía un vestido blanco con rosas aplicadas sobre tela fruncida en el dobladillo y las mangas.

—Vestido interior de seda blanca —dijo Lady Edith.

Madame Rousseau señaló la tela fruncida cerca del dobladillo.

—Puedes ver la superposición pura aquí. Podría ser un rosa suave...

—Blanco —ratificó Lady Edith—. Quiero que todo el vestido sea blanco. Incluso las flores. La mirada de la modista se dirigió hacia mí.

—Un poco de color, seguramente, ayudará a la joven a no lucir pálida en las mejillas.

—Quizás empleemos un poco de colorete para ese propósito. Si todo el tema del baile va a ser blanco, nos correspondería vestir a nuestra novia con el mismo color impecable. ¿Puede hacer eso por mí, madame Rousseau?

—De hecho, estaría feliz de hacerlo.

—Entonces, no hace falta que le diga que mi objetivo es impresionar a los asistentes a nuestro baile con una obra maestra elegante, que sé que tú puedes ofrecer.

—Por supuesto, Lady Edith.

—Y me gustaría que el concepto de nuestro vestido sea una sorpresa.

Madame Rousseau me miró como buscando confirmación y yo intenté sonreír.

—Tengo muchas ganas de recibir este vestido. El diseño es precioso.

Lady Edith volvió a mirar el catálogo.

—¿Podemos agregar una cola?

—Eso podría hacer que bailar fuera más difícil —dijo la modista.

Y eso era lo último que yo necesitaba.

Mi suegra me miró fijamente.

—Creo que la señora Bradwell está dispuesta a sacrificar algunas comodidades para lucir una figura más llamativa.

—Por supuesto —dije. ¿Qué otra opción tenía? Quería agradecerle a esta mujer—. De todos modos, no tengo intención de bailar mucho esa noche.

Tan pronto como pisara la pista de baile, terminaría la noche. Esto era inevitable.

—Podríamos juntar más tela aquí —dijo madame Rousseau, señalando la amplia tela debajo de las rosas en el dobladillo—. Si lo subimos más, habrá más tela para crear una cola en la espalda.

La imagen descrita se parecía a los vestidos que llevaban las debutantes en los salones reales.

—¿No nos preocupa que parezca listo para hacer una reverencia a la reina?

—Quizás —dijo Lady Edith, en voz baja—. Así que no debemos ponerte una pluma en el pelo. Quizás en su lugar un collar de perlas.

—O flores blancas a juego con los apliques del vestido —sugirió la modista.

Lady Edith sonrió.

—Perfecto. ¿Puedo confiar en que usted proporcionará el vestido?

—Sí, milady. Ahora, si eso es todo, debemos comenzar a realizar las mediciones.

Madame Rousseau fue minuciosa al medir, y cuando terminó de marcar mi talla, desde todos los ángulos, Lady Edith había amasado una pila de telas lo suficientemente grande como para fabricar una docena de vestidos.

—¡Cielos! —suspiré—. ¡Esto es excesivo!

Lady Edith ignoró mi comentario que era de mala educación.

—Revisé los de Ackermann's y marqué los vestidos que me gustaría que me suministraran. Este vestido de fiesta es de suma urgencia, pero el resto se puede hacer, en el orden que desees.

La gran cantidad de vestidos y algunos de los colores seleccionados me hicieron sentir incómoda.

—¿Revisamos cada uno de ellos?

Lady Edith me volvió a ignorar.

—Confío en su criterio y gusto, madame Rousseau. Estoy segura que la señora Bradwell hará lo mismo.

Quizás si conociera a la mujer lo suficiente como para confiar en su criterio, lo haría. Era una buena cantidad de dinero para gastar sin dar instrucciones explícitas. ¿Pero qué podría decir?

—Respeto a Lady Edith, por supuesto.

Mi suegra sonrió con aprobación. Al menos hoy había hecho una cosa correctamente.

—Enviaré una nota cuando el vestido esté listo para las modificaciones finales —dijo.

Dimos la vuelta para salir de la tienda y miré hacia los montones de tela. Había mucho verde, rosa y amarillo, pero nada de azul. Quizás cuando regresara para mi prueba, necesitaría cambiar algo de amarillo por azul. No era un buen tono para mi cutis y el rosado, a veces, chocaba con mi cabello color fresa.

—¿Deberíamos acercar las telas a mi cara, Lady Edith? —pregunté, deteniéndome cerca de la puerta—. Odiaría recibir un vestido que no sienta bien al lado del cobre en mi cabello.

Ella miró desde la pila de pernos hacia mí.

—Felicity... Creo que puedes confiar en mí para seleccionar telas que no te harán lucir horrible.

—Por supuesto. —¿Qué más podría decir? La modista de mi mamá siempre había tenido especial cuidado en mostrarme los colores que no iban con mi piel, pero hoy no quería discutir.

Además, todavía había tiempo para cambiar las cosas.

Nos dirigimos nuevamente hacia la puerta, cuando entró una mujer con otra más joven que ella.

Lady Edith se detuvo y yo permanecí a su lado.

—Lady Whitstone, es un placer verla. Ha pasado una época completa. Y señorita Whitstone, usted está preciosa hoy. Ese color rosado le sienta muy bien a tu cutis.

De modo que Lady Edith era consciente que algunos colores y complexiones no convenían, evidentemente, si podía darse cuenta cuando hacían la ropa.

La señorita Whitstone hizo una reverencia y sus mejillas se llenaron de manchas gemelas de color.

—Gracias, Lady Edith.

Lady Whitstone me miró fijamente y mi suegra pareció recordar mi presencia.

—¡Oh, por supuesto! Permítanme presentarles a la nueva esposa de James, la señora Bradwell.

La señorita Whitstone palideció y su rubor desapareció inmediatamente. Miró a su madre, cuyos labios se apretaron de repente.

—Felicity, esta es una de nuestras vecinas y buenas amigas, Lady Whitstone y su hija, la señorita Phillipa Whitstone.

Hice una reverencia.

—Es un placer conocerla.

—Recibirán una invitación en breve, damas. Esperamos lanzar un baile a fin de mes.

—¿Tan pronto? —preguntó lady Whitstone. Su hija parecía haber perdido la capacidad de hablar.

—Hará falta mucha preparación, pero no es nada que no podamos gestionar. Una vez que Felicity haya conocido a algunas familias locales, me atrevo a decir que todo será completamente apropiado. Debemos agasajar a nuestra novia, ¿lo saben?

—En Chelton no se ha organizado un evento de este tipo en mucho tiempo. Espero que estés preparada para un golpe. No hay una sola familia en Cumberland que rechace una invitación para conocer tus salones.

Lady Edith apretó los labios.

—Por supuesto, no me pongo expectativas tan altas, pero estaré encantada de ser la anfitriona, independientemente de cuántas personas recibamos.

—El último baile que organizamos fue tan multitudinario que nos vimos obligados a abrir las puertas traseras y permitir que la gente entrara al césped.

—¿Usted no encendió antorchas, precisamente con ese propósito? —preguntó Lady Edith, inclinando la cabeza suavemente con tono de interrogación.

El rostro de Lady Whitstone se puso aún más rígido.

—Sí, bueno, no estábamos seguros que necesitaríamos utilizarlas. Se puede entender que me alegré por la participación.

—Sí, claro. También fue un baile encantador. —Lady Edith me miró—. Supongo que deberíamos seguir nuestro camino. Hay tantas cosas que debo hacer para prepararnos.

Cada mujer hizo una reverencia y nos dispusimos a salir, pero Lady Edith se detuvo junto a la puerta.

—¿Te gustaría venir a Chelton a tomar el té? Quizás el viernes próximo.

—Eso nos gustaría mucho —respondió Lady Whitstone.

Una vez que salimos, Lady Edith se acercó y bajó la voz.

—Si hay alguien en este pueblo de quien debes tener cuidado, es esa mujer, Felicity.
Me sorprendió el veneno en su tono.

—¿No la acabas de invitar a Chelton?

—Bueno, por supuesto. Debemos mantenerla cerca para saber qué esperar de ella. Para cuando los Whitstone vengan a tomar el té, muchas de las invitaciones para tu baile ya habrán sido enviadas, y seguramente, a ella le encantará decirme cuántos de nuestros vecinos planean asistir. Será una buena manera de ver cómo se recibieron inicialmente nuestras invitaciones.

—Siento que tengo mucho que aprender —dije en voz baja.

Lady Edith me miró con consideración.

—Todo estará bien, porque tengo la intención de enseñarte.

Capítulo 12

Esa noche, después de cenar, esperé cerca de la puerta contigua de mi habitación a que James viniera a darme las buenas noches. Quería preguntarle sobre la señorita Whitstone y qué le había dado motivos para palidecer en mi presencia. Mi único pensamiento fue que ella era la joven que le había echado el guante a James y había sido despedida porque, según sus palabras, ella no encajaba. Por mi breve relación con la mujer, solo pude deducir que ella era tan tímida como yo, al conocer a gente nueva.

El hecho que hasta el momento éramos completamente similares no había hecho nada bueno a mi ánimo. Sería un bendito alivio saber que ella no tuvo tal relación con mi esposo.

Alguien llamó brevemente a la puerta principal y crucé para abrirla. En el pasillo había un lacayo con una bandeja.

—Para usted, señora Bradwell.

Saqué el libro de la bandeja de plata y le di las gracias, antes de cerrar la puerta. Girando el libro marrón forrado en cuero, en mis manos, leí el título en relieve dorado en el lomo: *Los misterios de Udolfo*.

Una hoja de papel doblada cayó al suelo desde las páginas del libro y me agaché para recuperarla.

“Felicity.

El libro, tal como lo pedí. No temas, porque tenemos los próximos tres volúmenes en la biblioteca, cuando los necesites. Sin embargo, te recomiendo que no leas este libro por la noche.

H.”

Como compañero lector y ávido defensor de la literatura, Henry realmente no podía creer que yo tuviera el control para posponer la apertura de este libro hasta que llegara la luz de la mañana. Yo no poseía tanta moderación. Más bien, felicitaría a ese hombre, si él realmente lo hizo.

Sonó un golpe en la puerta de James, deslicé la nota de Henry nuevamente en el libro, y lo puse sobre mi tocador.

Abrí la puerta contigua y James apareció, en el mismo estado que la noche anterior. Su corbata había sido desechada junto con su abrigo, y su camisa estaba abierta en el cuello. Esta vez también le faltaban las botas y estaba frente a mí con medias, una visión casual, a la que aún no estaba acostumbrada.

—Lamento que no hayamos podido ir a dar nuestro paseo hoy —dijo James—. Pero, tal vez podamos hacerlo mañana, por la mañana, después del desayuno.

La sola idea hizo que mis músculos se tensaran.

—No estoy siendo modesta, James... No soy una amazona talentosa.

—Esa es una habilidad que se puede enseñar —dijo, levantando un hombro, claramente despreocupado.

Sin embargo, yo no tenía el deseo de desarrollar esa habilidad. En general, no me gustaban los caballos y ellos parecían darse cuenta.

—A los caballos no les importo, James, ni yo a ellos. Me pregunto si sería más agradable

caminar, ¿tal vez? ¿O tomar un carruaje?

—No podemos llevar un carruaje al lugar al que quiero llevarte, y ciertamente no podemos caminar tan lejos. No en un día cálido, que creo que será mañana, si el tiempo de hoy sirve de indicación. —Sus ojos de color verde-marrón se entrecerraron ligeramente—. Siento que preferirías no viajar. ¿Es realmente tan desagradable para ti?

Mi corazón se aceleró y respiré lentamente, esperando calmar mis nervios. No quería disgustar a James, pero realmente detestaba montar así. ¿Podría aprender a amar eso como él lo hacía? Lo creía improbable, pero no podía soportar rebajar su estima aún más de lo que probablemente ya lo había hecho. Había pasado tantos años en la casa de mi madre, sin estar a la altura de sus esperanzas y sueños sobre el tipo de hija que tendría, y no podía vivir mi matrimonio de la misma manera.

—Me pueden enseñar a apreciar esto —dije lentamente, evaluando su reacción.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, lo cual hizo que mi corazón diera un vuelco, y decidí que valía la pena mi malestar por hacer este esfuerzo.

—Te prometo que te encantará —dijo—. Ahora, esta noche creo que deberías comenzar contando tu hecho.

—Muy bien. —Había pensado un poco en el mensaje durante la cena de esta noche, así que no estaba desprevenida—. Creo que el animal más bello del mundo es el tigre, que pude ver en la casa real de fieras hace unos años.

Él sonrió.

—Estoy de acuerdo. Vi a los animales hace dos años y quedé impresionado por la belleza del tigre.

“¿Hace dos años?” Yo también lo había visitado, en ese entonces.

—¿No habría sido divertido si hubiéramos estado en la casa de fieras el mismo día?

—Quizás, pero sé que no fue así —dijo James con fácil convicción.

Me reí.

—¿Cómo es posible que sepas eso?

—Porque me habría acordado de ti.

La oscuridad en la habitación y el fuego resplandeciente, a mi lado, suavizaron los rasgos de James, y miré hacia otro lado con una calidez subiendo a mis mejillas.

Debió haber sentido mi malestar porque continuó:

—Tengo dos caballos a mi nombre, y se llaman: Luna y Solis.

—Luna y Sol —dije.

—¿Sabes latín?

—No mucho, pero conozco algunos términos.

—Bueno, tendrás a Luna mañana. Ella es más dócil. Solis es joven y se cree más inteligente que su jinete.

—¡Qué amable de tu parte al considerar mis preferencias! —dije—. No estaba acostumbrada a que alguien hiciera eso. Normalmente, yo era la persona que tenía que hacer sacrificios por la comodidad de los demás.

Él miró por encima de mi hombro y notó el libro en mi tocador.

—Entonces, ¿has encontrado la biblioteca de tu agrado?

—En realidad, todavía no la he visitado. —Mis mejillas se sonrojaron—. No la he encontrado.

Él señaló el libro.

—Entonces, ¿trajiste algo propio?

—No, este es de Henry, en realidad... Él me lo recomendó.

La sonrisa de James se hizo más tensa.

—Me alegra que tú hayas encontrado a alguien con quien hablar sobre los libros. Seguramente, yo sería muy aburrido en esa conversación.

—¿Tienes tanto talento para hablar de libros como yo para montar?

Él se rió suavemente.

—Supongo, excepto que montar a caballo es una habilidad que se puede enseñar y perfeccionar. Leer es simplemente aburrido.

Su decreto me dolió, pero hice lo mejor que pude para no demostrarlo. Si él veía la lectura de esa manera, ¿me veía a mí de manera similar? El pensamiento me recordó mi objetivo.

—James, tuve la suerte de conocer a una amiga de tu madre, mientras estábamos de compras en Bakewell hoy... Lady Whitstone y su hija.

—¿Oh? No estoy seguro de llamarlas exactamente amigas de mi madre. Tuvieron algunas peleas el año pasado, y las cosas entre nuestras familias siempre han sido tensas.

—¿Por qué hay desacuerdos?

James se aclaró la garganta y miró detrás de mí, observando las diferentes cosas en mi habitación, su atención no descansaba en ningún elemento por mucho tiempo. Cuando fijó su mirada en mí, pareció un poco arrepentido.

—Es por mí.

Era como lo había pensado. ¡Maldita sea!

—Entonces, ¿la señorita Whitstone era la mujer que no te convenía? Me pregunto, si las relaciones entre sus familias son tan tenues, ¿por qué ustedes creen que ella y yo nos haríamos amigas?

—Creo que la señorita Whitstone es una mujer lo suficientemente amable como para ignorar los conflictos entre nuestras madres, y creo que usted tendría algo en común con ella. Me recuerdas un poco a ella, si soy totalmente honesto.

—Dado que ella ha sido bendecida con cabello oscuro y no se parece en nada a mí, solo puedo asumir que las similitudes que usted observa son por el temperamento.

—Sí —replicó con los ojos brillantes—. En el temperamento, por cierto. Seguramente, encontrarás una amiga en la señorita Whitstone.

O tal vez aprendería qué tenía ella que fuera tan desagradable, por lo que James no se casó con ella, ¿alguien que es muy parecida a mí! A menos que...

—¿Fueron los Whitstone quienes no deseaban el matrimonio?

—No, todo lo contrario. Esa es la razón por la que han adquirido una relación competitiva con mi madre. Estuve a punto de casarme con la chica solo para que mamá no perdiera a su amiga más querida, pero esa no es razón suficiente para encadenarme a alguien por el resto de mi vida.

Sin embargo, él sí lo hizo conmigo.

No podía sostenerle la mirada, no cuando hablaba con tanta despreocupación de alguien tan parecida a mí. Mis ojos se posaron en los contornos de su pecho, visibles, a través de su camisa abierta, observándolos subir y bajar junto con su respiración. ¿Cómo podía James no ver que nuestra situación no era diferente, excepto que lo habían despojado de la capacidad de elegir? Le había quitado esa decisión cuando mi reputación estuvo bajo escrutinio y él sintió que era su deber salvarla.

Dio un paso más y enganchó un dedo debajo de mi barbilla, dirigiendo mi mirada hacia él.

—¿Qué pasa, Felicity? ¿Dije algo que te molestó?

—Nada. —Intenté tener una sonrisa brillante. Decir la verdad ahora no serviría de nada y solo me haría parecer como si suplicara patéticamente que alguien me tranquilizara. Pero, no pudo quedarme quieta cuando tuve los hechos tan claramente expuestos ante mí.

No, este no era un problema que James tuviera que resolver. ¡Era mío! Necesitaba convertirme en una esposa que él disfrutara, no en una esposa que lo aburriera.

—Tengo muchas ganas de montar mañana.

Exactamente, eso no era una mentira. Tenía muchas ganas de pasar tiempo con James, pero no con aspectos relacionados a los caballos.

—A mí también. Creo que te gustará lo que tengo para mostrarte. —Volvió a mirar más allá de mí, hacia mi habitación—. No deseo terminar nuestra velada. Siento que nuestro tiempo, juntos, es muy fugaz.

—Eso cambiará —prometí—. Seguramente, no necesitaré pasar todos mis días con tu madre.

—¡Cielos! Espero que no. Me gustaría pasar algún tiempo contigo también. Debo asegurarme de secuestrarte mañana, antes que ella pueda hacerlo. Él entrecerró los ojos—. No mentí cuando mencioné que su lista de cosas para enseñarte es bastante larga.

—Entonces, yo debería descansar un poco.

Él asintió y luego tomó mi mano. Se la di y él me dio un beso en la parte posterior de los nudillos.

—Buenas noches, querida Felicity.

—Buenas noches, James. —Mi corazón dio un vuelco.

Cerré la puerta detrás de él y me apoyé contra ella. ¿Había hecho lo correcto? No estaba siendo deshonesto al mantener ocultas mis preocupaciones. De hecho, si James aún no había concluido que yo probablemente sería una esposa tan decepcionante como él creía que pudo haber sido la señorita Whitstone, entonces, yo no sería la persona que se lo dejaría claro. Quizás todo lo que necesitaba era conocer a la señorita Whitstone y su carácter, porque así podría determinar los componentes que eran desagradables para James y hacer todo lo posible para evitar actuar de manera similar.

Los Misterios de Udolfo me llamaron. Tomé el libro y me envolví una manta sobre los hombros, sentándome cerca de la chimenea para poder usar su luz, en lugar de desperdiciar una vela.

Seguramente, mamá solo me dijo que evitara este libro porque era demasiado joven para leerlo. Ahora, yo había crecido y podía tomar mis propias decisiones.

Si alguna vez podría aprovechar una manera de escapar, era ahora. Pasé la página y comencé a leer.

Capítulo 13

Me puse mi traje de montar, antes de bajar las escaleras para desayunar. El traje verde cazador estaba casi impecable, ya que no había tenido mucho uso en los últimos años, desde que mi mamá lo encargó, y me alegré que el estilo militar con cuello alto y charreteras en los hombros no estuviera pasado de moda todavía.

Bajé las escaleras sin problemas, pero me llevó bastante tiempo (y la ayuda del mayordomo) localizar el salón. Me alegré de haber mejorado al menos un poco en mi sentido de orientación.

Mientras estaba junto al aparador, llenando mi plato, Lady Edith se detuvo justo afuera de la puerta del salón.

—Te conseguí una doncella, Felicity. Llegará esta tarde, con suerte... a tiempo para arreglarte el cabello, antes de la cena.

Mi mano buscó la base de mi cabello, por sí sola, rozando mi simple nudo debajo de mi sombrero de montar, y me lo quité cuando noté que Henry me miraba.

—Estoy deseando conocerla.

Lady Edith asintió rígidamente.

—Esperaba pedirte ayuda para enviar las invitaciones al baile, pero veo que tienes otras cosas planeadas.

—James planeó un viaje, pero estaré encantada de ayudar con las invitaciones cuando regrese.

—Eso debería estar bien. Tenemos muchas tarjetas para escribir. —Ella se alejó y yo dejé escapar un suspiro.

Llevé mi plato a la mesa y me senté cerca de Henry.

—No seguí tu consejo y comencé el libro anoche. Quizás permanecí despierta mucho más tiempo del debido.

Él levantó la vista del volumen que tenía abierto, apoyado contra el borde de la mesa, con el tenedor suspendido sobre una pila de huevos.

—¿Lo estás disfrutando hasta ahora?

—Sí. ¡Es emocionante!

—¿Emocionante? —repitió James, entrando al salón. Caminaba con la confianza de un hombre que sabía lo que valía, aunque carecía de vanidad, y su sola presencia hizo que mi pecho se calentara con anticipación—. ¿Puedo preguntar qué has aprendido de ese libro? O no, déjame adivinar.

Él no podía rechazar a un hombre tan alegre.

—Dudo que lo adivines, pero eres bienvenido a intentarlo.

James tomó un plato y se sirvió el desayuno en el mismo.

—¿La perspectiva de viajar conmigo esta mañana?

—Me temo que no es de eso de lo que estábamos hablando.

Esto tampoco fue algo que yo llamaría emocionante.

—¿Una explosión? —Él sonrió, luego se detuvo justo delante de su silla. Su mirada recorrió con aprecio mi disfraz—. Felicity, te ves preciosa hoy.

El calor sangró por mis mejillas y bajé la cabeza.

—Gracias, pero tampoco estábamos hablando de eso.

—¡Mmm! —Se sentó a mi lado y puso una servilleta en su regazo—. Sé que no es el baile, así que imagino que la necesidad de ayuda de mi madre también está fuera de la lista. ¿Es la cena que la cocinera ha planeado para esta noche?

—Nuevamente incorrecto. ¿Qué está previsto para la cena?

—No tengo ni la más remota idea —dijo James, mientras comía un trozo de huevo.

Entonces, se me ocurrió que era mi responsabilidad conocer el menú de la cena. Otra cosa sobre la que tendría que preguntarle a Lady Edith.

—¿Te digo qué es lo emocionante?

James miró de mí a Henry.

—Sí... Está claro que no lo voy a adivinar.

Henry soltó un gruñido que posiblemente también podría haber sido una risa.

Me aclaré la garganta, consciente de la tensión que nos rodeaba.

—Es el libro que Henry me prestó anoche. Me quedé despierta demasiado tiempo leyéndolo, y fue imprudente de mi parte.

—¿Porque estás cansada?

—Porque es una novela gótica y estoy obligada a tener pesadillas, si persisto. Ahora solo debería leerla durante las horas del día... O eso he decidido.

Henry se rió.

—Si hubieras seguido mi consejo...

—Sí, bueno, ahora lo haré. —Pasé mi sonrisa de Henry a James y descubrí que mi marido no se reía. Su mirada sobria se centró en su desayuno.

Tomó un panecillo de su plato y se puso de pie.

—Estoy listo, si tú lo estás.

Todavía no había terminado de comer, pero quizás eso fuera algo bueno. No pensé que me iría tan bien montando con el estómago lleno. Aparté mi plato y me levanté también.

—Estoy lista.

El aire de la mañana era fresco, ya que el sol había salido apenas una hora antes y los caballos estaban ensillados y esperándonos, cuando llegamos a los establos. Era una gran estructura al costado de la casa, fuera de la vista, cuando uno se acercaba por el puente, pero no sabía cómo una construcción tan grande permanecía oculta. Era alta, con amplios techos de piedra y un patio abierto en el centro. Pasamos por debajo de la abertura y nuestros caballos se detuvieron en el patio.

—¿Puedo ayudarte a montar? —preguntó James.

—Creo que sería mejor para mí usar un bloque de montaje. No tengo la habilidad suficiente para alcanzar el asiento con solo una mano en alto. —Mi cuello se calentó y traté de ignorar la decepción que apareció en su rostro.

Llevé a Luna hasta el bloque de montaje cerca de la pared y usé el mismo para subir torpemente a la silla, luego me coloqué la falda sobre las rodillas. Estaba muy por encima del suelo y respiré profundamente para estabilizar mi corazón acelerado.

Luna lucía asustadiza y no la culpo. Tampoco me gustaría llevar a una mujer a la espalda.

—Por aquí —llamó James, y aparté a Luna de la pared para seguirlo a él. Debía pensar que soy una loca. Atrapada en mis pensamientos, seguramente había mirado demasiado tiempo la piedra color crema.

Dejamos los terrenos inmediatos y subimos las colinas detrás de Chelton, zigzagueando lentamente entre los espesos árboles y continuando hacia arriba.

—¿Te gustaría ir más rápido? —preguntó James.

—Esta velocidad me sienta bien —respondí. Me dolían las manos de agarrar las riendas con tanta ferocidad, y mis piernas se cansaban de apretar las empuñaduras.

—¿Realmente? —Parecía sorprendido y me tragué mi frustración.

Había hecho mi parte al unirme a una actividad que no me gustaba. ¿No podría él hacer su parte ahora para brindar algo de paciencia y gracia?

—Sí, de verdad. Intenté explicarte que no me siento cómoda en una yegua.

James encogió la barbilla y frunció el ceño.

—Mencionaste que no eras hábil, no me había dado cuenta que se extendía...

—Sí, es así —dije rápidamente, mi corazón latía con fuerza. Luna de alguna manera pudo sentir mi inquietud, tal vez, porque aceleró—. ¿Cómo puedo frenarla?

—Necesitas relajarte, Felicity. Luna está tensa porque su amazona está tensa.

—Lo estoy intentando —dije, aunque mi voz sonaba agitada.

Luna aceleró y Solis la igualó.

—Hazla lenta, James —llamé, incapaz de hacerlo yo misma. Tiré de las riendas, pero eso solo pareció frustrarla. Ella movió de su cabeza hacia un lado y yo tiré de nuevo.

—No debes hacer eso —dijo James, tratando de guiar su caballo al lado de mi yegua. Los árboles se hicieron más espesos y no había suficiente espacio para dos ejemplares, uno al lado de la otra. Cogí las riendas, pero no pude soltarlas. Mis dedos se habían cerrado alrededor del grueso cordón de cuero con fuerza. Subimos a la cima de la colina, molestando a un pájaro, posado en la rama de un árbol cercano. El pájaro descendió en picado y pasó por delante de la cara de Luna. Sorprendida, ella se levantó sobre sus patas traseras.

Apreté mis rodillas sobre los pomos y un grito salió de mi garganta.

Las patas delanteras de Luna golpearon el suelo con un ruido sordo, fuerte y discordante, y ella despegó, bajando por el otro lado de la colina, y subiendo al momento siguiente con mi grito persiguiéndola.

El viento me azotaba la cara y agaché la cabeza para evitar las ramas que colgaban bajas y arañaban mi sombrero.

—¡Detente! —grité, aunque la yegua no me obedeció. Tiré de las riendas y clavé mis botas en su costado, y cuando llegamos al pie de la siguiente colina, ella disminuyó la velocidad. Caminó hacia un arroyo burbujeante y, tan pronto como se detuvo con los costados agitados y sudorosos por el esfuerzo, me deslicé de la silla y me desplomé en el suelo.

Luna se alejó para beber del arroyo, y yo levanté las rodillas hasta el pecho y enterré la cara en ellas, ordenando a mi respiración que se ralentizara y a mi corazón que volviera a la normalidad. Yo estaba en el suelo. Estaba a salvo. Nada iba a obligarme a volver a subirme a la dócil yegua de James.

Aunque ahora mi marido seguramente me creería una dama tonta y poco sensata, después de presenciar lo mal que manejaba su ejemplar.

El fuerte ruido de los cascos indicó que Solis había llegado. Lo escuché detenerse y las botas de James tocaron el suelo.

—¿Estás herida? —casi gritó, cayendo al suelo a mi lado.

Levanté mi rostro, surcado de lágrimas, y lo encontré a él, arrodillado, ante mí con sus ojos verdes, muy abiertos, recorriendo mi cuerpo.

—Ella no me arrojó —logré decirlo, respirando agitadamente. No importaba lo que intentara, parecía que no podía frenar mi respiración. El pánico aumentó, cuando me di cuenta que esta lucha por respirar era a menudo lo que sentía, antes de desmayarme en un salón de baile. La dificultad para respirar era la alarma recorriendo mis extremidades.

—¡Oh, querido mío!

Dejé caer mi frente sobre mis rodillas nuevamente y cerré los ojos con fuerza, concentrándome en mantener el control. No quería marearme lo suficiente como para desmayarme. Ahora no.

Los brazos de James me rodearon y, antes que me diera cuenta de lo que había sucedido, me sentó en su regazo. Me acurruqué contra su pecho, enterrando mi rostro en el hueco entre su hombro y su cuello. Sus brazos rodearon mi espalda y su aroma especiado me envolvió. Aplicó suficiente presión para hacerme sentir completamente rodeada y jadeé ligeramente. Mi sensación de impotencia se desvaneció, mientras estaba en sus brazos, y cuánto más presión él aplicaba, mejor me sentía.

—Lo siento —dijo, malinterpretando mi jadeo y soltándose.

—No, por favor. —Alcancé sus brazos y los rodeé de nuevo, enterrando mi rostro, una vez más, en su aroma especiado—. Te necesito.

Él se quedó sin aliento y me abrazó con más fuerza. James me abrazó hasta que mi respiración volvió a la normalidad y la sensación volvió a filtrarse en mi mente. Cuando recuperé la lucidez, la vergüenza se había apoderado de mi piel y mi estómago.

Me eché hacia atrás, rompiendo su fuerte agarre.

—Perdóname, James. No debería tener...

—No, soy yo quien debe disculparse. No esperaba que Luna se asustara tan fácilmente. Ella ha sido muy dócil y tranquila conmigo.

—Sí, pero tú eres un jinete experto. Creo que yo sería más adecuada para un poni.

Él sonrió y sus manos frotaron suaves círculos sobre mi espalda, calmando mi orgullo herido.

—No desearía que volvieras a sentirte así, pero debo admitir que esta es una manera agradable de pasar la mañana.

Negué con la cabeza.

—Debes pensar que soy la criatura más infantil.

—Ni mucho menos, te lo aseguro. —Su voz era ronca y me sentí atraída por sus labios.

Pero no quería besar al hombre después de una experiencia tan horrible. ¡Qué ridículo sería para él recordar esto! Que la primera vez que lo besé fue poco después de demostrar lo absolutamente inepta que era en una de sus actividades favoritas.

Aparté mi atención de sus labios y me bajé de su regazo. Sus manos se mostraron reacias a soltarme y se deslizaron sobre mi cuerpo, mientras me levantaba. Mi corazón se aceleró de nuevo, pero esta vez fue por la forma en que James me hacía sentir, y nada de eso era desagradable.

Estaba a mi lado, mucho más cerca de lo habitual, y tuve que inclinar el cuello hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Gracias.

—El placer fue enteramente mío. —Levantó una mano y se la frotó por la barbilla—. ¿Crees que podrás montar a Luna para regresar a casa?

Mi pecho se enfrió.

—No creo que pueda.

—Es una caminata muy larga.

—¿Necesitamos regresar por algo en particular?

—No, pero deberías. A mamá le gustaría escribir las invitaciones. Creo que tiene cien tarjetas, y eso sin incluir las direcciones de los sobres.

—¡Maldita sea! —Miré hacia donde los caballos permanecían ociosamente, uno al lado de la otra, en la orilla del agua, con sus elegantes cuellos inclinados hacia el arroyo—. No creo que pueda hacerlo.

—¿Estarías dispuesta a viajar conmigo?

—En un caballo que... ¿Tal como lo expresaste anoche? —Mis labios se curvaron suavemente—. *Se cree más inteligente que su jinete...*

—Sí, es así, pero me obedecerá. —James sacudió la cabeza y dejó escapar un suave suspiro—. Siempre estarás a salvo conmigo, Felicity.

Miré de Solis a James y no pude negar la seriedad en su mirada. Su ardiente súplica fue suficiente para tentarme a volver a montar a caballo, pero solo porque esta vez él tendría el control.

—Podemos intentarlo.

James estalló en una sonrisa, la cual valió toda la terrible experiencia que había sufrido hasta el momento esa mañana.

—Yo montaré primero y luego tú podrás sentarte frente a mí. Creo que ese es nuestro mejor curso de acción para evitar arruinar tu hábito.

—Te aseguro que no volveré a necesitarlo.

Me miró fijamente y me arrepentí de mis palabras. Pero, sí las dije en serio, así que no intenté retirarlas.

James arrojó las riendas de Luna delante de ella y las ató a las bridas de Solis, debajo de su garganta, para que ella nos siguiera a casa. Montó a Solis con la mayor facilidad, como si no le costara esfuerzo alguno levantar el cuerpo y pasar la pierna por encima de la silla. Se deslizó hacia atrás lo más que pudo y acompañó a Solis hasta el borde del arroyo cerca de algunas rocas más grandes. Me subí a una de ellas, aunque tenía un ángulo terrible y esta no se parecía en nada a un bloque de montaje. Levanté el pie para deslizarlo en el estribo.

Usando la ayuda de James, debajo de mis brazos, salté sobre su silla y aterricé con fuerza. Sus brazos rodearon mi cintura y giré, sentándome de lado para poder sostenerlo por la cintura.

—Esto no me gusta mucho —dije, sintiéndome muy alto del suelo.

—¿Te enfadarías si admitiera que lo estoy disfrutando excesivamente?

Sonreí, enterrando mi cabeza en su hombro. Quizás si no viera el suelo tan abajo, no me asustaría.

Regresamos a la casa y James gentilmente ordenó a su caballo que caminara a paso tranquilo. Algo en los brazos de James rodeándome era inmensamente reconfortante.

Inclinándome ligeramente hacia atrás, miré sus ojos firmes.

—Lamento que no hayamos podido ver lo que esperabas mostrarme.

Su mirada se dirigió hacia mí.

—No te disculpes. Podemos ir en otro momento.

Asentí, pero no vi cómo eso sería posible.

—Solo si me encuentras un poni.

—En realidad, estaba considerando una mula. O tal vez un burro.

—Preferiría montar en mula. Es mucho menos probable que muerdan.

—Una mula, ¿eso es!

Me reí y James me imitó. Su pecho tembló y no pude evitar mirar hacia arriba. Su rostro estaba a pocas pulgadas del mío. No me había dado cuenta que Solis se detuvo hasta que las manos de James, libres de cualquier obstáculo, se levantaron para quitar los mechones de cabello rebeldes de mi cara y engancharlos detrás de mis orejas.

—Me prometí a mí mismo que no te besaría hasta que hubieran pasado los seis meses acordados.

—No me di cuenta que besar era parte de ese trato —dije sin aliento.

Sus labios formaron una sonrisa.

—No lo fue, en realidad no. Ese fue mi triste intento de seguir siendo un caballero.

—No puedes pensar que hacer lo mejor que puedas para actuar como un caballero sea alguna vez de mal gusto, James. Te felicito y me alegro de haberme encontrado casada con alguien tan considerado.

Algo que dije abrió una sonrisa en el rostro de James tan amplia que me tomó por sorpresa, y casi aflojé mi agarre alrededor de su cintura, pero mis dedos estaban bloqueados en su lugar. James curvó una mano alrededor de mi mejilla.

—Me sorprendes constantemente, Felicity.

—¿Con mi claro talento para montar? —pregunté en broma.

—Con tu capacidad de confiar en mí.

—¿*Confiar en mí*? —Me puse seria, considerando la verdad de sus palabras. Había confiado en él lo suficiente como para montar a caballo, después de una de las experiencias equinas más aterradoras de mi limitada experiencia. Pero, mi seguridad, bajo el control de James, no había estado en duda, porque él tenía razón y yo confiaba en él.

Fue una experiencia totalmente embriagadora darme cuenta de lo mucho que valoraba a este hombre y de cuán fácilmente depositaba mi seguridad en sus manos: desde el largo viaje en carruaje entre Londres y Chelton, las conversaciones cada noche, en la puerta de nuestro dormitorio, hasta montar a caballo. Después de casi ser arrojada de una yegua, puse mi confianza en este hombre, una y otra vez. Esto planteó la pregunta que había rondado por mi mente, durante las últimas cinco semanas, desde nuestro encuentro inicial en el baile de los Hutton: ¿podría hacer lo mismo con mi corazón? ¿Podría esto ser más que una amistad y convertirse en un matrimonio por amor?

—Me gustaría besarte —susurró James.

Mi cuerpo se calentó y mi corazón se aceleró. Mis nervios se mezclaron con la anticipación.

—Esto me parece bien.

Encontró algo gracioso en lo que dije, aunque el Cielo sabía por qué, y se inclinó y cerró el espacio entre nosotros, presionando sus labios sonrientes contra los míos. Mi pecho explotó de calor y agarré la parte trasera de su chaqueta de montar, afianzando la tela con mis puños. James extendió una mano contra mi espalda, presionándome más cerca de él, y la otra contra mi mejilla para dirigir mi cabeza, mientras profundizaba el beso.

No era de extrañar que las jóvenes quedaran arruinadas por besar a bribones. James no era un canalla, aunque su beso era estimulante y cuanto más continuaba, más quería de él.

Unos cascos atronadores vinieron hacia nosotros y me alejé. James miró por encima de mi cabeza y su mirada se endureció.

—Tenemos compañía.

Miré por encima del hombro y encontré a Henry cabalgando hacia nosotros con el rostro impassible.

—Me enviaron a buscarte —llamó, y sentí que James se ponía rígido—. Hermano, ¡no dispaes al mensajero!

—¿Qué sucede? —preguntó James, en un tono claramente poco acogedor.

Quería deslizarme al suelo y alejarme. Fuera lo que fuese lo que ocurría entre los hermanos, yo no quería tener parte en ello.

—El primo Matthew llegó y solicitó una audiencia privada contigo.

James maldijo en voz baja y luego me miró disculpándose. Fingí no haberlo oído.

—Debemos irnos —dijo en voz baja—. No se puede pedir que un conde se quede esperando.

Tragué fuerte.

—¿Un conde?

—Por supuesto.

Mi corazón se aceleró, mientras despegamos para regresar a la casa, y tuve la sensación que el mismo no volvería a disminuir durante algún tiempo. Solo esperaba no ser una decepción para James. Lo único que me demostró lo contrario fue la sensación persistente de su beso.

Capítulo 14

James y yo entramos juntos a la casa y encontramos a Lady Edith esperando en la puerta.

—Sigue y cámbiate —le dijo a su hijo—. Necesito hablar con Felicity.

Él asintió y obedeció, lanzándome una mirada que no pude descifrar del todo.

Lady Edith esperó hasta que sus pasos se retiraron por completo, antes de centrar su atención en mí.

—Mi sobrino está aquí y no es ningún secreto que es muy riguroso con el decoro. Solo puedo imaginar que ha elegido visitarnos para tener una opinión, y asegurarse que James no haya manchado nuestro nombre.

—Sin embargo, el conde no lleva el apellido Bradwell, ¿correcto?

Si entendí correctamente las líneas familiares, este conde era hijo del hermano fallecido de Lady Edith.

—No, no lo lleva, pero está relacionado con nuestra familia, y sería desastroso si revocara su buena opinión sobre nosotros. —Lady Edith se alejó y se detuvo cerca de la ventana, moviendo las cortinas para ver el camino de entrada. Ella me miró, como si estuviera evaluando si podía confiar en mí o no—. Desde la muerte de su padre hace unos años, Matthew, o mejor dicho, el conde de Claverley, se ha propuesto demostrar que es digno del título que ahora ostenta. He logrado asegurarme su palabra que me ayudaría con un problema y no puedo permitir que cambie de opinión.

Lady Edith se acercó aún más con sus ojos marrones fijos en mí.

—Tenemos una relación frágil, debido a que su padre y yo nunca fuimos cercanos. Mi hermano era un hombre difícil, y fue así, pero necesito mantener el buen favor de Matthew y... para que eso suceda, necesito que te apruebe.

La presión se asentó en mi pecho, lo que hizo más difícil respirar por completo.

—¿Qué puedo hacer?

Ella dejó escapar un suspiro silencioso.

—Puedes vestirme lo mejor posible, permitir que mi doncella venga a peinarte y, por favor, no dejes que Su Señoría se entere que tu matrimonio con James fue apresurado de alguna manera.

—¿No sabe ya que nos casamos un mes después de conocernos?

Yo podía hacer lo mejor en esta casa, pero era incapaz de contener la fuerza de la marea de chismes, que barría la sociedad, por toda Inglaterra.

—No tiene motivos para saberlo. Seguramente, podrás asegurarte que él le crea a James y que ustedes tienen un matrimonio auténtico. No es necesario que pruebes un matrimonio por amor, simplemente, demuéstrole a Lord Claverley que no te casaste para evitar un escándalo.

Aunque eso fue precisamente lo que habíamos hecho. ¿Cómo esperaba mi suegra que yo lograra esto?

—Haré mi mejor esfuerzo.

—Es imperativo que tengas éxito, Felicity. No es que simplemente hagas lo mejor que puedas. —Cerró los ojos y juntó los dedos delante de los labios—. Lord Claverley ha aceptado patrocinar a mi ahijada, durante un año, para ayudarla a conseguir una pareja. Ella necesita su buen nombre y él necesita nuestro dinero. Pero fue difícil llegar a un acuerdo, que nos convenía a ambos, y un paso en falso, seguramente, puede llevar a Lord Claverley a retractarse del acuerdo.

—¿No puedes apadrinar a tu ahijada?

—No. —Las palabras de Lady Edith se hicieron cortas—. Incluso si pudiera soportar un viaje a Londres, me temo que no tengo suficiente influencia para darle a mi ahijada una oportunidad real de conseguir una buena pareja. No me casé con ningún título, y el mío es antiguo y está demasiado distanciado del actual conde, como para ser de alguna utilidad.

Asentí. De alguna manera, el escándalo estaba envuelto en esta situación, y Lady Edith no deseaba que yo derribara su precariamente apilado castillo de naipes.

—¿James es consciente de esta necesidad?

—Por supuesto. Ahora, ponte tu mejor vestido de día y enviaré a mi doncella para que te arregle el pelo.

Subí las escaleras y seleccioné mi mejor vestido. Me lavé la cara con agua del aguamanil y me puse el vestido de muselina verde. Sus mangas bordadas llegaban hasta mi codo y, aunque eran hermosas me irritaban la piel, por lo que casi nunca usaba este vestido. Metí un fichú transparente en el corpiño, deseando poder meter también otro fichú debajo de las mangas, que ya me picaban.

La doncella de Lady Edith llegó poco después y, cuando terminó de peinarme, apenas me reconocí. Ella había recogido mi cabello cobrizo pálido en la coronilla de mi cabeza, utilizando las tenacillas para colocar algunos rizos sobre mis sienes. Era simple en comparación con el cabello de Lady Edith, pero estaba muy por encima de lo que yo estaba acostumbrada, y el peinado más alto parecía levantar un poco mi cara, dándome una apariencia más brillante y joven.

Odiaba admitirlo, ante mí misma, pero me gustaba cómo me veía cuando alguien más me ayudaba con mi cabello. Giré en mi asiento y le di las gracias a la doncella de Lady Edith. Ella hizo una reverencia y se fue.

Lady Edith me esperaba en el salón y, por su forma rígida de sentarse con el bordado suspendido en su regazo, pude ver que esto era de gran importancia para ella.

—Ven, siéntate cerca de mí —dijo distraídamente, y tomé el puesto abierto junto a ella en el sofá, colocando mi cesta de trabajo en el suelo cerca de mis pies.

Los techos altos del salón brillaban con el sol del mediodía, mientras que las paredes empapeladas en oro y burdeos eran sencillas. Todavía no me había acostumbrado a la majestuosidad de esta casa y dudaba que alguna vez lo hiciera.

—¿Tienes algo en qué ocuparte? —preguntó Lady Edith.

Me agaché para recuperar mi cesta, pero las mangas que me picaban se deslizaban bruscamente sobre mi piel. Intenté cambiar mi posición para aliviar el malestar.

—Pensé en hacer un pequeño bordado.

Ella asintió. Luego, después de un momento, preguntó:

—¿Tocas el piano?

—Sí, aunque me temo que mi habilidad deja mucho que desear.

—Entonces, no te pediremos que toques para el conde. ¿Cantas?

—No en compañía.

Ella soltó una ligera risa.

—¡Cielos! Felicity. ¿Qué haces para impresionar a tus invitados?

Hice lo mejor que pude para no dejar que el dolor de su comentario dañara aún más mi delicada opinión sobre mí misma. Lady Edith parecía tener una gran opinión sobre los logros, igual que el resto de la alta sociedad, lo que significaba que yo palidecería en comparación con cualquier joven debutante que ella conociera. Me tragué la incomodidad de mi situación y elegí

decirle la verdad.

—Mis logros son abismales, Lady Edith. A menudo me pongo demasiado nerviosa en compañía y eso disminuye las pocas habilidades menores que poseo, porque no puedo mostrarlas lo mejor que puedo.

Lady Edith me miró con el ceño fruncido, pero inmediatamente se centró en su bordado, cuando se escucharon voces masculinas en el pasillo, aparentemente viniendo en nuestra dirección.

Me froté la palma de la mano por la parte exterior de mis mangas con la esperanza de quitarme la picazón, antes que los hombres llegaran.

Un momento después, James entró en el salón, seguido por un hombre de edad similar a él, pero con cabello rubio, bien peinado y rostro redondo. Bajé la mano hasta el bordado, que tenía en el regazo, para que no me pillaran rascándome. El conde era más bajo que James, al menos por una cabeza, y no me hubiera imaginado que estaban emparentados, si no me hubieran hablado de su relación, ya que parecían tan diferentes como el sol y la luna.

—Lord Claverley, me permitirá el honor de presentarle a mi esposa, la señora Bradwell.

Me levanté para esta presentación e hice una reverencia. Lord Claverley se inclinó sobre mi mano, mientras se realizaba el resto de la presentación, luego tomó asiento en el sofá frente a mí, con James a su lado. Mi manga se arrastró ligeramente sobre mi piel, y apreté los dientes para luchar contra el deseo de rascarme.

Lord Claverley era tan petulante como James era elegante y de buen gusto. Su abrigo violeta era atrevido a la vista y su chaleco amarillo lucía igualmente brillante. Sacó un anteojito adornado de su bolsillo, y a través de él me inspeccionó minuciosamente. Guardó las gafas y volteó hacia Lady Edith.

—James mencionó que tienes la intención de dar un baile en honor de la novia.

Lady Edith sonrió con benevolencia.

—Necesitamos celebrar la gloriosa unión que ha bendecido nuestro hogar, por supuesto. ¿Llamo para pedir el té?

—James me atiborró de comida y bebida —dijo Lord Claverley, y luego centró su atención en mí—. ¿Dónde reside su familia, señora Bradwell?

—En Londres, milord. Aunque todos los veranos, nosotros pasamos mucho tiempo en Northumberland, en el castillo de Arden, si usted lo sabe.

Él se animó.

—Sí. Tengo la fortuna de poder considerar a Daniel Palmer como amigo mío.

—Daniel es mi primo. —Esperaba que la conexión fuera tan positiva como parecía implicar su expresión. Aunque Daniel tenía la costumbre de ganarse enemigos tan rápidamente como amigos.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Lord Claverley.

—Dime, ¿estará Palmer presente en tu baile?

—Aún tengo que extender la invitación, milord, pero tengo la intención de hacerlo. Sin embargo, es difícil decir si podemos esperararlo. Creo que está fuera del castillo de Arden con más frecuencia que en casa.

—Esperaría verlo —dijo Lord Claverley con calidez en su tono.

—Esperamos ver a Lady Claverley —expresó Lady Edith—. Creo que ha pasado un tiempo desde que tuvimos el privilegio de contar con su presencia en Chelton.

—El maldito asunto del confinamiento lo ha hecho difícil —manifestó el conde—. Aunque estoy seguro que mi esposa estará encantada de visitarlos. Recientemente, ella recibió una carta

de nuestra señorita Northcott. Parece que la joven permanecerá en la escuela durante las vacaciones de verano y vendrá con nosotros, a principios de agosto.

—¿Oh? —Lady Edith se removió en su asiento—. Ella no me lo ha mencionado.

—Ella quiere tiempo adicional para perfeccionar sus logros, o algo así. Me preguntaba si había algo mal, pero parece que no eres más sabia que yo en este asunto.

Lady Edith pareció congelarse, tanto el cuerpo como la lengua. Parecía que Lord Claverley la había cogido bastante por sorpresa. Esperaba advertirme que no le contara ningún escándalo al oído, pero evidentemente Lord Claverley vino preparado con algo propio. Ignoraba la naturaleza del acuerdo de Lady Edith con su sobrino, solo su importancia para ella, y pude ver que este desarrollo no era bueno.

Un rápido barrido de los silenciados Bradwell, presentes en la sala, demostró que estábamos en un punto muerto y que era necesario hacer algo al respecto. Pero no se podía esperar que Lady Edith saliera de una situación de la que acababa de admitir no tener conocimiento. El momento de silencio se prolongó y nos fulminó con las miradas, y me apresuré a llenar el espacio dejado por las manos aparentemente atadas de Lady Edith.

—Tengo muchas ganas de conocer a la señorita Northcott —dije, esperando no equivocarme al juzgar la situación. Sin embargo, Lady Edith aún no me había detenido, así que sonreí y continué como si no sintiera la tensa corriente subterránea que fluía en el salón—, no he escuchado nada más que efusivos elogios a su talento y su dedicación tanto al piano como a su arte. ¿Ahora podemos saber por qué ha decidido dedicar más tiempo a perfeccionar sus logros?

Intenté reírme un poco para suavizar el golpe de autocrítica.

—Parece que tengo mucho que aprender de su compromiso.

—No te olvides de los idiomas —añadió James, mirándome con sus ojos brillantes en señal de aprobación. Inmediatamente me sentí aliviada de no haberme equivocado demasiado en mi opinión—, ella sabe hablar no menos de cuatro, y tú, querida, solo sabes un poco de latín.

Intenté reprimir mi sonrisa. Había hecho referencia a nuestra conversación sobre Solis y Luna.

—Sí, bueno, mi conocimiento de las lenguas antiguas no es digno de elogio. Supongo que mi única gran habilidad es la lectura.

—Entonces, ¿eres una media azul? —preguntó Lord Claverley, entrecerrando los ojos con interés.

—¡Oh! Por supuesto que no —dijo Lady Edith, riéndose alegremente. Tenía los nudillos blancos donde agarraba los bordes de su bordado—. Cómo disfrutan estos dos sus batallas de bromas. Le juro, Lord Claverley, que todavía no ha conocido a una pareja tan despreciable en su alegría. Será un bendito alivio para todos en Chelton, cuando termine el período de luna de miel.

—Aunque es cierto que a mi esposa le gusta bastante leer —dijo James, sonriéndole a su primo.

Podría haberlo besado de nuevo por haber salido en mi defensa tan descaradamente.

—Puedo ver que el período de luna de miel está lejos de terminar —dijo Lord Claverley. Acto seguido, él se levantó de su asiento.

Lady Edith también se puso de pie.

—Debe quedarse a cenar, milord.

—Hoy no puedo, pero les agradezco la invitación. Esperaré pacientemente el aviso de tu baile. —Cruzó la alfombra y yo me puse de pie, ofreciéndole la mano. La tomó entre sus gruesos dedos y se inclinó sobre esta—. Usted es la viva imagen del aplomo, señora Bradwell. Mi esposa estará encantada de recibir un excelente informe sobre la encantadora nueva esposa de James.

Acepte mis felicitaciones por conseguir la captura de la temporada.

James hizo una breve mueca, ante este pronunciamiento, y Lord Claverley se giró para darle una palmada en la espalda.

—Eras un hombre difícil de capturar, James. Simplemente... tenía que ver por mí mismo qué joven flor logró forzarte a comprometerte.

James me miró con una suave sonrisa, jugando en sus labios.

—Ahora que la has visto, estoy seguro que no puedes culparme por reclamarla rápidamente como mía.

—No. De hecho no.

Hice lo mejor que pude para sonreír lindamente, pero mis mangas ásperas se sentían como pequeños insectos subiendo y bajando por mis brazos, y temí presentar una mueca mayor. “¿Captura de la temporada? ¿Un hombre difícil de capturar?” Independientemente de lo que quisiera decir con eso, era evidente que yo era la única persona en el salón que no entendió completamente lo que él quería decir.

James retiró a su primo, y yo me senté de nuevo junto a Lady Edith, frotándome los brazos. Ella me miró extrañada y dejé de rascarme. Una vez que los hombres estuvieron afuera, lo suficientemente lejos como para demostrar que estábamos solas, los hombros de Lady Edith se desplomaron hacia adelante y dejó caer la cabeza entre las manos.

—Esa chica será mi muerte —susurró.

Solo podía asumir que ella no se refería a mí en esta circunstancia particular.

—¿La señorita Northcott?

—Sí. Ella insiste en hacer que todo nuestro acuerdo sea más difícil de lo necesario.

Esperé a que Lady Edith me explicara en qué consistía todo el acuerdo, pero no dijo nada más. Entendí que ella confiaba en Lord Claverley para apadrinar a la muchacha, pero, ¿por qué la señorita Northcott lo necesitaba? Poseía tanto fortuna como buen nombre. El escándalo que exigía su necesidad de Lord Claverley debía ser grandioso, en verdad, y el dinero que a él le ofrecieron, en igual medida, si ella se oponía tanto a cualquier difamación sobre su carácter por asociación.

Se escuchó el ruido de los cascos a través de las ventanas, mientras el carruaje de Lord Claverley se lo llevaba, y James regresó al salón, solo unos minutos después, con Henry pisándole los talones. Debió haberse unido a James afuera para despedirse de su primo.

—Henry, debes ir con Dorothea y asegurarte que esté bien —dijo Lady Edith.

Él estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Madre... A ella le resultaría muy extraño, si lo hiciera, porque apenas la conozco. Yo no vivía aquí, cuando ella vivió aquí. —Se sentó en el sofá junto a su hermano—. Somos, en el mejor de los casos, extraños. Sería mejor enviar a uno de los otros, porque al menos están mejor asociados con la chica. Es más probable que hable con uno de ellos.

—James no puede ir —dijo Lady Edith—. Él es necesario aquí.

—¿Y qué hay de Benedict?

James se rió.

—Eso sería desastroso. Los dos no pueden soportarse, el uno a la otra.

Lady Edith resopló.

—No necesita casarse con la chica, solo necesita asegurarse que todo esté bien.

—¿No puede ser suficiente una carta? —preguntó Henry.

—Una carta no verificará su bienestar. Podía escribir lo que quisiera.

Una sombra cubrió el ambiente del salón, y quise ofrecer mi apoyo, pero no sabía en qué

manera podría ser de alguna ayuda. Mis brazos protestaron por mis malditas mangas y me pregunté, brevemente, si sería demasiado dramático quemar este vestido, una vez que me lo quitara.

—Benedict sería quizás la mejor opción —dijo Henry—. Él conoce a la chica, mucho mejor que yo... Solo nos hemos conocido de pasada.

—Iré —dijo James, lanzando una mirada irritada a su hermano—. Dorothea me conoce e imagino que no tendrá problemas para hablarme claramente. Puedo salir directamente y regresar, a más tardar, el miércoles. Henry puede ayudarte con los preparativos que necesites para el baile, durante ese tiempo, madre.

—Estaré encantado de ayudar en todo lo que pueda —confirmó Henry.

Mi cuerpo se tensó. ¿James me dejaría aquí sola con su familia durante casi una semana? Después de besarla esta mañana, esperaba que pasáramos más tiempo, juntos, tras nuestra decisión de ir a la corte. Quería acercarme más a él, especialmente ahora que habíamos roto la barrera física hacia una relación más profunda de lo que decíamos antes. Pero, evidentemente, eso habría que posponerlo.

—¿Benedict debería viajar contigo? —preguntó Lady Edith—. Tal vez eso le daría la oportunidad de demostrarle a Dorothea que no es grosero ni carece por completo de modales.

—Discuten como hermanos infelices —explicó Henry—. O eso me han dicho. No he estado mucho con ellos.

—Desafortunadamente, así son las cosas. No se puede hacer que Benedict entre en razón a su alrededor —suspiró Lady Edith—. Olvida que lo mencioné, James. No sé si es prudente.

—Quizás no le permitiré a Ben elegir. —James sonrió—. Y tampoco le permitiré hablar en su presencia.

—¿Confío en que el primo Matthew ya se fue? —preguntó Benedict con su desgarrado cuerpo apoyado en la puerta—. Uno solo puede esconderse en la biblioteca durante un tiempo.

Me guiñó un ojo, mientras entraba en el salón.

—Se ha ido —confirmó su madre.

Benedict lanzó una mirada escéptica a sus hermanos y se detuvo en el borde de la alfombra, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Ahora, ¿con quién no tengo permitido hablar?

Henry le lanzó una mirada.

—Dorothea le ha escrito al primo Matthew y le ha informado que tiene intención de permanecer en la escuela durante las vacaciones de verano.

—¡Ah! —dijo Benedict. Su frente se aclaró por la confusión—. ¿Y nuestra querida mamá exige que vayamos a York, lo antes posible, para asegurarnos que el pequeño terror se encuentra bien?

—No te lo pido —dijo Lady Edith remilgadamente—. James irá.

—Y creo que sería prudente que vinieras conmigo —expresó James—. Puedes demostrarle a la muchacha que no guardas rencor hacia ella, y que será bienvenida en Chelton, siempre que ella lo desee.

La expresión de Lady Edith se aclaró y juntó las palmas de las manos, como si estuviera orando.

—Esa es la cuestión, James. ¿Por qué no traes a Dorothea a casa contigo? Si no desea pasar el verano con Lord Claverley, tal vez pueda hacerlo aquí. Ya no necesita permanecer en esa escuela.

—¿Y arriesgarnos a ofender a nuestro gran salvador? —preguntó Benedict con su voz llena

de desdén—. Todavía no entiendo por qué debes pedirle ayuda al primo Matthew. ¿Por qué no puedes acompañar a la chica, en Londres?

—Tendría que estar en Londres para hacerlo —le recordó secamente.

—¡Ah! —dijo Benedict con una sonrisa perezosa cruzando sus labios, mientras se sentaba en la silla más cercana al fuego—. Pero, ahora tenemos a la señora Bradwell, que puede viajar a Londres sin grandes problemas físicos.

Mi estómago dio un vuelco y luché contra cada deseo interno de rascarme la picazón en la piel, que pareció empeorar junto con esta desagradable conversación. No sabía nada sobre ser acompañante de una joven y, dada la forma en que James y yo nos vimos obligados a casarnos rápidamente, dudaba mucho que alguien confiara en mí como acompañante.

—Eso no funcionaría —dijo Lady Edith, doblando su bordado y devolviéndolo a su cesta de trabajo—. Dependemos del nombre de tu primo para asegurar una coincidencia para Thea.

—¿Por qué siempre...?

—Por favor, no me presiones —dijo, cerrando los ojos. Ella parecía extraordinariamente enferma, muy agotada por la conversación, y me levanté.

Tal vez todavía no pudiera dirigir una gran casa como Chelton ni acompañar a su ahijada en Londres, pero sí sabía cómo ayudar a una madre cansada.

—Lady Edith, parece que le vendría bien una taza de té caliente y descansar un poco.

Levantó la mirada hacia mí y se formó una suave línea entre sus cejas.

—Felicity, eso suena muy agradable.

Ella se puso de pie, la tomé del brazo y la saqué del salón sin que ninguno de sus hijos dijera otra palabra. Sus voces profundas se pudieron escuchar en la conversación, una vez que salimos, y Lady Edith dejó escapar un suspiro.

—Amo a mis hijos, pero su obstinación a veces puede resultar difícil.

—Estoy segura que todas las madres podrían decir lo mismo de sus hijos.

Lady Edith sonrió.

—Probablemente tengas razón.

—¿Quieres un baño también? Puedo llamar para que calienten el agua.

—No, un breve descanso estará bien.

Acompañé a Lady Edith a su habitación (aunque en realidad ella me guió, porque yo no sabía a dónde iba) y la dejé afuera de su puerta.

—Podemos comenzar con las invitaciones esta tarde —prometió—. Después que te quites esa bata incómoda.

Entonces, mi picazón no había pasado desapercibida. Un cálido rubor se extendió por mi cuello.

—¿Llamo para pedirle el té?

—Lo puedo manejar. —Hizo una pausa y su mirada astuta me recorrió—. Gracias, Felicity.

Había un pequeño puñado de cosas por las que podría haberme agradecido, y no sabía exactamente cuáles eran: la forma en que hablé de la señorita Northcott, o me presenté ante el conde, o la manera en que la saqué del salón, cuando parecía necesitarlo. Pero independientemente de los detalles, sentí que habíamos superado un momento crucial en nuestra relación, y decidí no arruinarlo con una pregunta. Asentí suavemente y cerré la puerta detrás de mí.

Ahora, tenía que ver si podía encontrar el camino abajo otra vez... después de quemar este vestido.

Capítulo 15

La nueva doncella que Lady Edith había contratado para mí demostró tener mano hábil y talento para peinados elaborados. Desde que James se fue a ocuparse del bienestar de la señorita Northcott, habían pasado dos cenas en Chelton, y Fanny había logrado crear peinados más complejos, en cada noche. Como persona a la que no le gustaba llamar la atención, había sido una prueba para mi comodidad bajar a cenar con un estilo alto, trenzado o con abundantes bucles. Ciertamente, no me gustaban los bucles.

Me senté en mi tocador, desconfiando de cuál sería el diseño de esta noche. La luz naranja del fuego lento bailaba sobre mi reflejo, y observé a Fanny trabajar con gran eficiencia. Mis dedos ansiosos frotaron suavemente la nota dejada por James y estaba desesperada por despedir a Fanny para poder leerla en privado.

Él se había encargado de asegurarse que yo no me perdiera nada sobre él cada noche, y había escrito sus datos en hojas de papel dobladas, antes de irse, para que yo pudiera seleccionar y leer una cada noche, mientras él no estaba.

Descubrí que me gustaba leer sus notas, antes de cenar, así que tendría un poco de él para llevarme, cuando me reuniera con Henry y Lady Edith para pasar la noche.

No es que la cena fuera el único momento del día que pasaba con mi suegra. Es más, la totalidad de cada día había sido consumida por lecciones de distintos tipos. Cómo gestionar menús y enigmas creados por una incorporación repentina a la cena. Felizmente, también aprendí cómo disciplinar a una doncella sorprendida, espiando el cajón de Benedict, mientras se suponía que estaba limpiando su chimenea con firmeza y gracia. Además, cómo recibir a la persona que llamó sin avisar, demasiado temprano, el sábado por la mañana, con fría dignidad y reserva, a pesar de la clara búsqueda de la nueva mujer incorporada a Chelton: obviamente, era a mí que me perseguían.

Y, por último, cómo redactar con elegancia decenas de invitaciones, a lo que seguramente sería el baile del año, en todo Lake District.

—Ya terminé, madame —dijo Fanny, dando un paso atrás y sosteniendo sus manos delante de ella.

Incliné la cabeza hacia un lado e inspiré suavemente. Este fue quizás mi diseño favorito de todos. Mi cabello rubio rojizo estaba rizado con tenazas calientes, y recogido en lo alto, en un arreglo sencillo, aunque hermoso. Llevaba un vestido sencillo de color verde oscuro y pasé las manos por la falda, mientras esperaba que Fanny me dejara. Pasó un minuto moviendo las tenacillas, rizándolas hasta el borde de la chimenea para que se enfriaran y colocó mis horquillas sin usar en un recipiente sobre mi tocador.

—Gracias, Fanny... Disfruta de tu cena.

Ella hizo una reverencia y salió de la habitación. Giré para mirar el fuego y desdoblé la nota de James para hoy.

“Por mucho que amo a Chelton, nunca he tenido miedo de dejarlo por un tiempo hasta hoy. Me temo que estos cinco días serán una eternidad y espero volver con ustedes.

*tuyo, etc.,
James.”*

Me incliné más hacia la luz del fuego y leí la nota nuevamente. Había escrito esto, antes de embarcarse en el recado para su madre, y aunque no era estrictamente un hecho, me gustó mucho más que si hubiera elegido compartir su caballo favorito, o su preferencia por la carne de res sobre la de cerdo. Mi corazón se aceleró de afecto, doblé el papel y lo metí dentro de mi corsé. Quizás esto era extraño, pero quería llevar sus palabras conmigo.

Esa noche la antecámara del comedor estaba en penumbra y cuando llegué encontré a Henry solo. Se puso de pie cuando llegué, y me ayudó a sentarme en una silla suave y acolchada para esperar a su madre.

—¿Ya terminaste el segundo volumen? —preguntó, haciendo referencia a *Los misterios de Udolfo*. Se sentó en una silla cerca de la mía y dirigió toda su atención hacia mí.

Bajé la voz.

—Me temo que las lecciones de tu madre no me han permitido suficiente tiempo para dedicarme a la lectura, y lamentablemente estoy atrasada.

—Pero, ¿estás aprendiendo mucho sobre el funcionamiento de la casa?

Intenté parecer emocionada.

—¡Sí! Sin embargo, cuanto más aprendo, más claro me resulta que soy lamentablemente inadecuada para este rol. Es una bendición para todos en esta casa que Lady Edith siga al mando.

Henry se reclinó un poco en su silla y me miró con curiosidad.

—Ella no lo hará para siempre, ¿sabes?

—Por supuesto, pero, por ahora es necesario.

—Tal vez. Sin embargo, me pregunto si solo te consideras inadecuada porque no te has permitido ser de otra manera.

La entrada de Lady Edith me salvó de tener que responder a esto. Ella cruzó hacia nosotros y se paró cerca de la chimenea, aunque el calor del día significaba que la chimenea estaba vacía.

—Será importante presentarte a tantas familias como podamos, mañana, después de la iglesia. Eso evitará que tengamos que entregar tantas tarjetas el lunes.

—Por supuesto, Lady Edith —dije. Estaba contenta con cualquier acuerdo que pudiera eliminar algo de nuestra lista perpetua de cosas por hacer. Iba a ser una prueba suficiente simplemente actuar en las presentaciones, especialmente sin James a mi lado. Me moví un poco de mi asiento y busqué las palabras para explicar mis deficiencias sociales, esperando que mi suegra estuviera completamente preparada para mis debilidades, en el día de mañana.

No obstante, la puerta del comedor se abrió, anunciándose la cena, lo que puso un alto necesario a mis pensamientos. Seguí a Henry y a su madre al interior del salón y tomé asiento a la izquierda de Henry.

Sentí su mirada sobre mí, pero me concentré en el jamón, en mi plato.

—Madre... ¿Mañana no es el día de descanso? Quizás Felicity también necesite un descanso en el programa.

—No le exijo que trabaje. —Su mirada se dirigió hacia mí—. Solo mencioné que las presentaciones se realizarán mejor, después del servicio, para evitar que nos obliguen a conducir por todo el condado el lunes.

—Por supuesto, pero...

—Estoy a la altura de la tarea, Henry. Pero, gracias por tu consideración. —Clavé otro bocado de jamón y lo empujé por mi plato. Él me había dado una entrada a este tema y necesitaba aprovecharla. Solo esperaba que mi corazón acelerado no se revelara en mi voz temblorosa—. Sin embargo, deben saber que me pongo bastante nerviosa, en compañía.

—Actuaste con excelente decoro ante Lord Claverley. Y con la señora Greer, lo cual fue un

desafío excepcional, dada la propensión de la mujer a perseguir chismes. —Lady Edith añadió lo último en voz baja y yo reprimí una sonrisa.

No podía explicar mi comodidad en el salón con Lord Claverley porque no sabía cómo esto se produjo.

—Apenas dije una palabra en presencia de la señora Greer. —Me metí el trozo de jamón en la boca.

Lady Edith arrugó la nariz y buscó en el techo pintado la confirmación de mi afirmación.

—¿Eso es cierto? Me atrevo a decir que no es un desafío lograrlo en su presencia.

—Creo que demostraré rápidamente que no es un desafío para mí en presencia de ningún conocido nuevo. Tengo... problemas.... nuevos acompañantes, me ponen ansiosa, cuando estoy rodeada de muchos extraños. Es un defecto que me avergüenza bastante, pero no tengo ningún recurso para cambiarlo.

El silencio en la mesa era insoportable por su pureza.

Lady Edith se aclaró la garganta y finalmente habló:

—No entiendo completamente lo que quieres decir.

Los nervios revoloteaban en mi estómago, pero no podía posponer esto más, especialmente porque mañana me llamarían a reunirme con miembros de la sociedad. Lady Edith merecía una advertencia sobre qué tipo de persona era su nuera.

—No se puede esperar que tenga mucho que decir con nuevos acompañantes, y ciertamente no se puede esperar que baile más de un baile, en cualquier evento. Mis nervios simplemente no me lo permiten, sin importar cómo me prepare, y desearía profundamente que fuera de otra manera.

Una y otra vez, mi madre se había decepcionado de mí, en diversos eventos sociales, o cuando mis amigas venían a visitarme, y sabía que aquí no sería diferente. Más bien, sería peor, porque había mucho en juego. Mamá me amaba sin importar cuántas veces la decepcionaba. Pero, no podía esperar lo mismo de personas que solo me conocían desde hacía una semana.

—No la obligaremos a hacer nada con lo que no se sienta cómoda —dijo Henry, finalmente.

Noté que lamentablemente Lady Edith permanecía callada.

El resto de la cena transcurrió en una desconcertante mezcla de silencio y charla forzada, en la que yo participé poco y estaba ansiosa por escapar a la soledad de mi habitación. Extrañaba la presencia tranquilizadora de James y, aunque creía que pasaría el tiempo bastante bien con Henry, nuestros cómodos hábitos de conversación, provenientes de nuestro encuentro inicial del verano pasado, no se habían transferido tan fluidamente como esperaba. Era muy bueno y amable, y cuando hablábamos de libros podíamos perdernos en interminables discusiones sobre la trama y los personajes, y cómo nos atraían (o no) a cada uno de nosotros, pero ahora faltaba algo... y yo creía que era algo de lo que James poseía.

No obstante, el papel doblado con las palabras de mi marido raspó ligeramente mi piel y, en el transcurso de la incómoda cena, recordé lo profundamente que James deseaba estar conmigo.

Y yo, con él.

Una vez que Lady Edith se levantó, la seguí fuera del salón, y me detuve al pie de la amplia escalera.

—Creo que me retiraré temprano —dije, soñando ya con continuar el libro que ciertamente no debería leer después del anochecer, pero sabía que lo haría de todos modos.

Ella hizo una pausa y volteó para mirarme con su mirada astuta.

—Felicity... No me estás poniendo fácil determinar tu carácter.

—¿Perdón?

Dio un paso deliberado hacia mí y sus ojos recorrieron mi rostro. Mis manos comenzaron a temblar bajo su escrutinio, y las apreté a mis costados, agarrando mi falda para evitar mostrar mi debilidad.

—Cada vez que creo que tengo tu medida, haces algo que me toma por sorpresa. —Ella respiró por la nariz—. Aún no estoy segura si estoy agradecida que hayas logrado convencer a James de ir al altar, o si debería estar justificadamente indignada por él. He hecho todo lo posible para dejar de lado mis reservas, y darte la bienvenida a mi casa, pero no me lo pones fácil.

Ella cerró los ojos y sacudió ligeramente la cabeza, antes de apuntarme nuevamente.

—No sé cuál es tu objetivo aquí, pero espero que te des cuenta de que no renunciaré a mi hijo ni a mi rol en esta casa hasta que hayas demostrado que eres digna de ellos.

“¿Renunciaré a mi hijo?” ¿No lo había hecho ya? Me falló la voz y traté de tragar con la garganta seca. Su vehemencia me tomó rápidamente por sorpresa, y no podía entender qué había hecho para merecer un cambio tan repentino en su opinión sobre mí.

Excepto, por supuesto, que esto no fue súbito. Al parecer, Lady Edith simplemente había llegado al punto en el que ya no podía ocultar su verdadera opinión sobre mí. Ella se había mantenido a distancia desde que llegué a Chelton. Me había agradecido por sacarla del salón después de la visita de su sobrino, pero en los momentos, juntas, ella había dejado claro que estaba cumpliendo con su deber de enseñarme las maneras de ser la dueña de Chelton, y nada más.

De hecho, si Lady Edith no se hubiera preocupado tanto por su hogar y su familia, me preguntaba si se habría molestado en enseñarme algo.

—Espero haberte dado algo en qué pensar. Buenas noches, Felicity. —Lady Edith caminó hacia el salón sin decir una palabra más, y yo me paré al pie de la gran escalera con los pies sobre las baldosas del tablero de ajedrez, y la vi irse.

Mi corazón se aceleró en la cámara silenciosa y resonante. Di la vuelta y bajé hasta el último escalón. ¿Cómo iba a lograr algo ahora que entendía los verdaderos sentimientos de Lady Edith? Sin James aquí en quien apoyarme, estaba segura que fracasaría.

Por mi mente pasaban excusas para librarme del tiempo en familia. Podría pedirle a Fanny que le dijera a la familia que tuve fiebre por la mañana. Pero no, para entonces llamarían al médico. ¿Un dolor de cabeza? Quizás eso podría funcionar y me permitiría pasar el día escondida en mi habitación.

Pero tenía tres días (posiblemente cuatro), antes que James regresara, y no podía fingir un dolor de cabeza, por tanto tiempo, sin ser motivo de gran preocupación. Me froté los ojos por el cansancio y recorrí con la mirada el salón oscuro que me rodeaba. Las pinturas cubrían la mitad superior de las enormes paredes, y se derramaban sobre el fresco que cubría el techo, mientras que las tallas de mármol cubrían las paredes y se arrastraban sobre las cornisas.

Este salón, por sí solo, era mucho más elaborado y elegante que cualquier cosa que alguna vez hubiera esperado llamar mi hogar, y me permití, en lo más profundo de mi melancolía actual, preguntarme si habría aceptado la mano de James, si hubiera sabido la vida que estaba aceptando.

Y además, ¿por qué, cuando James era sumamente consciente de mi propensión a la ansiedad social, me permitió convertirme en la dueña de tal propiedad con todos los deberes que acompañaban a ese rol? Esta no era una pequeña casa de campo para administrar tranquilamente. Esto requería el trabajo de una mujer productiva y capaz.

Me obligué a levantarme y giré para subir las escaleras, exhalando un suspiro de derrota. No había forma de cambiar mi situación ahora, por mucho que mi suegra lo deseara.

Capítulo 16

Resultó que a la mañana siguiente no me vi obligada a emplear ninguna excusa, ya que Lady Edith optó por quedarse en casa y no ir a la iglesia, soportando su propio terrible dolor de cabeza. No sabía si eso era real o inventado, pero me alegré de posponer la necesidad de estar cerca de ella por un tiempo más.

Henry me llevó a la iglesia, en un carruaje, con sus hábiles manos ligeras en las riendas. El ruido de la carretera nos impedía mantener una conversación tranquila, pero yo me contentaba con el silencio. Estaba demasiado absorta en mi preocupación por la sociedad reunida en la iglesia y cómo actuarían con la nueva ocupante de Chelton.

Cuando llegamos a Bakewell, Henry ató las riendas a un poste y se acercó para ayudarme a bajar.

—No es necesario que usted hable con quien no desee conocer.

Su declaración me tomó por sorpresa, miré sus firmes ojos azules y encontré compasión en ellos.

—Gracias, Henry, ¿crees que a la gente le resultará extraño que hayamos venido solos?

—Ahora eres mi hermana —dijo, con una sonrisa fácil parpadeando en sus labios—. No tiene nada de extraño.

Él hizo bien en recordarlo. Aunque nadie conocía nuestra historia, nadie consideraría extraño encontrar a una nueva novia y a su cuñado viajando juntos. Esto era completamente irrefutable.

Mis mejillas se calentaron y bajé la cabeza, fingiendo encontrar interés en evitar el barro a mis pies.

—Por supuesto.

Henry me ofreció su codo, lo tomé y seguimos colina arriba hacia la iglesia. Una espesa hierba verde cubría el patio, rodeando las lápidas del cementerio por un lado. Mirando colina abajo, las cimas de los edificios, que bordeaban las calles circundantes, se desangraban en todas direcciones. Todo en el antiguo edificio tenía un aire gótico que me encantaba.

Me recordó el libro que estaba leyendo, a mitad de camino, e inmediatamente saqué la ficción de mi mente. No tenía un lugar entre el culto de hoy.

El señor Upshaw, el vicario, nos recibió en la puerta. Sus patillas blancas temblaron, mientras hablaba, aunque su bienvenida fue cálida y acogedora. Caminé por el pasillo central y me senté junto a Henry, en lo que solo podía suponer que era el palco de los Bradwell.

Los ojos seguían cada uno de mis movimientos y me alegré de haber elegido un sombrero de ala tan ancha para no quedar obligada a ver todas las miradas curiosas. Me incliné hacia Henry y le hablé en voz baja:

—¿James o Benedict faltan a menudo a la iglesia, o es extraño que no estén aquí?

Me miró y una suave risa escapó de sus labios.

—Estás demasiado preocupada, Felicity. Te lo prometo, no es nada extraño que toda mi familia no esté con nosotros. James está ausente a menudo y no se puede confiar en que Benedict cumpla con un horario predecible.

—Y tú, Henry, te escapas al pabellón de caza tan a menudo como puedes.

—De hecho. —Él estuvo de acuerdo con un firme movimiento de cabeza—. De hecho, debería estar allí ahora.

—¿Oh?

—Sí. —Me dio una sonrisa fugaz, antes de dirigir su atención hacia donde el vicario caminaba ahora hacia el frente—. Pero, pospuse mi viaje por un tiempo.

Mi estómago dio un vuelco ansiosamente y lo presioné en silencio.

—¿Por qué pospusiste el viaje?

—Porque James me pidió que me quedara... Para ti.

“¿Para mí?” No, él no se quedó por mí. Lo hizo por James. Él acaba de decir lo mismo. Dirigí mi atención hacia adelante e hice lo mejor que pude para escuchar el sermón, a pesar de la forma en que mi mente y mi estómago se revolvían incómodos. Henry había intentado escapar, tal como predijo la semana pasada que necesitaba hacerlo. No era de extrañar que se opusiera con tanta avidez a visitar personalmente a la señorita Northcott, ya tenía otros planes.

Y estos no habían incluido atenderme.

¿Cómo pudo James haberle pedido esto a su hermano? Mi vergüenza solo parecía crecer con cada nueva revelación. ¿Qué sería lo siguiente? ¿La señora Prescott vendría a verme, y me revelaría que no tenía intención de cederme la gestión del menú ni de las criadas?

Mi actitud cayó al igual que mi energía, durante el sermón, y cuando el mismo terminó, me levanté y salí de la capilla. Sin embargo, tuve que luchar contra el deseo de correr, antes que Henry pudiera presentarme a alguien.

—Madre me ha pedido que te ayude a conocer a tres familias en particular. Te prometo que todo terminará rápidamente, y no necesitas decir nada más que un saludo cortés.

La voz de Henry era seria y levanté la vista rápidamente, agradecida de descubrir que su generosidad parecía bastante genuina. Asentí con la cabeza y deslicé mi mano sobre su codo para que pudiera llevarme afuera. El sol brillaba sobre nosotros, trayendo consigo una capa de calor, y el sudor me picaba en la nuca.

—Buenos días, señor Bradwell —gritó un hombre cuando nos aproximábamos a su grupo.

Henry se acercó aún más.

—Dos de las familias juntas. Creo que la fortuna te sonríe.

No pude evitar la sonrisa que curvó mis labios.

—Señor Dodwell, señora Dodwell. —Henry asintió hacia la pareja alta y rolliza. Cambió su atención a la familia rubia que estaba a su lado—. Señora Whaley, señor Whaley, señorita Whaley... Permítanme tener el placer de presentarle a la nueva esposa de mi hermano, la señora Bradwell.

Hice una reverencia al grupo y asentí con la cabeza, a cada una de las mujeres, por turno.

—Es un placer —dije.

—¡Oh! Señora Bradwell, tenía tantas ganas de conocerla —dijo la señora Dodwell con los ojos más brillantes que la plétora de flores amarillas y naranjas que adornaban su sombrero—. Por favor, dígame que Lady Edith tiene la intención de organizar un baile.

—Esa es su intención —dijo Henry—. Y espero que a todos les lleguen las invitaciones, en breve. La señora Bradwell ha estado ocupada, escribiéndolas ella misma.

—¡Oh! —exclamó la señora Whaley, bastante impresionada por esta aparente hazaña—. ¡Qué bien de su parte, señora Bradwell!

—Estoy agradecida por el buen consejo y el sacrificio de Lady Edith al organizar un baile para mí. Es lo mínimo que puedo hacer para ser útil.

Las mujeres compartieron una mirada y yo no lo sabía con certeza, pero creí que me había ganado su aprobación.

—Perdóneme por mi impertinencia —dijo la señorita Whaley con su voz ratonil, haciendo

juego con su pequeña figura—. Pero, hoy, ¿dónde está el señor James Bradwell?

—Desafortunadamente, él y mi hermano Benedict fueron llamados a ausentarse por un asunto familiar, pero pronto deberán regresar a Chelton.

Ella parecía decepcionada, e hice lo mejor que pude para no investigar demasiado sus posibles razones.

—Si nos disculpan —dijo Henry, poniendo su mano sobre la mía, la que descansaba sobre su brazo—. Debemos continuar con las presentaciones.

—Por supuesto —dijo la señora Dodwell, inclinándose hacia adelante y bajando la voz—. Me imagino que hoy se está perdiendo el tiempo para que todos puedan tener la oportunidad de conocer a la nueva miembro de la parroquia. ¡Bienvenida a Bakewell, querida!

La sinceridad en su tono cálido llegó hasta mi pecho y sonreí, inclinando la cabeza en reconocimiento, mientras Henry me alejaba.

La siguiente media hora la pasamos de manera similar, reuniéndonos con gente de la parroquia local y dando excusas por las ausencias de James y Lady Edith. Henry, a pesar de su aversión por la sociedad y su preferencia por mantenerse alejado de ella, era un experto en orientarse entre la gente de Bakewell. Había orquestado con éxito no menos de ocho presentaciones de familias diferentes, y me sacó de cada una, antes que me involucrara en una larga conversación. Nos abrimos paso hacia la calle y casi habíamos llegado al carruaje, cuando una mujer se interpuso en nuestro camino con su hija justo detrás de ella.

Las reconocí inmediatamente, las había visto en la tienda de la modista.

—Buenos días, señora Whitstone. Señorita Whitstone.

—Es un gran placer volver a verla, señora Bradwell. ¿Espero que Lady Edith no esté enferma?

—Señora... Ella sufre de dolor de cabeza —intervino Henry.

—¿Y cómo está disfrutando de nuestro pequeño rincón de Inglaterra, señora Bradwell? —La señorita Whitstone chasqueó la lengua.

—¡Inmensamente! Esto es hermoso y las personas, hoy, han demostrado estar a la altura. Espero conocerlas mejor a ambas, mientras tomemos el té, esta semana. —Especialmente la señorita Whitstone. Estaba decidida a descubrir qué era lo que a James le había parecido tan faltante en ella.

Lady Whitstone asintió distraídamente, mirando de mí a Henry.

—Por supuesto. Entonces, el viernes.

Hice una reverencia y las rodeé. Henry tomó el carruaje y no pude evitar sentirme un poco fortalecida por los logros del día. Sin la ayuda de James ni depender de Lady Edith había logrado reunirme con nueve de las familias más importantes de la parroquia, y ahora tendría nueve paradas menos que hacer con Lady Edith, en el carruaje, esta semana.

Una vez que subimos al asiento y despegamos en dirección a Chelton, me volví hacia mi cuñado. Hablé para que me escucharan por encima del ruido de la carretera.

—Debo agradecerle.

Me miró brevemente, antes de volver a concentrarse en conducir.

—No hice nada, Felicity. Tú actuaste naturalmente.

Una risa salió de mi pecho.

—De hecho, creo que debes lucirte por algún motivo. Naturalmente, definitivamente yo no soy así.

Él no se rió.

—Cualquiera que sea el título que quieras, yo fui poco más que tu conductor, Felicity. Lo

hiciste a la perfección y mi predicción es que pronto tendrás a todo Bakewell comiendo de la palma de tu mano.

Pensé en la mujer en el patio de la iglesia con ojos de águila entrecerrados.

—Bueno, no todo Bakewell.

—Créeme, mi hermano lidera la manada.

Mi cuerpo se sacudió, ya que no había estado considerando a James. Aunque era cierto que no podía predecir que estaría en mi bolsillo todavía (si es que alguna vez lo llegaría a tener), había estado pensando en alguien completamente distinto. Una persona que últimamente se había convertido en la adversaria de Lady Edith.

—Me refiero a Lady Whitstone.

Henry se rió torpemente para disimular su error.

—¡Ah! Touché, Felicity. Se necesitaría una hazaña de grandes proporciones para lograrlo. Pero... parece que usted le agrada bastante a la señorita Whitstone.

—No lo puedo decir.

Él sonrió.

—Ella es tranquila, sí, pero muy amable. Creo que te gustará.

—Tu hermano dijo lo mismo. —Y todavía tenía que determinar si era un cumplido o una condena.

Henry me miró fijamente.

—Entonces, ¿él te habló de la señorita Whitstone?

—Y de su breve cortejo, sí.

—Allí estaba haciendo todo lo posible para evitar a los Whitstone, y evidentemente fue inútil.

Cruzamos el puente de piedra, Chelton estaba justo delante de nosotros, y un gran surco en el camino me sacudió en el banco. Busqué algo a qué agarrarme, cuando el brazo de Henry sobresalió y me mantuvo asegurada al asiento.

Detuvo a los caballos y volteó hacia mí abruptamente, quitando el brazo.

—Perdóname, Felicity. Esa maldita rutina aún no se ha solucionado. Quería estar atento, pero admito que me estoy distrayendo. Se pasó una mano por la barbilla.

—Todo está bien.

—Tal vez debería empezar a trabajar en la rutina, mañana. Es mucho peor de lo que reconocí ante James. —Sacudió la cabeza y continuó hacia la casa—. El hombre me prueba profundamente, como se espera que hagan los hermanos, pero él sabe lo que hace.

—Hasta ahora he descubierto que ese también es el caso.

Henry detuvo el carruaje frente al enorme patio de los establos de Chelton. Detrás de los mismos se extendían colinas verdes y onduladas, y el río corría entre ellas, deslizándose bajo el ancho y arqueado puente con Chelton a nuestro lado. Era idílico y deseaba poder disfrutar del dominio de la escena soleada, que me rodeaba, pero mi corazón estaba en York y mis nervios estaban tensos.

—Quizás cuando James regrese deberías sugerir una salida que les convenga a ambos —dijo Henry con cuidado, sacándome de mis pensamientos—. Ni montar en bicicleta ni leer, sino algo que se adapte a las preferencias de ambos.

—Es una idea espléndida, Henry. El único problema...

Él esperó, pero cuando no terminé mi pensamiento, me golpeó ligeramente con el hombro.

—¿Cuál es el problema, Felicity?

Me mordí el labio y hablé del miedo que me había estado atormentando desde que llegué a

Cumberland.

—Me temo que eso no existe... una actividad que nos atrae a ambos.

Él sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Si lo que encontré durante el viaje fue una indicación, ciertamente hay algo que ambos disfrutan. Estoy seguro que encontrarán otros placeres.

Mis mejillas se calentaron. Sabía que Henry nos había encontrado besándonos, pero su falta de tacto al mencionarlo fue vergonzoso.

—Después de todo —continuó—, James disfruta de algunas cosas más que montar a caballo y hacer deporte. Le gustas excesivamente.

Sonreí, aunque sabía que Henry no podía saberlo con certeza.

—James es muy amable y afable. Incluso si no le gusta leer.

—Bueno, no todos podemos ser perfectos —dijo Henry con un afectado aire de grandeza. Me guiñó un ojo y atravesó el arco hasta que nos detuvimos dentro del patio de carruajes. Un hombre corrió hacia nosotros para sujetar las cabezas de los caballos, y Henry saltó del carruaje para ayudarme a bajar.

Si había algo bueno para contrarrestar la ausencia de James era asegurar mi amistad con Henry. Hacía mucho tiempo que había abandonado la idea de cualquier romance entre nosotros, y había llegado a considerar al hombre como a un hermano. Me alegré porque, aparentemente, él había hecho lo mismo.

Tomé su mano y entré al camino de grava marrón.

—Gracias, señor.

—Fue un placer. —Le entregó las riendas del caballo a un mozo de cuadra y me tomó de la mano para llevarme al interior de la casa—. ¿Tienes algún plan para esta tarde o te gustaría reunirte conmigo en la biblioteca para leer un poco?

—Eso suena encantador.

Capítulo 17

El domingo fue muy agradable, ya que lo dediqué en gran medida a la lectura, y no fue hasta el lunes por la mañana que me vi obligada a enfrentarme a mi suegra nuevamente. Ella actuó como si no hubiera intercambiado palabras incómodas entre nosotros, y me alegré al menos de no tener que revivir esa conversación en la escalera, nuevamente. Entregamos tarjetas en un puñado de casas cercanas, antes que Lady Edith se enfermara demasiado a causa del carruaje para continuar, y el resto del día transcurrió en relativo silencio, mientras escribíamos las últimas invitaciones al baile.

El lunes por la tarde me senté en mi tocador, mientras Fanny calentaba las tenacillas en el fuego creciente. Estaba debatiendo los méritos de pedir perdón y solicitar una bandeja en mi habitación, en lugar de asistir a la incómoda e íntima cena, cuando un sonido en la habitación de James me alertó de una presencia adentro. Su ayuda de cámara había viajado con él a York, por lo que no había motivo para que alguien estuviera en su habitación.

Seguramente, no estaba fuera de los límites de lo apropiado que una esposa echara un vistazo a la habitación de su marido, cuando él debía estar ausente de la casa. Después que la señora Prescott encontró a la doncella rebuscando en los cajones de Benedict el otro día, sentí que no tenía más remedio que asegurarme que la persona en la habitación de James tenía una razón justa para estar allí.

Fanny se acercó a mí por detrás y giré para mirarla.

—Escuchas eso, ¿cierto? ¿Alguien en la habitación de mi marido?

Hizo una pausa y entrecerró los ojos hacia la pared. Sonó un golpe suave y ella asintió.

—Sí, señora. Alguien está ahí dentro. ¿No se supone que volvería mañana?

—No, no es así. Mañana como muy pronto, más probablemente el miércoles. —Hice una pausa, mordiéndome el labio—. Debería echar un vistazo adentro, ¿no? Para asegurarme que todo esté bien, quiero decir.

Ella asintió con los ojos muy abiertos.

—Creo que es prudente.

Probablemente, la culpa era de *Los misterios de Udolfo*, pero mi cautela aumentó, a medida que me arrastraba hacia la puerta contigua. Sacudí las imágenes de espectros y villanos de mi mente y giré el pomo de la puerta, preparada para invocar a una presencia imponente para preguntar por qué alguien necesitaría estar en la habitación, mientras James estaba ausente.

La cerradura no estaba pasada, abrí la puerta y rápidamente entré para encontrar a James parado frente a su mesa de afeitar, sin camisa, y sosteniendo una cuchilla en su mejilla. Volteó hacia mí y perdí la capacidad de hablar. El pecho de James pertenecía a un hombre que regularmente participaba en peleas o trabajaba en el campo todo el día. Al respecto, su amplio pecho se estrechaba hasta una cintura estrecha. Un suave grito ahogado escapó de mi garganta y tropecé con algo que yacía en la alfombra frente a mí, cayendo con fuerza sobre mis rodillas.

James corrió hacia adelante y yo me puse de rodillas, sintiendo ya el calor sangrar en mis mejillas. Su bota yacía a mi lado y la enderecé.

—Perdona mi intrusión —dije, mirándolo. Fue una lucha levantar mi mirada hacia su rostro, pero lo logré—. Temía que un intruso estuviera rebuscando entre tus cosas.

James levantó una ceja y me alcanzó.

—¿Tu novela gótica ha empezado a llenarte la cabeza de tonterías?

Puse mi mano en la suya.

—No. Bueno, sí, me ha dado motivos para sentirme nerviosa por cada ruido inexplicable en esta casa, James, hay muchos, pero esto está justificado.

—¿Lo está? —Él me levantó.

—Encontraron a una criada revisando los cajones de Benedict. No podía permitir que alguien hiciera lo mismo aquí.

James hundió la barbilla y el jabón espumoso se pegó a su pecho cuando levantó el cuello.

—Seguramente, ¿ella todavía no trabaja aquí?

—Tu madre la relegó a las cocinas y le dio otra oportunidad. Pensé que fue muy amable de su parte brindar tal gracia.

James inclinó la cabeza un poco hacia un lado.

—No puedes saber cuánto me agrada que tú y mi madre hayan llegado a un acuerdo.

Excepto que no lo habíamos hecho. Lady Edith realizó un trabajo extraordinario, engañándome y haciéndome creer que me aprobaba durante mi semana inicial en Chelton, así que seguramente podríamos continuar con la farsa. No tenía esperanzas de cambiar su opinión, pero no quería arruinar el buen humor de James tan pronto. Había tiempo para determinar la mejor manera de plantearle el asunto.

Cuando mi propia mamá llegara a Chelton, ella sabría mejor cómo manejar las cosas. Estaba casi segura que cualquier cosa que dijera contra la madre de James solo lo pondría a la defensiva contra mí, y más alejado de lo que yo quisiera. No es que culpara a James, por supuesto. Era natural desear defender a la propia madre.

Su mano libre enroscó un mechón de mi largo cabello, alrededor de su dedo, y fui muy consciente de cómo mi cabello caía por mi espalda y en ondas sueltas sobre mis hombros. Necesitaba regresar con Fanny y terminar de preparar la cena, pero aún no estaba lista para dejar el lado de James.

—Has regresado temprano. —Intenté romper el silencio entre nosotros.

—En efecto. —Su pulgar frotó círculos sobre el dorso de mi mano, que todavía sostenía—. Nuestro asunto concluyó rápidamente y no encontramos ningún motivo para retrasarnos en York.

—Supongo que la señorita Northcott está bien. ¿O la has traído contigo a Chelton?

Su sonrisa se hizo más tensa bajo la espuma que la rodeaba.

—Preferiría hablar de ti. ¿Encontraste que la sociedad en Bakewell era todo lo que imaginabas?

Esta evitación del tema no auguraba nada bueno. Si hubiera sido una respuesta fácil, me la habría dado.

—Bakewell fue mucho más fácil de manejar de lo que esperaba. De hecho, Henry fue de gran ayuda. No podría haber conocido a tantas personas después del servicio religioso sin su ayuda.

Mi pecho ardía levemente al recordar que James le había pedido a Henry que me atendiera, pero reprimí mi culpa e irritación por eso. No era un bebé que necesitara una niñera, pero realmente no podía culpar a James por pensar eso después de haber presenciado mis reacciones poco sabrosas al bailar y montar a caballo.

—Recuérdame darle las gracias más tarde —dijo, tirando de mi mano para acercarme. El calor emanaba de su piel y levanté mi mano libre para limpiar la espuma jabonosa de su pecho.

—Estás haciendo un desastre —le dije.

—Y ahora es un desastre tuyo. —Tomó mi mano y pasó el dedo espumoso por su mejilla afeitada, y mi pulso se aceleró—. Te he extrañado, Felicity.

Y yo también lo había extrañado.

—No puedes comprender adecuadamente lo contenta que estoy que estés en casa.

Una expresión de leve sorpresa cruzó por su rostro, pero no pude creerlo.

—¿Lo pensaste de otra manera? —le pregunté.

—No sé qué esperar de ti. Me preocupaba que al besarte hubiera arruinado cualquier amistad que habíamos empezado a formar.

—Eso está lejos de arruinar nada, James.

—Estoy encantado de escucharlo. —Su rostro cubierto de espuma me impidió mostrarle exactamente cómo me sentía, pero deseaba poder haberlo hecho.

La puerta se abrió y apareció el ayuda de cámara de James, sosteniendo un esmoquin.

—Te dejaré para terminar de preparar la cena —dije, dando un paso atrás.

Su mano soltó la mía, y fue con un esfuerzo hercúleo que no le di otro barrido apreciativo a su torso, aunque sí me arriesgué a echar un vistazo rápido. Yo era solo una mortal.

Fanny me esperaba cerca del tocador, cerré la puerta contigua y tomé asiento. La sonrisa que jugaba en sus labios era evidencia que probablemente había escuchado mi conversación con mi esposo, y sentí el tono rosado que apareció en mis mejillas en el espejo.

—Me gustó lo que hiciste con mi cabello anoche —dije—. Era mucho más de mi gusto que un exceso de lazos o trenzas.

—Por supuesto, señora. Sin embargo, ¿podría recomendar solo una trenza? Lo mantendré pequeño, lo prometo.

—Muy bien.

Fanny me peinó y, cuando terminó, decidí que podía confiar en ella. Los primeros días y sus intrincados diseños probablemente habían sido sus intentos de discernir mis preferencias porque el estilo de esta noche era perfecto. Al igual que anoche, mi cabello estaba recogido en lo alto de mi coronilla con una trenza que rodeaba la masa de rizos. Me arreglé la bata y caminé hacia la puerta.

James no me había pedido que lo esperara, así que decidí bajar y esperarlo en la antecámara.

Tomé el chal de mi cama, me lo puse sobre los hombros y luego levanté la cabeza. No permitiría que las malas opiniones que Lady Edith tenía sobre mí arruinaran mi velada.

Fanny abrió la puerta para poder bajar a cenar, la seguí hasta el pasillo y me detuve. James se apoyó contra la pared opuesta, con los brazos cruzados pacientemente, mientras me esperaba. Tenía la cabeza volteada y el corte de su mandíbula bien afeitada quedaba ensombrecido por la luz, que arrojaba la lámpara de vela, la cual estaba en la pared junto a él. Mi vientre dio vuelta y una sensación placentera recorrió mi pecho.

¿Era normal sentir tantas ganas de ver al marido, después de haber dejado su lado menos de una hora antes? No estaba segura. Pero, nunca antes había sentido tanta emoción al ver a un hombre con una corbata blanca y un esmoquin negro, y lo había visto una y otra vez, así que sabía que esto era diferente. Lo que sentía por James era diferente.

¡Oh, mi querido! Me estaba enamorando de mi marido.

Darme cuenta de esto me sacudió y me detuve a mitad de camino para llegar a su lado. Se apartó de la pared y me ofreció su brazo, tragué saliva antes de tomarlo y permitirle que me llevara escaleras abajo. No hablamos durante el camino, lo cual fue una bendición, porque no sabía si podría decir algo de valor.

Si me permitiera amar a James, me pondría en desventaja. Me dolería más cuando él siguiera siendo nada más que un amigo para mí, y no estaba segura de querer vivir de esa manera.

Llegamos a la antecámara y el resto de la familia ya estaba reunida. Lady Edith miró a Benedict y a James con preocupación, y un ceño fruncido estropeó su hermoso rostro.

—Estamos todos reunidos —dijo en voz baja—. ¿Cómo está Dorothea? ¿Qué no me estás diciendo Benedict?

James me soltó y se acercó a su madre. Se inclinó hacia adelante y la besó en la mejilla.

—Es un placer verte a ti también, madre.

Ella alcanzó su brazo, pero él ya se había alejado, yendo hacia cada una de las dos puertas del pequeño salón, y cerrándolas. Se asomó por la que conectaba con el comedor y habló en voz baja con el lacayo, que probablemente estaba apostado al otro lado de la pared.

Esto debía ser serio, en verdad, y Lady Edith lo supuso por la preocupación que seguía creciendo en la frente de él.

Henry estaba sentado en una silla con las manos en los apoyabrazos, y la inquietud hundiéndole su boca en un ceño fruncido. Ya debía saber lo que iban a decir los hermanos. Pero si él ya lo sabía, ¿por qué James no me lo pudo haber dicho arriba?

Benedict se apoyó en la chimenea vacía. La luz de las velas de la repisa bañaba su cabello rizado y caótico.

—Fuimos a la escuela, como se nos pidió —dijo finalmente, cuando James cerró ambas puertas—. Pero, Thea no estaba allí.

El disgusto de Lady Edith se convirtió en confusión. ¿Se ha adelantado a casa de Lord Claverley...?

—La directora no sabe a dónde ha ido, solo que Thea y algunas de sus posesiones desaparecieron el miércoles pasado.

James metió la mano en su abrigo y sacó una hoja de papel doblada de su bolsillo.

—Thea dejó esto atrás.

Lady Edith dio un paso adelante y tomó la nota, antes de avanzar hacia las velas de la cómoda.

“Querida señora Moulton: ha sido muy amable y encantadora, y lamento haber desaparecido de una manera tan aborrecible. De hecho, usted me ha enseñado mejores modales que estos, pero por razones que no puedo comprender, por favor, debe creer que no tengo otra opción.”

Ella bajó la carta y miró a James, con una expresión afligida en su rostro. El nombre “señora Moulton” me sonaba familiar, pero fue un reconocimiento tan débil que no pude ubicar dónde recordaba haberlo escuchado.

Lady Edith se aclaró la garganta y continuó leyendo:

“Por favor, no te preocupes. Estoy a salvo a donde voy en mente, cuerpo y virtud, y me encargaré que se les notifique sobre mi seguridad continua dentro de un mes. Por favor, no deseches mi baúl. Tengo la intención de recuperarlo tan pronto como pueda. Sinceramente, Dorothea Northcott.”

Bajó el periódico y miró a James.

—Esta debe ser su mala idea de una broma. Dime que esa chica está ahora arriba preparándose para la cena.

—Ojalá pudiera. —James miró entre la puerta y yo—. Ben y yo pensamos que sería mejor regresar con esta información de inmediato, pero investigamos un poco en York, antes de irnos,

y lamento informar que no encontramos ninguna pista que indique dónde podría haberse desaparecido.

—O a quién pudo haber acudido —añadió Benedict—, aunque la señora Moulton estaba convencida que Thea no tenía ningún pretendiente. ¿Sorpresa, sorpresa?

—No quiero ninguna de tus ocurrencias hoy, Ben —espetó Lady Edith. Se acercó a la silla junto a Henry y se sentó en ella, mirando la carta como si contuviera un mapa del paradero de Thea o describiera sus razones para huir.

—¿Podría haberse ido a la casa de tu primo? —pregunté, mi voz era tan tímida como mis sentimientos.

—No. Si ese fuera el caso, no habría sentido la necesidad de pedirle a la señora Moulton que se abstuviera de buscarla. Ella no necesitaría ocultar cuál era su plan original. —Lady Edith bajó los ojos y se presionó las sienes con los dedos—. Esto es mi culpa. La presioné en una temporada, y debería haber escuchado cuando me dijo que no quería quedarse con el primo Matthew. ¡Debería haberla invitado aquí!

—Ella debe saber que siempre será bienvenida en Chelton —dijo Henry—. Has sido nada menos que una madre para la niña desde que ella murió. ¿Cuánto tiempo vivió aquí, antes de ir a la escuela?

—Más de un año —replicó James.

Henry levantó un brazo, como si James hubiera dejado claro su punto.

—Exactamente. Madre, cuidaste y apoyaste a Thea, como si fuera tu propia hija.

Lady Edith levantó la cabeza para mirar a Benedict.

—Tal vez ella se sentía cómoda conmigo, pero estoy segura que no hubiera deseado quedarse aquí.

Benedict levantó las manos, como si se rindiera.

—Me habría encantado dejar el local por ella. El albergue es tremendamente tentador en esta época del año.

—Thea es un alma demasiado gentil para soñar con dejarte afuera para su propia comodidad.

—¿Amable? —Benedict resopló.

—Suficiente, Ben —lo amonestó James en un tono autoritario—. Los hechos son los siguientes: Thea se ha escapado. No ha buscado refugio en Chelton ni en Claverley. No tiene otros conocidos que ni nosotros ni la señora Moulton conozcamos. ¿A alguien se le ocurre algo útil... que agregar?

Él se quedó viendo a Benedict.

El salón permaneció en silencio. Consideré la situación de la pobre joven y mi corazón se acercó a ella.

—Quizás eso no sea hacer la pregunta correcta —dije tímidamente. Esperé permiso para continuar, porque sentía que esta conversación estaba fuera de mis derechos, y sabía que ahora solo estaba incluida porque era miembro de la familia. James asintió hacia mí y continué—, si la señorita Northcott sintiera que no tenía más remedio que huir de su escuela, tal vez la pregunta que deberíamos plantearnos no es: ¿a dónde se fue? Más bien, ¿por qué se fue?

—El primo Matthew —sugirió Henry—. Tal vez no pueda soportarlo a él ni a Lady Claverley. No la culparía por esa opinión.

—O la caza del marido la próxima temporada —reflexionó James, frotándose la barbilla con una mano—. Ese era su objetivo al quedarse con Claverley, ¿no es así? ¿Para encontrar una pareja tolerable?

—Lo era —dijo Lady Edith—. Volvió a presionarse las sienes con los dedos y me pregunté si el dolor de cabeza del domingo no era inventado y, de ser así, ¿seguía persistiendo?

Me puse al lado de James y señalé a su madre.

—¿Deberíamos ir a cenar ahora y considerar el asunto en privado por un tiempo?

James soltó un suspiro de satisfacción y asintió.

—Creo que Felicity tiene razón. Comamos y reflexionemos sobre el dilema. Podemos volver a reunirnos después que todos hayan tenido la oportunidad de considerar qué es lo mejor que se puede hacer.

Entonces, tal vez alguien podría explicarme exactamente por qué esta familia se había ocupado tan exclusivamente del bienestar de la muchacha. Entendí la responsabilidad que sentía Lady Edith hacia su ahijada, sobre todo porque la pobre niña había perdido a su madre, pero, ¿dónde estaba el resto de su familia? ¿Dónde estaba su tutor?

James deslizó su mano en la mía y me empujó hacia la puerta.

—Por favor, siéntate a mi lado esta noche. No deseo separarme más.

Levanté la vista y encontré a Lady Edith mirándonos con el ceño fruncido.

Reprimiendo mi malestar, apreté sus dedos.

—Me encantaría hacer eso, por encima de todas las cosas.

Capítulo 18

El sol brillaba felizmente sobre el amplio césped detrás de Chelton, que era todo lo contrario de cómo me sentía. James se había tomado la libertad de colocar blancos en la parte larga y plana del césped para que pudiéramos dispararles flechas.

De hecho, esto era tan desagradable como parecía.

Coloqué mi flecha, exactamente como James me lo había mostrado, y la solté, solo para verla volar unas pocas yardas, y caer al suelo delante de mí.

—Te dije que soy terrible en el tiro con arco —repetí, avanzando para recoger mis flechas desechadas—. Participé en una competencia en el castillo Arden, el verano pasado, y fui derrotada terriblemente.

—Sí, pero, también estabas sosteniendo el arco incorrectamente. Ahora que te he enseñado correctamente, será una experiencia completamente diferente. —Inclinó la cabeza y entrecerró los ojos ante el brillante sol—. Dime, ¿es al menos un poco más divertido, cuando juegas contra mí?

Me agaché para recoger una flecha y me enderecé para encontrar a James mirándome, esperando por una respuesta. No era más agradable simplemente porque él estaba cerca, pero sí disfrutaba estar cerca de él. Después de la abundante cena que habíamos compartido con su familia la noche anterior y la confirmación que nadie (hasta esa mañana) había determinado qué era mejor hacer con la señorita Northcott, este pequeño descanso de la sofocante casa era bienvenido. Incluso el mismo sería más bienvenido, si no me obligaran a disparar flechas que no quería lanzar.

Me golpeé la barbilla con un dedo enguantado.

—Ahora que lo pienso, es mucho mejor perder contra ti que ser derrotada por mis primos.

James emitió un sonido entre una burla y una risa. Dio un paso deliberado hacia adelante y mi cuerpo se congeló. Su sonrisa traviesa coincidía con sus pasos cuidadosos, y me encontré retrocediendo, siguiéndolo paso a paso.

—¿No quiere decir que usted no se está divirtiendo, señora Bradwell? —bromeó—. ¡Esto nunca será suficiente! Debo idear una manera de salvar el resto de nuestra tarde, juntos.

James aceleró y yo chillé (un sonido que no solía escapar de mis labios) y di la vuelta para correr. Apenas había recorrido una yarda, antes que el brazo de James rodeara mi cintura y me atrajera hacia él.

No podía permitir que ganara tan fácilmente en todo lo que hizo hoy, así que le torcí la mano hasta que me soltó, recogí mis faldas y corrí hacia el jardín.

James, después de un momento de asombro, se puso a perseguirme. Llegué al espeso seto que bordeaba el jardín y salté detrás de un árbol, evitando por poco su mano, que agarraba mi falda. No pude evitar reírme y él respondió de la misma manera. Giré para mirarlo e imité sus movimientos, manteniendo el árbol entre nosotros.

—Me rompes el corazón, Felicity —dijo, burlándose de la tristeza.

—Bueno, debo ganar en algo hoy.

James se rió, arremetiendo hacia mí y salté hacia atrás, justo a tiempo, para evitar su agarre. Pero mi talón se enganchó en algo sólido, y antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, caí hacia atrás, en una fuente, aterrizando con fuerza sobre mi trasero en el estanque poco profundo. El agua fría se filtró a través de mi bata, quitándome el aliento de los pulmones. Compartí una

mirada atónita con James hasta que la alegría apareció en sus labios y en las arrugas que rodeaban sus ojos.

—Sí, riete —dije, dándole permiso. Me pellizqué la falda empapada y la saqué del agua, antes de dejarla caer de nuevo con un golpe. Mi pecho se revolvió con las risas que lo acompañaban, y me empujé hacia arriba para salir de la fuente de agua, pero el fondo estaba resbaladizo por una capa de musgo y limo, y mis manos se resbalaron, sumergiéndome más bajo el agua.

—¡Cielos! Mujer —dijo James, riéndose más fuerte—. Permíteme ayudarte.

Me quité los guantes empapados y los tiré al suelo cerca de sus pies, luego tomé su mano y él contuvo el aliento, cuando nuestra piel se encontró.

—Eso es muy frío.

Mis cejas se alzaron.

Él se rió suavemente.

—Aquí, permíteme...

—¿Acompañarme? —pregunté, terminando su frase. Tiré con fuerza y una breve mirada de horror cruzó por su rostro, antes que él perdiera el equilibrio, y cayera a la fuente, a mi lado. El agua salpicó a su alrededor y me empapó la cara, y jadeé, limpiándome las gotas de los ojos.

—¡Frío! —exclamé.

—Te lo mereces —murmuró James, sacudiendo la cabeza como un perro mojado. Se puso de rodillas, pero no debió anticipar lo resbaladizo de la fuente y volvió a caer boca abajo.

No pude evitar la risa estrepitosa que salió de mí. Fue casi imposible contenerla, una vez que comenzó, y me agarré el abdomen mojado y me incliné hacia adelante, riéndome de la triste y húmeda imagen que hicimos.

Cuando pude contener mi alegría, una vez más, le sonreí a James y él sacudió la cabeza con tristeza.

—Te ves...

—¿Como una rata ahogada? —pregunté, recogiendo un rizo flácido, que se había liberado de mi peinado, y lo dejé caer sobre mi hombro con un golpe.

James, ahora estaba completamente rendido y sentado en el agua, a mi lado. Él levantó mi mechón de cabello y lo enrolló alrededor de su dedo.

—No, nada como las alimañas... Estás brillando.

—Creo que quieres decir que estoy brillando, debido al sol que golpea mi piel húmeda.

—No, quise decir brillante.

—¿Con mi vestido arruinado y mi cabello desordenado? —Me burlé—. No soy inmune a los halagos, señor, pero solo puedo tolerar las falsedades, cuando al menos son creíbles.

Se puso serio, tirando suavemente de mi rizo para acercarme más.

—Ciertamente, puedes creerme, Felicity. Nunca te mentaré. Ni sobre esto ni sobre nada más.

La sinceridad en su tono provocó que un temblor recorriera mi cuerpo, o tal vez fuera por el frío. Pero independientemente de su origen, me encontré todavía inclinada hacia adelante, sentada en el agua, con mi bata flotando hasta la parte superior del estanque poco profundo. James soltó mi rizo y deslizó su mano húmeda alrededor de mi nuca.

—¿Ya te dije cuánto te extrañé, mientras estuve fuera? —murmuró.

Lo había hecho varias veces.

—¿Quieres decir que Benedict no pudo brindarte suficiente entretenimiento para mantenerte ocupado durante tu viaje?

—Creo que su gusto por el entretenimiento y el mío no se combinan tan fácilmente como antes.

Apoyé mi mano en la solapa mojada de su abrigo y todavía me incliné hacia adelante, cuando el sonido de relinchos y crujidos, sobre la grava, me alertaron de la presencia de alguien. Me recliné, esperando ver, a través de los árboles, quién podría estar llegando a los establos.

Un carruaje se detuvo por delante, cuyos lados lacados de amarillo brillaban en contraste con la piedra pálida del edificio.

—James, ¿quién es este?

Giró la cabeza y la levantó ligeramente para ver.

—¡Ay! Parece que tienes personas que te llaman.

—¿Por qué a mí?

—Porque los Dodwell ciertamente no estarían aquí para ayudarme. Y tú eres la novia. Es una conclusión natural.

—¡Oh! —Arrugué la nariz—. No puedo encontrarme con ellos así.

James apoyó su frente contra la mía.

—¡No! Me atrevo a decir que no puedes. —Dejó un beso en el borde de mi nariz, antes de moverse hacia el lado del estanque menos profundo y salir. Una vez que estuvo seguro en el suelo seco, se quitó el abrigo empapado, se aflojó la corbata flácida y extendió una mano hacia mí—. Permíteme ayudarte esta vez, ¿eh?

—Por supuesto —dije, burlándose de la afrenta—. No soñaría de otra manera.

No pude evitar observar los músculos de sus brazos, debajo de la manga transparente y mojada, tensarse y moverse, mientras me sacaba sin esfuerzo del agua. Los brazos no se formaban así sin algún esfuerzo.

—James, ¿Participas en peleas a puñetazos?

—No es frecuente —dijo—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé por qué.

Me miró de reojo.

—Ven, déjame llevarte adentro.

Mis faldas pesadas acumularon agua alrededor de mis tobillos y me agaché para recuperar mis guantes. Me quité los zapatos para poder caminar más fácilmente.

El sonido de una conversación femenina llegó hasta nosotros y James tomó mi mano y me empujó detrás del seto. Los rosales nos rodeaban y el dulce olor de las flores flotaba agradablemente sobre nosotros.

—¿Por qué nos escondemos?

Su rostro estaba solo a unas pulgadas del mío.

—A menos que quieras que te vean tal como eres, te propongo que esperemos hasta que los lleven al salón, antes de subir las escaleras.

—Fantástica idea, James. Preferiría no atenderlos en absoluto, y mucho menos verme obligada a explicar por qué parezco una ahogada...

—¿Como una mujer hermosa? —Arrancó una rosa blanca del arbusto cercano y le quitó la espina de su corto tallo. James lo colocó detrás de mi oreja y sus dedos rozaron el cascarón de mi oreja, haciendo que un escalofrío recorriera mi cuello.

Me miró y su voz se suavizó.

—Si prefieres no reunirte con los Dodwell, entonces no es necesario que vayas.

—No puedo ignorarlos, simplemente porque no deseo sentarme a hablar hoy. —Nunca habría un día en el que deseaba sentarme y hablar con extraños.

—No puedes hacer eso cada vez que llega una persona que llama, pero puedes hacerlo hoy. ¡Estás empapada, Felicity! Cuando te hayas cambiado y te hayas arreglado el pelo... —Levantó un mechón mojado de mi hombro para dar énfasis, ya había más pelo fuera del moño del que estaba sujeto—. Los Dodwell seguramente estarán en camino otra vez.

Su razonamiento era sólido, pero aún así...

—No quisiera que percibieran mi ausencia como un desaire.

—Estoy seguro que mi madre, en este mismo momento, está aseverando que te encuentras ocupada con alguna actividad necesaria.

—¿Tú lo crees? —pregunté, esperanzada.

Su amplia y brillante sonrisa me llegó hasta el fondo.

—¡Sí! Su trabajo como anfitriona es asegurarse que no perciban tu ausencia como un desaire, y es experta en sortear excusas, cuando son necesarias. Ha tenido mucha práctica en excusar el comportamiento de sus tres hijos, por lo que eres una incorporación fácil.

Pero no era su obligación ponerme ninguna excusa en absoluto. La inquietud se apoderó de mi pecho y volví a mirar el carruaje amarillo brillante, que había traído a nuestros invitados de visita. No vinieron por Lady Edith. Vinieron a verme. Eludía mis deberes evitándolos, y echando mis responsabilidades a una mujer, que prácticamente me había desafiado a demostrar mi valía.

Esto de ninguna manera demostraba mi valía.

—¿Estás lista para entrar? Creo que ahora se encuentran en el salón.

Necesitaba estar ahí con ellos. Levanté mis faldas, unas pulgadas del suelo, y el agua brotó en un chorro constante desde el borde. Me reí entre dientes, balanceándome hacia adelante hasta que mi hombro lo rozó a él.

—Estoy lista para ponerme algo cálido y seco. Pero debo ser rápida porque planeo unirme a ellos, si puedo. Es mi deber hacerlo y espero tomarlo en serio.

James ya no se reía. Eché la cabeza hacia atrás y miré sus ojos de color verde-marrón. Su mirada penetró en mi alma con intensidad, y el vértigo del último cuarto de hora me abandonó apresuradamente. Algo muy pesado cayó sobre mi pecho y respiré lentamente por la nariz.

—Me estás poniendo nervioso, James —le dije.

Pareció sacudirse y una sonrisa fácil apareció en sus labios.

—Perdóname. Me perdí en mis pensamientos.

—¿Qué pasa?

—Algunas cosas —dijo, levantando su hombro mojado con un simple encogimiento de hombros—. Tú, sobre todo. Ocupas gran parte de mis pensamientos estos días.

—Espero que no sea de una manera preocupante.

—No lo encuentro preocupante, aunque mi lamentablemente larga lista de cosas que debo hacer no ha hecho más que crecer, desde que nos conocimos. No has sido buena para mi concentración.

—Mis disculpas. ¿Me hago cargo de tu lista? No sería una buena jefa de tareas, pero puedo dar lo mejor de mí.

—Quizás debería aprovechar tu amable oferta. ¿Cuál es mi primera tarea?

—Verme a salvo adentro sin toparme con otra alma viviente.

—Me gustan los buenos desafíos. —James me tomó de la mano y me llevó hacia una pequeña puerta trasera. Entramos por el pasillo de servicio, y él me llevó por una estrecha escalera de madera hasta otro pequeño pasillo.

—Conoces bien tu camino por aquí.

—He estado evadiendo a mi madre durante veintiséis años. Tengo la práctica.

—¿No estás más cerca de los treinta? —pregunté.

James lanzó una mirada confusa por encima del hombro.

—¿Crees que es así?

Pensaba de esa manera. No me sorprendería que hubiera admitido tener más de treinta años. Su porte general era tan refinado que su conocimiento parecía infinito.

—Pareces así... tan maduro.

—Tú también pareces madura, Felicity. ¿Tienes cuarenta años?

Me reí. Él me tenía allí.

—Veinte y dos, te lo agradezco.

Llegamos a nuestras habitaciones. James soltó mi mano y se inclinó dramáticamente con su chaleco tirando de su camisa mojada.

—Hasta esta noche.

Hice una profunda reverencia.

—Hasta entonces.

Entré en mi dormitorio. Mi corazón se aceleró por las escaleras y el hombre que me guió hasta ellas.

Esto fue inconfundible. Amaba a James. Y ahora necesitaba darme prisa y cambiarme de vestido para poder demostrar que también era digna de él.

Capítulo 19

Lady Edith celebró una corte real en su salón durante el resto de la semana. Ella era perfectamente afable, hacía exactamente las preguntas correctas a sus invitados para llevarlos a hablar sobre sí mismos, y era la viva imagen del aplomo. Me faltaba mucho por recorrer, antes de poder alcanzar el dominio que ella había logrado como anfitriona, aunque sabía que nunca lo lograría. Eso estaba fuera del ámbito de mis posibilidades. Mis defectos se alineaban perfectamente junto a sus virtudes, cada uno de ellos, como si fueran un conjunto de vestir.

El té en mi taza se estremeció, cuando lo llevé a mis labios y tomé un largo sorbo del líquido caliente. La señorita Whitstone se sentó a mi lado en el sofá, mientras su madre conversaba activamente con Lady Edith, frente a nosotras, y yo me concentré mucho en mi té, mientras ideaba una manera de hablar en privado con la señorita Whitstone.

James había sido la imagen de la perfección, durante toda la semana, desde que regresó de York, y cuanto más dejaba claro su afecto por mí, más profundamente necesitaba saber por qué él y esta mujer, tranquila y discreta, no encajaron.

Ella era excesivamente reservada y no creía que quisiera estar aquí. Sus ojos se dirigieron a la puerta con cada sonido en el pasillo, y me pregunté, si estaba buscando a alguien en particular. ¿Se sentiría aliviada o decepcionada, si le ofrecía una forma de salir de casa?

—Dígame, señorita Whitstone —expresé, colocando mi taza en la pequeña mesa frente a nosotras—. ¿Has tenido la oportunidad de caminar por los jardines recientemente? Las rosas blancas han florecido y son un espectáculo digno de contemplar.

—Ha pasado algún tiempo desde que caminé por el jardín de Chelton —dijo en voz baja.

Hubo un momento de silencio entre nosotras, y ella no dijo nada de las rosas. ¿Eso significaba que ella no estaba interesada? Quizás debería haber formulado mi pregunta de otra manera. Parecía que sería necesario un enfoque más directo.

Me aclaré la garganta.

—¿Te gustaría ver las rosas?

—No me gustan mucho las rosas, en general, pero no me importaría caminar por el jardín.

¿No te importaban las rosas? Ella logró robarme una respuesta inmediata y me volví hacia mi suegra, quien encontré mirándonos de cerca.

—Creo que saldremos a pie, si le parece bien.

—Por supuesto —dijo Lady Edith.

Lady Whitstone miró a su hija de reojo.

—No olvides apretarte el capó, querida. Cuando llegamos detecté un viento que no estaba presente en el pueblo.

—Por supuesto, mamá.

Recuperé mi sombrero y un chal para protegerme del viento, y poco después nos encontramos deslizándonos por los escalones de piedra pálida hacia la hierba exuberante. El camino de grava marrón nos llevaría más allá de los establos y hasta los jardines, y entonces estaríamos completamente solas.

Nuestros pasos crujientes nos llevaron hacia los jardines, y el sol caía sobre nuestros sombreros, pero no se me ocurrió nada que decir.

¿Qué había estado pensando? No podía encontrar una manera de obligar a esta mujer a hablar, y si lo hubiera hecho, ella no encontraría a la nueva esposa del hombre que la rechazó,

como una digna beneficiaria de sus opiniones. Un par de pinzones descendieron sobre nuestras cabezas y se deslizaron hacia las ramas de un árbol más adelante. Sus dulces cantos rompieron el silencio.

Sería mejor comenzar con temas neutrales.

—Si no es la rosa, ¿cuál es su flor favorita, señorita Whitstone?

Ella no respondió por un momento y me pregunté si escuchó mi pregunta.

—Soy partidaria de los narcisos.

—Esos son encantadores. —Estuve de acuerdo—. Siempre pensé que parecían trompetas diminutas, y que serían perfectos para un hada pequeña que necesitara un amplificador.

La señorita Whitstone me miró extrañada y tomamos el camino para entrar a los jardines.

—Las hadas no son reales.

—No, claro que no. Solo quise decir... en un mundo imaginario, serían perfectos para tal cosa.

La señorita Whitstone no se molestó en responder y me sentí extraordinariamente tonta. Su apatía hacia las rosas implicaba que no poseía un corazón demasiado romántico, y su respuesta sincera a mis pensamientos de hadas me llevó a creer que no tenía imaginación, por lo que no debía ser una lectora ávida. Odiaba pensarlo, pero hasta el momento la señorita Whitstone había demostrado ser algo aburrida.

Seguimos por el seto y no me molesté en señalar las rosas blancas, cuyas flores perfumaban el aire con una leve dulzura, porque de todos modos ella no las apreciaría.

Al menos, no como lo hacía yo. La flor que James había escondido detrás de mi oreja, ahora colgaba del poste de mi cama, para que pudiera conservar su dulzura para siempre.

Aunque no estaba segura si alguna vez volvería a oler una rosa blanca, sin pensar en el ridículo espectáculo que James y yo hicimos, en la fuente.

Caminamos entre los distintos arbustos y flores, rodeando setos y bordeando árboles adornados con pinzones. El olor persistió, siguiéndonos, y no pude evitar pensar en mi marido. La señorita Whitstone caminó a mi lado, a través de los diversos senderos entrelazados, ignorando silenciosamente la flora en exhibición.

—¿Has vivido en Bakewell toda tu vida? —pregunté, cansada del silencio que acompañaba nuestros pasos crujiendo por la grava.

—Sí... mi madre es muy amiga de Lady Edith, desde hace más tiempo.

¿Ella me respondió de inmediato y añadió un detalle propio? Sentí que esta mujer me había bendecido por tantas palabras, cuando algunas eran raras en sus labios. Aparté el pensamiento sarcástico. Necesitaba concentrarme. Tenía una misión aquí.

—Por lo que presencié el domingo, la sociedad local es grande y está profundamente conectada. Supongo que la mayoría de las familias llevan aquí mucho tiempo.

—La mayoría de ellas, sí, lo cual ha resultado ser tanto una bendición como una maldición.

—¿De qué manera?

Su mirada se dirigió hacia mí, antes de centrarse nuevamente en el camino que recorrimos.

—No converso fácilmente con extraños, ¿sabes? Así que la bendición reside en que la mayoría de nuestros vecinos no son extraños.

—¿Y la maldición?

Su nariz se arrugó.

—Que cada vecino, al tener relaciones con amigos desde hace tanto tiempo, se siente en deuda con un grado de intimidad, que no le doy fácilmente a nadie.

Tuve que admitir que estaba de acuerdo con ella, en cuanto a la naturaleza abrumadora de

tal sociedad. Desde que entregué mis tarjetas y me presenté el domingo, había recibido un sinnúmero de llamadas a lo largo de la semana.

Aquí era donde la señorita Whitstone y yo éramos similares.

—No puedo soportar estar en eventos sociales, cuando no conozco bien a la gente, e incluso cuando la conozco bien, un número demasiado grande destruirá mis pobres nervios.

La señorita Whitstone se detuvo y me miró.

—¿Realmente?

¿Había dado la impresión de lo contrario?

—¡Sí! Lucho inmensamente en cualquier situación social. Las multitudes en sí no me molestan tanto como la atención. Así que bailar o cualquier cosa que requiera que me ponga delante de un grupo es un desafío excesivo.

—Eso es difícil de creer, señora Bradwell. Te comportas con tanta dignidad y gracia.

Una risa muy indigna y poco elegante salió de mi garganta.

—Solo espera hasta el baile que dará mi suegra a fin de mes. Si no me desmayo al final del primer set, será un milagro. Prefiero leer y dibujar a cualquier situación que requiera un esfuerzo físico, o hablar con alguien que no conozco bien.

La señorita Whitstone entrecerró la mirada por encima de una suave sonrisa.

—Quizás deberíamos habernos escapado a la biblioteca, en lugar de ir a los jardines. Entonces, ambas podríamos sentarnos en el silencio, que claramente preferimos.

Intenté no sentir su corte involuntario. La honestidad de su dardo agudizó su punta, pero no sentí que la mujer tuviera la intención de lastimarme, solo decir la verdad.

—Entonces, ¿te gusta leer?

—No, pero disfruto de la tranquilidad, y que no me obliguen a conversar con un extraño.

Efectivamente, yo tenía razón y la señorita Whitstone carecía de afición por los libros y de una imaginación activa. Evidentemente, ella también carecía de tacto.

—Entonces, ¿tal vez podamos rodear el jardín, una vez más en silencio, antes de regresar al salón? —sugerí.

—Eso sería agradable.

Continuamos por el sendero y dejé que mi chal se deslizara por mis hombros y se arrastrara detrás de mi espalda, ya que el sol proporcionaba más que suficiente calor. Pasamos por la fuente poco profunda, en el centro de los jardines, y mi corazón dio un vuelco al recordar la escapada de principios de semana.

James no había sido más que amable y atento, sin importar cuán poco atractiva pudiera ser su idea de cortejar. Desde la actividad de tiro con arco, me llevó a dar un largo paseo en su carruaje y se ofreció a enseñarme a disparar, lo cual rechacé cortésmente. Estaba segura que pronto me propondría un partido de críquet o clases de esgrima. El consejo de Henry de encontrar una actividad, que ambos disfrutaríamos, se estaba volviendo cada vez más atractivo, pero cada vez menos probable.

Excepto, por supuesto, los besos. Una actividad que disfruté muchísimo, pero en la que solo había participado una vez.

Supuse que la total falta de eso hacía que nuestro cortejo pareciera aún más auténtico. Porque si no estuviéramos casados, ciertamente, no nos besaríamos.

Una sombra pasó por el camino sobre nosotras, y miré hacia arriba para encontrar a Henry caminando en nuestra dirección. La señorita Whitstone se detuvo de repente y respiró hondo.

—Buenos días, Felicity. Señorita Whitstone —dijo Henry, inclinándose ante nosotras. Dirigió su atención a nuestra invitada—. Me han enviado a buscarte desde el salón. Tu madre

está lista para irse.

La señorita Whitstone asintió y sus mejillas se llenaron de un color que, apuesto, no tenía nada que ver con el calor del día. ¿Tenía algún afecto por Henry? Quizás eso explicaba por qué James no se creía la pareja adecuada para esta mujer tranquila.

Permanecemos en un silencio incómodo, un momento más, antes que yo moviera mi brazo hacia Chelton.

—¿Debemos?

Henry caminó a mi lado, la señorita Whitstone al otro, y nos dirigimos silenciosamente hacia la casa. Cuando por fin llegamos al salón, nunca me había sentido tan feliz y aliviada de librarme de una visita, aunque casi nunca disfrutaba cuando la gente venía a visitarme.

Mientras los Whitstone se despedían, un lacayo me entregó una carta, en una bandeja de plata. La tomé, le di las gracias, y esperé a que escoltaran a las mujeres, antes de cruzar hacia la ventana para abrir la misiva, a la luz del sol.

La dirección en el frente estaba escrita con la letra familiar de mi madre, y estaba ansiosa y emocionada por lo que pudiera contener. No me había separado de mis padres, durante tanto tiempo en toda mi vida, y estas últimas semanas habían sido todo un desafío para afrontar mis nuevos roles, sola. Necesitaba la mano guía de mi mamá, ahora, más que nunca.

Desplegando la hoja de papel, incliné mi cuerpo lejos de la ventana para que la luz del sol brillara sobre la carta.

“Mi querida Lissy—

Espero que estés disfrutando de tu estancia en Chelton y yo también estoy ansiosa por ver el glorioso edificio. He oído que es la propiedad más hermosa de todo Lake District, por no menos de cinco fuentes, desde que te casaste, pero no es de extrañar que tengas una casa tan grande, cuando tu marido posee seis mil al año. No puedo creerlo, pero, el hecho sigue siendo indiscutible. Es un bálsamo saber que siempre estarás atendida.”

Hice una pausa y bajé un poco la carta, frunciendo el ceño. Ese número sonó con familiaridad. “¿Seis mil al año?” Una vez afirmé que no necesitaba esos ingresos, y mi madre respondió que yo preferiría libros a libras en esa cantidad. No estaba equivocada, y de repente me di cuenta que el hombre del que la señora Ormiston debía haberle estado hablando a mamá, durante el baile de Hutton, era James. ¡Mi James!

Había declarado que no tenía ningún interés en esa suma de dinero. Mirando ahora el adornado salón, mi opinión se mantuvo firme. Si hubiera estado escuchando más de cerca los chismes de la señora Ormiston (incluso si hubiera escuchado el apellido de James en esa conversación), ¿habría elegido un resultado diferente después que nos encontramos juntos? ¿Habría optado por escapar a la casa de Jane en Escocia, soltera y envuelta en un escándalo?

James estaba empezando a poseer mi corazón, pero su patrimonio y sus requisitos para mí eran mucho más de lo que había anticipado, y si tuviera la oportunidad de alejarme de esto, no sabía qué haría.

Nuevamente, saqué la carta, a la luz, apenas consciente de las voces que regresaban al salón.

“Con el más profundo pesar escribo para decirte que tu padre y yo debemos posponer nuestra visita por un tiempo. La señora Hutton nos ha invitado a la fiesta de su casa y hemos decidido asistir de camino a Chelton. Interrumpiré el viaje, pero el evento no comenzará hasta

el veintitrés de este mes, así que me temo que no llegaremos a tiempo para tu baile.

Ya sabes cuánto le encanta pescar a tu padre. Se sabe que el señor Hutton ofrece bastante caza, y los peces en su lago siempre son abundantes. Seguramente, puedes perdonarnos por permitirnos esta pequeña diversión para tu padre. Ha sacrificado tanto por nosotras, durante la temporada, asistiendo a todos los eventos, a los que no quería asistir, que no puedo negarle este regalo.

Se podría esperar nuestra llegada cerca del doce de julio.

Todo mi amor,

Tu devota mamá.”

Bajé la carta nuevamente con un suspiro. “Devota” fue quizás algo exagerado. En ese momento, sentí más profundamente el abandono que la devoción. Lady Edith, Henry y James entraron en el salón, y los enfrenté.

—¿Hay un lago cerca, James? ¿O alguna buena pesca?

—Sí —dijo de inmediato con los ojos brillantes.

Me di cuenta de mi error y maldije mi lengua irreflexiva.

—¿Disfrutarías ese pasatiempo? —preguntó.

—No, solo estaba pensando... Cuando venga mi padre, pero que no se entere. —Mi mezquindad se sentía como una manta gruesa e incómoda, y aparté la suciedad que se arrastraba sobre mi piel. Me apresuré a enmendar mis palabras, suavizándolas con una sonrisa—. Porque seguramente rogará estar allí, día tras día, si lo sabe.

—Considéralo anotado —dijo James, aunque pareció darse cuenta que había más en mi extraña petición de lo que había dejado entrever.

Lady Edith se sentó en el asiento que había ocupado anteriormente y empezó a bordar. Henry estaba a su lado con un libro. James cruzó hacia mí con su oscura frente arrugada.

—¿Qué ha sucedido?

Sacudí la cabeza y traté de sonreír, como si la negligencia de mis padres no me hubiera ahuecado ni me hubiera hecho sentir más sola. Esperaba que ya me hubieran extrañado lo suficiente, como para desear verme de inmediato, pero solo parecía que se habían liberado de mi presencia limitante.

—No es nada. Mis padres pospondrán su visita casi un mes. Seremos honrados con su presencia en julio.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Era solo eso... —Observé su seria mirada verde-marrón y me tragué mis palabras. No podía admitirle a este hombre que la vida que me había dado era abrumadora. ¿Cómo podría herir u ofender a alguien que intentaba complacerme de manera tan constante?

Cuando se quejó levemente de las ardientes señoritas que competían por su atención la noche que nos conocimos, no tenía idea que él fuera objeto de tales chismes y atención por su dinero, más bien había asumido que las jóvenes estaban detrás de él porque era muy guapo. Su suposición que había estado intentando atraparlo esa noche tenía ahora mucho sentido, junto con su mención que toda la alta sociedad seguramente creería eso de mí.

Era un caballero rico y apuesto que había asistido a la temporada con la intención de encontrar a una esposa. Ahora no podía decirle cuán profundamente no encajaba en su vida, o cómo había dependido de la guía de mi madre para encontrar mi camino hasta aquí.

La mirada inquieta de James pareció volverse más preocupada, así que me conformé con

una verdad diferente.

—Extraño a mis padres.

—Por supuesto que sí. —Tomó mi mano y frotó su pulgar a lo largo del dorso, y me pregunté si sabía que había frotado mi vieja quemadura de cera de vela. ¿Fue una coincidencia o simplemente el lugar natural donde cayó su pulgar? No pude evitar pensar en nuestro baile tranquilo, en la oscura biblioteca, cada vez que él me tocaba de esta manera, y me preguntaba, si él recordaba el mismo momento.

La señora Prescott entró en el comedor, robándonos la atención.

—¿Sí? —preguntó Lady Edith.

—Hay algún problema con la criada, señora. La que fue encontrada en la habitación del amo Benedict.

—¿Más problemas? —Lady Edith se inclinó para guardar su bordado—. ¡Cielos!

James apretó mi mano y la soltó.

—¿No es esto algo en lo que debería incluirse a Felicity?

Lady Edith hizo una pausa y me miró. De inmediato pude discernir la desconfianza en su mirada. ¿Había sido siempre así? ¿Había estado ciega, antes que ella me lo revelara?

—No creo que sea necesario...

—¡Tonterías! —dijo James claramente. Su voz resonó en el salón con autoridad—. Eres la señora de Chelton, querida. Es completamente necesario que usted participe en los problemas que ocurren debajo de las escaleras.

La irritación brilló en los ojos de mi suegra. No sabía cómo, pero probablemente James había empeorado la situación para mí.

Mientras tanto, la mirada preocupada de la señora Prescott oscilaba entre Lady Edith y mi persona. Le di a la una sonrisa amable y un gesto de asentimiento.

—¿Podemos atender esto todas juntas?

—Por supuesto, madame.

Lady Edith inició la marcha desde la habitación y yo la seguí con la señora Prescott cerrando la fila. Una frialdad helada surgió de Lady Edith, en oleadas, y supe de inmediato que no estaba más cerca de demostrar mi valía, que antes de los cuatro días anteriores de llamadas incesantes. Mis intentos de parecer refinada, elegante y amable habían fracasado, y después de la tensión y el costo, que me había costado el esfuerzo, estaba segura que no podría seguir así para siempre.

La esperanza menguó en su estrecho y sencillo agarre, y la vi revolotear con el viento y lejos de mi alcance, como los pinzones de afuera, volando hasta desaparecer por completo.

Capítulo 20

La señora Prescott miró hacia la puerta de su sala de estar con los labios apretados. Estaba oscuro debajo de las escaleras y la falta de luz contribuía al ambiente oscuro que nos rodeaba.

—La habría despedido en el acto, pero pensé que usted quiere ocuparse de esto, madame.

—Tenías razón —dijo Lady Edith. Le hizo un gesto a la señora Prescott para que nos abriera la puerta y entramos en la habitación.

La doncella en cuestión estaba sentada en una mesa y seguí a Lady Edith al interior, y esta no era la primera vez que lo hacía, desde que llegué a Chelton. La habitación oscura era pequeña, aunque estaba bien equipada, y la ventana en lo alto de la pared estaba abierta para permitir la entrada de algo de luz. Los ojos muy abiertos de la doncella oscilaron entre Lady Edith y yo, y sentí su pánico. Incluso yo también estaría aterrorizada de estar en su posición.

Sin embargo, ella misma se lo había buscado.

Lady Edith abrió la boca como si fuera a hablar, luego volteó hacia mí y enarcó las cejas como si me diera permiso para continuar. ¡Qué desagradable fue James y su interferencia! Estaría feliz de permitir que su madre manejara este tipo de situaciones. Todavía tenía que aprender de ella todo lo que necesitaba saber. Me obligaron a actuar con solo un vistazo rápido al guión.

El silencio procedió a colgar incómodamente sobre nosotras como un tapiz incómodo, y me dirigí hacia la doncella rubia.

—¿Puedo escuchar la situación en tus propias palabras, por favor?

Parecía confundida, pero rápidamente se levantó e hizo una reverencia.

—No estaba rebuscando en ningún cajón, lo prometo.

Ese no era el informe que habíamos recibido.

—Te vieron registrando los cajones de Benedict dos veces...

—No, por mi señora...

—¡Cállate la lengua! —espetó la señora Prescott—. No interrumpirás a tus superiores.

Respiré, segura que me estaba entrometiendo en cosas muy por encima de mis capacidades. Le di al ama de llaves una sonrisa atrevida y volví mi atención a la criada.

—¿No, por quién?

Ella tragó.

—No busqué en los cajones del señor Benedict, lo juro. La señora Prescott no me vio con sus propios ojos.

Ese fue un desarrollo interesante.

—¿Quién te vio?

—Janet.

No tenía ni idea de quién era. Miré al ama de llaves en busca de su opinión.

—Janet ha sido criada aquí durante casi cinco años —dijo Lady Edith con su atención en la sirvienta—. Y usted ha estado a nuestro servicio por menos de un año.

—¿Dónde está Janet? —pregunté.

—La encontraré —dijo la señora Prescott, aunque por la desaprobación en su rostro pude ver que no le gustaba que se lo hubiera pedido.

Una vez que se fue, volví mi atención a la criada.

—¿Cómo te llamas?

—Molly Thompson, madame.

—¿Por qué Janet tendría motivos para mentir sobre lo que vio?

—Porque ella me odia. Ella cree que estoy intentando llamar la atención del señor Marland, pero no es así. Lo juro. —Ella sacudió la cabeza violentamente—. Necesito este trabajo, madame. Mi madre necesita el dinero y no puedo perderlo. Nunca haría nada que pusiera en riesgo mi lugar aquí.

—¿Señor Marland? —Miré a Lady Edith.

—El carnicero —añadió.

—No es él. El hijo del carnicero es el que le gusta a Janet. —Molly se burló—. Pero, él ni siquiera la mira. No hace falta ser inteligente para darse cuenta de eso.

Entonces, este podría ser un caso de celos. Si Janet quisiera que Molly se fuera, esa sería la forma más fácil de lograrlo.

—¿Pero alguien revisó los cajones de Benedict?

—En efecto. Sus cosas estaban esparcidas en sus cajones —confirmó Lady Edith.

Entonces alguien estaba mintiendo. La señora Prescott volvió a entrar en la habitación, seguida de otra doncella. A esta la reconocí como la chica que había estado encendiendo el fuego, en mi habitación, cada mañana.

—No hice nada malo —dijo Janet, mirando a Molly—. No le agrado desde que llegó el año pasado.

—Chicas —amonestó la señora Prescott—. Serán mejor educadas que eso.

Estaban firmes en lados opuestos de la habitación y me sentí insegura. ¿Cómo iba a saber a qué mujer creerle? Cualquiera de las dos historias podría ser cierta.

—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó la señora Prescott.

Lady Edith se quedó parada con las manos entrelazadas delante de ella, y me miró expectante. Su fuerte mirada parecía más una prueba que una oferta de apoyo. Era demasiado para poner sobre mis hombros, cuando sabía tan poco sobre estas situaciones, o cómo se manejaban normalmente en una propiedad tan grande. Solo había tenido conocimiento del funcionamiento básico de una casa pequeña: la de mi propia madre.

Si mi mamá estuviera aquí, ella me guiaría.

Quizás esa fue mi respuesta. ¿Qué haría mamá en este caso? Creí que ella no tomaría medidas precipitadas. Pensaría detenidamente y tal vez interrogaría a otros sirvientes hasta que descubriera exactamente qué estaba ocurriendo entre las damas. Nunca podría vivir conmigo misma, si por error despedía a la persona equivocada.

—Necesito un día para tomar una decisión.

Las cejas grises de Lady Edith se alzaron sobre su delicada frente.

—¿Tanto tiempo?

—Sí. Necesito un día entero para reflexionar. Entonces les informaré de mi decisión.

Lady Edith y la señora Prescott parecían querer discutir, pero habían puesto esta decisión sobre mis hombros, y así fue como elegí manejarlo. Si mi suegra desaprobaba mis métodos, entonces sin duda perdería su estima.

Solo esperaba poder demostrar que mi plan era exitoso. Miré rápidamente a cada una de las doncellas, antes de salir de la habitación, y sus expresiones me sorprendieron, porque no esperaba que fuera Janet la que pareciera aliviada por haber pospuesto el veredicto y Molly frustrada.

Cuando llegué al piso principal, encontré al lacayo más cercano.

—¿Estás familiarizado con todas las sirvientas?

El lacayo miró hacia un lado, incómodo.

Me apresuré a tranquilizarlo.

—No me refiero a demasiado familiar. Solo quiero saber si las conoces bien.

—Sí, creo que sí.

—¿Y quién, en tu opinión, se porta más honorablemente?

Entrecerró los ojos hacia el suelo. Lo sentí por él (seguramente, creía que estaba siendo puesto a prueba de alguna manera), pero necesitaba una respuesta, así que no cedí. Esperé pacientemente.

Se aclaró la garganta.

—Supongo que esa sería Hannah, madame.

Por supuesto, para él habría sido demasiado sencillo nombrar a una de las chicas en cuestión.

—Gracias —dije de nuevo y me fui. Necesitaba encontrar a Hannah.

O, mejor aún, enviar por ella.

El salón estaba vacío ahora, y aposté que James se había escapado con Benedict para ese viaje. Sin embargo, si Lady Edith volvía a bordar allí, no quería que me encontrara en medio de mi investigación, e interviniera, o me observara demasiado de cerca. Girando sobre mis talones, salí hacia la biblioteca. Era una habitación más pequeña y sería cómoda y tranquila.

Y luego, tal vez, podría leer un poco cuando la entrevista estuviera completa.

Pasé junto a Forester, el mayordomo, mientras subía las escaleras.

—¿Podrías enviar a Hannah a la biblioteca, por favor?

—Por supuesto —dijo.

La casa estaba en silencio. Mis pasos resonaban ruidosamente en el suelo de mármol. Me alegré de llegar a la biblioteca alfombrada y solté un largo suspiro, una vez que estuve a salvo adentro.

—Me siento obligado a advertirte que no estás sola —dijo una voz profunda, incorpórea, porque no vi evidencia de otra persona en la larga y estrecha habitación.

—¿Quién está hablando?

Una mano se levantó en el aire, al final de la habitación, detrás de un sillón con respaldo capitoné, y luego Henry levantó la cabeza para enviarme una sonrisa.

Crucé la habitación, pero me quedé de pie. Hannah estaría aquí pronto.

—¡Malditos sean los hombres de Bradwell y su afinidad por estar en bibliotecas cuando yo preferiría estar sola!

—Puedo dejarte en paz —ofreció.

—No, usted estuvo aquí primero y no fue mi intención infiltrarme en su privacidad. Le pedí a una criada que se reuniera conmigo aquí, pero una vez que llegue, la llevaré a otro lugar.

Henry entrecerró ligeramente los ojos.

—¿Elegiste este lugar por alguna razón en particular? No me importa compartirlo.

—Solo para leer, una vez completada mi entrevista. Esperaba que nadie me encontrara, antes de la cena.

Él se rió.

—Parece que somos de la misma opinión.

Se oyeron pasos silenciosos hacia nosotros y lo miré con los ojos muy abiertos.

—Mantente escondido —susurré.

—Creí que ya lo había hecho bien —murmuró.

Una doncella entró por la puerta, e inmediatamente hizo una reverencia.

—¿Hannah? —pregunté, cruzando la habitación para encontrarme con ella.

—Si mada...

—Por favor, entra. —Me detuve en un grupo de sillas cerca de la pared del fondo y le indiqué que tomara asiento. Ella se sentó con cautela en el borde de la silla, frente a mí, y cruzó las manos remilgadamente en su regazo.

—Primero, me gustaría tranquilizarte y explicarle que se están interrogando a varias personas y que usted no tiene ningún problema. Hay una... situación que ha ocurrido y me gustaría saber qué puedes decirme sobre Molly y Janet.

Sus ojos se abrieron suavemente, antes de negar con la cabeza.

—Nunca han sido amigas entre ellas, madame. Desde el primer día que llegó Molly, han intentado superarse, una a la otra.

Esto fue interesante.

—¿Janet tuvo problemas con alguien más, antes de que llegara Molly? Me han dicho que ha trabajado aquí durante cinco años.

—Sí, madame. Cinco años. —Hizo una pausa antes de continuar—. No es fácil ser amiga de Janet, pero nunca ha tenido problemas antes, no como los que tiene con Molly.

—¿Qué tipo de problemas tiene con Molly?

Hannah vaciló. Miró por encima del hombro hacia la puerta y luego de nuevo hacia mí.

—Ella era amiga del hijo del herrero, pero él dejó de verla cuando llegó Molly. Molly afirmó que él había trasladado su afecto hacia ella, pero ella no ha estado aquí el tiempo suficiente para eso.

Todo apuntaba a Molly, excepto una cosa. ¿Por qué se habría puesto en situación de ser despedida, si su objetivo era que despidieran a Janet? Eso de ninguna manera sacaría a Janet de la casa.

—Gracias, Hannah. Tú has sido de gran ayuda.

Ella se levantó de inmediato e hizo una reverencia, antes de salir de la habitación.

—¿Te apetece, investigadora? —La voz profunda de Henry llamó desde el final de la biblioteca.

Bajé por la estrecha habitación para sentarme en la silla cerca de su asiento.

—Me temo que tu madre ha confiado en la persona equivocada.

—¿Se trata de la doncella que registra los cajones de Benedict?

Me senté.

—¿Has oído hablar de esto?

Él arrugó la nariz.

—Sí, me pregunto si estás haciendo las preguntas correctas, pero estás interrogando a la persona equivocada.

—No sé cuál de los sirvientes es el más digno de confianza.

—No me refiero a los sirvientes.

—Entonces quién... Ve a Benedict.

Henry le guiñó un ojo y volvió a levantar su libro.

Esa fue una buena idea. Sentí que ya había tomado mi decisión. Molly parecía ser la que más probablemente se había equivocado de las dos, pero no se habría puesto en la posición en la que estaba, si su objetivo fuera sacar a Janet de la casa. Si Lady Edith hubiera manejado la situación, Molly ya se habría ido sin referencias.

Janet podría haber actuado por celos e inventar las fechorías de Molly. ¿Pero no se sintió aliviada cuando necesité más tiempo, y no estaba decepcionada porque Molly aún no había sido

despedida? Si ella hubiera sido la mentirosa, se habría sentido frustrada porque su mentira no había funcionado, ¿no era así?

Esto era demasiado confuso. Quería perderme en un libro y volver a considerar el asunto más tarde. El cuarto y último volumen de *Los misterios de Udolfo* me estaba esperando, lo cogí del estante, antes de volver a sentarme, y abrirlo por la primera página.

Henry y yo leímos en amigable silencio hasta que llegó la hora de vestirse para la cena.

—Te veré pronto —dije, y salí de la habitación, llevándome el libro.

Capítulo 21

El miedo era mi fiel compañero, y no era solo gracias a un poco de lectura nocturna después de la cena. Me metí debajo de la ropa de cama para esconderme de lo que pudiera estar esperándome en la oscuridad. Mis pies golpearon el pie de madera de mi cama, sobresaltándome. Un pequeño grito escapó de mi garganta seca, y resonó suavemente en mi gran dormitorio.

Habían pasado horas desde que me separé de James, después de la cena, y ciertamente todos ya estaban dormidos. La tentación de llamar para pedir té o leche simplemente para que Fanny viniera a verme fue fuerte, pero me resistí. No despertaría a mi doncella, simplemente porque había sido tan tonta como para leer una novela gótica, por la noche, y ahora estaba aterrorizada por los fantasmas que no estaban realmente presentes.

Las sombras bailaron, a través de la pared, proyectadas por la luz de la luna que entraba por la ventana, y cerré los ojos con fuerza.

¡Oh! Eso fue peor. Los abrí de nuevo y busqué cualquier cosa que se arrastrara en mi habitación, causando el crujido.

No había nada que hacer. Simplemente no dormiría esta noche. Era una lástima que no tuviera otro libro ni siquiera cerca del fuego, porque podía leer para pasar el tiempo.

¿James tenía libros en su dormitorio? Eso era improbable. Miré hacia la puerta que conducía de mi habitación a la suya y se me ocurrió una idea. Podría acudir a él. Tal vez si despertaba a James y le dijera que escuché un crujido, revisaría mi dormitorio para asegurarse que estaba a salvo, y luego podría quedarme dormida, sabiendo que él estaba despierto al otro lado de la pared.

Fue cruel de mi parte, dada la hora, pero no tenía otra opción, si quería tener alguna posibilidad de dormir esta noche. Luego terminaría el libro, mañana a la luz del día, y leería algo más para sacarlo de mi mente.

Con mi plan establecido, me senté lentamente, mirando a mi alrededor, en busca de cualquier espectro, que pudiera haber pasado por alto hace un momento. El dormitorio parecía despejado de espíritus, respiré hondo y eché hacia atrás mis mantas, saltando al suelo y caminando suavemente con mis pies en medias. Cuando llegué a la puerta de James, la abrí lentamente, agradeciendo que las bisagras no chirriaran. Su habitación estaba igualmente oscura y se podía escuchar su respiración suave y pesada.

El sonido constante fue al mismo tiempo reconfortante, ahuyentó a mis fantasmas imaginados, y supe con repentina seguridad que no podría despertar a mi marido. ¿Cómo podría? Entré en la habitación, sumergiéndome en la comodidad de saber que él estaba cerca y podía escucharlo.

Mis miembros se relajaron en su presencia y me desplomé contra la pared. Llevaba horas luchando contra el sueño y mi cuerpo estaba agotado. James yacía a solo unos pasos de mí, y su cama era muy grande. Podría acurrucarme a sus pies, como un perro de caza, y él nunca sabría que estaba allí.

La idea se posó en mi pecho y la consideré. ¿Podría hacer tal cosa? ¿Subir a su cama sin que él lo supiera? Podría dormir unas cuantas horas y luego regresar a mi habitación por la mañana, y él nunca lo sabría.

Un crujido en mi dormitorio me sobresaltó y mi codo golpeó la pared. Todo mi cuerpo se quedó frío y quieto, mientras James daba la vuelta, murmurando incoherentemente. Si se

despertara y me encontrara, ¿qué diría yo en defensa de mi presencia aquí, como una entrometida?

¡Oh, cielos! Si se despertara y me encontrara en su cama, ¿qué le diría entonces? No podía meterme en la cama del hombre sin su permiso. Esto era simplemente absurdo.

Respiré tranquilamente y exhalé con las mejillas hinchadas. James había sido muy amable y atento. Si lo despertara para contarle mis temores, seguramente no se enojaría. Quizás solo preguntaría, si puedo dejar la puerta abierta entre nuestras habitaciones. Daría su consentimiento y luego volvería a dormirse rápidamente.

—James —susurré, pero él no se movió.

Crucé hacia la cama y lo alcancé, presionando mis dedos en la piel desnuda de su hombro.

“¡Oh, Santo Cielo!” ¿El hombre duerme sin camisa? ¿Eso es normal?

—¿Mmm? —preguntó, con los ojos cerrados.

—James, he tenido un susto.

Se sentó rápidamente y me miró con ojos cansados. La manta cayó hasta su cintura.

—¿Qué pasa, Liss? ¿Qué ha sucedido?

“¿Liss?” Me gustó eso.

—No pasó nada. Solo he pasado un susto. Necesitaba... Mmm... Preguntarte si te importaría...

—No, en absoluto. —Su voz era ronca por el sueño y se acercó a la cama.

Él estaba haciéndome espacio.

—Eso no es necesario —dije rápidamente.

Levantó la vista de nuevo y me miró con los ojos entrecerrados en la oscuridad.

—Cumpliré nuestro acuerdo, Liss. Pero, si tienes miedo, puedes dormir aquí. Estamos casados. No hay nada malo en ello.

Eso ciertamente sonó mejor que regresar sola a mi habitación chirriante e infestada de fantasmas.

—Si estás seguro que no es un inconveniente.

Su risa baja se filtró bajo mi piel.

—No es ningún inconveniente.

Probablemente, él estaba pensando que esto no era más que despertarlo en medio de la noche.

Me deslicé debajo de la manta, en el cálido colchón de plumas donde James había estado acostado anteriormente, y subí la manta hasta mi barbilla. La habitación estaba en silencio, ahora sin su respiración profunda, y yo estaba extremadamente consciente de cada ruido y movimiento que hacía. ¿Sacudió toda la cama? ¿Estaba yo respirando profundamente?

—Puedes irte a dormir, ahora —susurró James.

—Eso sería ideal, pero no puedo relajarme.

Dejó escapar un suave suspiro y se frotó los ojos con una mano.

—¿Qué es lo que te asustó? Quizás si hablas de ello, podrás dejarlo atrás.

Parecía no entender por completo que no eran mis miedos los que ahora me mantenían despierta, sino el hombre que yacía a mi lado. Para empezar, ya había olvidado qué me había llevado a su habitación.

—¿Liss?

—Es el libro. *Udolfo*. Lo leí después de cenar y no debería haberlo hecho.

—¿Te puso miedo en la cabeza?

Asentí y él se rió entre dientes.

—Cada crujido es una criatura —susurré—. Cada sombra es un espectro.
—¿Quieres que encienda una vela para que puedas estar segura que estamos muy solos en este momento?
—Te aseguro, James, que soy profundamente consciente de lo solos que estamos.
Se quedó en silencio y yo me acurruqué en el calor que él me había dejado.
—No sé si reprender a mi hermano por presentarte esta novela, o agradecerle.
—¿Por qué le agradecerías?
—Debido a esto. —Su voz baja retumbó en la oscuridad y provocó punzadas de conciencia en mi piel—. Tenías miedo y viniste a mí. Nada me ha hecho tan feliz, en días.
—¿Ni siquiera caer a la fuente?
—Ese fue un cercano segundo lugar.
—¿Ni siquiera montar a Solis hoy?
Se quedó en silencio, por un momento, y me pregunté si estaba considerando su respuesta.
—No, Felicity. Ni siquiera eso.
Giré para mirarlo mejor y pude distinguir su perfil, a la luz de la luna, que se colaba por su ventana.
—Gracias, James, por ser un hombre en quien puedo confiar.
Me miró con el pelo despeinado y la mandíbula ensombrecida, pero tan guapo en desorden, como cuando estaba sereno. Alcanzándome, tomó mi mano entre las suyas y cerró sus dedos alrededor de los míos. El calor que emanaba de su piel lo hacía sentir, como si recientemente hubiera estado tomando el sol frente al fuego, y yo quería estar envuelta en su calor.
—Buenas noches, mi dulce esposa.
—Buenas noches —susurré y me quedé dormida, sosteniendo la mano de James.

* * *

A la mañana siguiente, me desperté en una habitación luminosa y con un marido desaparecido. La puerta entre nuestros dormitorios estaba abierta y podía escuchar el sonido de un movimiento bullicioso, dentro de mi habitación. El reloj sobre la repisa de la chimenea estaba demasiado lejos para verlo con claridad desde esa distancia, pero estaba segura que James me había permitido dormir más tarde de lo habitual, y nunca había dormido tan bien, en toda mi vida.

El aroma de la colonia especiada de James estaba apagado en la almohada, pero me envolvió en una nube suave y nebulosa. ¿Sería impropio permanecer en esta cama todo el día?

La cabeza de Fanny se asomó por la esquina de la puerta abierta con sus grandes ojos sonriendo, bajo la gorra blanca que llevaba.

—¡Oh, bien! Está despierta, madame.

Mis mejillas se calentaron por haber sido encontrada en la cama de James, y por lo que mi doncella seguramente estaba pensando ahora. Me aclaré la garganta.

—¿Hay alguna razón por la que debería estarlo?

Aparte de determinar cómo manejar la situación de las criadas abajo, no había nada en mi agenda hoy de lo que me hubieran informado.

—A Lady Edith le gustaría reunirse con usted en el salón lo antes posible. Deben ir juntas a Bakewell.

—Hermoso. —Me levanté de la cama y alisé las mantas, antes de seguir a Fanny, a mi habitación. Me vistió rápidamente con un vestido de muselina verde salvia y mis medias botas. Se tomó poco tiempo para arreglar mi cabello, en un estilo simple.

Metí el volumen final de *Udolfo* en mi bolso y me puse los guantes. No sabía cuándo tendría tiempo para leer y odiaba no estar preparada. Además, si tenía alguna esperanza de dormir en mi propia cama, esta noche, necesitaba terminar esta novela durante el día.

Lady Edith me esperaba abajo y pude sentir su impaciencia cuando entré al salón. Afortunadamente, Fanny tuvo la previsión de traerme una bandeja con el desayuno, mientras preparaba mi baño, y no tendría que pedirle a mi suegra que esperara más, mientras comía. No parecía estar de humor para nimiedades, como el desayuno.

—¡Ah! Ahí estás —dijo Lady Edith, colocando su bordado en su canasta con gran paciencia.

—Espera, madre. Hay algo de lo que necesito hablar con Felicity, antes que te vayas.

James estaba de pie junto a la ventana con las manos entrelazadas casualmente detrás de la espalda, y mi corazón dio un vuelco, ante la gallarda figura que presentaba. Tenía la mandíbula recién afeitada, el pelo peinado, como era habitual, y todo estaba en perfecto orden, desde el brillo de las botas hasta el nudo de la corbata. ¿Se había preparado, mientras yo dormía? Era un concepto tan extraño que no pude evitar sentir el calor en el cuello. Recordé su pecho desnudo, a mi lado, y mi sonrojo se hizo más profundo.

Lady Edith se quedó quieta, mirando a su hijo y luego a mí, y luego colocó las manos en el regazo.

—Muy bien.

Me acerqué a él por la ventana, consciente de la fuerza de su mirada, mientras me seguía a través del salón.

—Buenos días, James.

Él asintió brevemente.

—¿Pudiste dormir bien? —murmuró.

Miré a su madre, que estaba sentada bastante lejos en el espacioso salón con las manos ocupadas con su bordado. Al menos, la mujer nos dio privacidad.

—Sí. No recuerdo la última vez que dormí tan profundamente. —Prueba que probablemente se había preparado para pasar el día en su propia habitación y no había oído ni pío—. Gracias por tu asistencia. Fue muy amable de tu parte.

—Sí, soy todo un santo —dijo, con un toque de humor en su tono—. Ciertamente, no recibí nada del acuerdo.

Habló con sarcasmo, pero no sabía por qué.

—En efecto. Sufriste porque una mujer histérica te despertó en medio de la noche, te interrumpió el sueño y ocupó la mitad de tu cama.

James se pasó una mano por la mandíbula.

—Nada de eso fue un sacrificio, Felicity. Eres bienvenida en cualquier momento.

Mi pulso saltó ante el solo pensamiento, y miré hacia la ventana, segura que mi rostro ardería, si buscaba los ojos verdosos de James ahora.

—Tu madre me está esperando.

Se aclaró la garganta.

—Antes que te vayas, tengo algo de qué hablar contigo.

Lo vi de frente.

—Se me ocurrió que podrías sentirte más cómoda durante el baile, si asistiera alguien que te hiciera sentir cómoda. Como tus padres no pueden asistir...

Prefería que él no siguiera hablando.

—Me preguntaba, si te gustaría escribirle a tu prima en Escocia, e invitarla a quedarse de

visita.

—Oh, ¿en serio? —pregunté, inhalando mi emoción. Había publicado una invitación para mi tía, su nuevo marido y mi primo Daniel, en caso que estuvieran en el castillo de Arden, pero no había pensado en extenderle la invitación a Jane, debido a la distancia de su casa. Si la invitaban a quedarse de visita, el viaje a Cumberland valdría la pena para ella y Ewan.

—Ella y su marido son bienvenidos, mientras tú los desees, por supuesto.

Tomé a James por los hombros y me puse de puntillas para besar su mejilla.

—Gracias, James.

Sus ojos brillaron.

—No necesitas agradecerme. Todo lo que he hecho es producir la idea.

—Le escribiré de inmediato. —Precisamente, di la vuelta para hacer eso y me detuve, ante el ceño fruncido de Lady Edith, que me alcanzó desde el otro lado del salón, por lo que corregí en voz baja—. Le escribiré cuando regresemos del pueblo.

James se rió suavemente. Apoyó una mano en mi cintura y se inclinó. Su voz tranquila me hizo cosquillas en el oído.

—No dejes que mamá te engañe. No es tan aterradora como intenta parecer.

Su aliento provocó un escalofrío por mi espalda.

—Por el contrario. Me asusta exactamente tanto como pretende.

Capítulo 22

Madame Rousseau había hecho una obra maestra con la confección blanca que soñó Lady Edith y el vestido, presentado de pie sobre un pequeño estrado. Me sentí como si estuviera envuelta en una elegante nube.

—Usted es impresionante, señora Bradwell —dijo la modista francesa, dando un paso atrás para admirar su trabajo.

—Creo que tú eres la causa de eso —expresé en voz baja, aunque estuve de acuerdo en que la imagen que podía ver en el espejo era mucho mejor de lo que esperaba.

Lady Edith me rodeó con mirada perspicaz.

—¿Puedes abarcarlo un poco sobre los hombros? Parece estar colgando de manera extraña. Los fruncidos quedan bien en los omóplatos. —Ella continuó caminando y mi respiración estaba entrecortada bajo su escrutinio—. ¿Es posible agregar más flores al dobladillo? Es un poco de luz sobre las rosas.

Miré hacia abajo y me pareció que había una cantidad de flores de buen gusto.

—Me gusta cómo se ve ahora —dije dócilmente.

Madame Rousseau miró de mí a Lady Edith. Ella se dedicó a ajustar los alfileres y no respondió.

—Queremos que este vestido sorprenda a los asistentes a la fiesta por su magnificencia, Felicity.

Sostuve su mirada. Era mi baile, ¿no?

—Creo que esto logrará el asombro que buscas.

Ella sacudió la cabeza y me miró de pies a cabeza.

—Está cerca de eso, pero no del todo.

—Entonces, ¿solo unas pocas flores más? —preguntó madame Rousseau—. No muchas...

Agradecí que ella parecía dispuesta a llegar a un acuerdo entre nuestros gustos, pero yo no quería más flores en absoluto. Aunque la paz con mi suegra era igualmente importante, y Lady Edith no se iba a retirar de su posición. En esta batalla en particular, yo estaba dispuesta a rendirme.

—Un poco más, entonces. —Estuve de acuerdo.

—Ahora que lo hemos resuelto, me preguntaba si tienes otro vestido de fiesta casi listo. Debemos asistir a un baile el martes, y esperaba que Felicity pudiera usar uno de los nuevos.

Evidentemente, mis viejos vestidos de fiesta dejaban mucho que desear.

—Ahí está el rosado, milady —dijo madame Rousseau.

—¿Lo probamos, entonces?

—Aún no está listo para eso, pero puede usar la bata blanca para asegurarme que sea del tamaño correcto y enviárselo de inmediato.

Lady Edith asintió con aprobación.

—¿Hay otros vestidos listos para ser probados?

—Uno más.

Permanecí como modelo en silencio, mientras madame Rousseau y Lady Edith analizaban otro vestido. El estilo no era exactamente de mi gusto, pero traté de recordarme a mí misma que, como señora de Chelton, ahora tenía una reputación que mantener y un ejemplo que dar. Supuse que podría acostumbrarme a vestidos más extravagantes, si esto le agradaba a Lady Edith.

Cuando salimos de la tienda de la modista, una hora más tarde, mis brazos estaban cansados de sostener los extendidos, mientras madame Rousseau ajustaba los alfileres, y mis piernas quedaron cansadas de estar quieta durante tanto tiempo. Un silencio incómodo nos siguió hasta el carruaje y nos envolvió, mientras salíamos de Bakewell hacia la casa. Lady Edith miró los edificios de piedra pálida y las verdes colinas, detrás de nosotras, con la mano presionada contra el estómago.

—¿Quién celebrará un baile el martes? —pregunté.

Lady Edith respiró hondo por la nariz.

—Lord y Lady Grenville, pero imagino que aún no los conoces. No salen de casa con frecuencia, y son muy selectivos con quiénes invitan a sus veladas.

—Un pequeño baile privado suena como una manera maravillosa de sumergirme en la sociedad local.

Los ojos de Lady Edith se cerraron.

—No me confundas, Felicity. Puede que se trate de una reunión más pequeña de lo que estás acostumbrada en Londres, pero no es menos escrupulosa. Debemos comportarnos lo mejor posible. La aprobación de Lady Grenville contribuirá en gran medida a asegurar tu lugar en la sociedad local.

—¿De qué manera? La mujer no sale mucho, ¿no?

—Sí, pero sus veladas son la cumbre de la sociedad local. Si no nos invitan es porque hemos caído demasiado lejos.

Luché por entender por qué eso importaría tanto, pero estaba claro que era de suma importancia para Lady Edith.

—Me comportaré lo mejor posible.

Ella asintió, pero no abrió los ojos. Sus manos presionaron fuertemente su abdomen y se me ocurrió que sus mejillas parecían verdosas.

—¿Usted se siente mal?

—Sí —dijo en voz baja.

—¿Debo indicarle al cochero que se detenga?

—No. Ya casi estamos en casa.

—Sin embargo, podemos hacer una pausa por un momento para que puedas respirar...

—¡No! —espetó ella—. Ya casi llegamos.

Recorrimos el resto del camino en silencio, y cuando llegamos al puente de piedra, que cruzaba el río frente a la casa, Lady Edith gimió. La miré fijamente, preocupada al descubrir que su rostro se había puesto blanco.

—¡Detenga el carruaje! —llamé y nos detuvimos abruptamente.

Lady Edith se inclinó sobre el costado del vehículo y repasaba sus dolores. Permanecí inmóvil, esperando darle la privacidad que sin duda deseaba, y noté que los sirvientes también estaban de espaldas, imperturbables. Esta no debía ser la primera vez que se encontraban en esta situación.

Se oyeron pasos a lo largo del camino de grava hacia nosotras, y levanté la vista para ver a James y Benedict acercándose, ambos solo en mangas de camisa, chaleco y pantalones, y mi estómago dio un agradable vuelco. Benedict sostenía una pala, y James se sacó un pañuelo de la cintura para secarse el sudor que le perlaba la frente.

Lady Edith volvió a sentarse erguida y le entregué el pañuelo de mi bolso. Lo tomó. Se secó la frente y luego la boca.

—Madre, ¿te sientes mal? —preguntó Benedict.

—Creo que caminaré el resto del camino —dijo débilmente.

James aceleró el paso y le ofreció una mano, que ella tomó amablemente. La seguí desde el carruaje. Le hizo un gesto con la mano al cochero y él se dirigió hacia la casa.

Lady Edith se apoyó pesadamente en el brazo de James.

—Pensar que yo misma había estado considerando ir a York, en busca de Thea. —Ella se rió en voz baja, sin alegría.

La mirada de Benedict se dirigió hacia ella.

—No es necesario que te tomes la molestia.

—No, no puedo tomarme la molestia. Difícilmente puedo llegar de Bakewell a Chelton.

—Deja eso fuera de tu mente, madre —amonestó James.

—Pero, sabes que no puedo —dijo en voz baja, y me dolió el corazón por la aguda angustia que estaba sufriendo. Entendí como era sentirse tan impotente con tantas ganas de hacer algo, pero con un cuerpo no lo permitía. Quería, más que nada, tener control sobre mí misma, cuando bailaba en público, pero no podía controlar mis nervios por mucho que lo intentara.

Lo mismo ocurría con Lady Edith y su mareo en el carruaje. Entendí su sufrimiento.

Benedict permaneció en silencio, observando la interacción con el ceño profundamente fruncido. Cuando captó mi mirada, se alisó la frente y me guiñó un ojo.

—Casi tengo tu camino terminado, Felicity. Esa rutina ya no te molestará.

James me lanzó una mirada.

—No sabía que te importaba la rutina.

—Henry mencionó que casi se arroja del carruaje, la semana pasada, después de la iglesia.

La expresión de James se tensó.

—Es más probable que se deba a su forma de conducir que a esta rutina. —Dirigió su atención a su madre—. Ven... Déjanos llevarte a casa.

James y Lady Edith caminaban delante de nosotros, y yo me puse al lado de Benedict. Pasamos por delante del surco, en tierras frescas y rocas amontonadas, en el lugar, donde una vez estuvo la cicatriz en el camino.

—¿Te acompaño a la casa?

Mis labios se curvaron. Ahora sería el momento perfecto para preguntarle a Benedict sobre la situación.

—No seas tonto. Puedo caminar hasta allí perfectamente bien. Pero, esperaba interrogarte un poco, ahora que te encuentro solo.

Se pasó una mano por el pelo rizado.

—¿Oh? ¿Qué pasa?

—Las criadas. ¿Encontraste algo faltante en tus cajones después que los registraron?

—No había nada.

—Y las doncellas en cuestión aquí, Molly y Janet, ¿tienes algún historial o discordia con alguna de ellas?

—Poco... Molly se acercó a mí una vez, pero... —desvió la mirada tímidamente—. No permití que continuara.

—Y ella es la mujer que supuestamente fue encontrada en tu habitación.

—¿Qué estas intentando hacer?

Ahí dudé. Necesitaba a mi madre. Requería la sabiduría de otra persona para guiarme. Lady Edith me estaba poniendo a prueba, no enseñándome. Quería a mamá, pero tal vez podría conformarme con Jane.

—Tengo la intención de decirle al ama de llaves que necesito más tiempo. No puedo

despedir a la chica equivocada. Parece imprudente tomar una decisión, antes de comprender lo que realmente sucedió.

—Podrías despedirlas a ambas.

—Pero, uno de ellas es inocente.

Benedict alzó una ceja.

—¿Estás segura?

—Lo único de lo que estoy segura actualmente es de mi falta de calificaciones para ser la señora de Chelton. —Respiré, lamentando la franqueza de mis palabras. Benedict parecía querer discutir, pero desestimé sus esfuerzos—. Todo saldrá bien. Supongo que necesito acostumbrarme a estas nuevas responsabilidades. Te veré en la cena.

Le dediqué una sonrisa y me fui a la casa, antes que pudiera acecharme. La larga caminata por el camino de grava era buena para mi constitución.

No estaba claro si Lady Edith rechazaba ayudarme porque quería verme fracasar, o debido a que tenía genuina curiosidad por ver cómo manejaría este asunto de las sirvientas. El cálido sol de la tarde brilló sobre mí, y vi a James y su madre llegar a la casa, mucho antes que yo me acercara.

James tenía talento para hacerme sentir que mi compañía era deseable en ciertas situaciones, y no podía culparlo por desear compartir conmigo las cosas que le gustaba hacer. Sin embargo, no lo presioné para que leyera conmigo en la biblioteca, y me alegré que hubiera dejado de pedirme que lo acompañara. Fue una bendición que asistiera al baile el martes, porque ya entendía por qué yo no podía bailar. Seguramente, me ayudaría a idear una excusa razonable para no ofender al anfitrión y a la anfitriona, quienes eran estimados por Lady Edith.

Cuando llegué a la casa, fui al salón inmediatamente, y tomé el papel y la tinta del escritorio colocado contra la pared. Mi mano se detuvo, antes que mi pluma tocara el papel y se me ocurrió que, a menos que Jane hubiera leído los periódicos, no sabría que yo era una mujer casada. ¿Cómo iba a explicarle adecuadamente, a mi más querida amiga, lo que había hecho? La última vez que ella pronunció el nombre de señor Bradwell fue para incitarme a escribirle a Henry, mientras le devolvía el libro. Jane había apoyado esa opción.

Tenía mucho que explicar. Moje nuevamente mi pluma y escribí la más breve de las explicaciones. Sería mucho más fácil contarle lo ocurrido, cara a cara, y esperaba que aceptara venir. Terminé mi carta y lijé el papel, antes de doblarlo y sellarlo.

Lady Edith entró en la habitación con el color un poco regresado a sus mejillas, pero con el ceño fruncido.

—Tengo la intención de acostarme hasta la cena. Espero que el asunto con las criadas, se resuelva antes que despierte.

El único sonido que siguió a este edicto fue el ruido de sus tacones por el pasillo de tablas de madera, que marcaba su salida. Mis ojos se cerraron y presioné mis dedos en mis sienes. Después de todo, parecía que no se me concedería la oportunidad de esperar la sabiduría de Jane.

No sabía qué odiaba más: que mi suegra me viera como una desvergonzada que convenció a James para que se casara conmigo, o que me creyera completamente inepta.

* * *

Siempre que necesitaba discernir qué hacer, en cualquier situación, mi madre siempre me había enseñado a escuchar los sentimientos innatos dentro de mi corazón. Pero mientras estaba en la sala de estar de la señora Prescott, mi corazón no me decía nada. Ningún susurro me reveló si había llegado o no a la conclusión correcta, ningún atisbo de confirmación calmó mi espíritu.

Janet se sentó arrepentida en la silla y Molly huyó en el momento, en que le dijeron que volviera a sus tareas en la cocina.

Quizás mi razonamiento fuera erróneo, pero no creía que Molly lograra que despidieran a Janet poniéndose en peligro de sufrir lo mismo, especialmente cuando su familia dependía de sus ingresos. Seguramente Janet estaba enojada porque Molly le había robado a su novio y conspiraba para que la despidieran, y así Janet podría recuperar su afecto.

No estaba segura de haber tomado la decisión correcta, pero ya lo hice. No podría cambiarla ahora. La señora Prescott pareció bastante complacida con mi decisión, que, por alguna razón, no me dio ninguna confirmación adicional que había elegido a la chica adecuada.

—Sí, ¿eso es todo? —le pregunté a la señora Prescott y ella asintió. Me alejé de la sala de estar en penumbra, sintiendo que el ceño fruncido en mis labios desaparecía, y llenaba todo mi ser de disgusto.

Encontré a James caminando en mi dirección, cuando llegué al corredor que contenía nuestros dormitorios, y parecía recién bañado y libre de la suciedad del trabajo en el surco del camino. Debió haber percibido rápidamente mi desánimo porque su sonrisa se transformó en preocupación cuanto más me acercaba a él.

—Felicity, ¿qué pasó?

—Despedí a la criada. No estoy segura de haber tomado la decisión correcta, y no me gusta tener tanto control sobre el futuro de esta pobre muchacha con tan poca información. —Me detuve y sacudí la cabeza—. ¿Y si me equivoqué?

Su boca se abrió levemente, pero no tenía nada que decir. Se pasó una mano por la mandíbula bien afeitada.

—No necesitabas...

—Sí, ¡lo necesitaba! —espeté—. Tu madre no me dio más tiempo.

Él se rió torpemente.

—Seguramente, si ella hubiera sabido que no estabas segura, habría aceptado discutir el asunto más a fondo.

—Eso habría sido imposible porque no podemos seguir discutiendo algo que no habíamos discutido en absoluto. Esto no fue más que una prueba que fallé estrepitosamente, como he fallado en muchas de sus otras pruebas. —Me burlé ligeramente, sacudiendo la cabeza—. Soy indigna de ti, James. No soy digna de Chelton. Tu madre no me considera apta para liderar ni para ser tu esposa, y no se me debería dar autoridad sobre estas pobres doncellas y su futuro.

—Felicity, no puedes decir eso en serio —dijo James, horrorizado. Aunque no sabía si estaba tan perturbado por mi arrebató, o por la idea que su madre pudiera pensar tan mal de mí.

Cerré los ojos y respiré profundamente.

—Esta no es tu...

Las palabras se arrugaron en mi lengua y levanté la mirada para encontrarme con este hombre problemático. Quería decirle que no era culpa suya que estuviera en esta situación, pero lo era. Había aceptado casarse conmigo, me trajo a esta casa y sabía el tipo de vida a la que me vería obligada, después de verme desmayarme en un salón de baile, y enterarse de mis defectos.

Tomó mi mano y di un paso atrás, evadiendo su toque.

—Necesito un momento. Lo necesito... Lo más probable es que te vea en la cena.

James asintió, su preocupación parecía crecer.

—Por supuesto.

Siempre caballeroso, él dio un paso atrás y me permitió pasar, sin inhibiciones, a mi habitación. Sola...

Capítulo 23

Habían pasado dos noches desde que despedí a la criada y huí de James en el pasillo, y esas dos noches transcurrieron con una lentitud insoportable. Había empezado a evitar a la familia lo mejor que podía, durante el día, pero la oscuridad provocó los miedos que todavía se aferraban a mí, después de terminar la novela gótica.

Anoche estaba casi segura que James había llegado a la puerta contigua y se quedó un momento, mirándome, tal vez para determinar por qué había ignorado su llamada anterior. Rápidamente, cerré los ojos y fingí estar dormida.

Por injusto que fuera, sentí como si él hubiera tomado esta decisión por mí, cuando me convenció de bailar con él en la fiesta de los Hutton. ¡Que él había determinado mi futuro! Y mis sentimientos amargos hacia él eran espesos y difíciles de manejar. No quería despreciarlo, pero no podía evitar preguntarme por qué había insistido en casarse conmigo, cuando yo era totalmente inadecuada para el rol de señora de Chelton.

Pero ahora, en la tercera noche desde el incidente, caminaba de un lado a otro, la luz de las velas sobre la repisa de la chimenea proyectaba un brillo a mi alrededor y me hacía sobresaltarme, en más de una ocasión. Mi cuerpo estaba exhausto, pero mi mente estaba alerta y no desaceleraba sin importar lo que hiciera.

Sin embargo, la peor parte de todo fue la siguiente: era la tercera noche que no permitía que James entrara a mi habitación para compartir nuestro hecho diario. En mi enojo había ignorado sus golpes, a la puerta, y estaba brava con él, pero también conmigo misma.

Levanté la mano y pasé el dedo por la rosa blanca seca que colgaba de mi cama. Más que nada, lo extrañaba.

Tenía los ojos arenosos por las dos noches anteriores de poco sueño y me dolía el cuerpo. Miré fijamente nuestra puerta contigua e inspiré profundamente. Si no me humillara ante James ahora, ¿podría alguna vez hacerlo? ¿Esta discordia entre nosotros se construiría y crecería hasta volverse insuperable? No fue su culpa que su madre no me aceptara. Su disgusto no me hizo menos dueña de esta casa.

Quizás fue ahí donde me había equivocado todo el tiempo. Una idea se formó entre mis piernas temblorosas y me agarré al poste de la cama, mientras la consideraba. El concepto floreció dentro de mí, echó raíces y creció. En lugar de ceder a todas y cada una de las cosas que mi suegra exigía de mí, en mi desesperación por su aprobación, desde el exceso de rosas blancas en mi vestido hasta el menú y el cronograma que debía seguir para despedir a una criada, más bien, necesitaba gobernar mis propias decisiones.

Si Lady Edith ya no deseaba enseñarme, era su elección. Pero su falta de instrucción me había hecho retroceder en todos los sentidos, incluyendo mi poder y mando en esta casa. Como esposa de James, mi palabra prevalecía sobre la de ella, pero su manipulación me había obligado a darle el poder que por derecho yo tenía.

Mañana tenía la intención de retirarlo.

Esta noche arreglaría la discordia en mi matrimonio.

Me levanté de puntillas y apagué las velas, luego pasé los dedos por mi largo cabello y lo trencé en una apariencia de orden. Mis pies descalzos estaban fríos y crucé la habitación, antes que pudiera perder el coraje de acercarme a James, después de dos días de silencio.

La puerta estaba dura y fría bajo mi puño cerrado, y llamé suavemente, esperando que

James me invitara a pasar. Lo más probable es que todavía estuviera despierto, ciertamente, lo había escuchado allí apenas un cuarto de hora antes.

El silencio pareció extenderse interminablemente, antes que se abriera la puerta y miré a los enigmáticos ojos de mi marido. El arrepentimiento se apoderó de mi pecho y por un momento deseé no haber llamado a la puerta. Había sido un error pensar que me daría la bienvenida y di un paso atrás.

—Espera —dijo—. ¿Estás asustada?

¿Tenía miedo de arruinar la relación que apenas habíamos tenido tiempo de cultivar? Sí. ¿Miedo a la oscuridad? Un poco.

Pero, no había ido a su puerta por miedo.

Me decidí por una verdad a medias.

—Sí.

Él dio un paso atrás y abrió ampliamente la puerta, luego señaló su cama.

—Siempre eres bienvenida aquí, Felicity. Esperaba haber sido claro en ese sentido.

—Lo hiciste. Solo esperaba evitar convertirme en una carga.

Su boca formó una breve sonrisa, aunque sus ojos permanecían tristes.

—No puedes convertirte en una carga. Seguramente, ya debes saberlo bastante bien.

La historia había demostrado todo lo contrario. Mis padres estaban abrumados por mis problemas, por lo que mi esposo podía sentir lo mismo.

—No sé nada de eso.

Un escalofrío recorrió mi piel y crucé los brazos sobre la cintura.

—Ven, tienes frío. —James tomó mi mano y me atrajo hacia él. Me rodeó con sus brazos y apoyé mi cabeza contra su sólido pecho, sintiendo su corazón latir en mi oído. Estaba cálido y cómodo, su camisa de dormir era suave, y olía a él de una manera que me tranquilizaba hasta en lo más profundo.

Me encontré apoyándome más contra él y solté un bostezo.

—¿Estás cansada?

—Mucho. No he dormido bien las últimas noches.

—Yo tampoco. —James dejó un beso en la parte superior de mi cabeza y me soltó. Tomó mi mano, tiró de mí hacia la cama y me ayudó a acostarme, subiendo las mantas hasta mi barbilla. Noté que había dejado abierta la puerta contigua, y eso me gustó de él, como si quisiera que recordara el hecho que siempre era bienvenida.

James se metió en la cama, a mi lado, y apagó la vela de su mesa, completando la oscuridad. No oí nada más que los gemidos de la vieja casa y el silbido de una ligera brisa afuera.

—Me he perdido tus hechos, Liss. Siento que ahora me debes al menos dos.

—Número uno: no soy una persona perfecta. Hecho número dos: lamento estar enojada contigo.

—Estás perdonada, aunque no sé qué hice para molestarte. Tengo entendido que mi madre...

—No deseo hablar de ella en este momento —susurré. El sueño me estaba venciendo, ahora que me sentía cálida y segura, y lo último en lo que deseaba pensar, antes de sucumbir a ese estado de paz, era en la mujer que no me quería en esta casa—. Aunque lo haré, si así lo deseas.

—No, podemos hablar de otras cosas.

—¿Y tus hechos?

Él se rió suavemente.

—Hecho número uno: te extrañé anoche y la noche anterior.

—¿Segundo hecho?

—Creo plenamente que podré dormir tranquilo esta noche.

—Yo también.

James cruzó el espacio entre nosotros y tomó mi mano. Su pulgar frotó suavemente el dorso de la misma y me acurruqué más en el colchón de plumas, inhalando el aroma especiado y apagado.

El amparo de la oscuridad y la seguridad de esta cama me dieron el valor para hacer una pregunta que había estado en mi mente.

—¿James?

—¿Mmm?

—¿Por qué aceptaste casarte conmigo? Aparte de lo obvio, claro. A pesar del escándalo.

Se quedó en silencio por un momento, y deseé llevar la pregunta a la seguridad de mi protección, donde podría guardar y proteger esa pequeña inseguridad.

—Porque era lo más sensato.

Él era sensitivo. Por supuesto. Mis ojos se cerraron y traté de contener el dolor que acompañaba esa cruda verdad. El pulgar de James continuó frotando suavemente mi mano, y estuve segura, en ese momento, que no había tenido la intención de limpiar el lugar, donde la vela me había quemado. Le había asignado incorrectamente un significado al gesto de James, un significado que no poseía.

El sueño descendió sobre mi dolor incipiente, llevándome bajo la oscuridad y lejos de la consciencia. Pero, mientras me alejaba, me pareció escuchar a James decir:

—Buenas noches, mi amor.

“¿*Mi amor?*”

Capítulo 24

Algunos de los vestidos que Lady Edith encargó estaban listos y los entregaron a primera hora de la tarde del martes, justo a tiempo para el baile de Lord y Lady Grenville. Me puse el vestido rosado suave, el único vestido de fiesta del lote, aparte del monstruoso blanco, sin saber si el color hacía que mi cabello rojo pálido pareciera atrevido y grosero. A veces era un equilibrio delicado, y no podía cambiar el color de mi cabello, así que tenía que ser cuidadosa con los vestidos.

—Fanny... —Me levanté y me puse los guantes hasta los codos—. Sé honesta. ¿Este vestido me hace parecer pálida o descolorida?

Ella se detuvo cerca del tocador, tomando un puñado de alfileres sin usar agarrados con nerviosismo.

—Me parece que usted luce encantadora, madame.

Estaba claro que no recibiría una respuesta honesta de mi doncella. Me acerqué a la luz del fuego y me esforcé por ver mi reflejo en el espejo del tocador. La única persona en esta casa de la que podía depender para que me dijera la verdad de las cosas era, sin duda, mi suegra. Le importaba demasiado la opinión de la sociedad como para permitirme salir de casa con mala cara.

Estaba casi segura que ella lo que haría, porque mi propia madre nunca antes me había permitido pedir un vestido rosado, y con razón.

Me puse mis zapatillas de baile. *Evelina* estaba en mi mesita de noche y dejé ese libro en mi bolso. Siempre era mejor estar preparada. Nunca sabía cuándo encontraría la oportunidad de leer.

Lady Edith estaba al pie de las grandes escaleras, rodeada por sus tres hijos, mientras yo bajaba las escaleras. Esperé su reacción, ante mi vestido, pero no pareció encontrarle ningún defecto.

Sus ojos escrutadores recorrieron el vestido y se acercó a mí para pasar la tela entre sus dedos.

—Este no es el rosado que seleccioné.

—¿Estás segura? —pregunté.

Ella asintió.

—Elegí seda. —Dejó caer la tela de sus dedos enguantados y sacudió la cabeza—. Tienes buen aspecto, en cualquier caso. No debemos sentirnos demasiado frustradas por el error.

Bueno, eso ciertamente explicaba por qué ella todavía no había encontrado ningún defecto en mi color de piel. No podía imaginar que cambiar la tela del vestido fuera tan simple como confundir una tela con otra, no para una profesional. Sin embargo, durante nuestra primera visita a la tienda, mencioné mis preocupaciones. Madame Rousseau debió haber elegido una tela que se adaptaba a mi tez y color de cabello. Después de todo, gracias a ella, valía la pena el gasto.

James me ofreció su codo y me llevó hacia el carruaje que me esperaba. Mis nervios habían estado tan envueltos en la preocupación de si parecía asustada o no, que todavía no me había preocupado por el baile, que pronto se requeriría de mí. Tiré de su codo antes de entrar al vehículo y él miró hacia arriba.

—¿Qué pasa?

—El baile —susurré, muy consciente que Henry y Benedict esperaban detrás de nosotros. Su madre ya estaba sentada adentro—. No puedo hacerlo.

Sus ojos resplandecían con las antorchas brillantes a cada extremo del carruaje.

—¿Crees que podrías realizar uno? Podemos elegir un vals para que permanezcas conmigo durante todo el baile.

¿Podría? No había pensado en bailar un vals con mi marido. James tenía la costumbre de calmar mis nervios. ¿Podría hacerlo en la pista de baile?

—No estoy segura.

—¿Lo intentamos?

—Y si yo... —Tragué, incapaz de hacer un sonido, ante la preocupación que me atormentaba.

—Si empiezas a sentirte débil, te indicaré una silla inmediatamente. Puedes alegar dolor de cabeza y quedarte fuera de los bailes restantes. —Me miró disculpándose—. Eres una nueva novia, Liss. Lord y Lady Grenville esperarán que usted abra el primer set.

Cerré los ojos y me imaginé bailando junto a James, concentrándome únicamente en él, permitiendo que su fuerza se filtrara en mí.

—¿Hay problemas? —llamó Lady Edith desde el interior del carruaje.

Sí los había.

—No —respondió James. Me ayudó a entrar y tuve un pensamiento repentino e inquietante.

¿Y si el primer baile no fuera un vals?

* * *

La reunión de Lord y Lady Grenville fue todo menos pequeña. Parecía que toda la sociedad local salió con toda su fuerza, y si Lady Edith imaginó que se trataba de una escasa representación de los lugareños, entonces apenas podía imaginar lo enorme que sería su baile.

Mi agarre se hizo más fuerte en la mano de James, y él me miró a través de sus ojos claros de color verde-marrón.

—En el momento en que sientas que te desmayas —murmuró—. Te indicaré que te sientes en una silla.

—¿Nos sentamos ahora entonces? —Bromeé.

Su sonrisa de regreso estaba mezclada con preocupación. Respiré reconfortantemente y permití que James me guiara hacia nuestros anfitriones. Ambos eran más bajos que el promedio, regordetes y con bocas que parecían girar más hacia abajo que hacia arriba. Fue con disgusto que cada uno de ellos sacó un espejo y lo barrió sobre mi persona, después que James realizó las presentaciones, luego compartieron una mirada entre ellos.

¿Había demostrado ser una chica desaliñada y casera? No parecía contar con su aprobación, si sus expresiones de descontento eran una pista. No era de extrañar que esta pareja no se aventurara con frecuencia en la sociedad. No me parecían una pareja feliz.

—Deberíamos alegrarnos que Lord Grenville no baila —murmuró James, en mi oído, mientras me llevaba—. O habría sido tu compañero durante el primer set.

Un escalofrío recorrió mis hombros. Ese fue un cuadro desagradable, por cierto.

Benedict y Henry nos abandonaron, dejando a James a cargo de su madre y su esposa.

—¿Empezamos a presentarnos? —preguntó Lady Edith. Estábamos en fila cerca de la entrada del salón de baile más grande, y conté no menos de una docena de parejas, conversando allí.

—¿No he conocido ya a todos en nuestra parroquia local? Me temo que no recordaré a nadie más.

Lady Edith pareció percibir la debilidad de mi excusa.

—Debes hacerlo, Felicity. No podemos permitir que te tachen de grosera.

—Ella es cualquier cosa menos grosera —dijo James con firmeza—. Si queremos que Felicity baile, madre, creo que es mejor darle este pequeño respiro de antemano.

Su consideración me impactó y miré a mi apuesto esposo. Su semblante era severo, mientras que carecía por completo del toque juguetón, que yo había llegado a adorar, en este momento. Algo le molestaba tanto como a mí, pero parecía imperturbable durante nuestra conversación delante de Chelton.

Lady Edith lo miró fijamente.

—¿Si queremos que ella baile?

James le dio una sonrisa tensa.

—Sí. Sí. He experimentado de primera mano la profundidad de los problemas de Felicity, cuando está abrumada por los nervios, y no la pondré en una posición que le obligue a esforzarse más allá de lo razonable. Estamos aquí, a tus órdenes, y bailaremos. Pero hasta que la música empiece en serio, llevaré a mi esposa a pasear por el conservatorio. Eres más que bienvenida a acompañarnos.

El rostro de Lady Edith parecía tallado en piedra. Ella sacudió claramente la cabeza.

—Preferiría saludar a mis amigas. Uno de nosotros debe... explicar.

No le pedí que describiera más lo que quería explicar y ella no sintió la necesidad de explicarlo. James inclinó la cabeza en señal de deferencia hacia su madre y tiró de mí hacia las puertas abiertas, en el otro extremo del salón.

—No era necesario que nos hubieras liberado tan completamente —dije, totalmente consciente, una vez que llegamos a nuestro destino, y ahora estábamos solos. Árboles en macetas y arbustos con flores se alineaban en las paredes de vidrio que rodeaban la pequeña porción del salón, y la luz de las velas se reflejaba en las numerosas ventanas.

—Pensé que sería prudente que guardaras tus fuerzas.

Su consideración tocó mi corazón. Pero claro, así fue desde el principio. Su enojo cuando nos conocimos por primera vez en la biblioteca en el baile de los Hutton se transformó rápidamente en preocupación al enterarse que me había quemado, e incluso se preocupó, por si estaba intentando atraparlo o no. Era simplemente su naturaleza considerar mi bienestar.

La boca de James se torció en una suave sonrisa y golpeó suavemente mi bolso con el codo.

—Tienes un libro ahí, ¿no?

—Tal vez. —Mis mejillas se calentaron.

—Nunca te entenderé. —Se le escapó una pequeña risa.

Eso era lo que temía. Aunque siempre me consideró, no me entendió. Busqué entre la multitud a la señorita Whitstone, consciente de nuestras similitudes, más en un salón de baile que fuera de él.

—Surge la pregunta —dije a la ligera—. ¿Por qué procederías a casarte con alguien tan completamente diferente a ti? Tuviste la misma oportunidad con la señorita Whitstone, y encontraste la manera de salir de ese enredo, antes que fuera demasiado tarde.

Respondí mi propia pregunta y la vergüenza se filtró en mi pecho. “*Antes que fuera demasiado tarde*”. No habría podido salir de nuestra situación sin hacer que mi nombre pasara por un escándalo.

—No me encontré enredado con la señorita Whitstone. Simplemente, pasamos un poco de tiempo juntos.

¿Qué parte temeraria de mí pensó que sería prudente preguntar esto ahora? Mi tonto corazón, sin duda, estaba liderando la carga sin entrenamiento ni control.

La música del salón de baile llegó hasta nosotros y le dirigí una sonrisa. Se anunció un minueto, y yo hice todo lo posible para que mi sonrisa no flaqueara. Por supuesto, el baile comenzaría con un minueto: un espectáculo de baile tranquilo, demasiado largo.

—¿Debemos? —preguntó.

—No tenemos otra opción.

James me llevó a mi posición, pasando junto a grupos de extraños mezclados con personas que reconocí de la iglesia o de nuestras visitas a domicilio, durante la semana anterior. Mi corazón se aceleró al ritmo de los cálidos violines, y me paré frente a James con los pies firmemente plantados en el suelo pintado.

—Mírame todo el tiempo, Liss —susurró—. Solo a mí.

Eso resultaría difícil, cuando me alejaran de él o él de mí. Asentí suavemente, permitiendo que su mirada me mantuviera cautiva.

La música comenzó en serio y el baile a su lado. La concentración de James fue encomiable. Solo podía imaginar cuán profundamente deseaba evitar la necesidad de atraparme y sacarme del salón. Yo también deseaba evitar lo mismo.

Mi corazón siguió el ritmo de mi preocupación, acelerándose rápidamente, mientras bailábamos. Cuando mi mirada se desvió de mi marido, los ojos brillantes y vigilantes de los espectadores me apuñalaron con sus persistentes miradas. Mi estómago dio un vuelco, girando junto a mis nervios, y mi respiración avanzó, a una velocidad más rápida de lo que justificaba el baile.

—¿Liss? —preguntó James cuando se acercó a mí por un momento. ¿Había notado la palidez verde de mis mejillas, o era simplemente así como me sentía y no como me veía? Me mareé, mi corazón latía tan fuerte que pasó por mis oídos y bloqueó la mayor parte de la música. Giré en la dirección equivocada y pisé el dobladillo del vestido de otra dama, y el pánico se apoderó de mí.

Estaba sucediendo. Los destellos negros pincharon los bordes de mi visión, y se movieron hacia adentro con la cabeza liviana y el estómago pesado. Busqué a James, deseando no golpearle la cabeza, si me cayera. Su mano se cerró alrededor de la mía y me sacó de la pista de baile, acercándonos rápidamente al salón más pequeño, que aún no habíamos visitado esta noche. Pasamos junto a grupos de personas, aunque no podía enfocar los ojos lo suficiente como para reconocer ningún rostro.

James me llevó a un pequeño grupo de sillas contra la pared del fondo y me ayudó a sentarme.

—Buscaré un vaso de limonada, si crees que puedes mantenerte erguida.

—Quédate —dije, en voz tan baja que temí que no me hubiera escuchado.

James se sentó a mi lado de inmediato con su mano sobre la mía. Sus dedos eran incapaces de permanecer quietos sobre mi piel. Pero su aleteo nervioso fue tranquilizador. Quería más que nada su fuerte abrazo, que su cercanía filtrara los nervios de mis extremidades, como lo había hecho durante nuestro viaje hace tantas semanas, pero no podía pedírselo en este lugar público.

Me conformé con apreciar su toque, y permitir que mis ojos se cerraran hasta que las náuseas desaparecieran.

—Gracias —susurré.

James apretó mis dedos en respuesta. Abrí los ojos de nuevo y encontré a Lady Edith parada en la puerta abierta, hablando con otra mujer y sus ojos brillantes puestos en mí. Y ella no parecía muy contenta.

Capítulo 25

El baile de Grenville progresó hasta la noche y, a pesar de las miradas interesadas que James envió a varios grupos de personas que charlaban, permaneció incondicionalmente a mi lado.

Solo imaginaba que mi espectáculo servía para mantener alejados a los curiosos y chismosos, pero tenía miedo de enfermarme.

—Estoy perfectamente contenta de quedarme aquí, si quieres saludar a tus amigos —dije.

Inmediatamente, él sacudió la cabeza.

—No te puedo dejar.

—¿Esperas permanecer pegado a mi lado, mientras dure nuestro matrimonio, o se me permitirá estar sola en cualquier momento?

—¿Quieres estar sola?

No, claro que no. Pero sabía la razón por la que James se sentó en un rincón de una pequeña habitación, toda la noche, cuando sin duda había amigos cerca con los que deseaba hablar. Podía sentir la energía desprendiéndose de él en oleadas. Estaba cansado de estar sentado aquí, y su deseo de estar en otro lugar, no me hacía ningún bien a los nervios.

—Continúa —seguí—, tal vez saldré o encontraré a la señorita Whitstone. Me di cuenta que pasó por la puerta hace solo un cuarto de hora.

—Permíteme acompañarte...

—Estoy casada ahora, ¿recuerdas? —dije suavemente—. No necesito a un acompañante.

James no parecía del todo convencido.

—Honestamente —dije—. No puedo soportar que me traten como a una inválida, James. Estoy perfectamente bien ahora. Mientras permanezca al margen del salón de baile, nada perturbará ni arruinará mi paz.

—Si estás segura...

Tomé su mano y la apreté. Cuanto antes se fuera, más rápido podría encontrar un rincón tranquilo e iluminado para leer.

—Saldré del salón contigo, si eso te ayuda a sentirte mejor.

James asintió y me ayudó a levantarme. Nos dirigimos hacia la puerta del salón de baile más grande cuando alguien lo llamó. Sentí su vacilación y le di un apretón rápido a sus dedos, antes de soltarlos, y salir de este salón. Le pediría que me disculpara, pero estaba segura que él podría dar una explicación razonable a mi desaparición.

Esperaba salir del salón de baile, antes de toparme con un conocido. O peor aún, con mi suegra. Bordeé la multitud de gente, el libro en mi bolso pesaba contra mi muñeca. El invernadero abierto ahora estaba lleno de gente, así que giré en la otra dirección, a través de un par de puertas, y encontré una sala de refrigerios.

Detrás de la mesa, un lacayo estaba llenando vasos de limonada, y yo acepté uno, llevándolo a mis labios, mientras analizaba mis opciones. Había una puerta en el otro extremo del salón y una alcoba en el otro.

—¿Dónde puedo ubicar el baño de damas? —le pregunté al lacayo.

—A través de esa puerta, al frente.

Seguí sus instrucciones, caminé a través de la puerta, pero giré una vez que llegué al pasillo vacío y entré a una habitación justo más allá del baño de damas. Si me encontraba en un lugar

donde no debería estar, siempre podía decir que estaba perdida. Ya había sucedido antes.

Un pequeño fuego ardía en la chimenea de una pintoresca sala de estar, y de inmediato noté una silla perfecta para mis diseños. Estaba de espaldas a la puerta y seguramente me escondería, si alguien entrara, dándome tiempo suficiente para guardar mi libro, antes que me encontraran.

Ahora que estaba casada, seguramente no había nada malo en que me pillaran sola en una habitación durante un baile.

Desabroché el cordón de mi bolso y me dirigí hacia el pequeño fuego. ¿Había madera cerca? Era posible que necesitara agregar algo a la chimenea.

—¡Oh, querido! —grité.

Evelina voló de mis manos y se dirigió directamente hacia el hombre sentado en la misma silla que yo había decidido ocupar.

Henry esquivó mi libro, que voló por encima del respaldo de su alto sillón orejero, y cayó al suelo en algún lugar detrás de él.

—¡Maldita sea! Felicity. Me diste un susto de muerte. —El miró por encima de su hombro—. ¿Qué querías hacer? ¿Golpearme con un libro?

—No intencionalmente, no. —Rodeé la silla y recuperé mi libro. El pequeño trozo de papel que había usado para marcar mi lugar había caído sobre la alfombra Aubusson, y me agaché para recogerlo. Era una nota que James había escrito cuando me dejó para ir a York, y la metí en mi bolso.

Me di la vuelta para mirar a Henry, y él se puso de pie con tardía caballerosidad.

—¿Viniste a escapar del baile?

—Sí. ¿Tú también?

Levantó el libro que tenía en la mano.

—Tenía la esperanza que nadie me encontraría aquí.

Un latido de silencio pasó sobre nosotros, mezclándose un cúmulo de sentimientos y posibilidades. Henry y yo teníamos múltiples opciones por delante. Podría dejarlo, fingiendo que nunca lo encontré. Podríamos salir juntos de la habitación, ahora, y regresar al baile. O... podíamos sentarnos en agradable silencio, como solíamos hacer en Chelton, y leer.

Hice lo mejor que pude para leer la expresión en sus ojos, pero me resultó difícil discernirla. Si no me equivoco, parecía más afligido que avergonzado. Si estaba decepcionado, bajo la falsa suposición que estaba a punto de arruinar la paz de su velada, él no podría estar más lejos de la verdad.

—Tengo una propuesta, Henry. —Me senté lentamente en la silla opuesta a la que él había ocupado anteriormente y él me emparejó para que estuviéramos en igualdad de condiciones—. El baile de la cena no comienza hasta dentro de una hora, ¿supongo?

Miró el reloj sobre la repisa de la chimenea.

—Correcto. Si no un poco más.

—¿Qué te parece si nos quedamos aquí y seguimos leyendo durante esa hora? Luego, podremos unirnos al baile nuevamente, antes de la cena, para que no nos extrañen cuando más importa.

—¿No deseas? No, claro que no. —Él sonrió. Una suave risa se escapó de su garganta—. Supongo que hubieras preferido saltarte toda la velada, y mucho más el baile.

—Sí, pero como eso no es posible, felizmente, me conformaré con saltarme una hora.

Henry miró por encima del hombro hacia la puerta, y luego a mí, con incertidumbre en sus ojos azules. Su cabello castaño y rizado estaba revuelto, y un mechón le caía sobre la frente. Por lo general, parecía tan ordenado que el desorden lucía extraño. Para un hombre tan típicamente

pulcro y ordenado, su gran parecido con Benedict en ese momento era un poco alarmante.

—¿Estás bien, Henry? —pregunté suavemente.

—Sí, por supuesto. —Se aclaró la garganta y volvió su atención a las páginas de su libro—. No tengo ganas de bailar esta noche, eso es todo.

—Nunca tuve ganas de bailar —dije a la ligera.

Pensar que si Henry hubiera asistido al baile de los Hutton, al final de la temporada, entonces, ¿habría sido el hombre con el que me encontré a solas en la biblioteca? Ya eso no importaba, pero miré los ojos preocupados de Henry, y me pregunté esto. Sin embargo, se me ocurrió que él no era tan coqueto como su hermano, y si nos hubiéramos descubierto solos en ese momento, probablemente no habríamos hecho nada más que permanecer en lados opuestos de la habitación, mirando libros, sin quedar atrapados en la trampa, o en algo parecido a un abrazo.

—¿Qué estás leyendo?

Levanté el libro para que pudiera ver el lomo.

—Es uno de mis favoritos. Después del susto que me dio *Udolfo*, descubrí que quería buscar el consuelo de una historia familiar.

—No hay nada como un libro familiar para calmar el alma atribulada.

—No admitiré que tengo un alma atribulada, pero por lo demás estoy totalmente de acuerdo.

Encontré el lugar donde había dejado de leer antes y centré mi atención en la novela que tenía en el regazo. Mis ojos aún no habían llegado al final de la página, cuando sentí el calor de la observación de Henry, y alcé las cejas.

—¿Hay algo más que te gustaría discutir?

Henry se aclaró la garganta y pareció sacudirse.

—No... Disfruta tu historia, Felicity, y esperemos que ninguna otra alma amable venga en busca de un respiro.

—O busque un lugar para mantener citas secretas —dije con poco tacto. Recibí el efecto deseado por la risa de Henry, y mi atención volvió a enfocarse en mi libro.

* * *

La hora de la lectura tranquila transcurrió sin interrupciones. Finalmente, Henry deslizó su delgada novela en su bolsillo y me ofreció su brazo.

—¿Ya es hora? —Me quejé—. Quizás deberíamos fingir que estamos enfermos y volver a casa.

—Ven, niña.

—No soy ninguna niña.

—¿No? Tu queja me recordó a una.

No pude evitar apartar su mano.

—Yo también puedo ser hosca como tal, si quieres verlo.

—Preferiría que no. —Me sonrió, cerré el libro y lo guardé en mi bolso.

Llegamos al pasillo y regresamos a la puerta que conducía a la sala de refrigerios. Henry parecía opinar de la misma manera que sería prudente entrar primero en la pequeña sala, en lugar de ir directamente al salón de baile. Abrió la puerta y me hizo un gesto para que lo precediera, y casi me detengo cuando mi mirada se encontró con la de James. Se paró en la mesa de refrigerios, aceptando un vaso de limonada, y vi cómo sus ojos se elevaban sobre mi cabeza y se endurecían al alcanzar a Henry.

Crucé directamente a su lado.

—Felicity, me preguntaba dónde estabas —dijo James—. Debería haber sabido que habrías encontrado un lugar donde esconderte.

—No me estaba escondiendo de ti —dije, escuchando mi propio tono defensivo.

La tensión alrededor de su boca y ojos reveló que no estaba contento con mi elección, independientemente de mis razones.

La cena transcurrió con gran malestar. No estaba sentada cerca de James, aunque mis compañeros de mesa, el señor Dodwell y el vicario, fueron ambos educados y no me exigieron mucho en términos de conversación. Lady Edith estaba colocada en el otro extremo de la mesa y su mirada se desviaba de mi dirección a intervalos regulares.

En el viaje de regreso a Chelton, al final de la noche, todos en nuestro grupo estaban de mal humor. Estaba claro que la velada no había transcurrido según los planes de nadie. Benedict, incluso, estaba más tranquilo de lo que era típico en él, y fijé mi mirada en el campo iluminado por la luna, a través de la ventana, durante todo el viaje. Cuando llegamos a Chelton, subí las escaleras, antes que alguien pudiera asaltarme, y quisiera cuestionar mis acciones o darme alguna reprimenda.

Me había equivocado y lo sabía bien. Mi culpa era un castigo suficiente, por ahora.

Capítulo 26

James llegó a la puerta contigua y, aunque mi habitación estaba excepcionalmente oscura, pude discernir el contorno de su larga camisa de dormir y su cabello revuelto. Su presencia hizo que mi pulso se acelerara. Yo llevaba casi treinta minutos en mi cama, mucho más del tiempo en el que me habría parado en la puerta y habría compartido un hecho con él. La verdad es que no sabía si quería hablar conmigo, o solo asegurarse que yo estaba allí y a salvo. Se había mostrado hosco, después de la cena en el baile de Grenville, y su comportamiento era inaccesible. Era mi culpa, por supuesto, y eso no nos había ayudado a reconciliarnos.

—Necesito conocer tu hecho —dijo James, su voz profunda penetró el silencio perfecto.

Me impulsé hasta quedarme sentada.

—Y —continuó, cuando no dije nada—, lo necesito si quiero quedarme dormido.

Mi cuerpo se quedó quieto, las palabras encontraron asidero y se aferraron a mí. “¿*Lo necesito?*” Seguramente, él pensaba al revés, porque era yo quien lo necesitaba a él.

¡Ah! Tal vez eso era todo. James debió haber sospechado que preferiría estar en mi habitación y vino a verme, ya que no pude tragarme mi propio orgullo y acercarme a él. Pero, ¿cómo podría hacerlo cuando las relaciones entre nosotros eran frágiles? Habíamos encontrado un extraño equilibrio entre amigos y amantes en el que ni siquiera nos besábamos con regularidad, pero sabía que podía confiar plenamente en él, mientras compartía la intimidad de dormir en la misma cama. Ese mismo hábito había roto una barrera entre nosotros en un aspecto, forzándonos a familiarizarnos, antes que tuviéramos la oportunidad de relacionarnos con las mentes de los demás.

¿Nos habíamos movido demasiado rápido en un área, o demasiado lento en la otra? Incluso ahora hablábamos, como si nos conociéramos bien, y aún así nos quedamos sin nada más que nuestra ropa de dormir.

—¿Liss?

Había pasado demasiado tiempo considerando el estado de nuestra relación. Independientemente de lo extraño que me sintiera para este hombre, en algunos aspectos, también sabía que él y yo estábamos unidos inseparablemente. Habíamos intercambiado votos, y eso nos diferenciaba de cualquier otra relación en mi vida.

Mi cabello cayó sobre mis hombros y lo recogí hacia atrás. La habitación estaba oscura, el calor del verano provocaba poca necesidad de encender un fuego, aparte de calentar las tenacillas o quemar el frío fresco, en las primeras horas de la mañana.

—Mi hecho —dije, levantándome de la cama y cruzando la habitación—. No me gusta sentir que no estamos de acuerdo, unos con otros.

—¿Puede ser ese también mi hecho?

—Lo siento, pero... no. Debes idear algo original.

Su brillante sonrisa era clara en la habitación oscura.

—Ya lo tengo, esta noche.

—¿Oh?

—Sí. Se ha convertido en un hecho para mí que te necesito, si quiero quedarme dormido.

Mi corazón dio un vuelco, a pesar de mis reservas.

—¿Cómo es que podemos parecer tan inadecuados a la luz del día, pero la oscuridad parece ocultar nuestras diferencias?

—¿No me necesitas? —preguntó. Su mirada era firme, mientras los estanques oscuros brillaban a la luz de la luna.

—Sí —susurré—. Te necesito.

La fuerte mano de James se deslizó debajo de mi mandíbula y alrededor de mi mejilla, y me incliné hacia ella.

—¿A dónde fuiste esta noche durante el baile?

Mi cuerpo se quedó quieto. ¿Eso le molestaba tanto que necesitaba una respuesta ahora? Me enderecé, incapaz de pensar con claridad con su piel sobre la mía.

—Quería un descanso de la masa de gente, así que encontré una pequeña habitación con fuego y tenía la intención de leer.

—¿Henry?

—Él estuvo en la habitación primero, haciendo lo mismo que yo pretendía hacer. —Mi cuerpo se alejó de él, aunque no lo hice intencionalmente, y su mano cayó. No me gustó el tono de su voz ni el rumbo de la conversación. Casi sentí como si no confiara en mí. Aunque admití que la idea era ridícula... yo había demostrado que no era nada digna de confianza, ¿no? Pero fue James quien le pidió a su hermano que se quedara, mientras él no estaba y me cuidara.

—¿Lectura?

—Sí. Encontré a Henry allí, y decidimos pasar una hora leyendo tranquilamente, antes de regresar a cenar. No fue tan extraño, James. Yo estaba haciendo exactamente lo mismo, cuando nos conocimos.

—Pero, como mi esposa, esperaba que te quedaras en el salón de baile toda la noche. Eres una nueva novia y se te otorgan ciertos privilegios durante este período de tu vida. Si estás ausente durante mucho tiempo, se nota. —Se pasó una mano por la cara—. Si alguien más te hubiera visto regresar con Henry, podrían haber comenzado los rumores. Ya estamos en una situación inestable.

¿Por qué alguien iba a creer cosas nefastas sobre una nueva novia y su cuñado? Y además, ¿no habíamos puesto fin al escándalo, cuando nos sacrificamos en el matrimonio?

Sin embargo, James parecía pensar que estábamos en una posición inestable incluso ahora.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El escándalo que rodea nuestro compromiso —dijo—. Seguramente, te das cuenta de que al casarnos no apagó ese fuego por completo.

—Ciertamente, esto pareció funcionar cuando hicimos nuestro anuncio, y cada mujer que me había desairado me dio la bienvenida nuevamente al instante.

Él me miró fijamente.

—Sí, te aceptaron, pero eso no quiere decir que no hablaron de ti, cuando saliste de la habitación. La misma razón por la que no lo somos... que no tenemos.... es porque te enteraste del chisme.

Él se burló levemente, pasándose una mano por la cara.

—Te das cuenta que es una lucha para mí mantenerme alejado de ti, ¿cierto? Es una dificultad que estoy soportando por el bien de nuestros nombres y de tu propia opinión sobre ti misma, el no besarte en cada oportunidad que tengo a mi alcance. Es un tormento tenerte tan cerca y, sin embargo, tan lejos todavía de mí. Acepté un período de abstinencia de seis meses para nosotros. Para nuestros hijos. Por el nombre Bradwell.

La euforia y la furia se juntaron como una tormenta furiosa y se retorcieron en mi estómago. Había pensado que James accedió a esperarme para que pudiera demostrar mi buen carácter, y así poder vivir conmigo. Después de residir en Chelton, durante semanas, y soportar las

interminables restricciones de Lady Edith sobre la defensa del nombre Bradwell, debería haber sido más claro para mí que James también estaría preocupado por eso. Fue un duro golpe darme cuenta que él no se sacrificó por completo por mí.

Di un paso atrás, hablando con un acento gélido, que plagaba tanto mi cuerpo como mis palabras.

—No me había dado cuenta de eso, no... Por favor, acepta mis disculpas.

—¿Te sientes ofendida?

Di la vuelta.

—Más bien estoy iluminada.

—No, no hagas esto. —Él tomó mi mano, pero no le permití tomarla. No permitiría que arruinara una de mis cosas favoritas, arrastrándola a este momento angustioso.

—Más bien, creo que necesito intentar dormir, James.

—¿Qué dije para ofenderte tanto?

—No es lo que dijiste. Es lo que he descubierto. —Caminé de regreso a mi cama.

Él me siguió.

—Si no me lo dices, no puedo saber lo que hice. Háblame, Liss. No huyas.

—No estoy corriendo... —Pero lo estaba. Cerré los ojos y apreté los puños—. Mis expectativas para el matrimonio eran completamente erróneas en todos los aspectos, James. Cada una de las cosas que había anticipado para mi futuro resultó ser lo contrario de lo que anticipé. Me enorgullezco de la destreza con la que he aceptado cada una de estas modificaciones y he sacado lo mejor de ellas, pero solo se puede esperar que haga mucho, antes de tener que alejarme de la situación por un tiempo y respirar.

—¿Alejarte de qué situación? —Él hizo una pausa—. ¿Nuestro matrimonio?

No, James, por supuesto que no. Alejarme de la presencia de un baile abrumador, por ejemplo... Alejarme de tu madre... Salir de su dormitorio.

Llegué a mi cama y sentí que la brecha entre nosotros se alargaba, tanto física como emocionalmente. Quería darme la vuelta y caer en sus brazos, pero, ¿cómo podría hacerlo después que él profesara su dificultad con eso?

—Por favor, no te alejes de mí —suplicó.

—No veo cómo podremos dormir ahora, no después de este malestar. —Moví mi mano entre nosotros para indicar el aire denso, tan cargado de cosas no dichas y expuestas.

—¿Por favor? —preguntó—. Me temo que si no vienes esta noche, romperás con el hábito. Podemos resolver las cosas en las que no estamos de acuerdo, pero siempre debemos trabajar juntos. Debemos tomar la decisión consciente de no permitir que nuestros desacuerdos nos agobien. No quiero alejarme de ti, Liss.

—Yo tampoco quiero eso —susurré. Pero mi mente estaba confusa. A través de la niebla y las inseguridades que me acosaban, sabía que dos cosas eran innegables: amaba a James, y al menos, él se preocupaba por mí.

Levanté mi mano hacia él y James cruzó el espacio entre nosotros, en tres rápidos pasos. Tomó mi mano y me atrajo hacia él, curando parte de la contención y el miedo, que habían comenzado a desgarrar mi corazón. Mis brazos rodearon su espalda y me incliné hacia él, inhalando el aroma especiado que era solo suyo. James respiró profundamente, presionando su mejilla en la parte superior de mi cabeza.

Mi cuerpo se relajó en sus brazos, mis nervios se aflojaron hasta que mis miedos apretados se deshicieron como un carrete de hilo en el suelo alfombrado.

—¿Sin trenza esta noche? —preguntó. Sus dedos jugaron con las puntas de mi largo

cabello.

—Sin trenza.

—Me gusta cuando tienes el pelo suelto.

—Me gusta cuando te falta la corbata.

—Me gusta lo pequeños que son tus pies descalzos.

—Me gusta la forma de tus brazos.

James se reclinó y me miró con una ceja levantada.

—Eso es interesante.

Un sonrojo calentó mis mejillas, ampliando mi sonrisa.

—¿De qué manera?

—Mis brazos, ¿eh? ¿Es por eso que preguntaste si participo en peleas a puñetazos? ¿Porque te gustaría verme en una ronda?

—No, ¡eso suena espantoso! Solo me preguntaba, si así conseguiste desarrollar algún tipo de músculo.

—Bueno, desafortunadamente no tiene nada que ver con luchar valientemente contra mis hermanos. He pasado mucho tiempo en los últimos años gestionando y trabajando en diferentes partes de la casa. Disfruto del esfuerzo y montar a caballo, o cazar no me basta.

¡Ah! Como el surco del camino. Ni siquiera me había preguntado por qué James y Benedict hicieron el trabajo ellos mismos, en lugar de pedirselo a los sirvientes, pero ahora me di cuenta de lo extraño que era.

—No me quejo —dije en voz baja.

—Es posible que lo haga cuando sea mayor, y tenga menos tiempo para estas actividades. El ablandamiento es parte del envejecimiento.

—No me importará si te ablandas, James. —Presioné mi mano contra su corazón, el calor se filtró a través de la camisa y calentó mi palma—. Esta es mi parte favorita de ti.

—¿Mi pecho varonil?

No pude evitar reírme.

—Tu corazón.

Puso una palma sobre mi mano.

—Bien, porque te pertenece.

Me quedé sin aliento y levanté la vista bruscamente para encontrarlo mirándome seriamente. Su mirada se posó en mis labios y la acalorada conversación que compartimos, hace solo unos minutos, estaba fresca en mi mente. Era un tormento tenerlo tan cerca y, sin embargo, al mismo tiempo, tan lejos de mí. Esa distancia era importante, y no sacrificaría la reivindicación de mi nombre (de hecho con el apellido de su familia) por un beso.

James se balanceó hacia mí, pero giré la cara, evitando el beso que tan desesperadamente deseaba.

—Aún nos quedan cinco meses —dije en voz baja.

—Una eternidad —murmuró.

No podría estar más de acuerdo con él.

Capítulo 27

La siguiente semana transcurrió con una lentitud insoportable. Quería contar los días hasta la llegada de mi prima, pero aún no habíamos tenido noticias suyas, así que solo podía esperar que ya estuviera en camino. Tenía que estar, en la vía, para así poder llegar a Chelton antes del baile, ya que el evento se llevaría a cabo en cuatro días.

Lady Edith aún no había recibido noticias sobre la señorita Northcott y su paradero. Envió un puñado de cartas a varias personas, que conocían a la señorita Northcott, antes que su madre muriera, y ella viajara a Chelton para vivir allí, pero hasta el momento nadie había respondido.

James y yo habíamos encontrado una peculiar sensación de armonía durante la semana anterior. Yo pasaba los días ayudando a su madre a prepararse para el baile, o asistiendo a visitas a domicilio, y él los pasaba montando o saliendo con sus hermanos. Y cada noche, hablábamos sobre nuestro día y compartíamos nuestros hechos. Me alegré que hubiera luchado por mí la semana pasada, y que no hubiera aceptado mi decreto que estábamos mejor en nuestros propios dormitorios.

Quería conocer la mente de James y lo estaba logrando con nuestras conversaciones nocturnas. Al cabo de un año, juntos, sabría más de trescientas cosas sobre él.

Sin embargo, a medida que pasaban los días, Lady Edith se había vuelto cada vez más distante. Ella estaba sentada frente a mí en la mesa del desayuno con papeles esparcidos entre nosotras, que contenían todos los detalles sobre el baile. Los invitados a la cena, los invitados al baile, los menús y preparativos de la cena, el orden del baile y los invitados de la casa habían sido revisados de manera insoportable. Ya habíamos pasado a la decoración, y Lady Edith tenía una lista de flores, velas y espejos que rivalizaban con las grandes fiestas de la alta sociedad de Londres.

—Necesitaremos antorchas en el patio. Podemos mover los arbustos y árboles en macetas a esa área para darle una apariencia más terrosa.

—¿Qué pasa con las flores blancas? —pregunté. Esto había sido un tema fuerte al que Lady Edith se aferraba con fuerza.

—Rosas en la fuente. Podemos colocarlas en las esculturas. Quizás parezca que Atenea lleva un ramo en la mano.

—Y flores en la fuente —agregué—, flotando en el agua con los tallos cortados.

—Tal vez. Si tenemos rosas de sobra.

Mi columna se enderezó. Este era mi baile, ¿no? No hace mucho había determinado que había adoptado un enfoque equivocado con mi suegra, pero cada vez que intentaba tener algún poder, ella cerraba la puerta a mi idea de inmediato. Era una yuxtaposición terrible porque si quería que ella me encontrara capaz, necesitaba demostrárselo. Solo que ella no me permitiría esa oportunidad. Necesitaba tomar la autoridad que me correspondía, por derecho, para demostrarle que se podía confiar en mí. Que yo era digna.

—Me gustaría que flotaran rosas en la fuente —dije de nuevo, esta vez más fuerte. Lo expresé simbólicamente, de una manera que ella no entendería, porque no quería compartir la historia del día en que James y yo caímos a la fuente del jardín. Él me había puesto una rosa blanca detrás de la oreja y eso me hizo sentir especial. Si este baile estaba destinado a celebrar nuestro matrimonio, parecía una forma muy sutil y privada de rendir homenaje a nuestra unión.

—Quizás —repitió.

Mi pulso se aceleró y la sangre pasó por mis oídos a una velocidad alarmante.

—Ha habido muchas cosas sobre este baile que te he cedido, Lady Edith. Estoy pidiendo esto, una pequeña cosa. Estoy sumamente agradecida por todo lo que usted ha hecho y no deseo causar ningún conflicto. Pero, sí espero, como señora de Chelton, tener cierta autoridad sobre mi propio baile.

Las mejillas de Lady Edith se sonrojaron y sus labios se apretaron. Cogió la pluma y la sumergió en la tinta, antes de marcar una anotación sobre las flores en la fuente. Sin embargo, esta fue una victoria vacía. De alguna manera, el éxito de mi esfuerzo no me hizo sentir mejor. La discordia entre nosotras manchó todo el tiempo que pasamos juntas.

Mantuvo su atención en el papel, mientras hablaba:

—¿También esperas, como señora de Chelton, escapar de cada baile al que asistimos y esconderte con un libro? ¿O usted aceptará todas las responsabilidades de este puesto junto con los beneficios?

Si las palabras pudieran abofetear, estaba seguro que las de ella habrían dejado una marca.

—He tratado de explicar que las reuniones grandes, especialmente aquellas con extraños, me ponen nerviosa, cuando descubro que atraen la atención hacia mí. No es una elección, Lady Edith. No deseo sentirme tan abrumada.

—Lo que usted describe como un ataque de nervios... otros lo verán como una mujer que no desea estar allí.

—Es la verdad de las cosas —ratifiqué con calma.

—Lo cual refleja mal nuestro...

—¿Buen nombre? Sí. Creo que estoy muy consciente de lo importante que es ese buen nombre.

Lady Edith abrió la boca ofendida, pero Forester se acercó a la puerta y puso fin a nuestra conversación.

—Tiene una visita, señora.

Fue extremadamente frustrante no poder saber con quién de las dos, él estaba hablando. Evidentemente, Lady Edith sentía lo mismo.

—¿Quién de nosotras tiene visita?

Entonces miró entre nosotras con una incertidumbre nublando sus ojos envejecidos.

—Es la señora Moulton.

Lady Edith respiró hondo.

—Llévala al salón de inmediato.

Forester hizo una breve reverencia y giró para cumplir sus órdenes. Lady Edith cerró los ojos por un momento. Cuando volvió a dirigirlos hacia mí, estaban nublados por la preocupación.

—¿Podemos retomar nuestros planes en otro momento? Debo interrogar a la señora Moulton.

Aún así, el nombre de la directora de la señorita Northcott me sonaba familiar, aunque no pude ubicarlo. Quizás eso se debió a que mi tía escribió sobre el pueblo, donde vivió con el nombre de Melton... Aunque eso fue hace bastante tiempo y, como yo creía, no se debía a esta familiaridad. Esto no tenía importancia, aunque me molestaba no poder ubicarla.

Asentí a mi suegra.

—Espero que pueda proporcionar información sobre el paradero de la señorita Northcott.

—Ella es la única persona que se me ocurre con ese potencial. ¡Sí! No puedo... Es extraño decirlo en voz alta, pero no puedo evitar la sensación que Thea está inmersa en algún tipo de

angustia, que he fallado... —Dejó de hablar y se aclaró la garganta, mirándome fijamente. Parecía que recordó con quién estaba hablando y decidió no seguir confiando en mí.

Esto me picó. Quería ser miembro de esta familia, en todos los sentidos. Esto era demasiado similar a mis experiencias con mi propia madre mientras crecía: no ser la hija social que deseaba, solo estorbarla u obligarla a terminar sus compromisos, antes de lo que deseaba. Esperaba que el matrimonio fuera el fin de esos sentimientos, y que ya no me encontrara incapaz de estar a la altura.

—No quiero agobiarte más —dijo.

—No es ninguna carga...

Lady Edith se levantó.

—Podemos reanudar en otro momento.

—¿Le gustaría que la acompañe en la reunión con la señora Moulton?

—Solo si usted lo desea. Esta es tu casa, Felicity. No te diré qué hacer.

Apreté los dientes y esperé a que ella saliera del salón del desayuno. Un pequeño comentario sobre el rol que desempeñaba legítimamente bastaba para someterme a sus críticas. ¿Estaría siempre a su sombra?

Las sillas al otro lado tenían almohadas. Crucé la sala, cogí una de las almohadas y grité tan fuerte como pude. El sonido fue extremadamente apagado, y estaba segura que nadie afuera me escucharía, así que tomé otro respiro, levanté la almohada y grité de nuevo.

La frustración reprimida se escapó de mí, liberándose a través del esfuerzo de mi grito hasta que quedé vacía, y dejando atrás una sensación de hormigueo en mi estómago. Me alegré de poder expulsar tan plenamente mi irritación. Bajé el cojín. Mi pecho palpitaba con los restos de mi arrebato.

—¿Puedo preguntar si todo está bien? —Una voz profunda me llamó.

Giré hacia el sonido, plenamente consciente que ningún sonrojo amenazaba mis pálidas mejillas. No me avergoncé de mi arrebato. Benedict estaba en la puerta, mirándome con cierta preocupación.

—Necesitaba liberar algo de mi ira —dije con calma, colocando el cojín en la silla.

—¿Esto es obra de James? No me importa desafiar a mi propio hermano a hacer algo de esgrima para humillarlo.

Mi boca se curvó en una sonrisa.

—No, en absoluto. No tuvo nada que ver con James y ahora me siento mucho mejor. —Le di unas palmaditas a la almohada para darle énfasis.

—Pobre almohada.

—No le ha pasado nada malo. —Miré el pesado cojín y no estaba peor por el uso.

Benedict entró en la habitación y miró los papeles sobre la mesa, ligeramente divertido.

—¡Ah! El baile. —La preocupación iluminó sus ojos oscuros—. ¿Has oído entonces? Por si sirve de algo, sugerí que los elimináramos de la lista de invitados.

—¿Quitar a quiénes?

—Los Whitstone, por supuesto. —Levantó la vista rápidamente, pareciendo leer mi confusión—. Entonces, no lo sabías.

—Creo que no.

Benedict se rió torpemente y tamborileó con el dedo en lo que debía ser la lista de invitados.

—Ahora no tengo más remedio que decírtelo, entonces, ¿sí?

—Eso sería lo mejor —confirmé—. Si no me lo dices, tendré que preguntarle a James.

Él asintió.

—Podría ser mejor si...

—Benedict, por favor, no me hagas esperar. ¿Qué ocurrió? ¿He cometido una ofensa atroz?

—¡Oh, no! Fueron ellos quienes cometieron el delito.

—Dímelo, por favor.

—Lady Whitstone le preguntó a mamá si el bebé te hizo huir de la pista, en el baile de Lady Grenville. Parece que los rumores han llegado a Cumberland.

Di la vuelta y me senté duro en el cojín, que acababa de recibir una brutal paliza vocal. Si hubiera concebido un hijo, después de mi boda, sería demasiado pronto para enfermarme en el baile de Grenville.

—Los rumores han llegado a Bakewell.

Benedict parecía arrepentido, pero, hay que reconocerlo, no estaba incómodo. Cruzó para sentarse en el banco a mi lado.

—Si esto significa algo, estuve presente cuando Lady Whitstone expresó su pregunta y James le dio un gran regaño. Puede que no sea necesario eliminarla de la lista de invitados. Me pregunto si se atrevería a mostrar su rostro, porque estoy seguro que podía sentir muy bien hasta qué punto James no querría su presencia.

—¿James? —No podía entender el escenario que describió Benedict—. ¿Todo esto pasó en el baile de Grenville?

James había salido incondicionalmente en mi defensa, mientras yo estaba escondida en una habitación con Henry. No expresé lo que probablemente ambos estábamos pensando.

—Sí, pero no debes temer, joven doncella. Tu caballero ha rescatado tu buen nombre de las malvadas garras de la hechicera.

Lo miré, confundida.

—Es una metáfora —explicó Benedict. Su ceño se frunció—. ¿No te gusta leer?

La risa brotó de mi pecho y asentí.

—Efectivamente. —Esto fue una metáfora encantadora.

—Gracias. —Hizo una reverencia elaborada y petulante desde su posición, sentado a mi lado—. Ahora, ¿te importaría decirme dónde ha ido mi madre? Esperaba encontrarla aquí contigo.

—Es posible que ya no esperes eso. Creo que la he molestado.

—Ella perdona rápidamente.

Lo miré desde un lado.

—¿Incluso cuando alguien se atreve a reclamar el título de señora de Chelton?

Él respiró hondo con los dientes apretados.

—Quizás le lleve un día más o dos más regular sus sentimientos. Aunque supongo que no debería ser así. Estás en tu derecho de reclamar el título.

—Quizás está dentro de mis derechos, pero eso no lo hace fácil cuando tu madre se ha negado a pasarme voluntariamente las responsabilidades. Ella todavía no me ha encontrado digna —le expliqué.

—¿Necesitas serlo?

Me senté, considerando la pregunta.

—Si quiero que ella me apruebe o me ayude, mientras aprendo lo que se espera de mí, entonces sí.

—Pero, ¿vale la pena? —Sus ojos se entrecerraron, pensando—. Eso no le corresponde a mi madre ni a nadie más determinarlo. Eso es algo que se encuentra aquí.

Él tocó la ubicación de su corazón con dos de sus dedos.

Sentí sus golpes, como si un fantasma se inclinara y tocara mi corazón también, y me invadió un repentino anhelo. Las lágrimas brotaron de mis ojos y parpadeé para alejarlas, antes que pudieran caer. ¿Cómo me veía? ¿Cómo podría esperar que Lady Edith, o James, o cualquier otra persona me creyera capaz, cuando yo no percibía esa habilidad en mí misma?

Las frustraciones de mi madre por mis fracasos sociales me habían hecho volverme terriblemente consciente de lo que me faltaba. Temía que también creara un estándar por el cual juzgaría mi valor. Si elegía verme como James me miraba, pura y sin motivación para cambiar, no creía que me encontraría tan deficiente.

—¿He dicho demasiado? —cuestionó.

—No, dijiste exactamente lo correcto. —Me reí torpemente, secándome una lágrima perdida—. Tu madre está en el salón con la señora Moulton.

—¿Moulton? —preguntó, sentándose—. ¿De York?

—La directora, sí... Lady Edith envió a buscar a la mujer para interrogarla a fondo. Está decidida a localizar a la señorita Northcott.

Benedict pasó una mano por sus rizos despeinados.

—Yo también. No puedo esperar a encontrar la chica para poder retorcerle el cuello escuálido.

Tragué.

—Quizás no digas tanto delante de tu madre.

Me dio una sonrisa divertida.

—No lo haré. No lo digo en serio, ¿sabes?

—¿Quizás no del todo?

—No, no del todo. Thea le ha causado mucho estrés a mamá, y se verá obligada a compensarnos, en consecuencia.

A veces, cuando hablas de la señorita Northcott, no puedo decir si me agraderá mucho o si la despreciaré.

—La adorarás —dijo hoscamente—. Todo el mundo lo hace, el Cielo sabe por qué.

Benedict se puso de pie y me ofreció una mano.

—¿Te gustaría venir conmigo? Me gustaría oír lo que la señora Moulton tiene que decir.

—No, pero te agradezco la oferta. Seguiré trabajando en los planes para el baile.

Benedict hizo una pausa y me miró evaluativamente.

—No me tomaría como algo personal que mamá haya priorizado la búsqueda de la muchacha sobre los preparativos para tu baile. Ella ha sido la única madre que Thea conoce desde que ambos padres murieron, y Thea no tiene otra familia de quien depender. La señora Northcott era la amiga más querida de mi madre, y sé que siente un profundo sentido de responsabilidad hacia su hija, aunque no existe ningún requisito legal para sus acciones.

No me ofendió su elección. De hecho, el momento de la aparición de la señora Moulton me pareció fortuito. Las acciones de Lady Edith, junto con la devoción que le mostraron sus hijos, demostraron que posee un corazón leal y afectuoso. Esperaba algún día, también ser receptora de ese gran cariño.

Benedict hizo una reverencia, antes de salir del salón. Fue sorprendentemente sabio y tomé en serio su consejo. Pero todo fue en vano cuando recordé el comentario de Lady Whitstone en el baile. Me quedó alarmantemente claro que James se había sentido muy molesto, después del evento, porque se había mencionado el escándalo. Si el rumor había llegado a Bakewell, lo que realmente había sido solo cuestión de tiempo, entonces todavía se hablaba que nos casamos rápidamente porque habíamos tenido intimidad.

Mi determinación de demostrar que no estaba embarazada no había hecho más que crecer.

Capítulo 28

James me encontró a la mañana siguiente, en la biblioteca, con una expresión tan traviesa que me sentí alarmada y entretenida, al mismo tiempo.

—¿Qué ha planeado esta mañana, señor? —cuestioné, colocando a *Evelina* en mi regazo.

—He encontrado los componentes necesarios para una determinada actividad que estoy seguro nos traerá alegría a ambos.

¿Oh? No podía, por mi vida, imaginar qué podría ser. Pero por la forma en que James estaba frente a mí, sonriendo, con las manos detrás de la espalda, mientras se balanceaba sobre los talones, estaba claro que se sentía tremendamente orgulloso de su idea. No quería apagar su entusiasmo.

—Mientras no se trate de caballos, estoy dispuesta a disfrutar de lo que se te ocurra. —Dejé la hoja de papel dentro del libro y lo cerré, pero no antes que James notara lo que había usado para marcar el lugar.

—Esa fue una de las notas que escribí cuando me fui a York, ¿no?

—Sí, la uso como marcador.

—¿Puedes creer que eso fue apenas el mes pasado? Ciertamente, parece que ha pasado mucho más tiempo desde que eso ocurrió.

Tomé su mano.

—Mucho, mucho más.

Me miró de reojo, tomándome del brazo para sacarme de la habitación.

—Te deben haber gustado las pequeñas notas que dejé, si las guardaste.

—Son decentes, supongo.

Me miró fijamente y yo sonreí ampliamente.

—Pequeña provocación —murmuró con su voz baja sumergiéndose directamente en mi vientre.

—Estoy aprendiendo de los mejores.

James me dirigió a la puerta que conducía al césped, en el jardín trasero de la finca, y me sorprendió encontrar una pequeña mesa que contenía un Battledore y Shuttlecock. Había jugado a este juego, cuando era niña con mis primos, en su fiesta anual en casa, y no me gustaba demasiado. Imaginé que los años transcurridos desde entonces no me habían alterado lo suficiente, como para disfrutarlo más ahora.

No obstante, James estaba demasiado orgulloso de su idea y totalmente convencido (el Cielo sabía por qué) que yo disfrutaría el juego y haría mucho más que fingir.

—Battledore y Shuttlecock —dije—. No lo he jugado desde que era niña.

—Me doy cuenta que a menudo es un juego de niños, pero no sé por qué es así. Mis hermanos y yo todavía sacamos nuestros viejos juegos de Battledore, de vez en cuando, y es muy divertido. No es demasiado difícil golpear al volante, al menos un puñado de veces.

Para algunos, tal vez. Obviamente, él creía que había dado con una actividad que era tan fácil que cualquiera podía dominarla. Estaba a punto de mostrarle lo verdaderamente inepta que podía ser una mujer, cuando se trataba de actividades deportivas de cualquier tipo, en cualquier nivel.

Cada uno de nosotros tomó un campo de batalla y nos separamos en el césped. James arrojó el volante al aire con sus plumas brillando a la luz del sol, y lo golpeó en mi dirección.

Me agaché. En mi defensa, la cosa venía directamente hacia mí.

—Se supone que debes intentar devolverme el golpe, Liss.

—Oh, ¿así se juega? —Me incliné para recuperar el volante y resoplé por mis mejillas. Lancé el volante al aire, haciéndolo girar, pero fallé por completo y el mismo cayó al suelo.

—Dale otra oportunidad, querida.

“¿Querida?” Podría acostumbrarme bastante a eso. Volví a coger el volante y traté de golpearlo con el mismo resultado.

—¿Otra vez? —llamó James. Su tono dudoso traicionó su incertidumbre—. Quizás, ¿si me acerco?

Como si eso me ayudara a golpear al volante que estaba lanzando al aire. Era dulce en su implacable optimismo. Intenté sonreír.

—Estoy segura que eso ayudará.

James se acercó aún más. Lancé el volante al aire y moví mi raqueta tan fuerte como pude, golpeando el volante. Voló recto y rápido, aterrizando de lleno en la cara de James.

Gritó sorprendido y arrojó su arma de batalla al suelo, levantando la mano para cubrirse el ojo.

Dejé caer mi raqueta y corrí hacia él.

—¡Oh, querido! ¡Lo siento, James! ¡No se me pueden confiar las raquetas ni el volante!

—No dije eso. —Su voz fue parcialmente amortiguada por la mano que todavía cubría su ojo.

—Creí que lo supondrías, cuando tuve muy claro que no soy buena en juegos ni deportes de ningún tipo. —Aunque debería haber dicho algo esta mañana. Esto podría haberse evitado, si hubiera sido honesta, pero no quería arruinar su diversión.

Soltó una risita exasperada y dio la vuelta hacia la casa.

—No puedo abrir los ojos.

—¡Oh, James! —jadeé—. ¿Te golpeé el ojo?

Supuse que el volante había hecho contacto con su párpado.

—Creo que con la punta dura de la pluma. No se siente tan bien.

Para un hombre que sufría tanto dolor (o eso supuse), él sonaba notablemente tranquilo.

—¿Debo llamar al médico?

—Eso sería prudente, sí.

Su pronta aquiescencia no podía ser buena. Lo tomé por el codo, temiendo que se lastimara al intentar caminar derecho con un solo ojo para ver, y lo dirigí hacia el interior de la casa. Caminábamos por el pasillo y se me ocurrió una idea. Lo llevé al salón.

—Espera aquí.

Me miró y su único ojo visible se abrió como un plato. Una compresa fría era lo ideal. Lo dejé atrás y me dirigí a la cocina para buscar un paño y agua, cuando un sonido en el estudio de James llamó mi atención. Quizás había alguien dentro y podría enviarlo a buscar al médico.

Abrí la puerta y quedé paralizada, sin estar segura de querer ver lo que había delante de mí. Molly estaba de pie junto al escritorio con el cuerpo inclinado sobre los cajones abiertos, que estaba rebuscando en ese momento. Ella levantó la vista, me llamó la atención y el color desapareció de sus mejillas.

¡Maldita sea! Claramente, había tomado la decisión equivocada con respecto a las sirvientas.

—Señora Bradwell, puedo expli...

—¡Cállate! No deseo oír ni una palabra más. Toca esa campana, por favor.

Ella parecía congelada.

—¡Toca la campana!

Molly saltó, luego se dirigió hacia la chimenea y tiró de la cuerda de la campana. Fui al escritorio de James, el contenido de sus cajones ahora estaba completamente desordenado. Esa era una chica tonta, muy tonta.

—¿Esperabas que no se diera cuenta de que todas sus cosas se movían?

—Planeaba volver a ponerlas en orden —dijo en voz baja con la mirada fija en el suelo. Una dureza bordeó sus palabras, y sentí la animosidad saliendo de ella en oleadas—. No sabes lo que es tener hambre, no tener cosas bonitas. Tienes tantas cosas bonitas que ni siquiera te das cuenta cuando algo se pierde.

—¿Entonces has tomado otras cosas?

Ella pareció sentir su error y sacudió la cabeza, abriendo mucho los ojos.

—No importa si los Bradwell aprecian o no su riqueza, Molly. Es de ellos. Si realmente necesitabas algo, usted debería haber acudido a la señora Prescott, no encargarte usted misma de corregir los desequilibrios percibidos. Robar siempre está mal.

Molly mantuvo la mirada baja y las cejas fruncidas por la ira. Fui la primera en admitir que el nivel de riqueza en Chelton estaba muy por encima de lo que estaba acostumbrada, pero eso no significaba que fuera correcto hurgar en los cajones, y guardar en secreto pequeñas baratijas.

Acomodé los artículos en el cajón de James hasta lograr una apariencia de orden, y me detuve cuando algo en la esquina trasera llamó mi atención. Abrí el cajón hasta que pude leer el título completo y confirmé lo que creía que era.

James estaba leyendo *Los misterios de Udolfo*. O era eso, o lo estaba ocultando para que yo no me asustara más al leerlo de nuevo.

Era mucho más probable que fuera lo primero. Mi corazón se aceleró. ¿Lo había hecho por mí? Aunque no podía ver cómo o por qué me beneficiaría leer una novela, de todos modos se me calentó el pecho. Para un hombre tan opuesto a leer por placer, encontrar un libro en su poder era un misterio que quería respuesta.

Sin embargo, esto sería para otra ocasión, después que se ocuparan del pobre ojo de James, y de esta ridícula doncella.

Un lacayo entró en la habitación y cerré el cajón.

—Necesito que me envíen rápidamente al salón un recipiente con agua fría y un paño limpio. Ha habido una lesión.

—De inmediato, madame. —Giró para irse.

—Espera, por favor —lo llamé.

Él se detuvo.

—También necesito que la señora Prescott vaya al salón de inmediato, y que alguien vaya a buscar al médico.

—Sí, madame. Por supuesto. —Hizo una pausa, aparentemente inseguro de si lo iba a soltar o no.

—Sí, puedes irte.

Se fue y me dirigí a Molly.

—Ven conmigo.

Hizo una reverencia y me siguió hacia el salón. Por un breve momento, me preocupó que ella corriera, pero se quedó justo detrás de mí. James estaba sentado en el sofá, con la cabeza inclinada hacia atrás y la mano todavía tapándose el ojo.

Señalé una silla con respaldo de escalera colocada contra la pared.

—Siéntate —le ordené y Molly obedeció.

James levantó la vista rápidamente con su única ceja visible.

—Tú no —dije—. Ya estabas sentado.

Él miró a Molly y su confusión pareció aumentar.

Entonces, la señora Prescott entró en la habitación, sosteniendo un paño, y Hannah la seguía con un recipiente con agua.

—En la mesa de ahí —dije, señalando la mesa baja colocada frente al sofá donde James esperaba. Ella obedeció inmediatamente y luego salió de la habitación.

El ruido de los cascos de los caballos en el camino de grava me alertó que un jinete abandonaba la propiedad, y crucé hacia la ventana para encontrar a un lacayo con peluca que se alejaba a toda velocidad. Él solo sabía que apenas era una lesión, así que esperaba que él no incitara demasiado miedo al médico.

Girándome hacia la señora Prescott, junté las manos delante de mí, y di un paso adelante.

—¿Tiene información de contacto de Janet? ¿La doncella?

—Sí —dijo.

—Bien. —¿Qué alivio tan desmesurado! —Por favor, escríbale y pídale que regrese. Ella merece una disculpa y su posición, si así lo desea.

El rostro de la señora Prescott se contrajo.

—Hoy encontré a Molly rebuscando en más cajones. Hay que despedirla. —Miré a Molly para puntualizar mis palabras—. Inmediatamente... Cometí un error y le pedí a la criada equivocada que se fuera.

La sorpresa del ama de llaves era comprensible.

—Ahora necesito atender a mi marido. ¿Podrías registrar las cosas de Molly, antes de que se le permita salir de esta casa?

—Por supuesto, madame.

La señora Prescott le indicó a Molly que se fuera y la siguió fuera del salón, haciendo una reverencia a mi suegra, cuando pasó junto a ella en la puerta.

Mis mejillas ardieron y volví mi atención a James en el sofá. Acerqué el cuenco de agua y me senté a su lado. ¿Cuánto tiempo llevaba allí Lady Edith? ¿Qué había oído ella?

—¿Qué es esto? —preguntó, acercándose a nosotros—. ¿James?

—Una lesión en el ojo —le expliqué—. He mandado llamar al médico y aquí tengo un paño frío.

—¿Y Molly?

—La sorprendí buscando en los cajones del estudio y luego me habló maravillas de la injusticia de no tener nada, cuando esta casa está llena de opulencia. Ha sido despedida y la señora Prescott le enviará un mensaje a Janet, diciéndole que su puesto está disponible, si decide regresar.

Lady Edith no dijo nada.

Doblé el paño, lo sumergí en el agua y luego lo soné.

—¿Te gustaría poner esto en tu ojo, James?

Me miró de cerca, a través de su único ojo visible.

—Si puedes.

“¿Si puedes?”

—Dime si te duele —dije en voz baja. Se quitó la mano del párpado cerrado, que estaba enrojecido y ligeramente hinchado. La culpa se apoderó de mi estómago y se retorció, y presioné la tela suavemente.

Lady Edith tomó asiento frente a nosotros. El silencio se instaló en la habitación.

—¿Te duele? —preguntó Lady Edith.

James sonrió.

—Un poco.

—No puedo disculparme lo suficiente, James. ¿Me perdonarás?

—Con el tiempo, supongo.

Su respuesta me sorprendió, pero la ligera curva de sus labios reveló su broma.

—Si mi presencia es tan angustiosa, puedo enviar a buscar a la señora Prescott para que continúe en mi lugar.

Alcanzó mi mano a ciegas y rodeó mi muñeca con sus dedos.

—Creo que podrías persuadirme para que tolere tus cuidados por un tiempo más.

—¡Qué magnánimo de tu parte! —dije jocosamente.

Lady Edith se aclaró la garganta y yo salté. Mi mano presionó la tela sobre el ojo de James, y él hizo una mueca, alejándose de mí.

—Perdóname —dije, quitando la tela.

—No fue nada.

—¿Está ayudando?

—La presión duele, pero el frescor sienta bien.

Mojé el paño nuevamente y escurrí el agua, antes de presionarlo en su mano. Se lo llevé al ojo y lo sostuve allí: evidentemente era una opción más segura.

—¿Puedes ver a través de tus ojos? —preguntó Lady Edith.

—Sí, pero las imágenes se vuelven borrosas.

¡Oh! ¿Qué había hecho? ¿Qué pasaría si mi tonto intento de jugar un juego miserable con James arruinara su vista para siempre? Poco importaba que el juego fuera idea suya. Yo era plenamente consciente de mi propia ineptitud.

Unos pasos nos advirtieron de la inminente llegada de alguien, y Benedict apareció en la puerta con un rollo de hojas de noticias dobladas debajo del brazo.

—Entonces, ¿qué es esto?

—Mi encantadora esposa me agredió el ojo.

Me burlé.

—Creo que quieres decir que el pájaro asaltó tu ojo.

—¿Pájaro? —casi chilló Lady Edith.

—Volante —corrigió James—. Y fue un golpe muy poderoso.

Benedict golpeó sus hojas de periódico enrolladas contra su muslo, con una amplia sonrisa.

—Bien hecho, Felicity.

—Ben —lo regañó su madre.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—No es que me alegro de que ella te haya hecho daño, compañero. Pero, debe haber sido un golpe poderoso. Dime, James, ¿le enseñaste a atacar al pájaro desde arriba o desde abajo?

El único buen ojo de James se dirigía hacia su hermano.

—Abajo, por supuesto. —Levantó la vista y luego me miró a mí—. Hiciste girar tu arma desde abajo, ¿cierto?

—Mi recuerdo del momento es un poco confuso, pero sí recuerdo que me concentré en golpear al volante, y no completamente en cómo hacerlo. Mis anteriores intentos fallidos fueron motivadores.

—¡Mucho! —La sonrisa de Benedict se hizo más amplia—. Me hubiera gustado ver esto.

—Puedo prometerte con seguridad que nunca tendrás otra oportunidad de ver a mi esposa jugar al Battledore y Shuttlecock —dijo James con ironía.

Yo estaba totalmente de acuerdo.

Se escuchó un movimiento frente a la casa, me levanté y crucé hacia la ventana.

—Creo que el médico ha llegado.

Lady Edith dejó escapar un suspiro de alivio.

—Nunca se sabe si el doctor Settle está en el pueblo o no.

Poco después lo dejaron entrar al salón y mantuve la distancia, observando al hombre dejar su bolso de cuero en el suelo cerca de James.

—¿El paciente desea privacidad? —preguntó, mirando a Lady Edith.

—Mi esposa puede quedarse —dijo James.

Lady Edith y Benedict se levantaron para irse, y yo me quedé quieta cerca de la ventana, observando a mi suegra analizarme, mientras se iba. Su máscara de piedra era impecable y no sabía si estaba enfadada conmigo, o sospechaba de mí. Saqué eso de mi mente.

Yo no había hecho nada malo.

Bueno, excepto por golpear a mi marido en el ojo con una bola de plumas.

El médico parecía tener una edad similar a la de mi padre con un cabello castaño generosamente salpicado de gris y blanco. Pidió que James se recostara en el sofá y se arrodilló a su lado, haciéndole todo tipo de preguntas sobre el evento que provocó su lesión, y cómo estaba su vista.

—¿Cuándo sientes dolor?

—Cuando aplico presión —replicó James—. Aunque la frescura de la tela fue un alivio menor.

—¡Mmm!

—Y puedo ver a través del ojo, pero está borroso.

—Eso podría ser el resultado de la presión y la tela. No sabremos si su visión quedará afectada permanentemente hasta que se la quite por un período de tiempo.

“Afectada permanentemente”. Mis temores se estaban haciendo realidad. Había sido un alivio hacer bromas con James, pero la situación era potencialmente tan grave como había temido, y eso me quitó el humor de inmediato.

—Quítese la tela y dígame cómo se siente —solicitó el doctor Settle.

—Como si tuviera arena en el ojo.

El doctor Settle continuó su examen, primero enjuagando el ojo de James, y luego inspeccionándolo con una gran lupa. Caminé detrás de ellos, a cierta distancia para no estorbar.

Al parecer, mis pasos ansiosos habían sido demasiado molestos para el médico, quien levantó la cabeza y me miró.

—Es probable que su marido recupere la vista, señora. ¿Quieres que llame a un sirviente? Me parece que sus nervios se beneficiarían con un trago de jerez.

Nunca antes había usado alcohol para calmar mis nervios acelerados y no deseaba comenzar ahora. La idea de tener menos control o consciencia sobre mí misma no hizo más que desgastar aún más mis delicados nervios.

—No necesito nada de esa naturaleza, pero puedo pedir té, si lo desea, doctor Settle. —Recordé a la señora Hutton ofreciéndole brandy a James, después que nos descubrieran en la biblioteca durante su baile—. ¿O algo más fuerte, si James quisiera?

—No, pero se lo agradezco, señora... ¿Señor Bradwell?

El peso de la mirada de James no era menos poderoso por estar reducido en un ojo.

—Quédate, por favor. No necesito nada más.

—Por supuesto. —Me senté en la silla frente a ellos y concentré mi atención en calmar mis pies ansiosos y parecer la imagen del aplomo.

El resto del examen pasó rápidamente hasta el momento en que el doctor Settle levantó la vista, sostuvo mi mirada y preguntó:

—Señora Bradwell, ¿qué tan hábil es usted cosiendo?

Capítulo 29

Coser un parche para cubrir el ojo herido de James solo había tomado un cuarto de hora. Fue un trabajo rápido hacer el dobladillo de los bordes de un trozo de tela de la señora Prescott, y atar una cuerda para que James se la amarrara alrededor de la cabeza. El doctor Settle hacía mucho que se había ido, cuando regresé al salón, con un parche de tela negra.

Cuando entré, Lady Edith estaba de pie, cerca de la ventana, Benedict y Henry permanecían sentados en el sofá, y la señora Moulton (su viaje se prolongó unos días para recuperarse, después de haber sido convocada desde York, como era apropiado) bebía té, en un asiento lujoso, junto a la fría chimenea. Sin embargo, James no estaba.

Henry levantó la vista.

—Se ha ido a descansar arriba —explicó, asumiendo correctamente, a quién estaba buscando en el salón—. El doctor Settle no quiere que hoy se esfuerce más de lo necesario.

Benedict resopló.

—¿Cómo se esfuerza la vista exactamente? ¿Hacerla rodar con exasperación con demasiada frecuencia?

—A menos que desees que tu hermano juegue un poco en el baile, en tres días, espero más apoyo de tu parte, en este momento de curación.

—Tal vez quiera ponérselo de todos modos, madre. ¿No es elegante? —Benedict me miró—. ¿Quizás pueda solicitar uno también?

Sacudí la cabeza hacia él, pero mi sonrisa apareció espontáneamente.

—Cuídate —pidió Lady Edith—. O le darás a la señora Moulton la peor opinión de nosotros.

Benedict le sonrió a la directora, quien apenas ahora levantaba la vista de su té con las mejillas sonrojadas.

—Señora Moulton, usted es demasiado agradable para pensar mal de mí, por mi comportamiento, estoy seguro.

—Muy bien —respondió la directora.

Henry me vio quedarme en la puerta.

—¿Le llevarás el parche? —preguntó.

—Debo hacerlo. —Aunque Benedict me había distraído.

—¿Has olvidado tu camino? —preguntó Benedict, nada más que inmerso en una falsa preocupación.

Le lancé una sonrisa irónica.

—No. De hecho, creo que solo me he perdido dos veces esta semana.

—Progreso, por cierto —dijo con firmeza.

Lady Edith no pareció encontrar humor en ninguno de estos intercambios y cruzó la habitación hacia mí.

—Te acompañaré parte del camino. Deseo hablar con la señora Prescott.

Esperé cerca de la puerta y salimos juntas. No fue hasta que estuvimos a una buena distancia del salón cuando volvió a hablar.

—El ojo de James, ¿sanará?

Acaso, ¿él no le había contado a su madre los detalles de la visita al médico?

—El doctor Settle así lo cree. Sin embargo, la magnitud del daño no se dará a conocer hasta

mañana.

Ella dejó escapar un suspiro.

—¿Qué alivio! El mañana no puede llegar lo suficientemente pronto.

—En efecto.

El silencio se extendió entre nosotras, y me pregunté si ella quería que sacara el tema de las criadas o si prefería fingir que no había sucedido. Sin embargo, no pude hacerlo (pretender que algo no ocurrió no lo borraría de la existencia), y cuando llegamos a lo alto de la gran escalera, volteé hacia ella.

—¿Molly ya salió de casa?

—Sí. En realidad, la señora Prescott me informó poco después de la partida del médico, que se encontraron dos pequeñas baratijas entre las cosas de su baúl. Una de las tabaqueras enojadas de Benedict y una pequeña figurita de mi habitación.

—Si tan solo hubiera pensado en registrar sus baúles desde el principio, podríamos haber evitado la molestia de despedir a la chica equivocada.

Lady Edith guardó silencio un momento. Ella miró hacia otro lado.

—Si no hubiera puesto toda la carga de la situación sobre tus hombros, podría haber sugerido eso mismo en lugar de verte manejarlo mal. Mi orgullo había recibido un golpe, y espero que perdones la forma irreflexiva, en que te dejé manejar las cosas.

Una dulce reivindicación se elevó a través de mi pecho, y la humildad rápidamente me siguió. No me jactaría de esta victoria, porque pude ver que mi suegra tuvo que ser muy humilde para admitir su error.

Yo también cargué con algo de culpa.

—Si hubiera pedido ayuda en lugar de tener que demostrar mi valía, podríamos haber trabajado juntas para encontrar la mejor solución.

—No pretendo ser perfecta —dijo Lady Edith.

Hice lo mejor que pude para ocultar mi asombro ante eso, porque estaba segura que todo lo que ella había hecho desde mi llegada a Chelton era hacer lo mejor que podía para retratar la perfección, tanto dentro como fuera de casa.

—Pero, puedo admitir cuando me he equivocado. —Ella respiró entrecortadamente y pude ver lo difícil que esto era para ella—. No debería haberte dicho que te demostraras tu valía, Felicity. No me correspondía decir si usted era digna o no de los títulos que ya tiene: la de señora de esta casa y la de la esposa de James.

—Gracias.

—Permití que la naturaleza de tu entrada en mi familia manchara la forma en que te veía, y desde entonces he aprendido el valor del perdón y la contrición. Me has impresionado durante la última semana. Observé la forma en que manejaste las cosas hoy con la criada y la lesión de James, y así es, precisamente, como lo habría hecho, yo misma.

El cumplido que pronunció quedó eclipsado por las dos palabras que no pude quitar de mi mente. “¿Perdón y contrición?” ¿De parte de quién? Ella no tenía nada que perdonarme, ya que yo no había hecho nada malo al casarme con su hijo.

A menos que ella tuviera la impresión que la boda fue producto de mis planes, que yo había estado detrás de su dinero, o su posición, o algo así.

—Perdone mi confusión, Lady Edith, pero, ¿quiere decir que cree que de alguna manera convencí a James para que se casara conmigo?

Ella parpadeó sorprendida.

—Bueno, por supuesto.

La conmoción me recorrió como el rizo de una ola rompiendo en la orilla. Lady Edith no solo conocía los rumores que rodeaban nuestro compromiso, sino que los creía. ¿Mi buen carácter no había demostrado hasta ahora mi inocencia?

—Te dejaré llevarle eso a James —dijo, señalando el parche que apretaba con fuerza en mis manos.

—No.

Lady Edith se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir?

—No aceptaré ese desaire contra mi carácter. No he hecho nada para ganármelo, así que esto no puede quedar sin oposición.

—Seguramente, verás que no me convenzo tan fácilmente... como los demás. —Ella soltó una risa incómoda.

—¿Convencida de mi buen carácter? —Ella hundió el cuchillo más profundamente con cada nueva revelación. Me temblaban las manos, pero mi voz se mantuvo firme, sostenida sin duda por mi justa indignación—. No he intentado engañar a nadie, y menos a esta familia. He sido increíblemente directa y sincera desde el principio.

Sus ojos eran duros.

—Puede que no haya estado en Londres, pero conozco a James desde toda su vida. Mi hijo no se habría casado precipitadamente con nadie, a menos que ella lo convenciera. De lo contrario, no tenía ningún motivo para aceptar la unión. Es un hombre de prestigio, buen nombre y fortuna. ¿Qué motivo tendría para casarse con una muchacha sin un centavo y sin posición social, si no fuera por alguna persuasión o coerción por su parte?

Me congelé, haciendo lo mejor que pude para no temblar de ira. Sus opiniones y creencias quedaron muy claras.

—Crees que seduje a tu hijo.

Ella no agradeció mi crudeza con una respuesta.

Me burlé, incapaz de creer lo que estaba escuchando. La naturaleza de su desdén ahora estaba clara, pero no la profundidad con la que se aferraba a él. Una cosa era que todo Londres (verdaderos desconocidos) creyera mal de mí. ¿Pero esta mujer? ¿Después de pasar semanas, viviendo en su casa y probándome a mí misma?

—Quizás le interese saber que nuestra situación fue producto de los intentos de su hijo de ayudarme a superar los nervios, que me acompañan en todos los eventos sociales. La amabilidad que me mostró fue totalmente irreprochable y malinterpretada por quienes nos descubrieron. No fue mi designio atraparlo.

Su escepticismo era casi palpable en el arrugamiento de su nariz y en la curvatura de sus labios, y eso me puso los pelos de punta.

—Si alguien tiene la culpa, Lady Edith, es usted misma —dije—. Su hijo persistió en su deseo de casarse conmigo, por su propia voluntad, sin ninguna persuasión. Cuando le pregunté por qué insistía en seguir adelante, me explicó que le había hecho una promesa a su madre, hace mucho tiempo, y que ahora nunca podría vivir consigo mismo, si no hacía su parte para salvar nuestra reputación.

—¿Promesa? —Sus labios se apretaron—. Esa promesa surgió en un momento de desesperación, cuando Thea fue rechazada por el hermano de su padre y entregada a nuestra puerta, hambrienta y asustada. Pedí que ninguno de mis hijos nunca maltratara a una mujer necesitada, y ellos juraron que no lo harían. Esta situación difícilmente se puede comparar.

“Nunca maltratara a una mujer necesitada”. James debía haber creído que si se alejaba de

mí y me dejaba a merced de la alta sociedad, me estaría abandonando. No podía cambiar eso ahora, pero me alegré de entenderlo. La raíz de sus motivaciones era caballerosa, tal como lo había sospechado.

Sin embargo, Lady Edith no parecía estar de acuerdo. Ella me miró con el disgusto que se reserva para un olor especialmente desagradable. Me tragué el dolor que se extendió por mi pecho.

—Mientras tú has estado ocupada, buscando a quién culpar, yo he estado sacando lo mejor de esta difícil situación. No podemos cambiarla ahora, Lady Edith, así que le sugiero que encuentre una manera de aceptar la forma en que han sucedido las cosas.

Di la vuelta, antes que de mi lengua pudieran escaparse más palabras. Mi corazón latía fuera de mi pecho, pero ella no me permitió irme todavía.

—¿Cómo puedes esperar que crea que no estás encantada de ser la señora de Chelton? ¿Qué no sabías con qué te ibas a casar?

No sacaría a relucir su opinión inflada sobre su apellido explicándole, que nunca antes había oído hablar de su gran propiedad, antes que James hablara de ella, o que desconocía sus ingresos. La enfrenté.

—A estas alturas debería quedar muy claro que no puedo desenvolverme fácilmente en situaciones sociales. No me fui en medio del baile en el baile de Lady Grenville porque soy débil desde niña. Me fui porque la abrumadora atención en el salón casi me hizo desmayarme.

—¿Débil?

—Sí. No soy más capaz de controlar mi malestar físico, en situaciones en las que grandes grupos de personas me observan, que usted con su estómago inquieto, en un carruaje. Cuando elimines los prejuicios que tan liberalmente me has impuesto, verás que soy cualquier cosa menos una cazadora de fortunas o de maridos.

—No puedes alegar inocencia, cuando admitiste que conocías a Henry el verano pasado.

Mi boca se abrió y negué con la cabeza.

—Henry no me dijo el nombre de su patrimonio ni de sus hermanos. No habló de su inmensa riqueza, y yo no intuí su profundidad por el poco tiempo que pasé en su cobertizo de caza. ¡Santo Cielo! Lady Edith. —Me reí sin alegría—. Usted misma puede preguntárselo, porque claramente no me crees, pero seguramente puedes confiar en que la naturaleza de Henry no es jactanciosa. Ni siquiera supe el apellido de James hasta que nos comprometimos.

Aún así, ella no pareció creermelo y di la vuelta. No tenía sentido seguir argumentando mi inocencia, no cuando esto no era creíble.

Mi corazón se aceleró, cuando llegué a la puerta de James y entré sin tocar. Yacía en la cama con el brazo sobre la frente. La habitación estaba a oscuras, las cortinas cerradas y la cama proyectada en más sombras por las colgaduras de todos los lados menos uno.

—¿Has traído mi parche? —preguntó.

—En efecto. —Mi breve respuesta pareció haberle alertado de mi mal humor.

—¿Qué pasó que te molestó?

—Nada... Yo... solo... —Negué con la cabeza. ¿Cómo podría revelar un cuadro tan horrible como el que pintó Lady Edith? Me senté en el borde de su cama, de cara a donde él yacía contra las almohadas en el centro—. James, cuando hablamos inicialmente de nuestro compromiso, mencionaste que le habías hecho una promesa a tu madre y que no podrías vivir contigo mismo, si no la cumplías. Ella me lo contó esta noche... después de que llegó la señorita Northcott, le pidió que ustedes prometieran...

—Esa no es la promesa a la que me referí. —Me miró durante un largo momento y su ojo

bueno pareció analizar mi rostro—. Aunque puedo ver por qué ella podría haber pensado eso.

—¿Entonces me dirás qué fue?

Él esperó un momento, antes de hablar, y luego se incorporó hasta sentarse.

—Sí. Cuando me fui a Eton, cuando era niño, mi madre me llevó aparte y me explicó la importancia del deber y de hacer lo correcto con la familia. Ella predicó sobre la obligación particular que tenía como hijo mayor y heredero, y me hizo prometer que no haría nada para mancillar el nombre de Bradwell, que lo respetaría y protegería por el resto de mi vida.

La comprensión me golpeó como un caballo loco, discordante por su rapidez. Había pensado que la necesidad de James de cumplir su promesa tenía algo que ver conmigo, pero me había equivocado. Se trataba de defender su propio honor.

—Tu madre tiene en alta estima el nombre de la misma manera que cualquiera lo haría con su título.

—Sí, precisamente. Por supuesto, no hemos ganado un lugar entre los lores, pero, esto no es menos importante para nosotros.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué el nombre Bradwell aparece ante ti, ante tus hermanos y tu felicidad? ¿Escogiste una esposa que era una verdadera desconocida para ti por el bien de un nombre?

—Eso fue solo una pequeña parte...

—Pero, sí era una parte.

—Por supuesto que lo fue —dijo rápidamente. Sus ojos eran inflexibles, como si quisiera que yo entendiera—. ¿Qué hay de tus padres, Liss? ¿Quiere decir que no influyeron en su disposición a aceptar nuestra unión?

Tuvieron una gran influencia en mi decisión. James quitó el viento a mis velas pretenciosas al señalar eso.

—Mis padres sí influyeron en mi decisión. No podría quitarles aquello por lo que viven, James.

—¿Qué es eso?

—Su calendario social.

Él extendió la mano sobre la manta y tomó mi mano, e inmediatamente me sentí mejor por estar un poco conectada con él.

—No es de extrañar que te hayas sentido herida cuando pospusieron su fecha de llegada. ¿Es esto algo común?

—He pasado mi vida en la sombra de eventos sociales. La única que realmente disfrutaba era la fiesta, a la que asistíamos todos los años, en el castillo de Arden, porque podía pasar ese tiempo con mi prima Jane. Pero, a mis padres les encanta estar rodeados de sus amigos e ir a bailes y veladas, organizando cenas y fiestas de cartas. Cuando cumplí la mayoría de edad y se esperaba que los acompañara, todos rápidamente nos dimos cuenta que yo era una muleta en su sistema, que los frenaba. Mis ataques de nervios eran un obstáculo y, por mucho que mi mamá me quiera, nunca pudo entender por qué hice todo lo posible para dejar de bailar.

—Como si te desmayaras intencionalmente.

Lo miré con ironía, consciente que su pulgar dibujaba círculos perezosos, alrededor de mi vieja quemadura.

—Fuiste la primera persona en aceptar mis ataques de ansiedad y desmayos, como lo que eran, y en no ponerme más expectativas de las que podría soportar.

Él se burló ligeramente.

—No he hecho más que aumentar tus expectativas desde nuestro matrimonio.

—Creo que el problema es que no sabía lo que estaba aceptando, cuando me casé contigo.

—Y no me di cuenta que eso sería un problema. Nunca se me ocurrió que Chelton te resultaría una carga. —Me miró con seriedad, pero era difícil tomarlo en serio con un ojo hinchado y cerrado.

Levanté mi regalo.

—¿Te pongo el parche ahora?

—Supongo —dijo, algo hosco.

James se inclinó hacia adelante y yo me arrodillé a su lado, colocando suavemente el parche sobre su ojo herido y pasando los hilos alrededor de la parte posterior de su cabeza. Me incliné hacia adelante para atarlo en su lugar y cuando me senté sobre mis talones, él me estaba observando de cerca con su ojo bueno. La cama estaba en penumbra, las cortinas estaban cerradas, en todos los lados, menos en uno, y me quedé sin aliento ante la intensidad de su expresión.

—Me he preguntado varias veces desde que te traje a Chelton, si cometí un error —dijo en voz baja—. Si, tal vez, te casaste con el hermano Bradwell equivocado.

Me quedé helada. ¿Qué sabía él sobre mi estancia en el lugar de caza, el año pasado? ¿Había revelado mi amor sin darme cuenta? No. No podría haberlo hecho. Esto me abandonó en el momento en que James me sacó del salón de baile de los Pickering.

—No me malinterpretes —dijo rápidamente—. No desearía que te hubieras casado con otro hombre. De hecho, solo me pregunto si habrías sido más feliz casada con alguien que te entendiera mejor. Un hombre que no te exigiría montar a caballo ni le gustara jugar contigo en el césped.

—Tú eres quien más sufrió, en esa situación particular.

—Cierto. —Apartó la mirada y su mano cayó de la mía—. El doctor Settle me recomendó que intentara dormir, y creo que sería prudente seguir su consejo.

Podría haberme sobresaltado por el shock que esto me produjo. Él necesitaba dormir y no deseaba que yo estuviera aquí por la forma en que miró hacia la puerta.

—¿Quieres que me vaya?

Su boca se curvó en una sonrisa triste.

—¿Me gustaría? No... Pero, creo que sería lo mejor.

Capítulo 30

El día anterior al baile amaneció nublado y Lady Edith estaba hecha un manojo de nervios. Si llovía, sus planes de abrir el patio se frustraban y el salón de baile seguramente se volvería demasiado apretado. Si no llovía, todo estaría bien. Ella y yo no habíamos hablado de nuestra discusión desde que ocurrió, dos días antes, y yo apenas había visto a James.

Él no había venido a mi habitación, en las últimas dos noches, y no estaba segura de poder asistir a un baile tan grande sin su firme apoyo. Pero como el mismo iba a ser celebrado en mi honor, no tenía otra opción al respecto. Había dado vueltas a sus palabras en mi mente, una y otra vez, desde que salieron de su boca y no podía conciliar la verdad con sus preocupaciones. No le había dado a James ningún motivo para creer que prefería a su hermano. Ahora, eso era una simple verdad, ya que no prefería a nadie, antes que a mi marido.

Bajé la escalera principal, mientras me rodeaba un frenesí de actividad en preparación para el baile, y un lacayo se acercó cuando llegué al suelo con cuadros.

—¿Sí?

—Tiene visitas, madame, en el salón.

Esto era exactamente lo último que necesitaba. Si fueran los Whitstone los que esperaban volver a ganarse mi favor, después de su mala educación en el baile de Grenville, fingiría un dolor de cabeza. No me importaba si era grosera.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—El señor y la señora Lennox, madame.

“¡Jane!” El corazón se me subió a la garganta. Podría haberme desplomado en el suelo, aliviada.

—Gracias —dije con calma, aunque mi corazón se aceleró por dentro y fui directamente al salón.

Jane estaba cerca de la chimenea, admirando el cuadro, que había encima de la repisa de la chimenea, con su marido alto a su lado. Parecía una viva imagen de aplomo, su cabello negro azabache estaba peinado pulcramente y su vestido de viaje verde lucía sin arrugas. Ewan parecía siempre un caballero con su cabello oscuro peinado hacia un lado, y nunca era obvio su origen hasta que hablaba con un fuerte acento escocés. Aunque había un tono bronceado en su rostro que le sentaba bien.

—Jane, Ewan —dije, entrando a la habitación.

Jane giró y ambas cruzamos la habitación rápidamente, abrazándonos tras el impacto. Ella me agarró por los codos y se reclinó.

—¡Felicity, esta casa! No merece ese nombre.

—Hay mucho que asimilar, lo sé bien.

Ewan dio un paso adelante, tomó mi mano y me dio un casto beso en los nudillos.

—Sí, lo que vimos del terreno era bonito cuando llegamos. No puedo esperar a ver más de tu estanque de pesca.

Su insinuación fue fácilmente entendida.

—Estoy segura que mi marido estará más que satisfecho con cualquier excusa para pescar.

—De hecho. —James estuvo de acuerdo al entrar. Su parche oscuro en el ojo todavía estaba alrededor de su cabeza, pero su sonrisa no se atenuó—. Es un gran placer escaparme para pasar una tarde tranquila, en el estanque.

Jane se acercó a mí y susurró:

—¿Son todos los hermanos tan guapos?

Le di un codazo para tranquilizarla.

—James, ven a conocer a mi prima Jane y a su esposo Ewan Lennox.

Se intercambiaron los correspondientes saludos y reverencias. James vino a mi lado y no me había dado cuenta de lo mucho que me había afectado el espacio entre nosotros estos últimos dos días hasta que estuvo tan cerca. Me moría por alcanzar su mano, pero temía su rechazo.

—El baile es mañana por la tarde —dije—. ¿Recibiste mi invitación?

—Poco después de tu carta, sí. Vine preparada con un vestido de gala.

Junté las manos delante de mí.

—Escribí para invitar a tu madre y a Lord Moorington al baile, pero como no recibí ninguna respuesta, solo puedo suponer que no están en el castillo Arden, en este momento.

—No... Ahora mismo están pasando algún tiempo en Brighton. Pero estoy segura que mamá habría asistido a tu baile, si hubiera estado en casa.

—Es como un flechazo —dije—. O eso me han dicho.

—¿En una casa tan grande? Me pregunto, ¿cómo se gestiona esto?

James sonrió.

—Mi madre no recibe visitas con frecuencia, por lo que cuando lo hace invita a todos sus conocidos.

—Eso es amable de su parte. Estoy segura que será muy divertido.

—Mientras no tenga que bailar con nadie más que contigo, estaré agradablemente ocupado —dijo Ewan con su acento marcado.

Jane se sonrojó bonitamente y le dio un golpe juguetón en el brazo a su marido.

—Sonarás grosero, si no tienes cuidado.

—Después de todo, soy escocés. ¿No se espera esto de mí?

James me miró brevemente.

—Suena nada más que identificable para mis oídos, señor Lennox.

Crucé hasta la chimenea y tiré de la cuerda de la campana para llamar al ama de llaves. Yo misma les habría mostrado su habitación, pero no sabía cuál era.

—No puedo esperar a mirar los jardines —dijo Jane.

James se aclaró la garganta.

—¿Tienen hambre? Quizás después que hayan tenido la oportunidad de instalarse en su habitación, podamos reunirnos en el salón para tomar un refrigerio. Estaré encantado de mostrarle el estanque al señor Lennox, después.

—Eso suena encantador —dijo Jane.

La señora Prescott apareció en la puerta, luego de un momento.

—El señor y la señora Lennox ya han llegado —dije—. ¿Está preparada su habitación?

—Sí, señora. La hemos tenido lista desde hace unos días.

Jane me miró con ojos impresionados.

—Eres toda una anfitriona, Lissy.

Su uso del apodo de mi familia me apretó el pecho de una manera agridulce. Extrañaba aún más a mis padres, pero me alegraba de tener a Jane.

—No sabía cuándo, o si esperarte, así que tenía una habitación preparada en caso que pudieras venir.

—Si quieren venir conmigo —dijo la señora Prescott.

Jane y Ewan la siguieron fuera del salón.

Cuando sus pasos se alejaron, me dirigí a James. Las cosas eran tenues entre nosotros, como si un hilo delgado corriera desde su corazón hasta el mío, tenso y quebradizo.

—¿Es prudente irse por la tarde, cuando hay mucho que hacer para prepararse para el baile? Él sonrió amablemente.

—Mamá tiene las cosas bien controladas. Ella nunca requiere mi ayuda para estas cosas hasta que comienza el evento. Prometo estar allí con mis mejores ropas, mañana a la hora señalada.

—Si estás seguro.

—He vivido en esta casa por mucho tiempo. No hay nada que ella quiera de mí hoy, te lo aseguro. —Se acercó, pero mantuvo las manos detrás de la espalda—. Supongo que tú también tienes que hacer. Puede que seas la señora de Chelton, pero mi madre será la anfitriona del baile en tu honor. Ella desearía que hoy pasaras tiempo con tu prima.

Eso sonó más bien como una excusa para el deseo de Lady Edith de deshacerse de mi presencia.

—¿Cómo aprenderé lo que hay que hacer, a menos que ella me enseñe? No estaré en absoluto preparada para el día en que necesite organizar una reunión.

—Seguramente, mamá te ayudará entonces. —Él sonrió, mientras hablaba, pero las palabras dieron vueltas extrañas en mi cabeza, negándose a calmarse.

Hasta que cayeron, una a una, en su lugar con alarmante claridad. Por supuesto que ella me ayudaría, cuando llegara el momento, porque ella siempre estaría aquí.

—¿Qué es? —preguntó James suavemente, acercándose a mi lado. Me miró a los ojos y frunció el ceño.

—Lady Edith es incapaz de dejar Chelton. Ella vivirá aquí con nosotros para siempre.

—Supongo que sí. Para ella viajar es difícil, como usted lo sabe. —Hizo una pausa, el aire entre nosotros se hizo más denso—. ¿Esto será un problema?

—Solo si tu madre continúa odiándome.

Él retrocedió, como si le hubieran abofeteado.

—No deberías hablar así.

Al menos era un consuelo saber que Lady Edith no había llegado tan lejos como para compartir sus malas opiniones sobre mí con James. O tal vez, ella me estaba permitiendo ese privilegio, que solo me haría parecer desagradable.

—Es cierto —dije finalmente.

—No puede ser. Mi madre no odia a nadie. Incluso todavía se preocupa por Lady Whitstone, y se pelearon terriblemente.

—Lo escuché de sus labios, James —dije con voz cansada. Aunque odio podría haber sido una palabra demasiado fuerte, los sentimientos eran parecidos—. Ella cree que te atrapé en el matrimonio, que tenía un ojo puesto en tu fortuna y en esta gran propiedad... Como si quisiera que me pusieran a cargo de una casa tan grandiosa.

Me burlé ligeramente al terminar de hablar.

Su rostro se tensó y él se frotó la mandíbula con una mano.

—¿Dijo estas cosas, la otra noche, cuando me trajiste el parche en el ojo? —Su pronta aceptación no me hizo sentir mejor.

—Sí. Me defendí, pero todo fue en vano. Parece que su opinión es inmutable.

—La cambiaremos.

—¿Cómo?

—Le diré la verdad —expresó.

—Ella no te creerá. Soy una arpía, ¿no lo sabías? —La amargura se escapó de mi lengua y no era un sonido atractivo. No me gustaba cómo me sentía ni las cosas que decía. Cerré los ojos y me pasé los dedos por los párpados, alejando el dolor de cabeza que se avecinaba—. Perdona mi lengua suelta, James. Estoy nerviosa por el baile de mañana, y eso me hace decir cosas que no debería.

—No necesitas disculparte conmigo. Parece que, después de todo, debo tener una conversación con mi madre.

—No —dije, agarrando su antebrazo—. Por favor, no lo hagas. Las cosas ya son bastante incómodas entre nosotras, y no creo que importe lo que le digas. Su decisión está tomada al respecto.

—Pero, eres inocente de lo que ella te acusa. —Su voz tenía más fuego de lo que esperaba y su defensa de mi carácter fue una bendición para mi ánimo.

—De hecho, pero, tú y yo lo sabemos, entonces, ¿qué importa? —Respiré rápidamente y lo miré fijamente, la verdad de mis palabras estaba resonando a través de mí con ferocidad. Creí que eran ciertas y eso fue lo que más me sorprendió de todo.

Me miró y su único ojo visible se interpuso entre el mío.

—Eso no es lo que dijiste en el desayuno de nuestra boda.

Él tenía razón. Le había dicho, durante ese desayuno, que para mí era muy importante demostrarle a la alta sociedad que era inocente, y que mi corazón y mis intenciones eran puras.

—No, no lo dije así. No me sentía bien, en ese entonces. Creo que he crecido un poco desde que dejamos Londres.

—¿O tal vez la distancia te ha mostrado algo que siempre he sabido?

—¿Qué es eso?

Él dio un paso adelante. Pasó un dedo por mi mejilla y detrás de mi oreja, provocando una ráfaga de escalofríos por mi cuello.

—No importa lo que los demás piensen de nosotros. Lo que importa es cómo nos vemos a nosotros mismos. Mi buen nombre está intacto y podemos dormir, sabiendo que no hemos hecho nada importante para mancillarlo. Podemos mantener la cabeza en alto con orgullo e integridad, sabiendo que no hemos hecho nada malo.

—Bueno, hicimos una cosa mal —corregí—. Dos, tal vez.

—¿Oh?

—Sí. Nos escapamos del salón de baile, cuando deberíamos habernos quedado y bailamos solos.

Sus ojos de color verde-marrón me taladraron y la ferocidad de sus palabras resonó en su voz tranquila y profunda:

—He pensado a menudo en esa noche, en los últimos meses, y no puedo decir que me arrepienta de nada.

—¿Ni siquiera por el baile?

—Especialmente por el baile —confirmó—. Si no hubiéramos compartido ese vals, es posible que nunca hubiera conocido tu elegante talento.

Una carcajada poco femenina salió de mi garganta.

—Soy todo menos elegante. Mis nervios lo hacen así.

Me miró y la parte posterior de sus nudillos estaban recorriendo mi pómulo.

—En compañía, sí, estás nerviosa... Pero... ¿Sola? ¿Cuando nadie está mirando? Eres un cisne, mi amor.

Me congelé bajo sus dedos. Mis ojos se abrieron como platos. “*Mi amor*”. ¿Lo había dicho

en serio?

Él pareció reaccionar de manera similar, sus nudillos se quedaron quietos.

—Liss...

—¡Por la bondad! —dijo Jane, entrando al salón con su marido alto, proveniente de Escocia, detrás de ella—. La habitación que nos asignaste es preciosa, Lissy. ¡No puedo creer que esta sea tu casa!

James no pareció escucharlos. Su mirada permaneció fija en la mía. Pegué una sonrisa en mi rostro y me alejé, y su mano cayó a su costado.

—Te lo advertí en mi carta —dije alegremente.

Los ojos de Jane se abrieron como platos.

—Creo que la llamaste una propiedad hermosa y una vez mencionaste que era grande. ¡No tenía idea que fuera tan grandiosa!

Ewan deslizó un brazo alrededor de la cintura de su esposa.

—No sabíamos dónde encontrar el salón, así que regresamos aquí.

—Si eres como yo, te perderás muchas veces, antes de encontrar alguna de las habitaciones que buscas.

Las mejillas de Jane se sonrojaron.

—Sí, ya lo hemos hecho.

—¿Qué es? Te estás sonrojando.

Sus ojos se dirigieron a James y luego a mí. ¡Cielos! Ella no debería tener miedo de hablar delante de él.

—¿Te gustaría mostrarles el salón? —me preguntó James suavemente. Él también debe haber sentido su vacilación—. Enviaré a alguien a buscar un refrigerio.

Estuve de acuerdo y deslicé mi brazo alrededor del de Jane, sacándola de este salón, con Ewan justo detrás de nosotros.

—¿Qué es? —pregunté cuando nos fuimos.

—Entablamos una conversación privada, cuando volvimos a buscar el salón, y temo haber causado una gran ofensa.

—¿De qué manera?

Miró por encima del hombro a su marido y luego continuó:

—Conocía a la mujer, la señora Moulton, ¿te acuerdas? Asistí a su escuela en York, durante algunos años, y me alegré de verla de forma tan inesperada. La interrumpí bruscamente, y el hombre que estaba hablando con ella parecía sumamente molesto.

Por eso el nombre siempre me había sonado familiar. Jane me había escrito durante su estancia en la escuela, y debió haber mencionado a su directora por su nombre. Estaba feliz de haber resuelto ese misterio, finalmente. Mi atención regresó a la leve angustia de Jane.

—¿Un hombre estaba hablando con ella? ¿Aprendiste su nombre?

—No, pero se parece a tu James, solo que tiene el pelo rizado.

—Benedict, el menor de los hermanos. —Ya ella había conocido a Henry, el verano pasado, por lo que fue fácil descifrarlo.

Ella enseñó los dientes, angustiada.

—¿Crees que he causado una gran ofensa? Me temo que la informalidad de Escocia ha empezado a cambiarme un poco. —Añadió una mirada de reojo hacia Ewan, quien simplemente ignoró el comentario.

No pude evitar asumir que era una broma entre ellos.

—Me sorprendería muchísimo si fue así... Benedict tiene un carácter muy agradable y no

debe ser tomado en serio, en absoluto.

—Estaba en lo más profundo de una conversación seria con la señora Moulton y, además, bastante frustrado.

—Puedo dar fe de ello —agregó Ewan.

¡Qué extraño!

—No pensaría en ello ni un momento más. Pero hablaré con él y me aseguraré de que comprenda que su interrupción fue producto de una gran sorpresa, al encontrar aquí a su antigua directora.

Llegamos a la puerta del salón y los sonidos de los preparativos del baile nos llegaban desde el pasillo.

—Gracias, Lissy. —Jane apretó mi mano, mirándome a los ojos. La suya se entrecerró ligeramente—. Algo en ti ha cambiado, pero no puedo ubicar exactamente qué es.

—¿Quizás es que ahora estoy casada, lejos de mis padres y viviendo en un museo enorme? Ella se rió.

—Sí, todas esas cosas. Pero hay algo más. Lo reflexionaré hasta que determine exactamente qué es.

Sacudí la cabeza con indulgencia y la llevé al salón. Fue muy bueno tener a mi querida amiga aquí.

Capítulo 31

El gran vestido blanco se extendía sobre mi cama, como una extensión de nieve recién caída. Fanny había insistido en peinarme, antes de ayudarme a vestirme, para evitar que estuviera sentada demasiado tiempo y arrugara el vestido. Observaba la masa de tela blanca, a través del espejo, estando hipnotizada y horrorizada por ella. Incluso los tonos de flores, los diseños pintados en el suelo y ciertos tapices especiales, en las paredes, transmitían el mensaje deseado por Lady Edith: inocencia.

Sin embargo, ella no logró crearme inocente, así que me pregunté cuál era el motivo de la farsa. Si mi propia suegra no podía aceptar la verdad de mis labios, ¿cómo esperaría que la sociedad de Bakewell lo hiciera, a pesar de todo este boato?

Sonó un golpe en la puerta contigua y Fanny se acercó para abrir. Habló en voz baja, luego dio un paso atrás, y abrió la puerta.

James entró en mi habitación, pero se quedó en la puerta, y me moví en mi asiento para verlo mejor. Su chaqueta y pantalones negros estaban impecables, su chaleco negro y su corbata blanca lucían limpios y almidonados. Parecía el perfecto y apuesto pícaro, debido a su parche en el ojo, y ese aspecto me gustó excesivamente.

Si encontró extraña mi mirada, no hizo comentarios al respecto.

—Hay algo que quería mostrarte, antes que comience el baile, si crees que puedes dedicar un minuto.

—Por supuesto. —No había dormido al lado de James en días y lo extrañaba. Su voz y su hermoso rostro habían perseguido mi sueño intermitente, y odiaba que estuviera tan cerca y a la vez, tan fuera de mi alcance.

Me hizo un gesto rápido con la cabeza, luego a Fanny, y regresó a su habitación.

—Ya casi hemos terminado —dijo Fanny, regresando apresuradamente a mi lado—. Solo tenemos que añadir estas flores.

Señaló el ridículo montón sobre mi tocador que madame Rousseau había preparado para mi cabello.

—No necesitamos ponerlas todas —dije con convicción. Me sentí tentada a volver a ponerme el vestido rosado, solo para fastidiar a mi suegra, pero incluso yo tenía más control que eso—. ¿Quizás una o dos?

—Pensé que tantas flores no eran de su agrado, madame, si puedo ser tan atrevida. Tu cabello sería más blanco que cobrizo si las agregara todas.

Fanny hizo un rápido trabajo al colocarme algunas flores en el cabello y ayudarme a ponerme el vestido. Cuando me coloqué el enorme vestido, pasé las manos por la sobrefalda de gasa. Tenía una cintura imperio favorecedora, que caía delgadamente hasta una enorme cola. La capa transparente se agrupaba en el dobladillo con una cantidad excesiva de flores agrupadas. Habría sido de muy buen gusto, si hubiera tenido la mitad de rosas, exactamente como en la prueba.

Apreté los dientes y crucé la habitación. El peso de la bata hacía que el movimiento fuera más difícil. Quería deslizarme, no arrastrarme. Dejé escapar un suspiro de frustración y llamé a la puerta de al lado. James la abrió tan rápido, que solo pude asumir que había estado esperando cerca.

Su mirada me recorrió y sus ojos se abrieron en agradecimiento. Dejé escapar un silbido

suave y grave, casi como por accidente, y después se aclaró la garganta.

—Eres una visión, Liss.

—Gracias. —Hice una pequeña reverencia, más en broma que en otra cosa—. Puedes agradecerle a tu madre por el diseño. Ella quiere que yo salpique de blanco, dondequiera que vaya esta noche.

—¡Eso es creativo!

—¡Manipulativo!

—¿Debemos pensar así? —preguntó, ofreciéndome el brazo. Deslicé mi mano enguantada sobre su codo doblado y lo seguí fuera de la habitación. Nos alejamos de las escaleras principales, y James me guió por pasillos y escaleras arriba, que me resultaban vagamente familiares. Estaba segura de haberme encontrado perdida aquí, una o dos veces, pero no sabía dónde estábamos.

Llegamos a un pasillo largo y abierto bordeado de apliques iluminados y ventanas, que daban al patio cerrado de abajo. La pared opuesta a las ventanas estaba cubierta de marcos dorados y retratos de todos los tamaños.

—¿Has estado aquí antes? Esta es la pared de nuestra galería.

—No lo he hecho. —Me alejé de él para poder ver mejor las pinturas.

El retrato grande al final era un hombre alto con cabello castaño y rizado, y los ojos de James. Llevaba su uniforme, la casaca roja llamativa y atrevida, y sus medallas relucientes.

—Ese es mi padre —dijo James, aunque yo ya lo había supuesto.

—Era muy guapo.

—Y valiente. —Se hizo a un lado, deteniéndose ante otro cuadro de un hombre con una larga peluca blanca y una corbata con figuras, y añadió—, este es mi abuelo.

Pasamos casi media hora, caminando a lo largo del corredor, y discutiendo sobre los antepasados de James y todo lo que habían logrado, o los diversos aspectos de la propiedad que habían desarrollado personalmente. La historia de Inglaterra estuvo plagada de logros militares de los Bradwell, y no pude evitar la oleada de orgullo que las anécdotas de James acumularon en mi pecho. Esta línea fuerte de antepasados sostendría a mis futuros hijos. El nombre pasó de un padre a otro, basándose en deberes y responsabilidades, que no habían asfixiado ni apagado a cada hombre, pero que les habían dado una razón para luchar.

El orgullo de Bradwell era algo vivo, y yo lo había visto de forma completamente equivocada.

—Para una familia tan militante, me sorprende que ninguno de ustedes... —Me detuve, consciente que había empezado a hacer una pregunta extremadamente personal. No quería que James creyera que yo juzgaba su decisión de no seguir los pasos de su padre y alistarse en el ejército.

Aunque él me envió una breve sonrisa.

—Henry lo hizo, en realidad. Se alistó recién salido de Eton y siguió a mi padre al otro lado del charco para luchar contra Napoleón.

—¿Henry? ¿Henry que es tan tranquilo y estudioso? No tenía ni idea.

—A él no le gusta hablar de eso. Se retiró poco después de traer a mi padre a casa, desde Waterloo, para que pudiéramos enterrarlo aquí en el cementerio familiar. No sé si Henry nunca tuvo la intención de ser un soldado de carrera, o si la pérdida de mi padre le hizo cambiar de opinión, o si siempre tuvo la intención de retirarse, cuando se resolvieran los problemas en el continente. Nunca lo discutimos.

—Él estaba allí —dije con reverencia, los hechos encajaron en su lugar. Henry estuvo

presente en la batalla que mató a su padre.

James asintió, con la boca apretada en una línea firme.

—No puedo creer que no lo sabías. —Aunque ahora muchas cosas tenían sentido para mí. Henry no conocía a la señorita Northcott, algo que debió ocurrir en la casa de los Bradwell, mientras él estaba fuera. Era reservado por naturaleza, sí, pero el dolor en su ser era sin duda el resultado de las cosas que había experimentado.

—He pasado mucho tiempo, sintiendo que le debo algo a Henry —dijo James con las manos detrás de la espalda y la mirada fija en el retrato de su tercer bisabuelo—. Quería comprar un juego de colores, pero mi padre no me lo permitió. Me había entrenado toda mi vida para asumir el cargo de heredero de Chelton, y no podía ir a la guerra sin la seguridad que yo me quedaría para cuidar de mi madre. Fue un duro golpe para mi orgullo juvenil, pero acepté la responsabilidad, y vi a Henry asumir el rol que deseaba.

—Supongo que eso no le gustó a él.

—No. Quería estudiar en la universidad, pero lo pospuso, cuando se necesitaron soldados para cumplir con lo que creía que era su deber como segundo hijo. Ben quería unirse a él, pero su padre le pidió que primero completara sus estudios.

—¿Henry nunca fue a la universidad, entonces?

—Nunca. ¡Qué ironía! ¿No es así? Él es el único de nosotros a quien le importó. —James se pasó una mano por la mandíbula—. Después de casarnos y venir a Chelton, cuando luché por llegar a un acuerdo contigo, fue un golpe directo ver con qué facilidad tú y Henry encontraron compañía. Me avergüenza decir cuán profundamente esto ofendió mi orgullo, y cuán celoso me puse.

—No lo amo —dije en voz baja.

James me miró con su ojo visible, brillando a la luz de las velas.

—Es doloroso ver tu fácil camaradería con él. Una bestia desmesurada de celos ha crecido dentro de mí desde que llegamos a Chelton. Quiero ser el hombre que deseas, el que pueda sentarse a tu lado en silencio, o esconderse contigo en un baile. Quiero ser el hombre que elijas.

“¿*El hombre que elijas?*” Mi corazón tartamudeó ante las palabras. Quería lo mismo, ser la mujer que James eligiera todos los días, para siempre.

—Henry es un hombre muy reservado —continuó James, sin darse cuenta de cuán profundamente me habían traspasado sus palabras—, él tenía el primer derecho para conocerte. Temo haberte robado una vida mejor con él, que si hubiera sido él el que estuviera en ese salón de baile, habrías sido más feliz con un hombre que te entendiera plenamente.

“¿*El hombre que elijas!*” Esto se repitió en mi mente, una y otra vez, tan pesado y discordante como un ariete.

Di un paso atrás, necesitando aclarar mi cabeza, y James tomó la distancia por algo más con el dolor salpicándole la cara.

—Liss...

—No, escucha. —Sacudí la cabeza y levanté una mano enguantada—. He pasado los últimos dos meses, temiendo lo mismo, temiendo haber asumido el rol de señora de Chelton, ante una mujer mucho más merecedora... quiero ser la dama que vino de afuera, que disfruta de estas responsabilidades y deberes, y que no huye del asunto, frente a las sutilezas sociales... He montado a caballo, participado en juegos ridículos, y asistido a eventos sociales... He realizado todo en un esfuerzo por ser una esposa de la que no te avergonzarías... Pero, más que eso, quiero ser la esposa que tú desearías.

—¿Qué yo desearía? —Se pasó una mano por el cabello, desordenando su perfecto orden

—. ¿No puedes ver cuán profundamente te he deseado desde el principio? Podría haber dado un paso atrás, y permitirme salir fácilmente de esa biblioteca en el baile de los Hutton, pero captaste completamente mi interés y no deseaba que nuestro tiempo juntos terminara. Te engatusé para que hicieras ese miserable baile, por el amor al Cielo.

Su vehemencia me sobresaltó y no pude conciliar la verdad en sus palabras.

—No puedes esperar que crea que mi tranquilo y estudioso...

—Créelo... —James tomó mi mano y la giró, pasando su dedo por el lugar de mi guante, que se había quemado esa noche, hace tanto tiempo. La marca ya había sanado—. Mi creencia que pretendías atraparme esa noche murió rápidamente al darme cuenta que eras sincera en tus esfuerzos por escapar del salón de baile, lleno de gente, por tus propios motivos. Estaba en Londres para encontrar esposa, y cada jovencita que se interponía en mi camino, no era más que un artificio y un engaño, o una maldita cazadora de fortunas. La tuya fue la primera conversación que tuve en toda la temporada que carecía de engaños. Eras realmente tú misma, cariño, y me robaste el corazón esa misma noche.

—Pero, no tenemos nada en común.

—Compartimos una cosa. O espero que al menos lo hagamos. No podemos conciliar el sueño sin el otro ahí, y eso me ha dado esperanza a diario.

“¡El hombre que elijas!”

Mi corazón se aceleró con afecto y di un paso adelante, deslizando mis manos alrededor de su cintura y presionando mi nariz en el hueco, entre su hombro y su cuello, inhalando el apagado aroma especiado, incrustado en su solapa. Los brazos de James me rodearon, abrazándome fuertemente contra él, y todos los aleteos ansiosos se disiparon lentamente hasta que la calma se filtró en mis extremidades y se infiltró en todo mi ser.

Giré la cabeza para hablar, pero permanecí fuertemente en sus brazos.

—Te he amado desde el momento en que me sacaste del salón de baile de los Pickering, James. Eres la primera persona que acepta mis ataques de nervios, tal como son, y que nunca intentas cambiar eso de mí.

—¿No estás molesta porque te obligué a llevar una vida que está fuera de los límites de tu comodidad?

—Lo estaba, inicialmente. No podía entender por qué te casarías conmigo y me traerías a esta casa monstruosa, cuando sabías lo mucho que luché. —Me recliné para mirarlo a la cara, esperando que entendiera la sinceridad en mi corazón—. Quizás Henry y yo, si hubiéramos tenido algún tipo de relación, algún día habríamos llegado a un acuerdo, pero esa posibilidad está en el pasado y la dejé ahí. Lo que importa ahora es que te amo, James. Te elijo a ti y seguiré haciéndolo por el resto de mi vida. No necesitamos compartir las mismas opiniones ni los mismos intereses para amarnos unos a otros, y creo que es a través de los sacrificios que hacemos, que compartimos un respeto aún mayor.

—¿Sacrificios? —Sus manos frotaron mi espalda, haciéndome difícil concentrarme.

—Sí. Sacrifico la comodidad para unirme a ti en tus actividades al aire libre o en bailes o cenas, y tú también te sacrificaste. No me presionas para bailar o asistir a las casas, cuando no lo deseo, te esforzaste en encontrar un pasatiempo que nos conviniera a los dos. Y, lo mejor de todo, es que intentaste leer un libro, que no te interesaba en lo más mínimo. O al menos, eso creo.

Las puntas de sus orejas se pusieron rojas y miró hacia otro lado.

—¿Encontraste eso, entonces? Me preguntaba si habías visto a *Udolfo*, después de que mencionaste que habías descubierto a la criada hurgando en los cajones del estudio. Solo quería

saber qué era lo que te resultaba tan interesante.

—¿Acaso tú?

Él sonrió.

—Aún no he descubierto el atractivo, pero tengo la intención de hacer todo lo posible.

—Creo que mientras ambos hagamos eso, seremos felices juntos.

—¿Elegimos, uno a la otra?

Asentí.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Te he elegido desde el baile de Hutton, Liss, y seguiré eligiéndote todos los días.

James se inclinó y presionó sus labios suavemente contra los míos. Me besó lentamente con todo el afecto que habíamos aguantado y reprimido, durante el último mes, finalmente estallando en nuestra ternura compartida, el uno por la otra. El tiempo pasó y nada importaba fuera de este momento y de este hombre. Sus dedos se deslizaron alrededor de mi cuello y se curvaron para que su dedo descansara suavemente en mi oreja. Él inclinó mi cabeza y profundizó el beso, y supe que podía perderme en él por completo.

James se reclinó y apoyó su frente ligeramente contra la mía. Dejó escapar un suave suspiro con una risita susurrando en ello.

—¡El hecho! Eres mi persona favorita en Inglaterra.

—¿Solo en Inglaterra?

—Bien, en todo el mundo.

—Está mejor. —Levanté la mano para besarlo de nuevo y luego me retiré—. ¡El hecho! Eres mi persona favorita en todo el mundo.

—Debes pensar en algo original. Creo que tú me diste esa misma regla una noche. —Le lancé una sonrisa irónica.

—Muy bien. El hecho: no me di cuenta que podía sentirme tan feliz.

Él sonrió y tomó mis labios nuevamente, esta vez con más fervor, aunque esto no era menos tierno.

Cuando me soltó, me alejé, alisándome la bata.

—Es hora de enfrentar a la multitud.

Él besó mi sien.

—Estaré a tu lado todo el tiempo.

Capítulo 32

Lady Edith me miró con frustración, apenas lo disimulaba, cuando James y yo finalmente bajamos las escaleras. Habíamos pasado demasiado tiempo en el salón de la galería, aprendiendo sobre sus antepasados, y luego regresé a mi habitación para quitar la mitad de las rosas blancas, que adornaban mi dobladillo. Madame Rousseau había dejado las de mi corpiño, en una cantidad de buen gusto, pero la cantidad de rosas en mi dobladillo era ridícula.

Una vez que corté con cuidado la mitad de las rosas de mi dobladillo, lo sentí mucho más liviano y arrastraba mucho menos peso. Me moví más cómodamente, pero Lady Edith pareció darse cuenta y no estaba complacida.

—Llegas tarde —dijo—. La cena está por comenzar. Lord y Lady Claverley ya están aquí, y necesito ayuda, si quiero gestionar cualquier conversación que tenga que ver con la ausencia de Thea.

James se inclinó para besar su mejilla.

—Lo siento, madre. No quise causarte angustia. Felicity y yo necesitábamos discutir algo y se nos escapó el tiempo.

Miré por encima de su hombro, a la multitud que se mezclaba en el salón de baile, y mi pulso se aceleró. Lord Claverley estaba junto a una mujer majestuosa, cuyo cabello adornado de plumas estaba peinado anormalmente alto. Ninguno de los dos sonrió, aunque reflejaban ser de la realeza, dejando claro sus posiciones sociales. Mi vista se posó en Jane y Ewan, que estaban juntos contra la pared, no muy lejos del conde y la condesa, y respiré profundamente. No estaba sola aquí. ¡Yo podría hacer esto!

—Hay otro asunto que quería resolver, antes que llegue la mayoría de nuestros invitados —dijo James.

—La mayoría de ellos han llegado —confirmó Lady Edith. Pero ella pareció sentir que James no se dejaría intimidar—. ¿Puedes hablar rápido?

—Sí. —Su mirada se dirigió a mí y luego de nuevo a su madre—. No se exigirá que Felicity baile.

Respiré tranquila y sorprendida.

—¿Le ruego me disculpes? —dijo su madre.

—Es ridículo pedírselo, cuando seguramente terminará en un ataque de nervios y un desmayo.

Lady Edith miró a su hijo y luego a mí.

—¿Usted habla en serio?

—Parece que sí.

Yo nunca me había sentido tan amada en mi vida.

—Este baile es para celebrarlos a ustedes dos y a su unión. Te das cuenta... —Miró hacia atrás, luego entró en el salón y la seguimos. Cerró las puertas detrás de nosotros, su rostro tenía una expresión tensa de irritación y sus mejillas estaban rojas—. Si Felicity no baila, solo confirmará los rumores que está embarazada y que su unión es producto de ese mismo niño.

—Eso no podría estar más lejos de la verdad —dijo James.

—Pero eso es a lo que te enfrentas, de todos modos.

Lady Edith tenía razón. Al ver a los antepasados que construyeron las bases de la vida que podría darles a mis futuros hijos, algo me abrió el aprecio por esta familia y todo lo que

representaba. Me dio el deseo de investigar más a fondo mi propia herencia (en otra ocasión), y surgió la necesidad de proteger el nombre Bradwell, en cualquier forma que pudiera.

—Puedo bailar.

—No —dijo James, tomando mi mano—. No pasaré otro baile, observándote en busca de signos de angustia. No puedo hacerlo. Me niego a volver a sacar tu cuerpo inerte de la pista de baile, no cuando algo tan simple como evitar bailar puede ayudarte.

El amor brilló en sus ojos y llegó a mi corazón, calentando mi espíritu y dándome confianza.

—Puedo bailar contigo, James. Realmente creo que puedo hacerlo, siempre y cuando sea un vals.

—¿Un vals?

—Sí. Puedo bailar contigo y solo contigo. En un vals, puedes abrazarme y no seré transferida a otro compañero. Estaré bien.

—¿Y si no estás bien?

Levanté un hombro en un pequeño encogimiento de hombros.

—Entonces, supongo que hemos aprendido la lección. Pero, sí creo que soy capaz.

Tomó mi otra mano y las apretó a ambas.

—Sé que eres capaz, aunque de todos modos esto me pone nervioso.

Volteé hacia Lady Edith.

—Abriremos el baile con un vals. Seguramente, eso no estará mal visto. Fue aprobado el año pasado en Almack's, si quieres compartir esa información con alguno de los rigurosos.

Ella me dio una expresión extraña, una línea tenue se formó entre sus cejas.

—¿Es cierto, entonces? ¿De verdad te desmayas?

—Nunca te he mentado —respondí, esperando que ella entendiera mi significado más amplio. Todo lo que compartí con ella era la verdad.

—Nuestro primer baile público fue en el de los Pickering, y antes de salir a la pista, la madre de Felicity me advirtió que intentara atraparla, si fuera necesario.

—¡Cielos! —Lady Edith se llevó la mano al corazón—. ¿Te has lastimado?

—En ocasiones he tenido dolores de cabeza. —Una actitud defensiva surgió dentro de mi pecho por la expresión de horror en su rostro. Pude ver que probablemente se preguntaba por qué mi madre me permitió bailar, sabiendo lo que sucedería—. Mi mamá me ama. Ella simplemente no acepta... entenderlo. Ella cree que, si quisiera, yo podría controlar mis nervios.

La mirada de Lady Edith se posó en el suelo y luego volvió hacia mí.

—No puedes dominarlo mejor... como yo que no puedo controlar enfermarme en un carruaje. —habló en voz baja, reiterando lo que una vez le dije. Se aclaró la garganta y tenía las mejillas rojas y el cuello manchado de rubor. Se enteró que estaba equivocada acerca de sus suposiciones iniciales sobre mí y probablemente eso la avergonzó—. Te debo una disculpa, Felicity. No te creí, y yo...

Su mirada se dirigió a James y luego a mí.

—No debería haber asumido que obligaste a mi hijo a casarse. Espero puedas perdonarme.

—Sí —dije de inmediato—. Si me perdonas, me quité la mitad de las rosas de mi vestido. Fue demasiado para mí.

Ella me dio una sonrisa forzada.

—Te perdono.

* * *

Cuando entramos al salón de baile, un tiempo después, crucé la pista inmediatamente hacia Jane y Ewan.

—Perdóñenme. Soy una terrible anfitriona.

—Estaba pensando todo lo contrario —dijo Jane—. Tu carta implicaba que estabas bajo mucho estrés, y debo admitir que esperaba encontrarte en una situación terrible aquí en Chelton, pero la verdad es todo lo contrario. Estás radiante, Lissy. Pareces estar prosperando en tu nuevo rol.

Sonreí, consciente que el brillo era el resultado de la aceptación. Mi propia aceptación, ya que no necesitaba cambiar quién era para ser una buena señora de Chelton, o una buena esposa para James, o para lograr la aceptación de James y, de manera algo tenue, la de Lady Edith, en su familia.

—Tu porte ha cambiado ligeramente y la forma en que ordenas a tus sirvientes es amable, pero firme. Está claro que estás encontrando tu lugar aquí. —La boca de Jane se dobló en un ligero ceño—. Aunque supongo que sería mucho mejor si tu suegra te tratara de manera diferente.

—Creo que eso está a punto de cambiar —lo dije confiada. Anoche le había explicado la situación a los comprensivos oídos de Jane—. Lady Edith y yo compartimos un breve momento de comprensión, y ella no está muy enojada porque alteré un poco el diseño de mi vestido.

—Eso suena como un buen progreso.

—Lo es.

Se anunció el vals y Jane alzó las cejas con interés.

—¿Tu gente de este campo acepta esto?

—No estoy segura —dije honestamente—. Pero, eso espero.

James apareció a mi lado, ofreciéndome el brazo.

—Creo que este baile es mío.

Jane sonrió ampliamente y supe que estaba feliz que yo hubiera encontrado la alegría. Todos merecían tener a alguien como Jane en su vida, una amiga edificante y que era feliz, simplemente por mi éxito.

James y yo nos trasladamos al centro del salón de baile, y tomamos nuestras posiciones, esperando a las otras parejas, antes de comenzar el paseo.

La señorita Whitstone se unió al círculo de parejas que esperaban que comenzara el baile del brazo de un caballero que no conocía, y yo me puse tensa.

—¿Qué pasa? —preguntó James.

—Son solo los Whitstone. Parece que han decidido asistir de todos modos.

—Sin duda pretenden fingir que no pasó nada.

—¿Tu madre aceptará eso?

—Ella y Lady Whitstone son amigas desde hace mucho tiempo. De algún modo se las arreglarán —gruñó—. Aunque preferiría cortar la relación, entiendo por qué mamá prefiere mantener la paz. No hay anfitriona en el área metropolitana de Bakewell, que no invite a ambas mujeres a cualquier evento que celebren. Me imagino que es más fácil así.

Asentí, entendiendo la necesidad de mantener la paz con los vecinos. El violín comenzó con fuerza y el resto de los músicos siguieron. James presionó su mano contra la mía suavemente, y comenzamos el paseo.

—Cuando le mostré el jardín a la señorita Whitstone, Henry nos recibió afuera y ella inmediatamente se sonrojó. ¿Crees que siente algo por él?

James se rió. Las cabezas voltearon hacia nosotros y mi estómago dio un vuelco por la

atención. Me concentré en el hombre que sostenía mi mano y me guiaba por el círculo.

—Quizás, pero lo dudo —dijo—. Esa es simplemente su manera. No puede hablar con un hombre sin tener las mejillas rojas durante toda la conversación.

Mi corazón estaba con ella.

—Tenemos mucho en común.

—Creas eso, pero no podrías ser más diferente.

—Yo también soy excesivamente tímida, James. No puedes negar eso.

—No, lo sé muy bien, pero cuando estás en compañía de unos pocos, o rodeada de personas que conoces bien, no eres tan reservada ni tan ansiosa. Puedes mantener conversaciones. ¡Maldita sea! Liss, la noche que nos conocimos, yo era un extraño, y aún así me hablaste cómodamente.

Lo hice, ¿no? Era una verdad que no había considerado hasta ahora.

—¡Mmm! Me pregunto, ¿por qué fue eso?

—Como soy tan apuesto, no pudiste evitarlo —dijo simplemente. El brillo de su único ojo visible llegó a mi corazón—. Con toda seriedad, imagino que fue porque te sentiste cómoda conmigo.

—Supongo que eso tendría más sentido. —Estuve de acuerdo. Me sentí cómoda con James, entonces, aunque no lo había razonado así, hasta ahora—. Entonces, ¿no llegaste a la conclusión que usted y la señorita Whitstone no encajarían, simplemente porque ella era tímida?

—No, por nada. No me opongo a una mujer tranquila. —Él guiñó—. Pero, ella no podía mantener ninguna conversación en absoluto. Entre nosotros no había más que silencio, siempre... Al menos yo preferiría una esposa que me hablara.

—Eso es comprensible. Estoy segura que en alguna parte hay un caballero que hará que la señorita Whitstone se sienta igualmente cómoda.

Me miró con recelo.

—Por el bien de ella, espero que tengas razón.

Pasamos del paseo al baile, y cuanto más avanzaba la canción, más a gusto me sentía en los brazos de James. Bailamos las mismas escenas, que habíamos bailado en la biblioteca de los Hutton, aunque esta vez con música real, y ni una sola vez aparté mis ojos de los suyos. Sus brazos fuertes y su dulce sonrisa me hicieron sentir segura y amada, y cuando la canción llegó a su fin, me paré frente a él con una amplia sonrisa.

—Sabía que lo harías —murmuró, dándome un beso en la sien, cerca de la oreja.

Capítulo 33

El sol entraba por las ventanas abiertas de James y se extendía sobre la alfombra azul marino, como rayos de fuego brillante. Me moví sobre el colchón de plumas y el brazo de James se deslizó de su posición alrededor de mi cintura, liberándome de su soñoliento agarre. Hizo un sonido gutural bajo, él rodó para mirar en la otra dirección, y yo me deslicé silenciosamente de las mantas, y caminé de puntillas por el suelo, que permanecía frío. Los escalofríos recorrieron mis piernas desnudas y cerré suavemente la puerta contigua, entre nuestras habitaciones, antes de deslizar mi bata sobre mi camisola.

Fanny aún no había llegado a encender el fuego de la mañana, una tarea que le había correspondido, mientras las criadas se iban y venían las del otro turno. Tiré de la cuerda de la campana y me senté en mi tocador, donde había colocado una rosa blanca que James me había regalado la noche anterior.

“Ahora eres parte de Chelton, cariño. Te ves bien”.

Esto había sido una broma acerca de lo mucho que me parecía a las flores que llenaban los jardines, y tenía la intención de secar esta rosa también, y presionar los pétalos, entre las páginas de un libro, para poder conservarlos para siempre.

Fanny llegó y me ayudó a vestirme. Al poco tiempo, ya estaba en el salón del desayuno, sirviéndome una taza de chocolate humeante y untando mantequilla con una rebanada de pan tostado. Jane tenía la intención de reunirse conmigo aquí para desayunar, antes que nadie más despertara, pero aún no había llegado.

Unas pesadas pisadas de botas recorrieron el pasillo y Benedict irrumpió en el salón, a toda velocidad, deteniéndose sorprendido al fijar su mirada en mí.

—Me asustaste, Felicity. ¿Por qué estás despierta tan temprano?

—Voy a reunirme con Jane. —Tragué otro sorbo de chocolate—. ¿Vas a alguna parte?

Llevaba botas de montar y abrigo, guantes y gorro en mano. Los dejó sobre la mesa y se acercó para llenar un plato en el aparador.

—Sí, en realidad. Sin embargo, no tenía intención de decírselo a nadie, así que me estás poniendo en una situación extraña.

—No es necesario que confíes en mí, pero, espero que al menos le hayas dicho a tu madre que tienes intención de ir a algún lugar.

Me lanzó una mirada culpable y dejé mi taza en el platillo.

—Benedict —lo regañé—. Se preocupará mucho si se despierta y descubre que su hijo ha desaparecido.

—No sería la primera vez.

—¿Eso está destinado para hacerte sonar mejor?

—Cada día te pareces más a la señora de Chelton, ¿lo sabes? —suspiró, llevando su plato a la mesa.

—¿Como si tuviera autoridad?

—No —dijo inexpresivamente—. Como mi madre.

Sonreí. Sabía que lo decía con amabilidad.

—Quizás deberías seguir mi consejo y al menos dejar una nota. ¿Sabes cuánto tiempo estarás fuera?

—No tengo la más mínima idea.

Le di un mordisco a mi tostada y la tragué, dándole tiempo para confiar en mí. Cuando él permaneció en silencio, decidí decir lo que pensaba. Después de todo, él no tuvo ningún reparo en hacer lo mismo conmigo. Ahora éramos hermanos.

—¿Recuerdas lo angustiada que se puso cuando se enteró de la desaparición de la señorita Northcott?

Él me miró malhumorado.

Quise alisar el rizo que caía sobre su frente, pero me abstuve.

—Quizás sería similar si esto le sucediera a su hijo.

Masticó durante un largo rato, antes de tragar, y recostarse en su asiento.

—Ella es la razón por la que me voy.

—¿Tu madre?

—Thea... La señorita Northcott. —Miró su plato y jugó con el panecillo que había allí, arrancando pequeños trozos y llenando su plato de migas—. Siento un poco de responsabilidad por su desaparición. Sé que mi madre no me culpa a mí, pero, también sé que si yo no estuviera aquí, Thea probablemente se habría acercado a mi madre, en busca de ayuda, en lugar de lo que sea que haya hecho.

Esto no lo esperaba. Se había vuelto cada vez más claro que Benedict sentía cierto nivel de culpa por la ausencia de la señorita Northcott, pero, ¿buscarla él mismo?

—¿A dónde planeas ir?

—York, otra vez. Empezaré por ahí. Estoy seguro que uno de los sirvientes sabe más de lo que deja entrever. Una pequeña moneda debería proporcionarme algunas respuestas.

—¿La señorita Dorothea Northcott ha desaparecido? —preguntó Jane desde la puerta.

Ambos nos sobresaltamos y miramos hacia ella. ¡Maldita sea! ¿Cuánto tiempo había estado escuchando?

Jane entró en el salón con la viva imagen de la gracia y el aplomo, incluso a una hora tan temprana.

—Fui a la escuela con Thea. En realidad teníamos algo así como una amistad, aunque no éramos muy cercanas. ¿Ella está en problemas?

—Espero que no —dijo Benedict—. No es que me importe su bienestar en particular, pero siento un mínimo de responsabilidad.

Luché contra una sonrisa. Era más que algo mínimo. Si este hombre partía en un viaje para encontrarla, entonces, su desprecio por la mujer parecía a veces exagerado.

—Es por eso que no deseas que tu madre sepa tu objetivo —dije, y entonces se me ocurrió el punto—. ¿No quieres darle falsas esperanzas?

—Exactamente.

—Quizás le diga, entonces, que te vi esta mañana y mencionaste que ibas a visitar a...

—Una amiga en Londres —dijo con decisión—. Eso debería darme tiempo suficiente para descubrir el paradero de Thea, antes de tener que escribir de nuevo. Tampoco será mentira. Tengo la sensación que terminaré en Londres.

—Pero, ¿ella es una amiga? —lo cuestioné con un tono jocoso.

Benedict sacudió la cabeza y arqueó las cejas.

—Lo más alejado de eso. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña miniatura ovalada con un marco pintado de oro. La joven de la foto tenía cabello oscuro y rostro en forma de corazón. Su sonrisa era juguetona, como si poseyera un secreto—. Esta es la pequeña descarada.

Me incliné y analicé el rostro juguetón.

—Creo que tienes razón, Benedict. Parece que me agrada demasiado.

—Ya te lo dije, la mayoría de la gente lo hace.

—Ella es una alondra —coincidió Jane—. Aunque no tuve mucho tiempo para conocerla mejor.

—Sí, una broma —dijo Benedict sin sentimiento—. Correr para esconderse de la única mujer, que se ha sacrificado mucho para poder mantenerla, es bastante gracioso, ¿no es así?

Él no parecía estar divertido en lo más mínimo. Las payasadas de Thea lo habían ofendido. Solo esperaba que ella tuviera buenas razones para defender sus decisiones.

Benedict deslizó la miniatura en el bolsillo de su abrigo y dio unas palmaditas en el exterior.

—Espero que esto me ayude a localizarla. James y yo no lo llevamos a York, la primera vez, pero entonces, no nos dimos cuenta que lo necesitaríamos.

—Te deseo un buen viaje y toda la suerte para localizarla —le dije, alcanzando su brazo y dándole un suave apretón.

Jane llenó su plato y lo llevó a la mesa. Benedict se levantó.

—Gracias, Felicity. Lo necesitaré. Buenos días entonces, señoras. —Hizo una reverencia, recogió sus guantes y su sombrero, y salió del salón.

—Le deseo buena suerte —susurró Jane—. ¡Qué terrible para la pobre Thea!

—Ella mencionó en la carta que dejó que estaría segura a donde iba.

Jane parecía incómoda.

—Sin embargo, la necesidad que sintió de irse y prometer que estaba a salvo no hace que su situación parezca buena. —Le dio un mordisco a su panecillo.

—Supongo que debemos esperar a que Benedict envíe un mensaje. No tenemos nada más que hacer. —Ofrecí una sonrisa tan reconfortante como pude reunir.

El ceño preocupado de Jane se transformó en una suave sonrisa.

—Ahora, Felicity, quiero saber todo sobre tu encantadora vida matrimonial.

—Primero, quiero saber de ti —respondí—. Han estado casados por mucho más tiempo y, por lo tanto, tienen más para compartir.

—Bueno, tengo más que compartir —dijo con voz cantarina.

Tomé un sorbo de mi bebida y esperé. Jane me miró durante un largo rato con una lenta sonrisa, extendiéndose por sus labios, y supe de inmediato lo que quería decir con su sonrisa traviesa. Un pequeño grito ahogado se escapó de mi garganta:

—¿Estás embarazada?

—¡Sí!

Chillé en voz baja y la abracé.

—¡Oh! Esa es la mejor noticia. ¿Ewan está emocionado de convertirse en padre?

—Excesivamente. Y creo que esto será muy bueno.

—Indudablemente.

Ella se recostó y me analizó.

—Podrías darle un amigo a mi bebé, si tú quisieras.

Mis mejillas se calentaron. Quería hacer justamente eso, eventualmente.

—¿Quién hubiera imaginado el verano pasado, cuando conocimos al señor Bradwell, que así sería su vida? —dijo Jane con un poco de asombro.

Terminé mi chocolate y me recosté, contenta.

—Creo que todo ha salido bien.

Jane sonrió.

—Por supuesto.

Capítulo 34

Había pasado una semana desde la noche de nuestro baile, y me desperté para encontrar a James apoyado sobre su codo en la cama, a mi lado, con sus ojos oscurecidos por las sombras, fijos en mí.

—Es algo alarmante despertar con un par de ojos muy abiertos, mirándome —dije, permaneciendo perfectamente quieta, mientras recorría con avidez su rostro somnoliento por la mañana.

—¿No es romántico?

—Quizás si supiera que te esperaría, podría serlo. —Luché contra la sonrisa que amenazaba mis labios y abrí los ojos para ver el efecto—. De lo contrario, esto es simplemente impactante.

—Lo que es sorprendente es que todavía no has comentado sobre mi falta de parche en el ojo esta mañana.

—¡Oh, James! —Me senté rápidamente y me arrodillé ante él, deslizando mi mano por su mejilla. Pasé mi dedo debajo de su ojo herido que ahora me observaba de cerca—. ¿Puedes ver claramente? ¿Duele?

Se rió suavemente y sentí el ruido de su pecho, a través del colchón de plumas.

—Hoy no me duele, aunque, para ser justos, anoche tampoco me dolió, y mi visión es perfectamente clara.

—¡Qué alivio! Me preocupaba haberte mutilado. ¡Qué manera tan horrible de comenzar un matrimonio sería esa!

—El comienzo de nuestro matrimonio ha sido todo menos horrible.

Deslicé mi mano más sobre su mejilla, perdiendo mis dedos en su cabello revuelto. Su mandíbula estaba un poco áspera por el crecimiento de la barba de la noche a la mañana, su sonrisa era perezosa y era tan guapo que mi corazón se contrajo de afecto.

—Quizás me lesione, más a menudo, si este es el tipo de tratamiento que recibo —murmuró—. Podría acostumbrarme a tus tiernos cuidados.

—Eso es un poco dramático.

—¡Oh! Me duele la cabeza. Creo que necesito una compresa fría.

—Tu pobre cabeza —le dije—. Debería dejarte entonces. Un dolor de cabeza se cura mejor en la oscuridad y la soledad.

Aparté mi mano de su cara y él me agarró por la muñeca.

—Me refiero a mi mano, no a mi cabeza. Está cansada por toda la escritura que he soportado esta semana.

—Tu pobre mano. —James había recibido noticias de Benedict, quien no estaba más cerca de lograr su objetivo de localizar a la señorita Northcott, y James envió una variedad de cartas, a los viejos conocidos de la muchacha, con la esperanza que alguien supiera algo útil—. Estás haciendo algo bueno al ayudar a localizar a Thea.

Su rostro pasó de jocoso a serio.

—Quizás, pero me preocupa que provoquemos un escándalo, si no somos más prudentes. Hasta ahora, en realidad, solo hemos escrito y hablado con sirvientes, o familias que conocieron a la madre y al padre de Thea, pero que no asisten a eventos de la sociedad. Es solo cuestión de tiempo, antes que se descubran sus travesuras y todo el trabajo que hizo mi madre para prepararla para una temporada y un marido sea en vano.

—No puede ser tan malo, ¿cierto? Si Benedict logra encontrar a la chica, antes que termine el verano, Lord y Lady Claverley nunca sabrán que desapareció.

James esbozó una sonrisa torcida.

—Esa es la esperanza, por supuesto. Veremos si se logra tan fácilmente. Ahora, basta de Thea. Tengo una sorpresa para ti hoy.

Me dejé caer en una posición sentada y me alejé de James.

—La última vez que planeaste una sorpresa, terminaste con un parche en el ojo.

—¿No te dije hace unos momentos que planeaba permanecer herido para siempre para que pudieras cuidarme hasta que recuperara la salud?

—James, eso no es igualmente gracioso ni en las repeticiones posteriores.

—Muy bien. —Se obligó a sentarse. Las mantas cayeron alrededor de su cintura y revelaron su pecho desnudo—. Perdona mis malos intentos de humor. Esta sorpresa no nos hará daño ni a ti, ni a mí, lo prometo.

—Estoy segura que confiaba en poder prometer la misma seguridad para una ronda de Battledore y Shuttlecock, y mira a dónde nos llevó eso...

James se rió entre dientes.

—Confía en mí, cariño.

—¡Oh! Lo hago —dije fácilmente. Dejé caer mi cabeza sobre la almohada y cerré los ojos. ¿Por qué no podía encontrar más interés en sentarse con seguridad dentro de un salón, o caminar tranquilamente por el jardín? Ninguna de esas actividades requería animales enormes ni poderosos volantes rellenos de plumas. Moví la cabeza para mirarlo—. Es confiar en mí misma con lo que tengo más dificultades.

Se movió para inclinarse sobre mí con su rostro flotando justo encima del mío.

—En este caso, creo que no tienes nada que temer.

—Eso es fácil de decir, por supuesto, pero estoy segura que puedo demostrar que no...

James acercó sus labios a los míos y me interrumpió con un beso. Su boca se movió sobre la mía, en un ritmo que se había vuelto familiar y excitante. El calor me invadió y estaba bastante segura que nunca había esperado amar, o ser amada tan plenamente como lo era ahora.

Se echó hacia atrás, rompiendo el beso, y giró la cabeza para respirar, a través de sus mejillas hinchadas.

—Basta de distracciones, jovencita. Necesito encargarme de tu sorpresa. ¿Nos vemos al pie de las escaleras en una hora?

—Voy a estar allí.

* * *

Lady Edith parecía avergonzada la noche de nuestro baile, cuando James finalmente le había contado la verdad sobre la naturaleza de nuestra relación, y yo esperaba que la pequeña curación que encontráramos juntos condujera a una relación más cómoda entre nosotros. Sin embargo, durante la última semana, me sentí profundamente decepcionada. Supongo que fue muy difícil corregir su opinión equivocada sobre mí tan rápidamente, pero esperaba que no fuera una tarea tan ardua.

Me vestí rápidamente y tenía media hora, antes de encontrarme con James abajo, así que fui al salón, pero me detuve en seco, cuando Lady Edith parecía ser la única persona que ya estaba allí.

Levantó la vista y me encontró en la puerta, y ya era demasiado tarde para desaparecer.

¡Maldita sea!

—Buenos días, Felicity —dijo cordialmente, mientras yo entraba en el salón.

Me senté en el sofá frente a ella.

—Buenos días, Lady Edith. ¿Confío en que usted haya dormido bien?

—Lo hice, gracias.

Mis dientes rechinaron por la incomodidad que flotaba entre nosotros. Estaba cargada e incómoda, incluso el aire estaba repleto con cada una de las emociones que habían coloreado nuestro pasado reciente.

—Los Whitstone nos han invitado a tomar el té —dijo suavemente sin dejar de concentrarse en el bordado—. Aunque tienes todos los motivos para negarte, si así lo deseas.

Seguramente, esto sería incómodo, pero no asistir solo podría empeorar las cosas. Si quería demostrar que aún no estaba embarazada, asistir a eventos sociales era una forma de hacerlo. Luego, cuando tuviera noticias que compartir, quedaría muy claro que el momento tuvo lugar después de la boda.

—No me negaré —dije finalmente.

—La señorita Whitstone se vuelve más agradable con el tiempo.

Asentí en señal de comprensión.

Lady Edith puso su bordado en su regazo.

—Y supongo que se podría decir lo mismo de mí también.

—¿Qué quieres decir?

Cerró los ojos y se presionó las sienes con los dedos, como si estuviera reuniendo fuerzas.

—No te he tratado como debería desde que viniste a nosotros, y después que James dejó perfectamente clara la naturaleza de tu compromiso, no sé cómo proceder.

—Te he perdonado...

—Sí, me doy cuenta de eso. Pero no empezamos cómodamente, y no sé cómo solucionar el malestar entre nosotros a menos que deje Chelton. —Ella dirigió su mirada hacia mí—. Lo he pensado un poco y creo que sería mejor, si me mudara a la casa de la viuda. ¿La has visto, tal vez? ¿En el jardín sur?

—No lo he hecho.

—Necesitará algunas reparaciones, antes que sea habitable, pero imagino que podría estar lista para finales del verano.

Ella sostuvo mi mirada y mi discusión con James, cuando yo había deseado espacio y él había luchado por permanecer juntos, vino a mi mente. Incluso en nuestra discordia, elegimos dormir uno al lado de la otra, y esa elección tenía un poder curativo, que la separación no nos habría brindado. Deseaba la misma curación con Lady Edith y sabía que solo podría tener lugar, si ambas tomábamos esa decisión activa. Su voluntad de mudarse a la casa de la viuda solo demostró (al menos en mi opinión) que estaba dispuesta a trabajar, y que deseaba paz y armonía para nuestra relación.

—No creo que sea necesario, Lady Edith.

Ella me parpadeó.

—No, no es necesario, pero quizás sí sea importante.

—Hay mucho espacio en Chelton para nosotras dos...

—No estoy segura que haya suficiente espacio para dos señoras.

—No, estoy de acuerdo con eso. —Respiré profundamente. Para mí, como esposa de James, era normal ocupar el lugar que me correspondía como señora, y no quería cederle ese honor, cuando era mío—. Pero, no puedo hacerlo sola. Necesito tu sabiduría y guía, y sé que los sirvientes y la casa funcionarían mejor, si me enseñaras todo lo que sabes.

Ella permaneció en silencio, por un momento, con las manos inmóviles.

—¿Quieres que me quede y te enseñe?

—Sí. —Crucé hasta el otro sofá y me senté junto a Lady Edith—. Me gustaría olvidar nuestro incómodo comienzo y empezar de nuevo, si a usted le parece bien. Creo que a veces podemos sentirnos atadas por nuestros errores del pasado, pero tenemos la opción de seguir adelante con una nueva perspectiva, y yo elijo ser la mejor señora de Chelton que pueda ser. Me gustaría su ayuda para lograrlo.

Lady Edith me miró durante un largo rato, con las mejillas rosadas, probablemente por la incomodidad de la conversación actual.

—Sí, Felicity. Me gustaría mucho eso.

—Me alegro.

—Cuando te dije la semana pasada que estaba impresionada por la forma en que manejaste la indiscreción de Molly y la lesión de James, lo dije en serio. Tienes las cualidades de una líder maravillosa. —Tragó—. Y tenemos mucha suerte de tenerte.

Mi pecho se calentó por sus elogios.

—Estoy segura que cometeré muchos errores.

—Como yo, al principio —dijo en tono confiado—. Se necesita tiempo para dominar esta casa y el ejército de sirvientes que la dirigen. Pero aprenderás con el tiempo y estaré aquí para ayudarte.

Ella se acercó y tomó mi mano, apretándola una vez, antes de dejarla caer.

Me puse de pie, cepillando la parte delantera de mi vestido para evitar el brillo, que sospechosamente persistía en sus ojos, y que sin duda pronto se reflejaría en los míos.

—Debo ir a encontrarme con James ahora.

—¡Oh! Sí, la sorpresa.

Levanté la vista, sorprendida.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿La odiaré mucho? —pregunté.

Ella sonrió.

—No, no creo que lo hagas.

Eso fue un poco reconfortante. Salí para encontrar a James en el gran salón, y él me estaba esperando al pie de las escaleras. Su chaqueta estaba ajustada sobre sus anchos hombros y su sonrisa se centró en mí.

—¿Lista?

—Supongo que sí.

James se rió, deslizando su mano en la mía.

—Lo prometo, no tiene nada que ver con pájaros, flechas, caza o pesca.

Me guió a través de la puerta principal y nos quedamos en lo alto de la escalera dividida, con el viento soplando en mi cara. Un pequeño caballo y un carro nos esperaban al pie de las escaleras.

No, no era un caballo pequeño, aunque su cuerpo se parecía a uno. Tenía orejas largas y puntiagudas como las de un burro.

—¿Me has comprado una mula? —pregunté con una risa saliendo de mi garganta.

James sonrió.

—Sí... Pensé que podríamos llamarla Stella.

Capítulo 35

El pequeño carro de Stella no era demasiado difícil de manejar, y después de una semana de lecciones y que me entregaran un nuevo par de guantes de conducir, ya era algo experta en llevar mi mula y mi carro por los pequeños carriles de Chelton. James se reunió conmigo, en los establos, mientras la niebla de la mañana todavía se aferraba a las cimas de las colinas, y había un brillo en sus ojos, que hablaba de algo que había planeado. Mis padres llegarían pronto y me alegré que Lady Edith y yo hubiéramos encontrado un ritmo agradable entre nosotras, antes de su aparición. Estaba ansiosa por mostrarles a mis padres la vida cómoda, que había encontrado en Chelton, y dentro de mi nuevo matrimonio.

—¿A dónde vamos hoy? —pregunté, tomando las riendas y sentándome en el asiento del conductor del carro. James y yo habíamos caído en una rutina durante la semana anterior, que nos convenía a ambos. Por las mañanas, íbamos juntos a conducir, pero por las noches jugábamos al ajedrez, o yo leía en voz alta, mientras James escuchaba. Descubrió que disfrutaba de los cuentos, pero no de la lectura. Todos los días hicimos sacrificios, el uno por la otra, y encontramos una manera de elegir nuestro matrimonio y priorizarnos mutuamente en pequeños aspectos.

—¿Recuerdas el día que montaste a Luna? —preguntó.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Sí, bueno, quería mostrarte algo que pensé que apreciarías. Está demasiado lejos para llegar a pie y montar a caballo está fuera de discusión, así que pensé que esta sería la manera de lograrlo.

Pasó un momento, antes que su significado se asentara.

—¿Me compraste una mula y un carro, y pasaste una semana, enseñándome a manejarlos, solo para poder mostrarme a dónde querías llevarme, cuando llegué por primera vez a Chelton?

—Sí.

Me incliné y lo besé en los labios.

—Eso fue muy dulce de tu parte, James.

—Guarda tus elogios hasta que hayas visto la sorpresa. Podrías sentirte decepcionada y todo esto sería en vano.

Dudaba mucho que ese fuera el caso, pero me tranquilicé. James me indicó a dónde ir, salimos de los establos, y nos metimos en un sendero estrecho, que subía hacia las colinas detrás de Chelton. La casa se hizo más pequeña, cuando dejamos el camino hacia el campo escarpado, y reconocí las colinas que subimos y el arroyo que pasamos, en nuestro primer viaje aterrador.

Los pájaros cantaban sobre nuestras cabezas y se zambullían entre los árboles brumosos, pero Stella no se inmutaba ante ellos. Era tranquila, firme y fuerte, y yo la amaba excesivamente.

Después de que llegamos a la cima de otra colina, James contuvo el aliento. La luz del sol caía sobre nosotros, derritiendo la niebla persistente, y las curvas del campo se aclaraban.

—Justo por allí —dijo, señalando—. Hacia ese bosquecillo de árboles.

Dirigí a Stella hacia la espesa cosecha de árboles, en la base de otra colina, y navegamos entre ovejas pastando, que salpicaban la hierba, con sus largas y peludas colas, moviéndose de vez en cuando.

Cuando llegamos a los árboles, apareció a la vista un edificio de piedra blanca con sus altos pilares, ensombrecido por el techo abovedado sobre ellos.

—Es una locura —explicó James—. Mi abuelo lo hizo construir para mi abuela, como una especie de escape. Le encantaba pintar y a menudo se la podía encontrar aquí, mientras su caballo pastaba en el campo. Pensé que aquí se podría encontrar la misma paz que parecía encontrar mi abuela.

Detuve a Stella, ante la hermosa locura y aseguré sus riendas.

—Es encantador, James.

—¿Te gusta? —preguntó esperanzado.

—Sí.

Me ayudó a bajar y caminamos hacia la estructura de piedra, subiendo los escalones hasta llegar a la plataforma. Las onduladas colinas y los exuberantes prados verdes de Chelton se extendían en todas las direcciones, salpicados de ovejas y árboles, y el tenue brillo del río fluía en la distancia. Una luz cálida tocaba las puntas de los árboles y los bordes de las colinas, poniendo un brillo anaranjado sobre los distintos tonos de verde, y pude ver cómo un pintor anhelaría pasar horas aquí, replicando la belleza natural.

—Es mágico —dije con reverencia—. Pero, lo mejor de esto, creo, es lo atento que fue de tu parte al traerme aquí.

—En realidad no fue nada —protestó—. Tú condujiste el carro, tú misma.

—Pero, tú me compraste la mula y el carro, y me enseñaste a conducirlo. Ahora tengo un escape y una manera de llegar hasta aquí sin depender de otra alma. —Envolví mis brazos alrededor de su cintura, y apoyé mi cabeza contra su pecho, contemplando la extensión de tierra deliciosa, mientras inhalaba su aroma picante—. No te merezco.

James se burló.

—Lo opuesto es verdad.

Me recliné para mirarlo a los ojos.

—Estás bromeando.

—No, lo digo en serio. No puedo entender cómo tuve tanta suerte de convertirme en tu marido, Liss. ¡Te amo cariño!

—El Cielo sabe por qué.

Sus brazos me rodearon con más fuerza.

—Creo que te he amado desde el momento en que discutiste con mi padre, en su estudio, y le suplicaste que nos permitiera probar las aguas de la sociedad, antes de contraer un compromiso oficial.

¿Amor en el segundo día de nuestra relación? Pero esa era imposible...

—Apenas me conocías.

—Pero, despertaste mi interés en la biblioteca, como bien lo sabes, y cuando le pedí a la señora Hutton una referencia de tu carácter, ella me aseguró que usted provenía de la mejor de las familias y que poseía un buen carácter. Vi la verdad de ese personaje y tus afirmaciones, que no habías estado tratando de atrapar me por mi dinero, cuando luchaste contra el compromiso. Había ido a tu casa para hacer lo respetable y proteger mi apellido y el tuyo, y salí de la reunión con la confirmación que eras alguien con quien quería casarme.

Las palabras se le escaparon y traté de darle sentido al gran cumplido que me estaba haciendo. Él no me amaba, en ese entonces, pero se había dado cuenta de mi potencial. Las decisiones que había tomado cada día, desde ese momento, fueron las que llevaron a un amor robusto y sensible.

—Desperté tu interés y luego me desmayé.

—Y me di cuenta que eras honesta, desde el principio, sin cambiar nunca una frase para

hacer que tus defectos parecieran más aceptables. Fue un punto que me permitió luchar contra mis celos hacia Henry. Nunca me has mentido, Liss, y nuestro matrimonio, aunque quizás haya tenido un comienzo difícil, ha sido sólido y fuerte. Espero que solo se haga más fuerte.

Me acurruqué contra su pecho, las lágrimas cálidas llenaron mis ojos y se derramaron sobre su chaqueta.

—No llores, cariño —dijo.

¿Cómo no iba a hacerlo? Había sido bendecida con el marido más amable y generoso.

—No te merezco.

Él se burló.

—Siento lo mismo. Quizás esa humildad nos ayude para siempre... Siempre estaremos agradecidos por el amor que hemos encontrado.

—Sin duda estoy muy agradecida por ello. —Me incliné y lo besé, mientras el sol se calentaba y la niebla se derretía. Stella permanecía cerca, firme y tranquila, y no podía imaginar que nada en el mundo arruinaría la felicidad, que había encontrado con James. Mi dulce y querido esposo.

—Quizás no tengamos un matrimonio perfecto.

—No. —Estuve de acuerdo—. Pero, creo que podemos contar con que tendremos uno feliz.

Epílogo

Ocho meses después

Mi corazón se aceleró, mientras subíamos las escaleras hacia nuestro primer baile de la temporada de Londres. El señor y la señora Hutton estaban en la puerta de su salón de baile para dar la bienvenida a sus invitados, y yo miré por encima del hombro para asegurarme que Thea y Benedict se estuvieran portando bien. No me había entusiasmado la idea de actuar como acompañante de la chica durante la temporada (porque eso significaba asistir a numerosos bailes y veladas), pero quería regresar a Londres para visitar a mis padres, y lo menos que podíamos hacer era traer a Thea con nosotros.

A Lord Claverley no le había gustado mucho el cambio de circunstancias, pero esto era inevitable.

—¿Estás lista para demostrarle a la alta sociedad que felizmente no tienes hijos? —preguntó James, inclinándose tan cerca, que apenas podía escuchar su susurro en mi oído.

Mi corazón dio una pequeña punzada.

—Me encantaría estar embarazada ahora —le recordé. Mientras era obvio que no habíamos estado juntos, antes de casarnos, lo único que esperaba era que un pequeño estuviera en camino. Pero, hasta ahora no habíamos tenido tanta suerte.

Y además, me gustaba pensar que mi carácter había madurado lo suficiente, durante nuestro matrimonio, hasta el punto que ya no era una prioridad demostrar mi valía ante la sociedad. James y yo sabíamos que habíamos sido inocentes, esa noche, hace tanto tiempo en la biblioteca de los Hutton, y eso era todo lo que me importaba ahora. Gracias al amor y la aceptación de mi marido y de mí, me volví menos dependiente de la aceptación de los demás. Podría regresar a la ciudad con la cabeza en alto.

Lady Edith también creía lo mismo, de lo contrario no me habría pedido que fuera acompañante de su ahijada.

—Buenas noches, James, señora Bradwell —dijo la señora Hutton, haciendo una cortés reverencia.

La saludamos a ella y al señor Hutton.

—Permítanme presentarles a la señorita Dorothea Northcott —dije, tirando del brazo de Thea para que se pusiera a mi lado—. Y gracias por permitirnos traerla con nosotros.

—No supone ningún problema —confirmó la señora Hutton con un matiz extraño en su tono. Casi sonaba, como si estuviera luchando contra sus emociones—. Señorita Northcott, es un placer verla, querida.

—El placer es mío —dijo Thea cortésmente, haciendo una reverencia.

Benedict estaba detrás de ella, jugueteando con sus manguitos, como si no pudieran sacarlo de este salón de baile lo suficientemente rápido y aún no hubiéramos entrado. Esto era extraño, ya que su presencia nunca fue requerida. Eligió asistir con nosotros, pero actuó como un niño pequeño al que arrastran delante de los invitados de su madre para mostrar sus buenos modales.

Una vez que se completaron las presentaciones y las bienvenidas, entramos al salón de baile medio lleno, y encontramos un lugar para pararnos, a lo largo de la pared del fondo.

Thea se acurrucó a mi lado.

—Sé que no bailarás, pero tienes la intención de presentarme, ¿cierto?

—Te ayudaré en todo lo que pueda, Thea, como lo prometí.

Ella se hundió, estando un poco aliviada.

—Primero me gustaría conocer a Lord Keene y luego a Lord Hampton, si es posible.

“¿Lores?” ¿No sería eso algo elevado para ella? Me tragué mi comentario. No estaba en condiciones de juzgar.

—¿Quiénes son esas personas? ¿Cómo sabes sus nombres?

Ella se encogió de hombros un poco, lucía sin refinar.

—Tengo mis métodos.

—¡Oh, cielos! Thea. Quería ayudarte a hacer una pareja, pero, prométeme que serás prudente. Después de lo que pasó el año pasado...

Ella me miró y luego a James.

—Eso funcionó para tu beneficio, ¿no?

Apreté la mandíbula. Realmente me gustaba Thea, aunque, a veces, quería inculcarle la comprensión que le faltaba.

—Sí, pero tuve suerte que me encontraran con James y no con un canalla. También podría haber sido mi ruina.

Ella se rió un poco. El sonido fue hueco.

—Tengo la intención de permanecer irreproachable en todo mi comportamiento, Felicity. Lo prometo. Quiero conseguir a un buen marido.

Yo le creí. Tenía buen corazón, eso lo sabía incluso por nuestra corta relación.

—Es bastante imposible prometer algo así, ¿no es así, señorita Northcott? —dijo Benedict secamente.

¡Quería golpearlo con mi abanico!

Ella parpadeó inocentemente hacia él.

—¿Quiere decir que no cree que sea capaz de comportarme bien, señor Bradwell? ¡Qué impactante de tu parte! Pensé que éramos amigos.

Algo entre una risa y una carcajada salió de su garganta.

—¿Hay algo de beber aquí?

Supe que el señor Hutton guardaba su brandy en la biblioteca. James abrió la boca y le di una mirada de reprimenda para que no le revelara tanto a su hermano. Lo último que necesitábamos era que otro hombre de Bradwell se encontrara en una situación comprometedora, en la biblioteca de los Hutton, durante un baile.

Tomé a Benedict y a Thea por las mangas y los obligué a mirarme.

—Hagan lo que hagan, prométanme que ambos permanecerán en el salón de baile, toda la noche, hasta que llegue la hora de irse. ¡Deben prometerlo!

Cada uno de ellos me miró con los ojos muy abiertos y levemente perturbados, pero tuvieron la cortesía de hacer su promesa.

—Gracias.

La señora Ormiston se acercó y nos saludó con cariño. Borré de mi mente el recuerdo de su desaire breve a mi madre el año pasado. Estas actividades sociales tal vez iban a ser más difíciles de lo que esperaba. Pegué una sonrisa en mi rostro y prometí encontrarla, una vez que llegara mi madre.

—Deberíamos encontrar algunos caballeros para presentarte —le dije a Thea—. James sabrá quién es el mejor.

—Lord Keene o Lord Hampton estarán bien —dijo de nuevo.

Benedict luchó por reprimir su evidente frustración.

—Ninguno de esos hombres se adaptará mucho a nuestros propósitos aquí.

—¿Porque no soy digna de un título? —espetó Thea.

—Porque ninguno de los dos está buscando una esposa —dijo él.

Thea miró al techo como si eso le otorgara serenidad y paciencia.

—Quizás yo podría ser la mujer que les hiciera cambiar de opinión.

—Ese es un objetivo muy alto.

—Pero, no es imposible. —Benedict mordió sus palabras entre dientes casi apretados.

—¿Detecto la posibilidad que ahora hayas tomado mi advertencia como una especie de desafío?

—No me parece un gran desafío.

—¡Cielos! —dije, deteniendo sus peleas verbales. Sentí que me habían arrastrado de un lado a otro del salón—. ¿Debo verme obligada a separarlos como a escolares descarriados?

Benedict me miró fijamente, luego sacudió la cabeza y un rizo solitario cayó sobre su frente. Se pasó una mano por el cabello para volver a colocarlo en su lugar.

—Perdóname, Felicity. Me he dejado llevar. Me retiraré para evitar más interrupciones en tu velada.

—¿Vas a dejar el baile?

—No. He visto a un amigo de la vieja escuela y lo saludaré, antes que Thea pueda prender fuego a mi corbata con su mirada malvada.

Thea levantó la barbilla.

Quería preguntar si el amigo de la escuela era un señor para beneficio de Thea, pero me mordí la lengua. El disgusto de Benedict era lo suficientemente pesado como para que yo lo aumentara. Se alejó de nosotros y Thea lo vio irse. Mis ojos claramente me estaban engañando, porque parecía que algo similar al arrepentimiento se acumulaba en sus ojos.

Intenté encontrar una manera de preguntarle al respecto, cuando una pareja familiar se nos acercó, y guardé esa conversación para tenerla en otro momento.

—Buenas noches, mamá —dije, dándole un abrazo a mi madre—. ¡Papá!

Cada uno de ellos nos saludó calurosamente y me acerqué a mi esposo, mientras hablábamos con ellos. James tomó mi mano, sus dedos recorrieron suavemente los míos y escuchamos a mamá contarnos los maravillosos eventos, a los que habían asistido hasta ahora, y lo que estaba planeado para el resto de la semana. Me deslicé en la conversación, como si estuviera arrastrando una manta vieja y familiar sobre mis hombros, pero la presencia tranquilizadora de James mejoró la situación.

La visita de mis padres a Chelton había sido más corta de lo anticipado y terminó con una excursión al coto de caza, antes de viajar de regreso a Londres, y no los vimos hasta que llegamos a la ciudad, hace unos días. Siempre amaría a mi mamá y a mi papá, pero me alegré de haber comprendido ahora el estado de expectativas que razonablemente podía tener para mi relación con ellos.

El salón de baile se llenó más, a medida que pasó el tiempo, hasta que los instrumentos comenzaron a afinarse para el baile.

—La señora Ormiston nos saludó antes —le dije a mi madre—. A ella le gustaría que la encontraras, cuando tengas un momento.

Los ojos de mamá se iluminaron y me tragué la repulsión, ante el entusiasmo que mostraba por escuchar los últimos chismes, porque sin duda era por eso que su amiga deseaba hablar con ella. Era de lo único de lo que habían hablado en mi presencia.

Papá se acercó a James.

—Hijo... ¿A la sala de cartas?

James miró de mí a Thea.

—Tengo la intención de quedarme con Felicity esta noche.

Papá sonrió.

—Haz lo que quieras.

Tanto él como mi madre se fueron, y una vez más estábamos de pie junto a la pared en fila.

—Realmente, deberíamos comenzar las presentaciones —dije. No deseaba socializar, pero teníamos una tarea que cumplir y estaba decidida a realizarla.

James miró a Thea.

—¿Estás lista?

Ella respiró profundamente, sorprendiéndome un poco. Desde el primer momento en que nos conocimos, parecía valiente y fuerte, pero por la forma en que ahora le temblaba la mano, jugueteando ligeramente con la tela de su falda, casi supondría que estaba nerviosa. Tomé sus dedos y les di un suave apretón.

Thea levantó la vista y sostuvo mi mirada. Sus grandes ojos azules se agrandaron.

—No necesitas hacer nada con lo que no te sientas cómoda —dije en voz baja—. Eso incluye bailar o hablar con caballeros. Sé que Lady Edith quiere verte cómodamente establecida, pero no es un requisito que te cases al final de la temporada. Si no encuentras a un hombre, en los próximos meses, siempre habrá otro el año que viene.

Ella no respondió de inmediato, pero sostuvo sus dedos y su mirada para que sintiera mi sinceridad.

—Es muy amable de tu parte, Felicity, pero es más fácil, si encuentro un marido y rápido.

—No sé por qué... —dije a la ligera, inclinándome ligeramente hacia James que estaba a mi lado—. Soy la señora de Chelton y, en lo que a mí respecta, eres bienvenida allí todo el tiempo que quieras.

—Eres demasiado agradable. —Ella me dio el más suave susurro de una sonrisa.

—Incluso te prometo mantenerte a ti y a Benedict en extremos opuestos de todo.

—¿Eso es todo? —Ella levantó levemente una ceja.

—La casa... La mesa de la cena... El gran salón... El carruaje...

Ella se rió ligeramente.

—Yo soy la señora —reiteré—. Esto se puede hacer.

Thea me apretó la mano y bajó la voz.

—Gracias, Felicity.

—Por supuesto. Ahora, busquemos un caballero para presentártelo.

—Estoy lista. —Thea asintió.

James me guiñó un ojo, me tomó de la mano y nos abrimos paso entre la multitud.

El fin.

¿Quieres estar informado(a)?

Suscríbete al boletín de Kasey [aquí](#) para recibir actualizaciones, ofertas, nuevos lanzamientos y recomendaciones.

Sigue a Kasey en [Facebook](#) e [Instagram](#).

¡Me encanta conectarme con los lectores! No dudes en enviarme un mensaje o comunicarte en cualquier plataforma de las redes sociales.

Una nota de la autora

La idea de este libro se me ocurrió en un instante, mientras recorría Chatsworth House en Bakewell, Inglaterra (también conocida como Pemberley por la película *Orgullo y prejuicio* de 2005). Si bien elegí mantener el nombre de la ciudad igual, como homenaje a mis antepasados, la mudé a Cumberland y cambié el nombre de la casa de los Bradwell a Chelton. Mis antepasados se casaron en la iglesia de Bakewell, y en este libro diseñé la ciudad como era la verdadera, pero ahí es donde termina la exactitud. Si usted busca Bakewell en Cumberland, ¡no lo encontrará allí!

Igualmente, Chelton sigue el modelo de Chatsworth House, pero me tomé libertades con los terrenos circundantes. Sin embargo, dejé el hermoso puente y el río porque eran demasiado hermosos para omitirlos. También dejé las ovejas que cruzaron corriendo el puente, cuando intenté atravesarlo por primera vez.

Si bien Felicity lucha contra un trastorno de ansiedad, no habría sido diagnosticado de esa manera, en esa época. La ansiedad puede manifestarse de muchas maneras diferentes y la experiencia de Felicity es solo una de ellas. Espero que este libro haya podido brindarle una pequeña idea de cómo una persona puede vivir y afrontar la ansiedad social, especialmente si su experiencia es diferente a la que usted conoce.

Este libro es significativo para mí, de varias maneras, y espero que usted también encuentre algún significado en el mismo. Todas las relaciones exitosas, ya sean románticas o platónicas, requieren trabajo y esfuerzo para mantenerse, y esta historia pretende sumergirse en el poder de la elección y cómo el mismo se vincula con las relaciones. La relación de James y Felicity floreció gracias a sus esfuerzos por elegirse el uno a la otra de manera constante. Creo que su historia de amor es hermosa. Gracias, lector(a), por emprender este viaje conmigo. ¿Y adivina qué? Aún no he terminado...

Agradecimientos

Si estás leyendo esto, ¡gracias por llegar tan lejos en este libro y leer mi historia! Es especial para mí, ya que trata de asuntos que son cercanos a mi corazón. Cuando me propuse escribir sobre una heroína con ansiedad, tuve cuidado de hacer que sus miedos y preocupaciones fueran extremadamente diferentes a los míos, pero aunque no soy exactamente como Felicity, puedo identificarme con sus preocupaciones y sus luchas, y espero que si usted ha lidiado con la ansiedad, también pueda hacerlo.

Este libro fluyó fácilmente para mí (lo cual no siempre es el caso), así que debo agradecer, primero, a mi Padre Celestial por bendecirme con la inspiración para esta historia y la motivación para escribirla.

Gracias a mi grupo de críticos y a las damas de SRR por ser un gran apoyo y tener muchos hombros en los que me apoyé. La comunidad de autores es fantástica y cada día me animan tantos escritores maravillosos.

Gracias a Jacque Stevens y Molly Rice, mis editoras, por perfeccionar esta historia. Ambas son muy talentosas, y estoy muy agradecida por su experiencia y refinamiento.

A mis lectores beta: gracias por ayudarme a resolver las pequeñas inconsistencias y darme la confianza que este libro sería bien recibido. Heidi Stott, Brooke Losee, Emily Barton, Nancy Madsen, Sharleen Reeder, Maren Sommer, Ashlee Hunter, Rachel Stones y Melanie Atkinson, ¡ustedes son las mejores y valoro su feedback! Incluso Ashlee, que solo llegó a la mitad del camino.

Y, finalmente, este libro no se habría publicado sin el apoyo de mi esposo, quien no solo inspira a mis héroes caballerosos, sino que también me hace reír y me ama por completo. No me gustaría ser una madre que se queda en casa con nadie más que contigo, y creo que es una buena señal que hayamos estado juntos en casa desde marzo de 2020 y todavía estamos felices. Y seguiremos así, por muchos años más, y muchas novelas románticas más vendrán...

Otros libros de Kasey Stockton (en inglés)

Ladies of Devon

[*The Jewels of Halstead Manor*](#), Book one.

[*The Lady of Larkspur Vale*](#), Book two.

[*The Widow of Falbrooke Court*](#), Book three.

[*The Recluse of Wolfeton House*](#), Book four.

[*The Smuggler of Camden Cove*](#), Book five.

Myths of Moraigh - Scottish Romance

[*Journey to Bongary Spring*](#)

[*Through the Fairy Tree*](#)

[*The Enemy Across the Loch*](#)

Women of Worth

[*Love in the Bargain*](#), Book one.

[*Love for the Spinster*](#), Book two.

[*Love at the House Party*](#), Book three.

[*Love in the Wager*](#), Book four.

[*Love in the Ballroom*](#), Book five.

Stand-alone Historical Romance

[*His Amiable Bride*](#), Featherbottom Chronicles novella.

[*A Forgiving Heart*](#), Seasons of Change Book 2.

[*A Duke for Lady Eve*](#), Belles of Christmas: Masquerade.

[*All is Mary and Bright*](#), Belles of Christmas: Frost Fair.

[*An Agreeable Alliance*](#), Sons of Somerset Book 4.

* * *

Contemporary Romance

[*Snowflake Wishes*](#), A Holly Springs Romance.

[*His Stand-In Holiday Girlfriend*](#), Christmas in the City 1.

[*Snowed In on Main Street*](#), Christmas in the City 2.

[*Melodies and Mistletoe*](#), Christmas in the City 3.

Acerca de la autora



Kasey Stockton es una amante acérrima de todo lo romántico. No discrimina géneros y disfruta de una amplia variedad de historias que incluyen “felices para siempre”. Atraída por el período de la Regencia, a una edad temprana, cuando su abuela le regaló una copia de *Sentido y sensibilidad*, al principio, Kasey comenzó a escribir romances de la Regencia. Desde entonces, ha publicado en una variedad de géneros, pero todos sus títulos pertenecen al “clean romance”. Originaria del norte de California, ahora reside en Texas con su propio príncipe azul y sus tres hijos. Cuando no lee, escribe o mira películas para damas, le gusta correr, cortarse el pelo y cualquier cosa que sea chocolate.